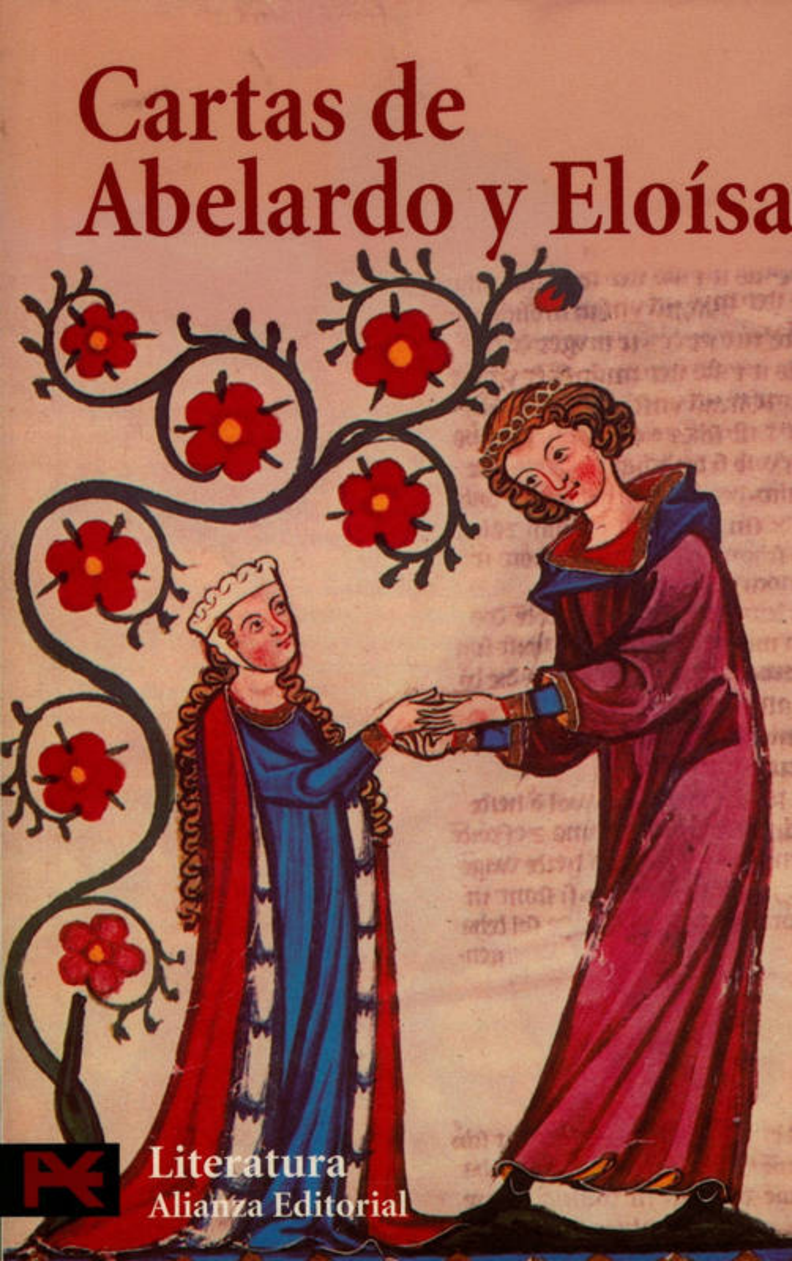


Cartas de
Abelardo y Eloísa
Literatura
Alianza Editorial

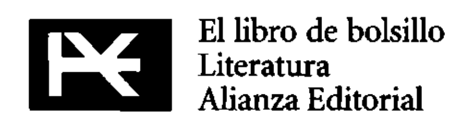
# Cartas de Abelardo y Eloísa

# Literatura

# Cartas de Abelardo y Eloísa

Introducción de Pedro R. Santidrián

Traducción y notas
de Pedro R. Santidrián
y Manuela Astruga


El libro de bolsillo
Literatura
Alianza Editorial

Título original: *Historia Calamitatum. Petri Abaelardi et Heloissae Epistolae*

Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1993
Primera edición en «Área de conocimiento: Literatura»: 2002

Proyecto de colección: Alianza Editorial
Ilustración: Herr Hug von Werbenway del *manessischen Liederhandschrift*


Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;
teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-7342-0
Depósito legal: M. 23.421-2002
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Printed in Spain

# Introducción

La historia y la leyenda de Abelardo y Eloísa –de tan fuerte impacto en la vida y poesía de la Edad Media– apenas si tiene hoy un breve espacio en la literatura. Tampoco el romanticismo ni la novela histórica han logrado popularizarla hasta convertirla en un mito eterno capaz de mover e impresionar a las nuevas generaciones. No obstante, del poema y tragedia de amor de Abelardo y Eloísa sigue perenne la relación apasionada de un profesor y su alumna, de la inteligencia y el corazón, cautivados y lanzados hacia la aventura suprema del saber y de la ciencia. Quisieron vivir y amar juntos para aprender juntos la sabiduría. Es aquí donde el mito de Abelardo y su alumna –amante y esposa– adquiere toda su originalidad y puede ofrecer a los de hoy la suprema aventura de la búsqueda de la sabiduría en el amor.

Pero lo más nuevo que nos ofrece la leyenda y el mito es la base histórica de los personajes. Hacer de ellos los grandes *lovers* de la Edad Media y mitificarlos, poniéndolos junto a Romeo y Julieta y otros, no sería hacerles justicia. Abelardo y Eloísa tienen su vida propia, histórica, mucho más real que cualquier personaje de novela o de la escena. Abelardo es, con mucho, el hombre más brillante y completo de su siglo, perfectamente dotado para las «luchas de la inteligencia»: dialéctica,

filosofía, teología. Es un poeta, un trovador y un humanista. Y la figura de Eloísa –guerrera de la mente y el corazón– está mereciendo una mirada de comprensión del feminismo y de la protesta actuales. Encarna lo más característico de la mujer: la belleza y el amor, la sutil ternura y la profunda sensibilidad reforzada por una aguda y superior inteligencia.

Vale la pena encontrar de nuevo a estos dos personajes de fuego, verdaderos amantes, viajeros apasionados por los caminos del corazón y de la inteligencia. Esta su aventura –conocida y transmitida por distintas fuentes– nos la cuentan ellos mismos en las *Cartas* que aquí presentamos. La correspondencia epistolar mantenida entre Abelardo y Eloísa es uno de los documentos literarios autobiográficos más impactantes y merecedores de un lugar entre los mejores del género.

Como introducción de las mismas vayan estas notas sobre la época y escenario en que se desenvuelven los personajes. Es obligada la presentación de los mismos: su vida, doctrina, estilo e influencia. Nuestra atención recae sobre todo en las cartas.

## 1. *Época y escenario: el siglo XII*

La abundante bibliografía sobre Abelardo recala toda ella en el esclarecimiento de la época. Ningún personaje se entiende sin el espacio y el tiempo en que vive. De la «oscura Edad Media» contamos hoy con estudios que nos permiten hacer una «nueva lectura» de sus hombres e instituciones.

La vida y la obra de Pedro Abelardo aparece sobre el fondo del siglo XII. Un siglo que ha merecido, desde el punto de vista cultural, el título de «primer renacimiento». «Examinado en su conjunto –escribe Étienne Gilson– el movimiento intelectual del siglo XII se presenta como la preparación de una edad nueva dentro de la historia del pensamiento cristiano, pero también como la maduración en Occidente y, principalmente en Francia, de la cultura patrística latina que la Edad Media había heredado del Bajo Imperio»[1].

Casi todos los aspectos de esta época inciden en la vida y obra de Abelardo y Eloísa. Son personajes profundamente originales, pero que no se pueden trasplantar a otra época y cultura. Veámoslo señalando sus características: ideas, movimientos, hombres e instituciones.

No es difícil confirmar con ejemplos la afirmación de E. Gilson. Apuntamos algunos datos de nombres, escuelas y corrientes del llamado período de «formación de la escolástica».

Los siglos XI-XII nos ofrecen una galería de hombres importantes del pensamiento filosófico-teológico. Citamos algunos: San Anselmo de Canterbury (1033-1109), Roscelino de Compiègne (1050-1121), Guillermo de Champeaux (1070-1120), Abelardo de Bath (m. 1112), Anselmo de Laón (m. 1117), Pedro Abelardo (1079-1142), Pedro Lombardo (m. 1164) y Juan de Salisbury (1110-1180), entre otros. Son figuras señeras que centran su pensamiento en los problemas básicos de la escolástica: el problema de los universales, relaciones entre fe y razón, filosofía y teología, relaciones iglesia-poder civil, la mística, etc. Todas ellas desembocarán en las aulas y debates del siglo XIII.

Igual auge encontramos en las escuelas. Del *trivium* (gramática-retórica-dialéctica) y del *cuadrivium* (geometría-aritmética-astronomía y música) se ha pasado al estudio de la teología, del derecho y de la medicina. Las escuelas palatinas y episcopales primero, y después las universidades cumplen ahora este progama superior exigido por el desarrollo y la demanda social. Las dos escuelas más destacadas de este período y en relación directa con Abelardo son la escuela de Chartres y la de San Víctor (cerca de París). Fundada la primera en el siglo X tiene ahora su apogeo con figuras como las de los hermanos Bernardo y Thierry de Chartres (m. 1115), Gilberto de la Porrée (1076-1154), Guillermo de Conches (1080-1145). La escuela de Chartres destaca por la especulación filosófico-teológica, basada en el rigor de la razón y en la fidelidad a la fe.

Por su parte, la escuela de San Víctor –convento agustiniano cerca de París– trata de conciliar la mística con la dialéctica. Su máximo florecimiento tiene lugar ahora en el siglo XII. Sus principales maestros son: Hugo de San Víctor (1096-1141) y Ricardo de San Víctor (m. 1163), al lado de los cuales encontramos a otros maestros como Gualterio y Godofredo.

Otra de las figuras de esta época –un místico y antidialéctico que jugó un papel importante en la vida y proceso de Abelardo– es San Bernardo de Claraval (1091-1153). Como enemigo de la dialéctica San Bernardo promovió una auténtica cruzada contra la dialéctica de Abelardo, hasta llegar a condenarle. Los últimos días de éste estuvieron amargados y reducidos al silencio por obra y manejos de Bernardo de Claraval.

Pero, sin duda, el mérito mayor del siglo XII es haber alumbrado las universidades, sobre todo, la de París. «Hacia finales del siglo XII –comenta E. Gilson– la superioridad escolar de París es un hecho universalmente reconocido. Gentes de todas partes se apresuran por los caminos que conducen a esta ciudadela de la fe católica. Todo anuncia la inminente creación de ese incomparable centro de estudios que será en el siglo XII la Universidad de París»[2].

No es la menor gloria de Abelardo –profesor errante entre los maestros vagabundos– el haber elegido este lugar. «A partir del siglo XII, París y sus escuelas gozan de celebridad universal, sobre todo en lo concerniente a la dialéctica y a la teología. Cuando Abelardo va a París para terminar allí sus estudios filosóficos encuentra la enseñanza de la dialéctica en pleno florecimiento. *Perveni tandem Parisios, ubi iam maxime disciplina haec florere consueverat.* El mismo Abelardo en su deseo de llegar a ser, por su parte, un maestro insigne se esfuerza por enseñar siempre en la misma ciudad de París o –a causa de las oposiciones con que tropezó– en la montaña de Santa Genoveva y lo más cerca posible de París»[3]. Fue también aquí en París donde con arrogancia se enfrentó a sus maestros, sobre todo a Guillermo de Champeaux –y más tarde a Anselmo de Laón–, de quienes nos ha dejado un retrato nada favorable. En efecto,

la *Historia Calamitatum*[4], nos presenta en sus primeras páginas al joven Abelardo enfrentado a sus maestros, lleno de vanidad y arrogancia hasta creerse «el único filósofo».

Quizá debemos insistir todavía en algo más definitorio y característico del siglo XII. Es, ciertamente, un período de formación y preparación... «pero tiene por sí mismo una elegancia, una gracia y una desenvoltura en la aceptación de la vida que no se mantuvo en el período siguiente, más pedante y formalista»[5].

Son muchos, en efecto, los que ven en este siglo un anticipo del XV y XVI. Encontramos un movimiento humanista muy sobresaliente y a humanistas como Juan de Salisbury, hondamente penetrados de la lengua y cultura grecolatina. A pesar de la desconfianza hacia la literatura clásica por parte de teólogos y místicos –y en general de la Iglesia– hay un cultivo fervoroso de la poesía y literatura clásica. Como veremos más adelante, Abelardo y Eloísa citan en sus cartas a autores como Platón, Cicerón, Ovidio, Virgilio, Séneca, Juvenal, Lucano, etc., amén de otros hechos sacados de la historia clásica. Y es en este siglo también cuando surgen nuevos poetas en latín, dando lugar al florecimiento de una poesía rimada previa a las literaturas en romance[6]. Sobre la poesía de Abelardo –así como sus cantos juglarescos que lanzaron al viento de toda Bretaña el nombre de Eloísa– volveremos en el apartado siguiente.

No deja de ser tampoco original la cosmovisión que los hombres del siglo XII nos ofrecen. «Esta íntima combinación de fe cristiana y filosofía helenística –observa Gilson– engendró en el siglo XII una concepción del universo que nos asombra frecuentemente, pero que no carece de interés ni de belleza. El aspecto en que los hombres de esta época se distinguen radicalmente de nosotros es su ignorancia casi total de lo que puedan ser las ciencias de la naturaleza, pero ninguno piensa en observarla. Ciertamente, las cosas poseen para ellos una realidad propia en la medida en que sirven para nuestros usos cotidianos, pero pierden esa realidad tan pronto como intentan explicarlas»[7].

Sin duda por eso la explicación se convierte en símbolo. Las cosas son símbolos que anuncian o significan otra cosa. Así entramos en el mundo de lo maravilloso. Conviene observar esto en la misma persona de Abelardo que nunca mostró mucho interés por la ciencia y su conocimiento de las matemáticas fue elemental. Su mundo es el de la dialéctica y el del símbolo[8]. Su invariable determinación de aplicar las reglas de la lógica a todos los campos del pensamiento dominará toda su vida.

Terminemos la descripción de esta época –en sus rasgos más salientes del pensamiento– diciendo que es un período «de fermentación intelectual que presenció el extraordinario desarrollo de los cantares de gesta, la ornamentación escultórica de las abadías cluniacenses o borgoñonas, la construcción de las primeras bóvedas góticas, el florecimiento de las escuelas y el tiempo de la dialéctica. Una época, en fin, de humanismo religioso»[9].

## 2. *La figura histórica de Abelardo (1079-1142)*

Dentro de este marco del siglo XII se desenvuelve la vida y la figura de Pedro Abelardo. No conviene, sin embargo, reducirlo a un mero producto de su siglo. Ni menos identificarlo con una figura romántica por encima del tiempo. Abelardo escapa a estos dos esquemas con que se le presenta con frecuencia. «Esta figura que ni siquiera la tradición medieval ha podido reducir al esquema estereotipado del sabio o del santo; este hombre que ha pecado y sufrido y ha puesto todo el significado de su vida en la investigación; este maestro genial que ha hecho durante siglos la fortuna y la fama de la Universidad de París, encarna por primera vez en la Edad Media la filosofía en su libertad y en su significado humano»[10].

La primera originalidad que nos ofrece es su autobiografía, conocida como *Historia Calamitatum*, una larga carta a un amigo anónimo o supuesto. Habría que remontarse a las *Con-*

*fesiones* de San Agustín para encontrar un documento semejante en la literatura cristiana. La vida que Abelardo nos cuenta está rodeada desde el principio hasta el final de tragedia. Sus desgracias, desdichas o infortunios forman parte de un complejo o manía de persecución –nacido del trauma de su castración– que convierten al autor y su agitada peripecia en una novela de suspense. Ya no descarto la posibilidad de que Umberto Eco lo haya puesto de alguna manera en la trama novelada de *El nombre de la rosa.*

Su azarosa vida –que el lector encuentra en el primer documento de este volumen– nos ofrece este guión. Empieza en 1079, año en que nace Abelardo en la aldea de Le Pallet, próxima a Nantes. Muy pronto aflora en él una decidida vocación por las letras. «Abandoné –nos dice él en primera persona– el campamento de Marte para ser arrastrado hacia los seguidores de Minerva. Antepuse la armadura de las razones dialécticas a todo otro tipo de argumentación filosófica»[11]. Emulaba así la gloria de su padre en las armas, trocándola por las letras, y en especial por la filosofía.

Parece que fue iniciado en la filosofía y dialéctica por dos grandes maestros: Roscelino de Compiègne y Thierry de Chartres. Entre los 18-20 años se sitúa su primera aparición en París, centro de toda su experiencia humana y científica como alumno y como maestro. Su vida y su obra quedarán definitivamente vinculadas a esta capital, a sus escuelas y su universidad. De esta su estancia en el entorno de París nos habla con la frivolidad y jactancia de un joven alumno que quiere medirse con sus maestros ya reconocidos y aceptados. Nos da el nombre de dos: Guillermo de Champeaux y Anselmo de Laón. Con no disimulada vanidad nos dirá que «llegué a ser para él un gran peso, puesto que me vi obligado a rechazar algunas de sus proposiciones... Y, a veces, me parecía que era superior a él en la disputa»[12]. El juicio desfavorable de los dos maestros no responde del todo a la realidad.

Dejó a Guillermo para poder enseñar por su cuenta, en Melum, ciudad importante cerca de París y plaza fuerte del rey.

Alentado por sus primeros éxitos –tenía entonces veintidós años– trasladó su cátedra a Corbeil, todavía más cercana a la capital, comenzando así a sitiar la ciudadela de Notre Dame. Retirado momentáneamente de París, a causa de una enfermedad, volvió a enfrentarse con sus maestros. Fue en su debate estrictamente dialéctico con el viejo maestro Guillermo sobre el conocido problema de los «universales», tema de constante polémica en la escolástica medieval. Abelardo obligó a capitular a su maestro, quien abandonó su teoría de los universales como «realidades subsistentes» unidas por la «no diferencia o ausencia de diferencia». Luego explicaremos un poco las distintas interpretaciones. Ahora nos basta con saber que Abelardo atacó a fondo, arruinando la fama de Guillermo como profesor de dialéctica y su escuela quedó vacía en beneficio del discípulo[13].

Estamos en el período más brillante de Abelardo como maestro. Dotado de una gran prestancia física, de una elocuencia precisa y tajante, de una extraordinaria potencia dialéctica que le hacía invencible en las disputas, rodeado siempre de sus alumnos que le seguían y admiraban, estaba destinado al éxito. Éste no tardó en llegar acarreándole alegrías, envidias y persecuciones. A su condición de profesor de dialéctica añadirá ahora la de alumno y maestro de teología que le enfrentará también con su viejo maestro Anselmo de Laón. Le vemos explicando teología con gran éxito acompañado de polémica en la escuela catedral de París a partir de 1113.

París convirtió a Abelardo en el ídolo de la sociedad estudiantil: fama, dinero, estatus. Tanto que llegó a creerse «el único filósofo que quedaba en el mundo»[14]. La Universidad de París era Abelardo: elegante, altivo, distante, la ciudad se detenía a su paso. Aupado por la fama y el prestigio de un maestro no había tenido tiempo para amar. «Siempre –nos dice– me mantuve alejado de la inmundicia de prostitutas. Evité igualmente el trato y frecuencia de las mujeres nobles, en aras de mi entrega al estudio. Tampoco sabía gran cosa de las conversaciones mundanas»[15].

No conoció el amor hasta que cayó en sus brazos de mano de una muchachita llamada Eloísa que le seguía con la mirada y el corazón de alumna tímida y deseosa de aprender. «La mala fortuna –según dicen– me deparó una ocasión más fácil para derribarme del pedestal de mi gloria»[16]. Que sea el lector –mejor que yo– el que lea la página que sigue del enamoramiento del profesor inexperto pero consciente de las armas con que cuenta para enamorar...

Fue así como se inició lo que Abelardo llama «historia de sus desdichas», una historia de amor apasionado, descrito sin fingimiento, que cambiará la vida de ambos. Un amor imprevisto e imprevisible –como todos– que les llevará donde no sospechan.

Esta relación de maestro y alumna –«que por su cara y belleza no era la última»– llega a su punto álgido cuando Eloísa espera un hijo al que misteriosamente llamarán Astrolabio. Se casan en secreto temiendo que la boda dañase la fama y carrera del maestro. Eloísa es enviada a un convento, Argenteuil, cerca de París donde había sido educada. Mientras tanto, Abelardo pretende ocultar lo que todos sabían ya, manteniendo un prudente distanciamiento de su mujer. Esto es interpretado por su tío como una forma de abandono. El asunto es zanjado por el canónigo de la forma más vil y cruel. Amparándose en la oscuridad de la noche, unos hombres pagados a sueldo sorprendieron a Abelardo durmiendo y le desvirilizaron. Consecuencia de todo esto fue el ingreso de Abelardo en la abadía de San Dionisio de París, donde profesó, no sin antes haber entregado el velo a Eloísa como monja de Argenteuil.

Cuando parecía que todo había acabado de esta forma trágica, el desenlace se mantiene en suspense. Es ahora cuando Abelardo vuelve a la palestra. Y Eloísa sigue jugando su papel de enamorada. El primero se retira a un lugar apartado de Nogent-sur-Seine donde le siguen sus discípulos y construye un oratorio que dedica al Espíritu Santo, «el Paráclito». En 1136 vuelve a aparecer en París, reanudando sus lecciones en la montaña de Santa Genoveva. Han pasado veinte años de vida

agitada de monasterio en monasterio. La intriga y la conspiración contra él le sigue por todas partes. Donde él va suscita el entusiasmo y el odio. Nadie queda indiferente. Se pone en entredicho su fe y su doctrina como teólogo. El concilio de Soissons condenó su doctrina trinitaria y le obligó a quemar por su mano el libro *De Unitate et Trinitate Divina* (1121). No termina aquí su condena. En los últimos años de su vida fue objeto de santa ira por parte de San Bernardo que movió contra él una condenación en el sínodo de Sens (1140). Abelardo apeló al Papa, manifestando su deseo de dirigirse a Roma para sostener su causa. Pedro el Venerable, abad de Cluny, le convenció para que se quedara en esta abadía y se reconciliara con la Iglesia, el Papa y San Bernardo. De la sinceridad de esta reconciliación y de la fe del maestro son los diversos textos que nos han quedado de la *Apología*, que reproducimos en el Apéndice.

Los últimos días de Abelardo discurren en la abadía de San Marcel, donde murió el 20 de abril de 1142. Tenía sesenta y tres años. Sus restos mortales fueron sepultados en El Paráclito. Y allí fueron puestos también a su lado los restos mortales de Eloísa veintiún años después (1164).

### 3. *La obra del maestro Abelardo*

La obra hablada y escrita de Pedro Abelardo está bien definida en uno de los epitafios de su tumba, atribuido a Pedro el Venerable:

*Est satis in tumulo: Petrus hic iacet*
*cui soli patuit scibile quidquid erat.*

[Demasiado para un sepulcro: Aquí yace Pedro Abelardo,
el único a quien fue accesible todo lo que se podía saber.]

Lo mismo que su vida, la obra y el mensaje abelardiano han sido objeto de la desmesura. O se le ha negado o se le ha com-

parado con Descartes, con Kant y otros grandes filósofos modernos[17]. Se le ha llamado el padre del racionalismo moderno y se le ha hecho mártir del pensamiento y de la razón.

Para desmitificarlo o rehabilitarlo se ha procedido a una crítica desapasionada y objetiva. Se distinguen dos períodos en la producción de Abelardo. En el primero predominan los escritos de carácter dialéctico o lógico. En el segundo, los teológicos. No obstante, su producción desborda este esquema, pues encontramos los escritos poéticos y miscelánea y, de manera particular. su correspondencia de la que nos ocuparemos al final de esta introducción.

1.° De entre la primera sección de obras, la dialéctica o filosófica, merece destacarse: a) La *Lógica*, llamada de *Ingredientibus*, descubierta en la Biblioteca Ambrosiana por B. Geyer a finales del siglo XIX. b) *Dialéctica*, conocida como *Nostrorum petitioni Sociorum*, por las palabras con que comienza. c) Suyas son también las Glosas a Porfirio, a las *Categorías* y a *De Interpretatione* de Boecio.

Del segundo período de su vida son también obras filosóficas importantes: la *Ethica* o *Scito te ipsum* y el *Dialogus inter iudaeum philosophum et christianum*, esta última escrita entre 1141-1142, último año de su vida.

2.° De las obras teológicas cabe distinguir: a) *De Unitate et Trinitate Divina* (hacia 1120, quemada en el concilio de Soissons). b) *Sic et Non* (1122-1123), *Theologia Christiana* (1123-1124) y la *Introductio ad Theologiam* (1124-1125, los dos primeros libros, el resto es posterior a 1136). c) *Expositio ad Romanos*, comentario a la epístola a los Romanos. d) A éstas cabe añadir un comentario al *Padrenuestro*, *Sermones*, etcétera.

3.° Para nuestro interés particular merece destacarse otra sección que designamos bajo el título genérico de *literarias*. Por la *Historia Calamitatum*[18], sabemos que las poesías y canciones de Abelardo corrían por toda Bretaña y el nombre de Eloísa era cantado y conocido en todos los hogares. De todo esto apenas si nos han quedado 133 poesías en latín rimado. Y nos queda, sobre todo, la correspondencia entre los dos

amantes en forma epistolar que nos transmite lo más humano de su vida.

## 4. *Doctrina-Método-Juicio*

La vida y la obra de Abelardo que a grandes rasgos queda expuesta nos permite ya valorar su doctrina. «Este filósofo apasionado, este luchador cuya carrera fue interrumpida bruscamente por un episodio pasional de dramático desenlace, es, posiblemente, más grande por el atractivo de su personalidad que por la originalidad de sus especulaciones filosóficas»[19]. De ahí que para Gilson sea exagerado ver en él al fundador de la filosofía medieval. Y equipararle a Descartes –que destruyó la escolástica del siglo XVII– es simplificar brillantemente la realidad. Y hacer de él un librepensador que defiende contra San Bernardo los derechos de la razón, el profeta y precursor del racionalismo moderno, precursor de Rousseau, Lessing y Kant es exagerar hasta la caricatura algunos de sus rasgos.

¿Cuál es, entonces, su aportación al pensamiento de la Edad Media? Reducida a sus puntos más esenciales podría ser ésta:

1.° El centro de su personalidad –para Abbagnano– es la exigencia de la investigación, que explica de la siguiente manera: «La necesidad de resolver en motivos racionales toda verdad que sea o quiera ser tal para el hombre; de afrontar con armas dialécticas todos los problemas para llevarlos al plano de su comprensión humana efectiva. Para Abelardo, la fe en lo que no se puede entender es una fe puramente verbal, carente de contenido espiritual y humano. La fe que es un acto de vida es una inteligencia de lo que se cree. A entender deben, pues, ser dirigidas todas las fuerzas del hombre. En esta convicción está la fuerza de su especulación y la fascinación como maestro»[20].

2.° La investigación, dirigida por la inteligencia, ha de tener un método. Consiste en una búsqueda racional que se

ejercita sobre los textos tradicionales para encontrar en ellos libremente la verdad que contienen. Tal es el método del «*Sic et Non*» que aplicará tanto a la filosofía como a la teología. Entiende la investigación como una interrogación incesante –*assidua seu frecuens interrogatio*–. Comienza en la duda –causa de la investigación– que conduce a la verdad y consiste en partir de textos que dan soluciones opuestas al mismo problema para de esta manera llegar a dilucidar por un camino puramente lógico el problema mismo. Pasará después en el siglo XIII a constituir la *quaestio* escolástica, que sustituye a la *lectio*.

El método le llevará a la comprensión, porque no se puede creer sino lo que se entiende. «*Fides no vi, sed ratione venit*», dirá. Porque incluso la verdad revelada no es verdad para el hombre, si no se apela a su racionalidad. Con ello daba un paso adelante anteponiendo la razón a la autoridad.

3.° Esta exigencia de investigación y método en filosofía y teología la aplica a los tres problemas fundamentales de la disputa escolástica de entonces: el de los universales, el de la fe-razón, filosofía-teología y el del misterio de la unidad-trinidad de Dios. Frente a Roscelino y a su maestro Guillermo de Champeaux, mantenedores del universal como *vox* o *flatus vocis*, Abelardo sostiene el universal como *sermo*. A diferencia de la *vox*, *sermo* supone predicabilidad, referencia a una realidad significada, que la escolástica posterior llamará intencionalidad. En otras palabras, los universales no son ni realidades ni meros nombres, sino conceptos formados por el intelecto que abstrae las semejanzas entre las cosas individuales percibidas por los sentidos. Se acercaba así Abelardo a la interpretación aristotélica y tomista por la que percibimos el particular y conocemos el universal, pero lo conocemos a través del particular y percibimos el particular en el universal.

Un segundo tema de su investigación es el problema de la relación entre fe y razón. Para Abelardo la Verdad ha hablado igualmente por boca de los filósofos paganos y cristianos. Trata de demostrar el acuerdo sustancial entre la doctrina cristia-

na y la filosofía pagana. La simple lectura de *Historia Calamitatum* y demás cartas nos muestran tanto en él como en Eloísa una tendencia a asimilar a los filósofos paganos –Sócrates, Séneca– con los ascetas y profetas cristianos. También en aquellos se da una santidad digna de imitación. La fe cristiana sería la culminación del orden natural. De ahí que se le acusara de racionalista. «*Nihil videt per speculum*», dirá de él San Bernardo.

Finalmente, la exigencia de investigación –lógica equivale en él a razón humana– le lleva a penetrar en el misterio de la unidad y trinidad divinas. No es posible definir la esencia de Dios, porque Dios es inefable. Dios está fuera del número de las cosas, porque no es ninguna de ellas. La naturaleza divina sólo se puede expresar con parábolas o metáforas.

Para entender la unidad de las personas divinas acude a la distinción de los atributos dentro de una misma sustancia. Éstos son Potencia, Sabiduría y Caridad que identifica con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Son constitutivos de tres personas distintas aun permaneciendo aquella sustancia una e idéntica. Otro ejemplo, tomado de la gramática. Ésta distingue tres personas: la que habla, aquella a quien se habla y aquella de quien se habla. Pero estas tres personas pueden ser atribuidas a un mismo sujeto... Además la primera persona es el fundamento de las otras, porque donde no hay ninguno que hable, no hay tampoco a quien se hable, ni nadie de quien se hable. En fin, la tercera persona depende de las dos precedentes, porque solamente entre dos personas que hablan se puede hablar de una tercera persona[21]. «La aplicación a la divinidad es directa: en Dios la misma esencia puede ser las tres personas sin que las tres se identifiquen una con otra.»

Demasiado racionalismo. ¿Dónde queda el misterio? Fue aquí en este intento de exploración racional en el misterio más intrincado del cristianismo donde los enemigos de Abelardo, los antidialécticos, se preguntaron: ¿Entonces, dónde queda la fe? ¿Qué es y qué función tiene? Su libro fue considerado «grandemente pernicioso» y sus doctrinas «... cuya herejía ha

sido evidentísimamente probada...». El resultado ya lo hemos visto.

4.° No termina aquí la aportación de Abelardo al pensamiento medieval. La lógica de su discurso le lleva a hablar de la relación Dios-mundo, necesidad-libertad. Nos habla también del hombre cuya alma es una esencia simple y distinta del cuerpo. «El alma –nos dirá– es imagen de la Trinidad.» Lo que en el alma es la sustancia en la Trinidad es la persona del Padre; lo que en el alma es virtud y sabiduría es en la Trinidad el Hijo, que es virtud y sabiduría de Dios; lo que en el alma es la propiedad de vivificar es en la Trinidad el Espíritu Santo, al cual corresponde dar vida al mundo.

Y el alma humana está dotada de libre albedrío o libre juicio de la voluntad. Esta libertad de juicio y de elección se opone a la necesidad, que rige en la naturaleza y en los animales. El libre albedrío pertenece a los hombres y a Dios.

La libertad es precisamente el punto central de la ética de Abelardo. Distingue entre vicio y pecado y entre pecado y acción mala. Distinción muy importante a la hora de valorar los actos humanos. Pero la originalidad de la ética abelardiana es su insistencia en la pura interioridad de las acciones morales. «Dios tiene en cuenta –dice– no las cosas que hacemos, sino el ánimo con que se hacen.» La intención, por tanto, es la clave para interpretar y juzgar las acciones. Y sólo Dios puede ver la intención. Las consecuencias de esto las saca el mismo Abelardo cuando nos explica que los gentiles fueron tales sólo por su nacionalidad, no por su fe. *«Gentiles fortasse natione, non fide: omnes fuerunt philosophi.»*

En su última obra *Dialogus...* llega a considerar la gracia como una maduración de la naturaleza y a concebir el cristianismo como la verdad total que incluye a todas las demás. Acepta todas las verdades de judíos y paganos, integrándolas en la verdad más rica y comprensiva de la fe[22].

Todo era claro para él, incluso el misterio. Demasiado para que se le pudiera perdonar –como hemos dicho– por personas como San Bernardo: *«Nihil videt per speculum, nihil in aenig-*

*mate...*». Salvadas las distancias de tiempo y cultura, Abelardo nos recuerda a Erasmo que quiere unir la sabiduría antigua y la del evangelio.

Resumimos este apartado sobre su doctrina diciendo con E. Gilson: «A finales del siglo XII inauguró una afición al rigor técnico y a la explicación exhaustiva –incluso en teología– que encontrará su expresión completa en las síntesis doctrinales del siglo XIII. Se podría decir que Abelardo impuso un estándar intelectual, por debajo del cual ya no se querrá descender en adelante»[23].

## 5. *Eloísa*

Sólo de manera indirecta –y siempre referida a Abelardo– hemos hablado de Eloísa. También ella es protagonista de primer plano. Desgraciadamente no son muchos los datos y documentos de que disponemos sobre su vida y personalidad. Su nacimiento y sus padres nos son desconocidos. Aparece en la *Historia Calamitatum*[24] como huérfana y sin recursos, bajo la tutela de su tío el canónigo Fulberto. La avaricia del canónigo no impidió darle una esmerada y costosa educación.

Su conocimiento del latín, del griego y del hebreo le hicieron pronto famosa entre todas las mujeres de París y de Francia. Por otra parte, su rostro nada vulgar y su amor a la ciencia pronto despertaron la admiración de Abelardo que consiguió llegarse a ella como profesor. Éste, en la plenitud de su edad descubrió el amor por medio de esta muchachita de diecisiete años. Lo que siguió es bien sabido y puede encontrarlo el lector en la *Historia Calamitatum*[25].

También sabemos cómo terminó la aventura amorosa de los dos. Lo que quizá nos es menos conocido es la vivencia del amor y de la vida posterior como monja en el monasterio de Argenteuil y posteriormente como abadesa del Paráclito. Del estudio de las cartas aparecen claros estos datos: *a)* la entrada en el monasterio fue para ella una forma de abandono por

parte de Abelardo, quien sacrificó a Eloísa en aras de su nombre y prestigio como maestro de dialéctica y teología. *b)* Nunca, por tanto, aceptó el convento como una vocación que llenara totalmente su vida. Eloísa hubiera preferido que vivieran juntos buscando la sabiduría de los filósofos y su santidad, libres de todo lazo legal, entregados a un amor desinteresado, donde el amor físico quedaría sublimado. *c)* En esta misma línea, el amor de Eloísa por Abelardo es algo tan verdadero que seguiría prefiriendo ser la «amiga» de Abelardo a la mujer de Augusto. Este amor queda patente a lo largo de todo el epistolario. Se advierte de una manera especial en el encabezamiento de las cartas. A pesar del doble lenguaje, no podemos sustraernos a ver el amor pasional de Eloísa. El contraste con Abelardo en este plano es tremendo y desconcertante.

Sólo cuando entramos en las cartas de dirección y en los años que siguen a la muerte de Abelardo aceptará ser la esposa de Jesucristo. Pero nunca olvidará al esposo terreno. Las persecuciones de que éste es objeto por parte de sus enemigos, que terminarán en manía persecutoria por parte de Abelardo, son suficientes para mantener en vilo a Eloísa y a toda la comunidad de monjas. Si le matan, morirán ellas también. Será mejor que mueran ellas antes que él.

Con razón también se ha visto en Eloísa el ejemplo de la mujer culta y sensible. Las citas de autores clásicos lo acreditan. Y cuando pide una regla propia para las mujeres dentro de la vida monástica, está reclamando la atención del movimiento feminista.

## 6. *La* Historia Calamitatum *y las cartas de Abelardo y Eloísa*

El nombre y la gloria de Abelardo, sin embargo, trasciende el dintel de las escuelas. Podemos afirmar que el filósofo y teólogo sigue olvidado como tantos de su tiempo a los que se hace apenas una breve glosa o comentario en la cátedra. Pero Abelardo ha pasado a la literatura y a la leyenda. ¿Por qué?

Dos razones fundamentales acuden a la pluma. La primera, porque es sujeto y objeto de una aventura amorosa llena de pasión amorosa y de seducción. Es la historia del profesor brillante y agresivo que se enamora de una alumna veintidós años menor que él. Una relación amorosa que nace al calor de la ciencia y que se torna en pasión desaforada. Para que nada falte, este amor apasionado y fiel –amor físico, carnal y espiritual– de dos almas que aprenden juntas el amor y el saber termina en tragedia. La castración de Abelardo rompe bruscamente el ritmo de dos vidas, obligando a los amantes –ante sí mismos y ante el numeroso público que sigue su asunto– a rehacer su vida y a dar un sentido nuevo al amor. Porque una de las cosas más visibles que pone de manifiesto la vida de Abelardo y Eloísa –y una de sus grandes lecciones– es la del amor.

La segunda razón del mito Abelardo-Eloísa creo que estriba precisamente en lo que sigue a la tragedia: la vivencia o vividura que ellos mismos experimentan y transmiten. Lo novedoso en este caso es que los protagonistas y actores son los mismos que narran sus «dichas» y «desdichas». Romeo y Julieta –para hablar de otro mito medieval– necesitaron a un Shakespeare para que nos dijera su amor cuatro siglos más tarde. Aquí son ellos, los mismos héroes, los que interpretan y cuentan su aventura. Su tragedia hace de Abelardo-Eloísa dos escritores del intimismo psicológico nada despreciables. Estamos seguros de que estos dos amantes del siglo XII harían las delicias de las revistas del corazón de hoy.

Aparte de estas dos razones, hay una tercera. El lector quiere saber cómo termina el desenlace. ¿Cómo viven el amor estos dos amantes, cuando la tragedia ya es evidente y cuando se han separado de por vida ella en un convento de monjas y él en un monasterio o apartado en la soledad? Esta vivencia del amor cuando la separación es irremediable y cuando el título de abadesa hace pensar que Eloísa se ha olvidado de todo, ¿puede darse por terminada o perdura? El lector lo verá en la correspondencia que sigue. Nosotros creemos que el amor es

el protagonista hasta la tumba y forma la esencia de la originalidad del mito Eloísa-Abelardo.

No es tampoco absurdo pensar que la fama del mito Abelardo-Eloísa nace en el caldo de cultivo de la Edad Media. Reyes y clérigos, señores feudales, guerreros, trovadores, juglares y goliardos parecen querer romper el cerco estrecho de una religión y de una moral que va envolviendo día a día a la sociedad. Existe un mundo real –un amor real– que no puede ignorar esa sacralización total que se pretende imponer desde fuera. Aquí está el hombre con toda su realidad material, con todo su cuerpo y su alma.

Comoquiera que sea, esta historia-mito deja en el aire muchas preguntas y misterios que se resisten a ser desveladas. También las lecciones que se desprenden de ella son varias. Todo ello la hace más rica y atrayente. Y el lector hará muy bien a la vista del texto en hacer su propia interpretación.

Decíamos más arriba que una gran parte del encanto, seducción y originalidad del drama Abelardo-Eloísa, era que no sólo eran protagonistas, sino narradores en primera persona de su misma aventura. Yo... Nosotros... Esta labor se realiza algunos años después, cuando ambos sufren todavía las consecuencias. En efecto, entre los años 1133-1136, se entabla una relación epistolar entre ambos que nos permite entrever todo el fondo humano de estos dos personajes.

La correspondencia comienza con la *Historia Calamitatum*. Una larga carta autobiográfica de Abelardo a un amigo desconocido, en que cuenta sus infortunios, desdichas o desgracias. La situación en que escribe es patética: «Toda la población de la zona era salvaje, al margen de la ley y sin control. No tenía ningún hombre en quien pudiera refugiarme, pues rechazaba las costumbres de todos ellos. Desde fuera del monasterio el tirano y sus satélites no cesaban de presionarme. Y desde dentro eran incesantes los acosos de mis hermanos»[26].

Por otra parte, hace mucho tiempo que se encuentra alejado de París, ciudad sin la que no puede vivir. Y París siguen siendo los alumnos, los profesores, las clases. La *Historia Calamitatum*

contada por él mismo sería una manera de recordar lo que allí sucedió. Una justificación ante sí mismo y los demás de todo lo que sucedió entre 1115-1133. Y también como el anuncio de su última y definitiva vuelta a París en 1136, en que repetirá sus viejas hazañas dialécticas y se enfrentará con San Bernardo.

El relato en primera persona -*Ego igitur...*- era como recordar a toda la ciudad lo que había sucedido, la versión auténtica y personal de los hechos, su alcance y dimensión.

Esta carta a un amigo desconocido -que puede responder a un amigo real o a una forma literaria de comunicante supuesto- da pie a la correspondencia epistolar entre Abelardo y Eloísa. Aparece ahora una nueva forma de relación del «único» para la que es su «única». La crítica ha estudiado con todo detalle estas cartas, desde su autenticidad hasta la formalidad de las mismas. Parece que no hay lugar a dudar de su autenticidad[27]. En cuanto a la forma literaria, la historia del texto, su repercusión en los escritores de la Edad Media como Dante, Boccaccio, Chaucer, Villon, los autores aportan una gama distinta de opiniones. Donde se nota la presencia e influencia de Abelardo y Eloísa es en Petrarca, que pone notas marginales en latín a la *Historia Calamitatum*.

Otro de los problemas que plantea la correspondencia para los críticos es el del amor. «Por contraste con la cruel realidad de su tragedia, el "amor cortesano" o "amor cortés" tal como se describe en los romances de caballería aparece amanerado y artificial. Abelardo y Eloísa no se ajustan a la corriente ideal del amor cortés con su énfasis en la devoción del amante a la casta e inalcanzable señora. Abelardo y Eloísa -lo hemos dicho ya- hablan un lenguaje diferente de franqueza sensual, de realismo pagano en el amor y de la fortaleza estoica clásica en la adversidad. Su relación encontró una expresión física y Eloísa no es fría ni ausente, sino enamorada y generosa, más deseosa de dar que de pedir»[28].

El estudio de las cartas pone de relieve sobre todo la actitud de los dos protagonistas ante el amor. Nos revelan el cambio operado al día siguiente después de la tragedia. Creo que esto

es lo más nuevo y original que ofrecen las seis primeras cartas. Eloísa no renunciará nunca a amar con un amor de amante y esposa a un Abelardo que cada vez busca más la sublimación de su amor y que encauza el amor de Eloísa hacia la figura de Cristo. Sólo cuando Eloísa ve perdida su posibilidad de amarle como marido sin renunciar a ninguna de las expresiones y formas del amor le pedirá una dirección espiritual para ella y sus monjas.

La materialidad de la correspondencia que se conserva en nueve manuscritos –todos ellos de la segunda mitad del siglo XIII– está compuesta por un *corpus* de ocho cartas, numeradas en la edición de Victor Cousin de esta forma: *Epistula I-VIII.* Van desde las pp. 3-213 del volumen I. Sigue a continuación un extracto de las *Reglas del Monasterio del Paráclito (Excerpta e Regulis Paracletensis monasterii)*, pp. 213-224. Y como colofón, *Magistri Petri Epistula ad virgines paracletenses de Studio Litterarum*, pp. 225-236. Esta última nos viene transmitida en un códice no anterior al siglo XIV, lo que hace que no sea admitida normalmente entre la correspondencia cruzada entre Abelardo y Eloísa.

## 7. *Nuestra edición*

En nuestra edición española incluimos el bloque de las ocho cartas. Ofrecemos el texto completo según la edición latina de V. Cousin, ya señalado. Los estudiosos de las mismas han distinguido dos tipos de cartas: las *personales* y las de *dirección espiritual.* Las cinco primeras serían cartas personales. En ellas se aborda fundamentalmente la relación Abelardo-Eloísa, tal como hemos expuesto en el párrafo anterior. Es una correspondencia cruzada entre monje y monja, esposo-esposa, en que está siempre presente el amor fiel y total de Eloísa y la desafección de Abelardo.

Las tres últimas cartas –las más extensas– conocidas como cartas de dirección espiritual, son como un tratado o regla

para las monjas del Paráclito, a petición de Eloísa. Los problemas de relación personal que aparecen en las cinco primeras desaparecen en éstas. En la segunda (7) se habla del origen de la vida monástica femenina. Es una carta extensa y no bien concebida. De ahí que en muchas ediciones sólo se den extractos de la misma. La más importante es la tercera (8). Constituye un verdadero documento sobre el ideal y organización de la vida monástica femenina.

En el deseo de presentar una imagen lo más completa posible de los dos protagonistas de esta obra ofrecemos como textos complementarios la correspondencia cruzada entre Pedro el Venerable, abad de Cluny, y Eloísa. Iluminan y en cierto modo dan el desenlace a los últimos años y momentos del gran maestro. Nos presentan también la imagen última, dulce y venerable de Eloísa, como abadesa del Paráclito, que sobrevive y guarda los secretos de Abelardo.

Y como colofón, incluimos los textos de la *Apología* que Abelardo dirige a Eloísa, sobre sus últimos sentimientos y doctrina. «La lógica me ha convertido en blanco del odio del mundo», le dice[29]. Su otra *Apología* más extensa está dirigida a San Bernardo, a los obispos y al Papa que son quienes deben conocer lo que verdaderamente dijo el maestro. La dirige sobre todo a los fieles de la Iglesia de la que él es uno, aunque mínimo.

Resulta obligada una palabra sobre la traducción. El latín de Pedro y Eloísa no es un latín clásico, esto es bien sabido. A veces, incluso, hay formas incorrectas de construcción. Pero lo manejan bien y expresan con él lo que quieren expresar. Al fin y al cabo era su lengua de comunicación culta. Mi labor ha sido transmitir con fidelidad y soltura sus ideas y sentimientos. He tendido a hacer una lectura fácil y asequible para el lector de hoy. Las notas complementarias al pie del texto ayudarán al lector a una mejor comprensión del mismo.

## 8. *Final*

Según hemos podido ver, la vida y la obra de Abelardo ha tenido una suerte diversa y desigual. Para nada hemos hablado del Abelardo de la leyenda. Su pensamiento como dialéctico y teólogo ha merecido importantes estudios, sobre todo por parte de investigadores extranjeros. Llama la atención que ninguna editorial de signo cristiano en España incluya alguna de sus obras teológicas. Extraña, por ejemplo, que ni siquiera la Biblioteca de Autores Cristianos incluya ninguna de sus obras, cuando se publican las obras de San Bernardo, San Antonio, San Pedro Damián, etc. ¿Será que Abelardo sigue siendo sospechoso y que, como para San Bernardo, todo lo ve *sine speculo?*

En cambio, el Abelardo como personaje de novela y de aventura –a medio camino entre la historia y la leyenda– parece recobrar su fuerza entre un público cada vez más ávido de descubrir y conocer la Edad Media. Ediciones de bolsillo –algunas muy bien cuidadas y respetuosas con el texto– ofrecen al público medio versiones ajustadas y fidedignas de las cartas. Creemos además que la nueva corriente de conocimiento y atracción por la literatura de la Edad Media hará que se conozca y se lea cada vez más. «La nostalgia del orden medieval» que ya se ha producido en otros países está aflorando en España. «Las muestras de la literatura medieval –escribe Azancot– hacen entrar en contacto al lector con un ámbito moral regido con una escala de valores, sólido y coherente, que no solamente no coarta el desarrollo de lo individual, sino que lo encauza y potencia en un sentido ascensional. [...] ¿Y cómo no sentirse confortado y atraído por obras donde esa escala de valores es mostrada en su articulación con la vida, cotidiana o no, padeciendo como padecemos la falta de cualquier otro equivalente; viviendo como vivimos, dentro de una sociedad que niega la diferencia entre el bien y el mal, que valora por igual todos los comportamientos?»[30].

Mi agradecimiento especial al P. Clemente Fernández, de la Universidad Pontificia de Comillas, tan buen conocedor de los textos de la Historia de la Filosofía. Él ha sido quien me ha puesto en contacto con ellos. A mi mujer y a su hermana, Manuela Astruga, profesora de Lengua, quienes han leído detenidamente el manuscrito. A la última se debe también parte del trabajo de redacción y corrección del texto que la hace verdadera coautora del texto en castellano.

PEDRO RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN

## Notas

1. E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, 2.ª ed., trad. española, Madrid, Gredos, 1982, pp. 314 ss.
2. E. Gilson, *op. cit.*, p. 316.
3. E. Gilson, *op. cit.*, pp. 315-316.
4. *Historia Calamitatum*, pp. 38 ss.
5. E. Gilson, *op. cit.*, p. 317.
6. *Ib.*, pp. 317-318.
7. *Ib.*, p. 320.
8. *Ib.*, p. 320.
9. *Ib.*, p. 320.
10. N. Abbagnano, *Historia de la filosofía*, vol. I, p. 346.
11. *Historia Calamitatum*, p. 38.
12. *Historia Calamitatum*, pp. 38-39.
13. *Ib.*, pp. 40-41.
14. *Ib.*, p. 46.
15. *Ib.*, p. 47.
16. *Ib.*, p. 47.
17. E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, p. 262.
18. *Historia Calamitatum*, p. 49.
19. E. Gilson, *op. cit.*, p. 262.
20. N. Abbagnano, *op. cit.*, p. 346.
21. N. Abbagnano, *op. cit.*, pp. 352-353.
22. *Ib.*, pp. 354-356.
23. E. Gilson, pp. 261-273.
24. *Historia Calamitatum*, pp. 47-48.

25. *Ib.*, p. 49.
26. *Ib.*, p. 80.
27. E. Gilson, *Abelard et Héloise*, pp. 150-171.
28. *The Letters of Abelard and* Heloise, Penguin Classics, p. 49.
29. Declaración de fe (Apéndice), p. 279.
30. *El País*, 21 de agosto de 1988.

# Cartas de Abelardo y Eloísa

## Carta primera

# Historia Calamitatum

***Abelardo escribe a un amigo la historia de sus desdichas***[1]

1. Para la *Historia Calamitatum*, véase Introducción, p. 23. El título tradicional de esta breve autobiografía es el que señalamos en el epígrafe. En los mejores y más antiguos manuscritos aparece con el título de *Abelardi ad amicum suum consolatoria epistula.* Sea como quiera, este amigo puede ser solamente inventado, presentándonos así un tipo de carta convencional y retórica, aunque llena de datos personales. El texto latino de V. Cousin aparece dividido en capítulos que nosotros hemos respetado.

Los ejemplos –mucho más que las palabras– suscitan o mitigan con frecuencia las pasiones humanas. Esto fue lo que me decidió –después de un leve intento de conversación en busca de un consuelo momentáneo– a escribir una carta de consolación a un amigo ausente sobre la experiencia de mis propias calamidades. Estoy seguro de que, comparadas con las mías, tendrás a las tuyas como no existentes o como simples tentaciones y te serán más llevaderas[2].

## 1. Nacimiento de Pedro Abelardo. Sus padres

Nací en una localidad que se levanta en la raya misma de Bretaña, a unos ocho kilómetros de la ciudad de Nantes. Su

2. No es tópico recalcar que *Historia Calamitatum* es uno de los documentos autobiográficos más originales de la Edad Media. Ha sido estudiado desde distintos puntos –psicología, religión, literatura, medicina, etc.–. Algunos encuentran enfermiza la que denominan «manía persecutoria» de Abelardo, de algún modo comprensible después del trauma de su mutilación y condenación.

verdadero nombre es Le Pallet[3]. Mi tierra y mis antepasados me dieron este ágil temperamento que tengo, así como este talento para el estudio de las letras. Tuve un padre que, antes de ceñir la espada, había adquirido cierto conocimiento de las letras. Y más tarde fue tal su pasión por aprender, que dispuso que todos sus hijos antes de ejercitarse en las armas se instruyeran en las letras. Y así se hizo. A mí, su primogénito, cuidó de educarme con tanto más esmero cuanto mayor era su predilección por mí. Yo, por mi parte, cuanto mayores y más fáciles progresos hacía en el estudio, con tanto mayor entusiasmo me entregaba a él. Fue tal mi pasión por aprender que dejé la pompa de la gloria militar a mis hermanos, juntamente con la herencia y la primogenitura. Abandoné el campamento de Marte para postrarme a los pies de Minerva. Preferí la armadura de la dialéctica a todo otro tipo de filosofía. Por estas armas cambié las demás cosas, prefiriendo los conflictos de las disputas a los trofeos de las guerras. Así pues, recorrí diversas provincias, disputando. Me hice émulo de los filósofos peripatéticos, presentándome allí donde sabía que había interés por el arte de la dialéctica.

## 2. Es perseguido por su maestro Guillermo de Champeaux[4]

Llegué, por fin a París, donde desde antiguo florecía, de manera eminente, esta disciplina. Y me dirigí a mi maestro Guillermo de Champeaux, que descollaba en esta materia tanto por su competencia como por su fama. Permanecí a su lado algún tiempo, siendo aceptado por él. Después llegué a

3. *Le Pallet*. Pequeña aldea a unos 20 km al sureste de Nantes en dirección a Poitiers.
4. Sobre Guillermo de Champeaux y otros maestros contemporáneos de Abelardo, véase Introducción, p. 9.

ser para él un gran peso, puesto que me vi obligado a rechazar algunas de sus proposiciones y a arremeter a menudo en mis argumentaciones contra él. Y, a veces, me parecía que era superior a él en la disputa. Los que más sobresalían entre mis condiscípulos veían esto con tanto mayor indignación cuanto menor era mi edad y mi estudio. De aquí arrancan mis desdichas que se prolongan hasta el día de hoy. Cuanto más crecía mi fama más se cebaba en mí la envidia ajena.

Sucedió, pues, que, presumiendo de un talento superior a lo que permitían las posibilidades de mi edad, aspiré, yo, un jovenzuelo, a dirigir una escuela. Busqué incluso el lugar donde establecerme: Melun, campamento entonces insigne y residencia real. Mi maestro presintió mis intenciones y, desde entonces, trató por todos los medios de alejar mi escuela lo más posible de la suya, maquinando en secreto toda clase de obstáculos. Tan a pecho lo tomó que antes que yo dejara sus clases, impidió la preparación de las mías, privándome de la plaza que me había sido conferida. Con la ayuda de algunos poderosos del lugar, que eran sus adversarios, empecé a sentirme seguro en mi empeño y la envidia no disimulada del maestro me conquistó el favor y apoyo de la mayoría. A partir de este primer ensayo de mis clases en el arte de la dialéctica, mi nombre comenzó a conocerse, de tal modo que poco a poco fue extinguiéndose la fama no sólo de mis condiscípulos, sino de mi mismo maestro. Ello hizo que, engallándome más de la cuenta, tratara de trasladar inmediatamente mis clases a la localidad de Corbeil, cercana a París. Sin duda aquí tendría más oportunidades de enfrentarme a él en la disputa y confundirle.

Al poco tiempo tuve que volver a mi tierra, aquejado por una enfermedad, causada, sin duda, por mi desmedido afán de estudio. Estuve alejado de Francia durante algunos años, siendo buscado y solicitado por aquellos que estaban interesados en la dialéctica. Pasados unos años –restablecido ya de mi enfermedad– supe que mi maestro Guillermo, archi-

diácono de París, había cambiado su hábito anterior y había entrado en la orden de los clérigos regulares. Y lo hizo –según decía– con el propósito de que, si era tenido por hombre de piedad, sería elevado a una mayor dignidad. Y así sucedió, pues fue hecho obispo de Châlons. Pero el hábito de su conversión no fue capaz de sacarle de su ciudad de París ni de su acostumbrado estudio de la filosofía. En el mismo monasterio en que se había refugiado por motivos religiosos empezó a impartir públicamente sus clases, según su costumbre. Volví entonces a escuchar de sus labios las lecciones de retórica. Y entre los diversos ejercicios de nuestro discurso filosófico me propuse echar por tierra e incluso destruir su teoría de los universales con argumentos clarísimos. En su teoría de los universales afirmaba que una misma esencia estaba en todas y cada una de las cosas particulares o individuos. En consecuencia, no había lugar a una diferencia esencial entre los individuos, sino a una variedad debida a la multiplicidad o diversidad de los accidentes. Pasó después a corregir su afirmación diciendo que las cosas eran las mismas no esencialmente sino a través de la no diferencia[5].

El tema de los universales siempre ha sido el problema principal de la dialéctica. Tan importante que el mismo Porfirio en su *Isagoge*, al tratar de los universales, no se atrevió a pronunciarse, diciendo que «era un asunto muy arriesgado». Pues bien, cuando nuestro hombre corrigió, o mejor dicho, se vio obligado a abandonar su teoría original, sus clases cayeron en tal desprestigio, que ya no se le daba apenas crédito en otros temas, como si todo su saber descansara solamente en la cuestión de los universales.

5. Sobre los universales, la Disputa o *Disputatio* y otros métodos escolásticos medievales, véase Introducción, p. 14. La *Isagoge* de Porfirio, filósofo neoplatónico, es una introducción a las *Categorías* de Aristóteles, traducida esta última obra por Boecio y muy conocida en la Edad Media.

A partir de este momento fue tal el auge y la autoridad que adquirieron mis lecciones que, incluso aquellos que anteriormente seguían con más entusiasmo al maestro y aborrecían al máximo mi doctrina, volaron a mis clases. El mismo que había sucedido a mi maestro en la cátedra parisiense, me ofrecía ahora su puesto y se unía a los demás para seguir mi magisterio, allí donde antes había florecido su maestro y el mío. A los pocos días de tomar las riendas del estudio de la lógica, no es fácil expresar la envidia y el dolor que comenzó a atacar y roer a mi maestro. Sin poder aguantar la mordedura de la miseria que le devoraba, empezó, ya entonces, a derribarme de una manera solapada. No teniendo nada abiertamente contra mí, intentó quitar las clases –alegando los más bajos crímenes– a aquél que me había concedido su magisterio, en beneficio de un antiguo rival mío que le había sustituido en su puesto. Volví de nuevo a Melum y seguí dando mis clases como lo había hecho anteriormente. Cuanto más me perseguía su envidia más crecía mi autoridad, según aquel verso:

*Summa petit livor, perflant altissima venti*[6].

No mucho después –cuando casi todos sus discípulos empezaban a poner en duda su piedad y a murmurar cada vez más sobre su conversión al ver que no se marchaba de la ciudad– él y sus seguidores trasladaron sus clases a una localidad alejada de París. Yo, desde Melum, volví inmediatamente a París, esperando así hacer las paces con él. Pero –como ya dije más arriba– estando mi plaza ocupada por uno de mis rivales, trasladé mi escuela fuera de la ciudad, a la montaña de Santa Genoveva y coloqué allí mi campamento, pensando un poco en asediar al que había ocupado mi puesto.

6. «La envidia busca las alturas, los vientos sacuden las cumbres», Ovidio, *De Remedio Amoris*, 1.369.

Oído lo cual, mi maestro volvió inmediata y descaradamente a París. Las clases que podía dar –así como el pequeño grupo de seguidores–volvió a instalarlos en el antiguo monasterio, como queriendo liberar de mi asedio a aquel soldado suyo que había desertado. Pero lo que él creía que le iba a favorecer se volvió en su daño. Los pocos e insignificantes discípulos que le seguían fieles, lo hacían sobre todo por las lecciones que daba sobre Prisciano[7], en el que se creía una autoridad. Pues bien, después de llegar el maestro, perdió casi completamente a los alumnos, viéndose obligado a suspender el régimen de clases. No mucho después –como desesperado de la gloria mundana– dirigió también él su camino hacia la vida monástica.

Después de la vuelta de mi maestro a la ciudad, conoces bien los choques y disputas que mis discípulos tuvieron con él y sus seguidores. Conoces también el desenlace que esta contienda tuvo para ellos y de rechazo para mí. Sólo me queda repetir con calma y ufanía el verso de Ajax:

*Si quaeritis hujus*
*Fortunam pugnae, non sum superatus ab illo*[8].

Si yo me callara, hablarían por sí mismas las cosas y pondrían fin a este asunto.

Mientras sucedía todo esto, mi queridísima madre Lucía me estaba empujando a volver a Bretaña, mi patria. Después de la profesión de mi padre Berengario en la vida monástica, ella se disponía a hacer lo mismo. Cuando todo esto se resolvió, volví a Francia con la intención principal de aprender teología. Para estas fechas ya mi maestro Guillermo se había

7. *Prisciano.* Famoso gramático latino (s. VI d. C.) cuyo tratado de gramática *(Institutiones grammaticae)* era muy apreciado en la Edad Media.
8. «Si preguntas por el resultado de esta lucha, sábete que no fui vencido por mi enemigo.» Ovidio, *Metamorphoses,* 13, 89-90.

instalado en el obispado de Châlons. En esta disciplina gozaba de la máxima autoridad su propio maestro, Anselmo de Laón, por sus muchos años.

## 3. Llega a Laón. El maestro Anselmo

Me presenté, pues, a este anciano a quien habían dado nombre más sus largos años que su talento y memoria. Si alguien se acercaba a él con ánimo de salir de la incertidumbre en un tema determinado, salía más incierto todavía. Era maravilloso a los ojos de los que le veían, pero una nulidad para los que le preguntaban. Dominaba admirablemente la palabra, pero su contenido era despreciable y carecía de razones. Al encender el fuego, llenaba de humo la casa, no la iluminaba con su luz. Su árbol cubierto de follaje aparecía espléndido a los que lo contemplaban desde lejos, pero los que se acercaban y lo miraban con más detenimiento, lo veían sin frutos. Al acercarme a él para obtener algún fruto, me di cuenta de que era la higuera que maldijo el Señor. O también aquella vieja encina que Lucano compara a Pompeyo, cuando dice:

*Stat magni nominis umbra*
*Qualis frugifero quercus sublimis in agro*[9].

Cuando llegué a descubrir esto, no me tumbé ocioso durante muchos días a su sombra. Poco a poco me fui ausentando de sus clases, hasta presentarme en ellas muy de tarde en tarde. Sus discípulos lo llevaban muy mal, interpretándolo como desprecio a tan eminente maestro. Secretamente empezaron a indisponerlo contra mí, hasta el punto de sus-

9. Sobre Anselmo de Laón, véase Introducción, p. 13. La comparación con la higuera estéril está tomada de Mt 21, 18 ss. «Queda la sombra de un nombre noble/como encina señera en un campo ubérrimo», Lucano, *Pharsalia*, 1.135-1.136.

citar su envidia hacia mi persona. Cierto día nos encontrábamos bromeando todos los estudiantes, después de haber asistido a una de sus clases, sobre las *Sentencias*. No sin intención se acercó a preguntarme qué me parecía el estudio de los Libros Sagrados, a mí que sólo había estudiado la filosofía. Le respondí que me parecía saludabilísimo el estudio de estos textos, ya que, en ellos, se aprende la salvación del alma. Lo que no deja de asombrarme –proseguí– es ver que los que se tienen por doctos, para poder entender las glosas o escritos de los Padres, no se sirven de sus propios comentarios, sin necesidad de acudir a otro magisterio.

Muchos de los presentes se echaron a reír y me retaron diciendo si yo era capaz de acometer tal empresa. Les respondí que estaba dispuesto a ensayar la experiencia, si ellos querían. Entonces, gritando a una y riendo a carcajadas, dijeron:

–Sí, de acuerdo. Buscaremos un comentarista de un texto raro de la Escritura. Te lo daremos y veremos qué es lo que nos prometes. –Todos convinieron en elegir la oscurísima profecía de Ezequiel. Tomé el comentarista y al instante les invité a la lección para el día siguiente. Ellos me aconsejaban contra mi voluntad, diciendo que no había que precipitarse en un asunto de tanta importancia. Había que vigilar con más tiempo a un inexperto como yo para que pensara y ordenara mi exposición.

Yo les contesté indignado, diciendo que no era mi costumbre sacar partido de mis prácticas, sino emplear a fondo mi propia inteligencia, añadiendo que desistía de mi empeño si ellos no estaban dispuestos a acudir a la lección a la hora señalada por mí.

A mi primera lección acudieron unos pocos, sin duda por parecerles ridículo que un hombre como yo, totalmente inexperto en la sagrada página[10], acometiera el asunto con

10. *Sagrada página*. Estudio de la Teología cuya base principal es la Escritura o textos sagrados.

tanta precipitación. Tan agradable resultó mi lección a los que asistieron, que la alabaron con extraordinario entusiasmo, animándome a seguir glosando a tenor de esta lección. Oído lo cual, los que no habían asistido, comenzaron a presentarse ordenadamente a una segunda y tercera lección. Y todos ellos estaban muy interesados en hacer copias de las glosas que había hecho desde el primer día.

## 4. Es perseguido por su maestro Anselmo

El susodicho anciano –Anselmo de Laón– roído por la envidia y azuzado por las instituciones contra mí mencionadas, empezó a perseguirme en mis lecciones de Escritura no menos que lo hiciera antes mi maestro Guillermo en las de filosofía. En las clases de este anciano había entonces dos estudiantes que parecían destacar sobre los demás. Eran Alberico de Rheims y Lotulfo de Lombardía[11], cuya hostilidad hacia mí era tanto más intensa cuanto más presumían de sí mismos. Su insinuación –como después se comprobó– hizo que el anciano, visiblemente trastornado, me impidiera continuar glosando la obra comenzada que yo desarrollaba en su cátedra, alegando que no quería que se le imputara a él ningún error que yo pudiera formular por mi falta de competencia. Cuando esto llegó a oídos de los estudiantes, su indignación no tuvo límites. Evidentemente, era una calumnia fruto de la rabia y de la envidia, cosa que nunca había sucedido antes con ninguno. Así pues, cuanto más patente era la injusticia, más honor me reportaba: la persecución me dio más renombre.

11. *Lotulfo de Lombardía y Alberico de Rheims.* Dos teólogos prácticamente desconocidos que aparecen como enemigos de Abelardo en el concilio de Soissons, en que fue condenado Abelardo.

## 5. Continúa en París las clases iniciadas en Laón

A los pocos días de haber vuelto a París se me dieron en propiedad pacífica durante algunos años las clases que hacía tiempo que se me habían prometido y ofrecido y de las que fui apartado arbitrariamente. Y ya desde el mismo inicio, quise completar las glosas o comentarios de Ezequiel que había comenzado en Laón. Tal acogida tuvieron entre los oyentes, que creyeron que había alcanzado yo no menor gloria en la Escritura que la que antes habían apreciado en las lecciones de filosofía. No se te ocultan la gloria y los beneficios económicos que la fama divulgó debido a la multiplicación repentina de alumnos a ambas clases de Escritura y filosofía.

Has de recordar, sin embargo, que la prosperidad hincha a los necios y que la tranquilidad mundana enerva el vigor del espíritu, que se disipa a través de los placeres de la carne. Creyéndome el único filósofo que quedaba en el mundo y sin tener ya ninguna inquietud, comencé a soltar los frenos a la carne, que hasta entonces había tenido a raya. Sucedió, pues, que cuantos más progresos hacía en la filosofía y en la teología más comenzaba ahora a apartarme de los filósofos y teólogos por la inmundicia de mi vida. Sabido es que los filósofos –no digamos los teólogos, dedicados a captar las enseñanzas de las sagradas páginas– brillaron por el don de la continencia. Estando, pues, dominado por la soberbia y la lujuria, la gracia divina puso remedio, sin yo quererlo, a las dos enfermedades. Primero a la lujuria, después a la soberbia. A la lujuria, privándome de los órganos con que la ejercitaba. Y a la soberbia –que nacía en mí por el conocimiento de las letras, según aquello del Apóstol «la ciencia hincha»(1)–, humillándome con la quema de aquel libro del que más orgulloso estaba[12].

12. Se trata de su libro *Sobre la Unidad y Trinidad de Dios*, quemado por orden del concilio de Soissons.
(1) 1 Cor 8, 1.

De estas dos cosas quiero informarte puntualmente –antes de que lleguen a tus oídos de otro modo– y en su debido orden. Siempre me mantuve alejado de la inmundicia de prostitutas. Evité igualmente el trato y frecuencia de las mujeres nobles en aras de mi entrega al estudio. Tampoco sabía gran cosa de las conversaciones mundanas. La mala fortuna –según dicen– me deparó una ocasión más fácil para derribarme del pedestal de mi gloria. Fue la ocasión que hizo suya la divina piedad para atraer a sí al humillado más soberbio, olvidado de la gracia recibida.

## 6. Se enamora de Eloísa. Heridas del cuerpo y del alma

Es el caso que, en la misma ciudad de París, había una jovencita llamada Eloísa[13], sobrina de un canónigo, de nombre Fulberto. Su amor por ella era tal que le llevaba a procurarla en el conocimiento de las letras. Esta jovencita que, por su cara y belleza no era la última, las superaba a todas por la amplitud de sus conocimientos. Este don –es decir, el conocimiento de las letras– tan raro en las mujeres, distinguía tanto a la niña, que la había hecho celebérrima en todo el reino. Ponderando todos los detalles que suelen atraer a los amantes, pensé que podía hacerla mía, enamorándola. Y me convencí de que lo podía hacer fácilmente.

Era tal entonces mi renombre y tanto descollaba por mi juventud y belleza que no temía el rechazo de ninguna mujer a quien ofreciera mi amor. Creí que esta jovencita accedería tanto más fácilmente a mis requerimientos cuanto mayor era mi seguridad de su amor y conocimiento por las letras. Me convencí, además, de que, aun estando ausentes, podía-

13. Sobre el nacimiento y vida de la joven Eloísa, véase Introducción, pp. 22-23.

mos estar presentes por medio de cartas mensajeras. Sabía, también, que podía escribir con más libertad que decir las cosas de viva voz y de este modo estar siempre en un diálogo dulcísimo.

Enamorado locamente de esta jovencita, traté de acercarme a ella en un trato diario y amistoso, para, de esta manera, llegar más fácilmente a que me aceptara. A este fin, logré de su tío –no sin la intervención de algunos amigos suyos– que ella me recibiera en su casa –próxima al lugar donde yo daba las clases–previo pago de una cantidad por el hospedaje. Le di como pretexto que los cuidados de la casa me impedían estudiar y que los gastos eran superiores a lo que yo podía pagar. Nuestro hombre, tremendamente avaro, estaba siempre pendiente de su sobrina, sobre todo en lo referente a sus estudios y conocimientos literarios. Conseguí fácilmente mi doble intento: hacerle creer que tendría el dinero y que su sobrina recibiría algo de mi doctrina. Accedió, pues, a mis deseos–más de lo que yo podía esperar– advirtiéndome con vehemencia que tuviera cuidado con el amor.

–Te la encomiendo a tu magisterio –me dijo– de tal manera que cuando vuelvas de tus clases, has de entregarte día y noche a enseñarle. Si la ves negligente, repréndela con energía.

Quedé admirado y confundido de su simpleza en este asunto, no menos que si entregase a una inocente cordera a un lobo famélico. Pues al entregármela –no sólo para que le enseñase, sino también para que la corrigiese con fuerza–, ¿qué otra cosa hacía más que dar rienda suelta a mis deseos y darme la ocasión, aun sin quererlo, para que si no podía atraerla hacia mí con caricias lo hiciera más fácilmente con las amenazas y azotes?

Había dos cosas, sin embargo, que le impedían pensar mal: el amor a su sobrina y la fama adquirida de mi continencia. ¿Puedo decir algo más? Primero nos juntamos en

casa; después se juntaron nuestras almas. Con pretexto de la ciencia nos entregamos totalmente al amor. Y el estudio de la lección nos ofrecía los encuentros secretos que el amor deseaba. Abríamos los libros, pero pasaban ante nosotros más palabras de amor que de la lección. Había más besos que palabras. Mis manos se dirigían más fácilmente a sus pechos que a los libros. Con mucha más frecuencia el amor dirigía nuestras miradas hacia nosotros mismos que la lectura las fijaba en las páginas. Para infundir menos sospechas, el amor daba de vez en cuando azotes, pero no de ira. Era la gracia –no la ira– la que superaba toda la fragancia de los ungüentos. ¿Puedo decirte algo más? Ninguna gama o grado del amor se nos pasó por alto. Y hasta se añadió cuanto de insólito puede crear el amor. Cuanto menos habíamos gustado estas delicias, con más ardor nos enfrascamos en ellas, sin llegar nunca al hastío. Y cuanto más dominado estaba por la pasión, menos podía entregarme a la filosofía y dedicarme a las clases. Me era un tormento ir a clase y permanecer en ella. Igualmente doloroso no me era pasar en vela la noche esperando el amor, dejando el estudio para el día. Tan descuidado y perezoso me tornaba la clase que todo lo hacía por rutina, sin esfuerzo alguno de mi parte. Me había reducido a mero repetidor de mi pensamiento anterior. Y si, por casualidad, lograba hacer algunos versos eran de tipo amoroso, no secretos filosóficos. Buena parte de esos poemas –como sabes– los siguen cantando y repitiendo todavía en muchos lugares, esos a quienes sonríe la vida.

No es fácil imaginar la tristeza, gemidos y lamentos que todo esto provocó en los estudiantes, quienes ya habían presentido mi preocupación, por no decir mi perturbación. A nadie, según creo, podía engañar cosa tan evidente, a no ser a aquél a quien más afectaba la deshonra, es decir, al tío de la jovencita. El cual no podía creer nada de esto, a pesar de las sugerencias, que en este sentido, le habían hecho algunos.

Estaba cegado, sin duda –como dije más arriba– por su cariño a la sobrina y también por ser sabedor de la continencia que yo había observado en mi vida pasada. Difícilmente sospechamos una torpeza de aquellos a quienes mucho amamos. Tampoco cabe en un amor vehemente la torpe sospecha de una mancha. Así lo apuntaba San Jerónimo en su carta a Sabiniano(1): «Solemos ser los últimos en conocer los males de nuestra casa y los vicios de nuestros hijos y cónyuges, mientras los cantan los vecinos». Pero, aunque tarde, al fin termina sabiéndose. Y lo que todos saben no es fácil que quede oculto a uno. Así sucedió con nosotros después de pasados varios meses.

Puedes imaginarte el dolor del tío al descubrirlo. ¡Y cuál la amargura de los amantes al tener que separarse! ¡Qué vergüenza la mía y qué bochorno al ver el llanto y la aflicción de la muchacha! ¡Qué tragos de amargura tuvo ella que aguantar por mi misma vergüenza! Ninguno de los dos se quejaba de lo que le había pasado al otro. Ninguno lamentaba sus propias desdichas, sino las del otro. La separación de los cuerpos hacía más estrecha la unión de las almas. Y la misma ausencia del cuerpo encendía más el amor. Pasada ya la vergüenza, más nos abandonamos a nosotros mismos, de tal forma que aquélla disminuía a medida que nos entregábamos al amor. Se realizó en nosotros lo que narra la leyenda poética cuando fueron sorprendidos Marte y Venus(2).

No mucho después la jovencita entendió que estaba encinta. Y con gran gozo me escribió comunicándome la noticia y pidiéndome al mismo tiempo consejo sobre lo que yo había pensado hacer. Así pues, cierta noche en que su tío estaba ausente, puestos previamente de acuerdo, la saqué furtivamente de la casa del tío y la traje sin dilación a mi patria.

(1) San Jerónimo, *Cartas*, 147, 10. (2) Ovidio, *Ars Amatoria*, 2.561 ss.; *Metamorphoses*, 4.169 ss.

Aquí vivió en casa de mi hermana, hasta que dio a luz un varón a quien llamó Astrolabium[14].

Sólo el que lo haya experimentado podrá comprender el dolor y la vergüenza que sobrecogió al tío después de la fuga. Quedó medio trastornado. No sabía qué hacer contra mí, ni qué trampas tenderme. Si me mataba o hería en alguna parte de mi cuerpo, su queridísima sobrina corría el peligro de ser castigada por parte de los de mi casa. No se atrevía a secuestrarme ni obligarme a ir a otra parte contra mi voluntad, máxime sabiendo que yo estaba alertado y que había tomado mis precauciones, y que, si se atrevía a hacerlo, yo no dudaría en agredirle. Por fin, compadecido de su enorme angustia y –acusándome a mí mismo del engaño o trampa que me había tendido el amor, que yo consideraba como la mayor traición– me dirigí a nuestro hombre. Le supliqué y prometí cualquier satisfacción que él tuviera a bien señalarme. Le advertí que nadie se debía extrañar –si de verdad sabía lo que es el amor– y que recordara a cuánta ruina habían llevado las mujeres a los más encumbrados varones ya desde el inicio del mundo. Y para aplacarle más de lo que él mismo podía esperar me ofrecí a darle satisfacción, uniéndome en matrimonio a la que había corrompido. Con tal de que se hiciera en secreto y mi fama no sufriera detrimento alguno. Asintió él, y bajo su palabra y sus besos selló conmigo la reconciliación que yo había solicitado. De esta manera me traicionaría con más facilidad.

14. *Astrolabio* o *Astralabio*. Nombre bien extraño del hijo de Abelardo y Eloísa. Parece que el nombre lo eligió su madre. Muy poco sabemos sobre su vida. En la correspondencia de Pedro el Venerable y Eloísa aparece de nuevo Astrolabio como clérigo.

## 7. Eloísa se opone al matrimonio

Partí para Bretaña y me traje a la amiga para hacerla mi esposa. Ella no estaba absolutamente de acuerdo con mi propuesta y daba dos razones fundamentales: el peligro que yo corría con ello y la deshonra que se me venía encima. Juraba que su tío nunca quedaría aplacado con ninguna satisfacción, como después se supo. ¿Qué honor podía acarrearle un matrimonio –alegaba– que tanto me había deshonrado a mí y humillado a los dos? ¿No debía castigarla a ella el mundo habiéndole privado de semejante lumbrera? ¡Qué de maldiciones, qué desastres para la Iglesia y cuántas lágrimas de los filósofos aguardaban a aquel matrimonio! Sería injusto y lamentable que aquél a quien la naturaleza había creado para todos se entregase a una sola mujer como ella, sometiéndome a tanta bajeza. Le horrorizaba este matrimonio que más que todo sería para mí un oprobio y una carga. Ponía ante mis ojos la deshonra y dificultades del matrimonio que el Apóstol nos aconseja evitar: «¿Estás soltero? No busques mujer, aunque si te casas no haces nada malo. Y si una mujer soltera se casa, tampoco. Es verdad que en lo humano pasarán sus apuros, pero yo os respeto»[(1)]. Y también: «Querría además que os ahorraseis preocupaciones»[(2)].

–Si desoyes el consejo del apóstol –me decía– y las exhortaciones de los santos y te unces al yugo pesado del matrimonio, por lo menos deberías tener en cuenta a los filósofos y a lo que sobre este tema han escrito. Es lo que hacen a menudo los santos cuando nos increpan. Tal es el caso de San Jerónimo en el primer libro *Contra Joviniano*[(3)]: Nos recuerda allí el santo que Teofrasto –expuestas con toda precisión las intolerables molestias del matrimonio y sus

(1) 1 Cor 7, 27-28. (2) 1 Cor 7, 32. (3) San Jerónimo, *Contra Jovinianum*, 47.

constantes sobresaltos– estima que el intelectual no debe tomar esposa. Y por razones del todo evidentes. A continuación se extiende en consideraciones de tipo filosófico, para terminar diciendo: "¿Qué cristiano no suscribirá estas y otras cosas por el estilo que expone Teofrasto?" Y sigue hablando del mismo tema. "Cicerón –afirma– fue instado por Hircio a que –después de haber repudiado a Terencia– se casase con su hermana. Se negó rotundamente, alegando que no podía dedicarse igualmente a la mujer y a la filosofía. No dice simplemente dedicarse, sino que añade *igualmente,* no queriendo hacer nada que se igualara a la filosofía."

»Pasando ahora por alto el impedimento de la dedicación a la filosofía –siguió diciendo ella– espero que te convenzan las razones de un estado de vida digno. ¿Qué relación puede haber entre los estudiantes y las criadas, entre los escritorios y las cunas, entre los libros, las mesas de estudio y la rueca, entre los punzones o plumas y los husos? ¿Quién, finalmente, dedicado a las meditaciones sagradas o filosóficas podría aguantar la llantina de los niños, los lamentos de las niñeras que los calman y el trajín de la familia tanto de los hombres como de las mujeres? ¿Quién podría soportar la caca continua y escandalosa de los niños? Me dirás que sólo los ricos pueden hacerlo. Tienen palacios y mansiones con grandes habitaciones y cuya opulencia no les hace sentir los gastos ni se atormentan por las preocupaciones diarias. Diré, además, que no es la misma la situación de los filósofos que la de los ricos. Tampoco los que buscan la riqueza y están implicados en los negocios mundanos se dedican a la filosofía ni a la teología. Por todo lo cual, los insignes filósofos de otros tiempos, despreciando el mundo –no tanto dejándolo, cuanto huyendo de él– se prohibieron a sí mismos toda clase de placeres para descansar solamente en los brazos de la filosofía. Séneca, el mayor de los filósofos, aconseja así a Luci-

lo[1]: "No hay que filosofar sólo cuando se está libre. Hay que dejarlo todo para concentrarnos en esto únicamente, para lo cual todo tiempo es poco. No hay mucha diferencia entre suprimir o interrumpir la filosofía, pues no queda donde ha sido interrumpida. Hay, por tanto, que hacer frente a las dificultades, no prolongándolas sino suprimiéndolas."

»Esto es lo que hacen entre nosotros por el amor de Dios los que son verdaderos monjes. Lo mismo hicieron aquellos nobles filósofos que existieron entre los gentiles. Pues en toda clase de pueblos –sean gentiles, judíos o cristianos– hubo siempre hombres que, por su fe u honestidad de vida, destacaron por encima de los demás y que se apartaron de la masa por una cierta singularidad en su castidad o austeridad. Entre los judíos están los antiguos nazireos, que se consagraban al Señor, según la Ley; o los hijos de los profetas, seguidores de Elías y Eliseo, que según el testimonio de San Jerónimo, los llamamos monjes del Antiguo Testamento[2]. Y en tiempos más recientes, Josefo distingue en sus *Antigüedades*[3], Libro XVIII, tres sectas de filosofía, la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios. Y entre nosotros están los monjes que imitan o la vida común de los apóstoles o la vida anterior y solitaria de Juan Bautista. Y entre los gentiles, como dije, están los filósofos. El nombre de sabiduría o filosofía no se refiere tanto a la consecución de la ciencia cuanto a la perfección de la vida, tal como se entendió siempre, ya desde el principio.Y tal es también el sentir de los santos. A esto se refieren aquellas palabras de San Agustín en el Libro VIII de la *Ciudad de Dios*[4] en que se distingue las diversas clases de filósofos: "La clase itálica tuvo

(1) Séneca, *Cartas a Lucilio*, 72, 3. (2) Monje, del latín *monachus:* solo, solitario. Nm 6, 21: Jue 15, 17; 2 Re 6, 1; San Jerónimo, *Cartas*, 125, 7. (3) Flavio Josefo, *Antigüedades*, 18.1.11. (4) San Agustín, *La Ciudad de Dios*, 8.2.

como autor a Pitágoras de Samos de quien se dice que proviene el mismo nombre de filosofía. Pues como se acostumbrara a llamar filósofos a los que parecían ofrecer una vida ejemplar a los demás, preguntado cuál era su profesión, respondió: 'La de filósofo'. Es decir, la de buscador y amante de la sabiduría, pues le parecía que era muy arrogante llamarse sabio".

»Cuando se dice en este lugar: "los que parecían ofrecer a los demás una vida ejemplar", se prueba claramente que los sabios de los pueblos, es decir, los filósofos, reciben este nombre más por la bondad de su vida que por su ciencia.

»No quiero traer ahora ejemplos para resaltar su sobriedad y continencia, pues parecería que quiero enseñar a la misma Minerva. Pero, si los laicos y paganos vivieron de esta manera, sin estar vinculados a ninguna religión, ¿qué has de hacer tú, clérigo y canónigo, para no preferir los torpes placeres a los divinos oficios y no te trague el torbellino de esta Caribdis, ni te enfangues sin hora y para siempre en estas obscenidades? Si no te preocupa la prerrogativa de clérigo, por lo menos defiende la dignidad de filósofo. Si se desprecia la reverencia de Dios, que el amor a la honestidad contenga la desvergüenza.

»Recuerda también que Sócrates estuvo casado y cómo lavó esta mancha de la filosofía de su vida personal a fin de que sus seguidores fueran después más cautos en seguirle. Cosa que no pasó desapercibida al mismo San Jerónimo, quien escribiendo sobre Sócrates en el primer libro *Contra Joviniano*(1), dice: "En cierta ocasión, cuando trataba de aguantar los infinitos insultos que desde una ventana le dirigía su mujer Xantipa, calado de agua sucia, por toda respuesta dijo, secándose la cabeza: 'Estaba seguro que a estos truenos seguiría la lluvia'".

(1) San Jerónimo, *Contra Jovinianum*, 1.48.

»Que sería para mí –añadió finalmente Eloísa– sumamente peligroso traérmela conmigo. Sería más de su agrado para ella –y para mí más honroso– que la llamara amiga mejor que esposa, y que me mantuviera unido a ella sólo por amor y no por vínculo alguno nupcial. Y que, si habíamos de estar algún tiempo separados, gozaríamos de unos goces tanto más intensos cuanto más espaciados.

De esta y otras maneras trataba de persuadirme o disuadirme sin que lograra doblegar mi insensatez ni siquiera molestarme por ello. Entre vehementes suspiros y lágrimas zanjó así su perorata: «Sólo queda una cosa –dijo– para que suceda lo último: que en la perdición de los dos el dolor no sea menor que el amor que lo ha precedido». Tampoco en esto –como todo el mundo sabe– le faltó el espíritu de profecía.

Nacido, pues, nuestro hijo, lo encomendamos al cuidado de mi hermana y volvimos clandestinamente a París. Después de unos días –habiendo pasado la noche en vela y oración secreta en una iglesia– muy de mañana, allí mismo, nos unimos en matrimonio en presencia de su tío y de algunos amigos tanto nuestros como de él. Luego nos fuimos secretamente cada uno por su lado. Sólo nos veíamos raras veces y en secreto, tratando de disimular lo que habíamos hecho.

Pero su tío y los criados –como buscando aliviar su deshonra– comenzaron a divulgar el matrimonio contraído y a romper la palabra que sobre este punto se me había dado. Eloísa, por su parte, anatematizaba y juraba que todo era falso. Fulberto, visiblemente exasperado, la molestaba con frecuentes insultos. Al enterarme yo, la trasladé a cierta abadía de monjas cercana a París, llamada Argenteuil, donde había sido educada de niña y aprendido las primeras letras. Mandé también que se le hiciera un hábito religioso, propio de las arrepentidas –a excepción del velo– que yo mismo le vestí.

Cuando se enteraron su tío, sus familiares y amigos, juzgaron que ahora mi engaño era completo, pues, hecha ella monja, me quedaba libre. Por lo cual, sumamente enojados, se conjuraron contra mí. Cierta noche, cuando yo me encontraba descansando y durmiendo en una habitación secreta de mi posada, me castigaron con una cruelísima e incalificable venganza, no sin antes haber comprado con dinero a un criado que me servía. Así me amputaron –con gran horror del mundo– aquellas partes de mi cuerpo con las que había cometido el mal que lamentaba. Se dieron después a la fuga. A dos de ellos que pudieron ser cogidos, se les arrancaron los ojos y los genitales. Uno de ellos era el criado arriba mencionado que, estando a mi servicio, fue arrastrado a la traición por codicia.

## 8. Castración de Abelardo. Ingreso en el monasterio de Saint Denys

Llegada la mañana, es difícil –por no decir imposible– expresar la estupefacción de toda la ciudad congregada en torno a mí. ¡Qué gritos de dolor los suyos! ¡Y cómo me afligían y perturbaban sus voces y lamentos! Sobre todo los clérigos –y mayormente nuestros estudiantes– no dejaban de atormentarme con sus intolerables lamentos y gemidos. De tal forma que me hería más la compasión que la herida misma, sintiendo más la vergüenza que el castigo, siendo más víctima del pudor que del dolor. No hacía más que pensar en la gloria de que gozaba –humillada y, tal vez, muerta– por un accidente tan fácil y tan desgraciado. No podía dejar de pensar en lo justo del juicio de Dios por haberme castigado en aquella parte del cuerpo con la que había delinquido. Volvía una y otra vez sobre la justa traición de aquél a quien yo había traicionado primero. Ni podía quitar de encima las alabanzas con que mis enemigos celebrarían justicia tan mani-

fiesta, ni la afrenta que supondría para mis parientes y amigos el azote de un dolor constante y cómo se extendería bien pronto esta deshonra por todo el mundo.

Me preguntaba, sobre todo, qué nuevos caminos me quedaban abiertos para el futuro. ¿Con qué cara podía presentarme en público si todos los dedos me señalarían? ¿No sería la comidilla de todas las lenguas y me convertiría en un espectáculo monstruoso para todos? No salía de mi confusión al recordar que –según la interpretación literal de la Ley– Dios aborrece tanto a los eunucos que los hombres a quienes se han amputado o mutilado sus testículos no pueden entrar en la iglesia, como si fueran malolientes o inmundos, pues los mismos animales, en tales condiciones, son rechazados para el sacrificio. Se dice en el Levítico: «No ofreceréis al Señor reses con testículos machacados, aplastados, arrancados o cortados»(1). Y en el Deuteronomio: «No se admite en la asamblea del Señor a quien tenga los testículos machacados o haya sido castrado, o se le hayan cortado los genitales»(2).

Confieso que, en tanta postración y miseria, fue la confusión y la vergüenza más que la sinceridad de la conversión las que me empujaron a buscar un refugio en los claustros de un monasterio. Para entonces, Eloísa, siguiendo mi consejo, había tomado ya el velo e ingresado espontáneamente en el convento. Así pues, ambos vestimos el hábito sagrado al mismo tiempo, yo en la abadía de San Dionisio y ella en el convento de Argenteuil, que ya mencioné[15]. Ella –lo recuerdo bien– al verse compadecida por muchísimos que querían alejar en vano su adolescencia del yugo de la regla monástica –cual si se tratara de una pena intolerable– prorrumpió

15. Tanto el convento de Santa María de Argenteuil como la abadía de Saint Denys están vinculados a la historia religiosa y civil de París y de Francia.

(1) Lv 22, 24. (2) Dt 23, 1.

como pudo entre lágrimas y suspiros en aquella lamentación de Lucrecia:

> *O maxime conjux!*
> *O thalamis indigne meis! Hoc juris habebat*
> *In tantum fortuna caput? Cur impia nupsi,*
> *Si miserum factura fui? Nunc accipe poenas,*
> *Sed quas luam*[16].

Dichas estas palabras, corrió al altar, tomó el velo bendecido por el obispo y ante todos los presentes se consagró a la vida monástica. Apenas me había restablecido de la herida, los clérigos empezaron a dar vueltas importunando al abad y a mí mismo para que yo me entregara al estudio por el amor de Dios, ya que antes lo había hecho movido por el deseo del dinero y de la fama. Debía considerar el talento que Dios me había confiado, pues un día me lo exigiría con interés. Debía pensar, además, que si hasta este momento me había ocupado de los ricos, de aquí en adelante sólo debería pensar en los pobres. Y que, sabedor como era, de haber sido tocado por la mano de Dios, debía entregarme con más intensidad al estudio de las letras, más libre y alejado de los placeres carnales y de la tumultuosa vida del siglo. Debía, por tanto, convertirme más en filósofo de Dios que del mundo.

La abadía a la que me había dirigido ofrecía un estilo de vida mundano y bajísimo. Su mismo abad, si era mayor que los demás en autoridad, era todavía más conocido por su peor vida y mala fama. Me gané las iras y el odio de todos por mis frecuentes y enérgicas recriminaciones –tanto en público como en privado– de sus intolerables obscenidades.

16. «¡Oh noble marido! a quien nunca merecí meter en mi lecho. / ¿Qué destino me obligó a atar tan excelsa cabeza? / ¿Por qué, despiadada, me casé contigo, si ello fue causa de tu ruina? / Exige ahora tu derecho, que yo pagaré de grado.» Lucano, *Pharsalia*, 8.94.

Todo lo cual hizo que cualquier ocasión le pareciera buena para servirse de las habladurías diarias de los discípulos y así poderme alejar de ellos. La presión continuó durante algún tiempo y sus insistencias fueron cada vez más fuertes, sin que en ellas dejaran de intervenir el abad y los monjes. Todo lo cual me obligó a retirarme a un priorato dependiente de la abadía donde pudiera entregarme a mis clases de costumbre[17]. Tan gran multitud de alumnos acudió a ellas que no había ni alojamiento ni comida para todos.

Aquí, en este lugar me entregué a lo que creía era más propio de mi profesión, a saber: el estudio de la Escritura primero, junto al ejercicio de las ciencias profanas, a las que ya estaba avezado y que ahora se me exigían de forma preferente. En realidad, traté de usar de éstas a modo de anzuelo, disfrazado con el gusto de la filosofía, a fin de arrastrar a mis oyentes al estudio de la verdadera filosofía. Tal fue la práctica de Orígenes, el más grande de los filósofos cristianos, tal como lo cuenta Eusebio en su *Historia Eclesiástica*[(1)].

Cuando comprobaron que mi conocimiento de las Sagradas Escrituras no era inferior al que Dios parecía haberme concedido en las ciencias profanas, mis clases en ambas asignaturas comenzaron a llenarse de alumnos, mientras que las demás disminuían. Esto concitó el odio y la envidia de los demás profesores, los cuales siempre que podían arremetían contra mí, objetando en mi ausencia dos cosas, principalmente. La primera, que es contrario a la vocación del monje entregarse al estudio de la literatura profana. Y la segunda, haber pretendido ejercer el magisterio de la teología sin maestro. De esta manera querían impedirme el ejercicio de la docencia, cosa a la que me incitaban constantemente arzobispos, obispos, abades y otras personas de renombre eclesiástico.

17. En Maisoncelle-Boie, cerca de Provins, en la Champagne.
(1) Eusebio, *Historia Eclesiástica*, 6, 8 ss.

## 9. Del libro de teología

Empecé explicando en mis clases el fundamento mismo de nuestra fe con argumentos sacados de la razón humana. Para ello compuse un tratado de teología destinado a los estudiantes con el título *De Unitate et Trinitate Divina.* Lo compuse a requerimiento de los alumnos mismos que me pedían razones humanas y filosóficas. Razones y no palabras –me decían–. Es superfluo proferir palabras –seguían diciendo– si no se comprenden. Ni se puede creer nada si antes no se entiende. Y es ridículo que alguien predique lo que ni él mismo entiende y que los mismos a quienes enseña no puedan entender. El Señor mismo los califica de «guías ciegos de ciegos»(1). Este tratado fue visto y leído por muchos, siendo del agrado de todos ellos, ya que les parecía responder a todos los problemas que presenta el tema. Y siendo –al parecer de todos– los problemas más difíciles, su gravedad era tanto mayor cuanto más sutil o aguda era mi solución.

Mis adversarios, encorajinados, congregaron contra mí un concilio en el que destacaban dos antiguos muñidores y adversarios míos. Me refiero a Alberico y Lotulfo, quienes –una vez muertos sus maestros y también míos, a saber, Guillermo y Anselmo– querían reinar solos después de ellos e incluso sucederles como herederos. Ambos daban clases en la escuela de Rheims y, tras repetidas insinuaciones, lograron indisponer a su obispo Radulfo contra mí. Éste, junto con Conano, obispo de Palestrina, a la sazón legado papal en Francia, lograron reunir una asamblea –que llamaron concilio– en la ciudad de Soissons. Se me invitó a que participara en ella llevando conmigo el libro tan conocido que yo había escrito sobre la Trinidad. Así lo hice, en efecto. Pero antes de presentarme yo al lugar, mis dos rivales ya mencionados, de tal forma me difamaron ante el pueblo y el clero, que poco

(1) Mt 15, 14.

faltó para que el mismo pueblo nos apedrease a mí y a los pocos discípulos que habían venido conmigo, el día de nuestra llegada. Se les había convencido de que yo afirmaba o había escrito que había tres dioses.

Tan pronto como llegué a la ciudad me presenté al legado. Le entregué una copia del tratado con el fin de que fuera examinado y juzgado, no sin antes declararle que si algo había escrito en él que se apartase de la fe católica, estaba dispuesto a corregirlo o a dar satisfacción de ello. De entrada, él me mandó entregar el libro al arzobispo y a mis dos contrincantes, pues eran ellos los que me habían de juzgar, pues ellos eran mis acusadores. Se cumplía así en mí aquello de «nuestros enemigos serán nuestros jueces»(1). A pesar de haber examinado y vuelto a examinar el libro una y otra vez, sin encontrar nada que en la audiencia se atrevieran a alegar contra mí, fueron demorando la condenación del libro –que estaban deseando– hasta la sesión final del concilio. Yo, a mi vez, durante todos los días que precedieron a la última sesión, exponía en público a todos la fe católica, tal como lo tenía escrito. Cuando el clero y el pueblo se dieron cuenta comenzaron a decirse entre sí: «Ahora sí que habla en público y nadie se atreve a decirle nada(2). El concilio que –según nos dijeron– se había convocado contra él, toca a su fin. ¿Es que los jefes no se dan cuenta de que son ellos los que yerran y no él?». Todo lo cual encendía más y más a mis enemigos.

Cierto día, Alberico se acercó a mí con algunos de sus discípulos con ánimo de tentarme. Después de unas palabras amables, me dijo que estaba extrañado de algo que había encontrado en mi libro.

–Afirmas –me dijo– que Dios engendró a Dios y que no hay más que un solo Dios. Niegas, sin embargo, que Dios se haya engendrado a sí mismo.

–Si quieres –le contesté– explicaré eso al instante.

(1) Dt 22, 31. (2) Jn 7, 26.

–No nos preocupa tanto –replicó él– la razón humana, ni la explicación que le damos, cuanto las palabras de autoridad.

–Volved la página –les dije yo– y encontraréis la autoridad que buscáis.

Tenía a mano el libro que él mismo había traído. Busqué el lugar que conocía –y que él no había sido capaz de encontrar–. O es que no buscaba más que lo que me pudiera dañar. Y quiso Dios que apareciera ante mí lo que yo iba buscando. Era el capítulo titulado: *San Agustín, De Trinitate, libro I:* «Quien piensa que Dios se engendró a sí mismo de su propia potencia, se equivoca doblemente: no sólo porque Dios no es así, sino además porque no es criatura ni espiritual ni corporal. No es, pues, ninguna cosa que se pueda engendrar a sí misma»(1).

Cuando los discípulos que estaban presentes oyeron esto, enrojecieron de estupor. Él, en cambio –como para defenderse– dijo:

–Habrá que entenderlo bien.

–No es nada nuevo –añadí yo–; pero éste no es el caso ahora –pues me había pedido las palabras, no el sentido de las mismas. –Y añadí:

–Si quieres escuchar el sentido y la explicación de las mismas, estoy dispuesto a exponerlos, tal como aparece en la proposición citada. Y puedo probarte además que has caído en esa herejía que supone que el Padre es Hijo de sí mismo.

Cuando oyó esto, montó en cólera y pasó a las amenazas, asegurándome que no me valdrían ni mis razones ni mis autoridades. Y así se despidió.

El último día del concilio –antes de reunirse para el veredicto–, el legado y el arzobispo, junto con mis adversarios y alguna otra persona, parlamentaron largamente, para deci-

(1) San Agustín, *De Trinitate,* 1, 1.

dir sobre mí y mi libro, asunto para el que principalmente habían sido convocados. Ni de mis palabras ni de mi escrito –que era de lo que ahora se trataba– lograron sacar nada contra mí. Entonces, Godofredo, obispo de Chartres –que sobresalía por encima de los demás obispos por su fama y por la dignidad de su sede– al ver que todos se callaban o arremetían menos abiertamente contra mí, habló de esta manera:

–Señores: todos los aquí presentes conocéis la doctrina de este hombre. Sabéis también quién es, y su gran talento. No ignoráis tampoco que en todas las cosas que se ha propuesto ha tenido muchos admiradores y seguidores, superando la fama tanto de sus maestros como de los nuestros y extendiendo –como quien dice– los pámpanos de su viña de mar a mar(1). Si, llevados de prejuicios, le condenáis –aunque sea justamente– sabed que ofenderéis a muchos y que habrá más que estén dispuestos a defenderle. Sobre todo no encontrando en sus escritos nada que sea una falsedad manifiesta. Debéis recordar además el consejo de San Jerónimo: Un valor manifiesto siempre suscita envidiosos(2).

»Y aquellos versos:

*... Feriuntque summos*
*Fulgura montes*[18].

»Considerad, pues, si, obrando violentamente de vuestra parte, no vais a aumentar más su renombre, y si no nos perjudicamos más nosotros por nuestra envidia de lo que él queda perjudicado por la justicia. "Un falso rumor –nos recuerda también San Jerónimo– se apaga pronto, y la vida posterior de un hombre se encarga de hacerle justicia"(3). Si

18. «Y los rayos siempre descargan sobre las cumbres de los montes.» Horacio, *Odas* II, 10, 11.
(1) Sal 80, 8-12. (2) San Jerónimo, *Cartas*, 54, 13. (3) San Jerónimo, *Cartas*, 54, 13.

os disponéis a actuar contra él canónicamente, pónganse sobre el tapete su doctrina y su escrito y sea permitido al interrogado responder libremente. De esta manera, el confeso y convicto callará, según aquella sentencia de Nicodemus: "¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin antes oírle y conocer lo que ha hecho?"(1).

Al oír esto mis adversarios, se le echaron encima gritando:

–Consejo de sabio, en verdad. ¡Como si nosotros pudiéramos oponernos a las palabras de aquél, cuyos argumentos y sofismas no podría resistir el mundo entero que se le pusiera delante! –Pero pienso que mucho más difícil era enfrentarse con el mismo Cristo, a quien Nicodemo invitaba a ser oído, según la prescripción de la Ley.

Como el obispo no lograse convencerlos, trató, por otro camino, de frenar su envidia, afirmando que, para una discusión de tanta monta, no bastaban los pocos que estaban presentes y que tal causa exigía un examen más detenido. «Por lo demás –dijo– mi único consejo es éste: que su abad, aquí presente, le mande volver a su abadía, es decir, al monasterio de San Dionisio. Una vez allí, sean convocadas más personas y más doctas que, después de un detenido examen, determinen lo que se ha de hacer.»

El legado asintió a este último consejo, siguiéndole los demás. Seguidamente, el legado se levantó para celebrar la misa, antes de abrir el concilio. Y, por medio del obispo Godofredo, me transmitió la orden adoptada de volver a mi monasterio, donde debía aguardar el veredicto. Entonces, mis adversarios –pensando que nada habían conseguido si este asunto se juzgaba fuera de su diócesis, pues no podían manejar el concilio– convencieron al arzobispo, ellos, los que menos confiaban en la justicia, de que sería una ignominia para él si esta causa pasaba a otro tribunal, constituyen-

(1) Jn 7, 51.

do un peligro si yo lograba escapar de esta manera. Sin perder tiempo, se presentaron al legado logrando hacerle cambiar de opinión y obligándole –contra su voluntad– a condenar el libro sin ningún examen y a quemarlo en presencia de todos. Le obligaron asimismo a recluirme en perpetua clausura en un monasterio extraño. Decían que para la condenación del libro bastaba el que yo me hubiera atrevido a leerlo en público sin la autorización del romano pontífice ni de la Iglesia. Alegaban también que lo había entregado a muchos para que sacaran copias. Todo lo cual sería de gran provecho a la fe cristiana, si, con mi ejemplo, se evitara la presunción de otros muchos.

El legado era menos letrado de lo que hubiera hecho falta, por eso se apoyaba más de lo necesario en el consejo del arzobispo y éste, a su vez, en el de ellos. Todas estas maquinaciones llegaron a oídos de mi obispo de Chalons, quien me las comunicó al instante, exhortándome vivamente a que soportara todo con tanta más humildad, cuanto más clara parecía a todos su violencia. «No te quepa duda –añadió– de que la violencia de su envidia redundará en perjuicio de ellos y en beneficio tuyo. Tampoco debe turbarte –añadió– el confinamiento en el monasterio. Has de saber que el mismo legado –que lo hacía obligado– te librará después de algunos días de salir de aquí.» Así pues, me consoló, fundiendo sus lágrimas con las mías.

## 10. Quema de su libro

Por fin, fui llamado, presentándome inmediatamente al concilio. Sin ningún proceso de juicio me obligaron a que, con mi propia mano, arrojara al fuego el mencionado libro. Y así se quemó. Como nadie parecía decir nada, uno de mis adversarios se atrevió a murmurar en voz baja que había podido leer en mi libro que sólo Dios Padre era Omnipo-

tente. Llegó a oídos del legado, quien lleno de extrañeza le dijo que esto ni de un niño de pecho se podía creer, ya que la fe común afirma y confiesa que los tres son omnipotentes. Al oír esto, un director de escuela, llamado Thierry, se echó a reír, citando las palabras de San Atanasio: «Y, sin embargo, no son tres omnipotentes, sino uno solo omnipotente»(1).

El obispo le increpó con dureza y le respondió como a un reo que se atrevía a hablar con majestad. Pero él le hizo frente con valentía y, recordando las palabras de Daniel, le dijo: «¿Pero estáis locos, israelitas? ¿Conque sin discutir la causa ni conocer la verdad, condenáis a un israelita? Volved al tribunal y juzgad al mismo juez –dijo–. Habéis nombrado a un juez tal –para la enseñanza de la fe y la corrección del error– que, debiendo juzgar, se ha condenado a sí mismo por su propia boca. Librad hoy, por la misericordia divina al inocente, como en otro tiempo a Susana de los falsos profetas».

Levantándose entonces el arzobispo, cambió las palabras y confirmó –como era de rigor– la sentencia del legado, diciendo: «En verdad, Señor, Omnipotente el Espíritu Santo. Y quien se aparta de esto, yerra y no hay que oírlo. Y ahora, si lo creéis conveniente, sería bueno que ese hermano exponga su fe delante de todos a fin de que, cual conviene, sea aprobado, reprobado o corregido».

Cuando me levantaba a profesar y a exponer mi fe, tratando de expresar con palabras lo que sentía, mis adversarios me dijeron que no necesitaba más que recitar el símbolo atanasiano, cosa que podía hacer también un chiquillo. Y para que no me excusara por ignorancia –como si me faltara el uso de las palabras– me obligaron a que lo llevara escrito y lo leyera. Lo leí –mal que bien– entre suspiros, sollozos y lágrimas. Reo y confeso, soy entregado al abad de San Medar-

(1) Símbolo atanasiano; Dn 48, 49.

do[19], allí presente, siendo arrastrado a su claustro como a una cárcel. El concilio se dispersó inmediatamente. El abad y los monjes de aquel monasterio -pensando que quedaría más con ellos- me recibieron con gran gozo, esforzándose en vano por consolarme y llenándome de atenciones.

¡Dios, que juzgas con equidad! ¡Y con qué hiel en mi alma y con qué angustia de espíritu me revolvía yo entonces, loco de mí! Te acusaba furibundo, repitiendo a cada instante la pregunta de San Antonio: «¿Jesús bueno, dónde estabas?». No puedo expresar ahora el dolor que entonces me quemaba, la vergüenza que me confundía y la desesperación que me perturbaba. Trataba de comparar lo que en otro tiempo había padecido en mi cuerpo con lo que ahora padecía y me tenía a mí mismo como el más miserable de los hombres. La traición de que había sido objeto la consideraba insignificante comparada con esta injuria y lloraba mucho más el detrimento del honor que el del cuerpo. Si por mi culpa había incurrido en la injuria del cuerpo, a esta violencia tan patente sólo me habían inducido mi sincera intención y mi amor a nuestra común fe. Ellos solos me habían empujado a escribir.

Todos aquellos a quienes llegó la noticia de la crueldad y apasionamiento con que se me había tratado, protestaban con energía. De la misma manera, todos los que habían intervenido se disculpaban, pasándose la culpa unos a otros. Hasta el punto que mis mismos adversarios llegaron a negar que todo esto se hubiera hecho con su consejo. El propio legado delató en público la envidia de los franceses a este respecto. Y así, pocos días después, arrepentido de haber sido coaccionado por la envidia de mis adversarios, me sacó del monasterio de San Medardo y me devolvió al mío.

Aquí -como ya dije- me volví a encontrar con unos monjes corrompidos en su mayoría. Su vida desordenada y sus

19. Abadía cluniacense en Soissons, donde fue injustamente juzgado y condenado Abelardo.

modales mundanos hacían de mí un individuo sospechoso, cuyas críticas difícilmente podían tolerar. Pasados algunos meses, la suerte les deparó la ocasión de quitarme de enmedio. Un día, cuando estaba leyendo, me topé con una frase de Beda en su *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*(1). En ella afirma que Dionisio Areopagita había sido obispo de Corinto y no de Atenas. Esto les pareció contrario a lo que ellos pensaban, pues se jactaban de que su patrono, Dionisio, era aquel aeropagita que fue obispo de Atenas, según narra la historia. Habiendo encontrado el citado texto, mostré, como en broma, a algunos de los hermanos que me rodeaban el citado testimonio de Beda que volvían contra mí. Ellos, indignados, dijeron que Beda era un autor lleno de mentiras y que para ellos su abad Hilduin[20] era un testigo mucho más fiable. El cual para comprobar este dato había recorrido Grecia durante mucho tiempo y, una vez conocida toda la verdad, había disipado toda duda al respecto con los hechos que transcribió de él. Uno de ellos me preguntó a bocajarro cuál era mi opinión sobre esta controversia acerca de Beda e Hilduin. Le respondí que, para mí, era más fiable la autoridad de Beda, cuyos escritos se leen en toda la Iglesia latina.

Les bastó esto para enfurecerse contra mí, diciéndome a voces: «Está bien claro que siempre has sido la peste de nuestro monasterio. Y prueba de ello es que ahora acabas de deshonrar a todo el reino, quitándole aquel honor que era su máxima gloria, pues negaba que fuese su patrono el Areopagita». Yo les respondí que ni lo había negado ni me importa-

20. No se ha de confundir este Dionisio con San Dionisio Areopagita convertido por San Pablo (Hch 17, 34), ni tampoco con el llamado Pseudo-Dionisio, monje sirio del siglo V, que tanta influencia tuvo en el pensamiento místico y teológico de la Edad Media. Este San Dionisio de que aquí se habla es un mártir del siglo III, santo patrono de Francia y de la abadía que lleva su nombre.

(1) Beda el Venerable, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 17.

ba mucho si el mismo Areopagita era oriundo de otro lugar, con tal que ante Dios hubiera adquirido tan gran corona de gloria. Corrieron apresuradamente al abad, anunciándole lo que de mí habían oído. El abad se regocijó con el cuento, pues le daba una oportunidad para humillarme, ya que me temía tanto más cuanto más torpe era su vida que la de los demás.

Convocado el consejo del monasterio y convocados los hermanos me amenazó gravemente. Me dijo que se presentaría ante el rey, para pedir venganza a mí, como si le hubiera robado la gloria y la corona de su reino. Mientras tanto, me puso bajo vigilancia hasta ser entregado al rey. Le dije que si algo había hecho mal estaba dispuesto a someterme a la disciplina regular. Pero fue en vano.

Horrorizado entonces, por su venganza, y completamente desesperado de mi mala y prolongada suerte –como si todo el mundo estuviese conjurado contra mí– hui a escondidas durante la noche aconsejado por algunos hermanos y con la ayuda de algunos de mis discípulos. Me refugié en el territorio cercano del conde Teobaldo[21], donde anteriormente había permanecido escondido en un priorato. Él sabía ya un poco de mí y había oído de mis padecimientos con gran pena por su parte.

Comencé a vivir en Provins[22] en un monasterio de monjes de Troyes, cuyo prior ya me era conocido y éramos muy amigos. Se alegró, pues, de mi llegada, atendiéndome con toda clase de atenciones. Cierto día, se acercó mi abad para visitar al conde y tratar algunos asuntos. Tan pronto como lo supe me fui al conde con el prior rogándole que intercediera por mí ante mi abad para que me perdonara y me dejara vi-

21. *Teobaldo.* Conde de Troyes y Champagne, sobrino de Enrique I de Inglaterra. Mantuvo una relación amistosa con San Bernardo.
22. Priorato de S. Ayoul en la parte baja de Provins, cuya iglesia subsiste todavía.

vir monásticamente donde hubiera un lugar adecuado para mí. Él y los que estaban con él llevaron el asunto al consejo, respondiendo que lo tratarían ese mismo día antes de marchar. Reunido el consejo, les pareció que yo quería ser trasladado a otra abadía, lo que sería una bofetada para la suya. Creían que su mayor gloria era que yo me hubiera alojado con ellos en mi conversión, como si con esta decisión mía hubiera despreciado a las demás abadías. Si ahora me pasaba a vivir con otros, caería un gran oprobio sobre ellos.

En consecuencia, que no quisieron oírme ni a mí ni al conde sobre este tema. Y pasaron inmediatamente a amenazarme, incluso con la excomunión, si no volvía. Prohibieron asimismo al prior, en cuyo monasterio me había refugiado, que me retuviera en adelante, si no quería ser también partícipe de la excomunión.

Al oír esto, tanto el prior como yo quedamos estupefactos. El abad partió obcecado en su obstinación, muriendo a los pocos días. Nombrado su sucesor, me presenté a él con el obispo de Meaux esperando que accediera a lo que había pedido a su predecesor. Al principio no quiso saber nada del asunto. Después, por mediación de algunos amigos míos, apelé al rey y a su consejo, consiguiendo, de este modo, lo que pedía. Esteban, que era a la sazón mayordomo real, llamó al abad y a sus consejeros. «¿Por qué –les dijo– queréis retener contra su voluntad a ese hombre? ¿No veis que puede derivar fácilmente en escándalo (aparte de no tener utilidad alguna) retener a un hombre cuya vida (como es de todos conocido) es irreconciliable con la vuestra?» Yo sabía que la sentencia del consejo real se apoyaría en este simple razonamiento: cuanto menos observante y regular fuese aquella abadía, más sujeta y útil sería al rey en lo referente, claro está, a los beneficios temporales. Por lo mismo, estaba seguro de conseguir fácilmente el asentimiento del rey y de su consejo. Y así fue. Pero para que mi monasterio no perdiera la aureola de gloria que por mí tenía, me permitieron elegir

la soledad que yo quisiera, con tal de que no me sometiera a ninguna abadía. Ambas cosas fueron convenidas y confirmadas en presencia del rey y de los suyos.

Me dirigí a un lugar solitario, que había conocido antes, en el término de Troyes. Allí –en una parcela de tierra que algunos me dieron– con el permiso del obispo del lugar, levanté con cañas y paja un oratorio que dediqué a la Santísima Trinidad[23]. Allí, escondido con un clérigo amigo mío, pude al fin cantar al Señor con el Salmo: «Salí huyendo, y viví en la soledad»[(1)].

## 11. La vida de soledad. El Paráclito

Conocido esto por los estudiantes, comenzaron a llegar de todas partes. Dejaban las ciudades y las aldeas para poblar la soledad. Abandonaban sus amplias mansiones para construirse pequeñas tiendas. Sustituían los alimentos delicados por hierbas salvajes y pan duro; los lechos blandos por camastros de paja y las mesas por simples taburetes. Se diría que imitaban a los antiguos filósofos, de quienes habla San Jerónimo en el Libro II *Contra Joviniano*[(2)]:

«Por los sentidos –como por ciertas ventanas– se introduce el vicio en el alma. Ni la metrópoli, ni la ciudadela de la mente pueden tomarse si el ejército enemigo no se precipita por las puertas. Si alguien se deleita con el circo, la lucha de los atletas, los movimientos de los histriones, la belleza de las mujeres, el brillo de las perlas, de los vestidos y otras cosas semejantes, es que la libertad del alma quedó atrapada a través de las ventanas de los ojos. Se cumple con ello la palabra del profeta: "La muerte entró por nuestras ventanas".»[(3)]

23. Dicho oratorio estaba a orillas del río Ardusson, seis kilómetros al sudeste de Noguent-sur-Seine.

(1) Sal 55, 7. (2) San Jerónimo, *Contra Jovinianum*, 8 ss. (3) Jr 9, 21.

«¿Dónde está, por consiguiente, la libertad, si por estas puertas entran en la ciudadela de nuestra mente las cuñas de las perturbaciones? ¿Dónde su fortaleza? ¿Dónde el pensamiento de Dios? Sobre todo cuando su sensibilidad le vuelva a pintar los vicios pasados y el recuerdo de los vicios obligue al alma a consentir y, en cierto modo, a ejercitar lo que ya no hace. Atraídos por estas razones, muchos de los filósofos dejaron de frecuentar las ciudades y los jardines que las rodean. Sabían que los campos regados, la fronda de los árboles, el susurro de las aves, el espejo de la fuente, el río que murmura y otras muchas atracciones de los ojos y de los oídos, ablandan la pureza del alma y ensucian su pureza con el lujo y la abundancia de las cosas. Nada bueno resulta de mirar con frecuencia aquellas cosas que nos sedujeron y entregarte a la experiencia de aquéllas que, difícilmente, puedes dejar. Los mismos pitagóricos, apartándose de estas cosas, trataron de habitar en la soledad y en lugares desiertos. Lo mismo hizo Platón, quien, siendo rico –y después que Diógenes pateara su lecho con los pies enfangados– eligió la finca de la Academia para poder dedicarse a la filosofía. Sabido es que el lugar no sólo estaba alejado de la ciudad, sino que era desierto y pestilente. Allí, preocupado por la frecuencia de las enfermedades, quedarían rotos los ímpetus de la concupiscencia y sus discípulos no tendrían más apetencia que la de aprender»[1].

Ésta fue también –según dicen– la vida de los hijos de los profetas, seguidores de Eliseo[2]. De ellos dice el mismo San Jerónimo –como si fueran monjes de aquel tiempo– cuando escribe al monje *Rústico*, entre otras cosas: «Los hijos de los profetas –que el Antiguo Testamento llama monjes– se edificaban pequeñas chozas a las orillas del Jordán y –dejando las turbas y las ciudades– se alimentaban con pan de cebada y

(1) Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos*, 6, 26. (2) 2 Re 6, 1; San Jerónimo, *Cartas*, 125, 7.

hierbas salvajes». De la misma manera, mis discípulos, edificando sus chabolas a lo largo del río Ardusson, parecían más ermitaños que escolares.

Pero cuanto mayor era la confluencia de los estudiante y más dura era la vida que llevaban a causa de mi doctrina, más gloria veían mis rivales que esto me reportaba y más desdoro para ellos. Habían hecho todo lo que podían contra mí y les dolía que todo conspirase a mi favor. De tal manera –según las propias palabras de San Jerónimo: «Yo, alejado de las ciudades, de los negocios, de los pleitos, del bullicio de las turbas, fui encontrado en mi soledad por la envidia, como dice Quintiliano»(1). Todos ellos se lamentaban en silencio sus errores y se quejaban entre sí, diciendo: «Todo el mundo va tras él. Nada adelantamos con perseguirle, por el contrario, le damos más fama. Tratamos de borrar su nombre y he aquí que le damos más brillo. En las ciudades los estudiantes tienen a mano cuanto necesitan y, no obstante, despreciando las delicias de la sociedad, se vuelven a la escasez de la soledad y de grado se hacen pobres»(2).

Fue entonces cuando, empujado por una pobreza intolerable, me vi obligado a volver al régimen de las clases, pues «no podía cavar y me daba vergüenza pedir limosna»(3). Recurrí al arte que conocía, es decir, al oficio de la lengua, en lugar del trabajo manual. Pero los estudiantes me proporcionaban de grado cuanto yo necesitaba, tanto en la comida como en el vestido, en el cuidado de los campos, como en los gastos de los edificios. Y como en mi oratorio no cabía más que una pequeña parte de ellos, lo ampliaron y lo mejoraron, construyéndolo con piedras y vigas de madera. Había sido fundado y dedicado en honor de la Santísima Trinidad. Prófugo como llegué allí, y casi ya desesperado, empecé a respirar un poco de consuelo divino. Por este favor y gracia le di el nombre de *Paráclito,* consolador. Al oírlo, muchos

(1) Quintiliano, *Declamationes* 13, 2. (2) Jn 12, 19. (3) Lc 16, 3.

quedaron sorprendidos, rechazándolo algunos con fuerza. «No es lícito –decían– dedicar al Espíritu Santo ninguna iglesia de un modo específico y distinto que a Dios Padre. O bien –según la antigua tradición– al Hijo solo o a la Trinidad.»

A tal calumnia les indujo sobre todo el error que tenían de que entre el Paráclito y el Espíritu Santo paráclito no existía relación alguna. De hecho, nos podemos dirigir a la Trinidad o a alguna de las personas de la Trinidad como a Dios y Protector. De la misma manera nos podemos dirigir como a Paráclito, esto es Confortador, según aquellas palabras del Apóstol: «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones»(1). Y como dice la Verdad: «Él os dará otro Consolador»(2). ¿Qué impide, pues, que estando toda la Iglesia consagrada al nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se dedique la casa del Señor al Padre, al Espíritu Santo o al Hijo? ¿Quién se atreverá a borrar su título del frontispicio del vestíbulo? Lo diré de otra manera: Cuando el Hijo se ofrece en sacrificio al Padre y, en consecuencia, en la celebración de la misa tanto las oraciones como la inmolación de la víctima se dirigen de modo especial al Padre, ¿por qué el altar no ha de ser, particularmente, de Aquél a quien se ofrecen de modo especial las oraciones y el sacrificio? ¿Es mejor decir que el altar pertenece a aquél que es sacrificado que a aquél a quien va dirigido el sacrificio? ¿Se atrevería alguno a afirmar que un altar es mejor altar porque se le llame el de la Cruz del Señor, del Sepulcro, de San Miguel, de San Juan o de San Pedro o de cualquier otro santo que ni se sacrificó en él ni se le ofrecen en él oraciones ni sacrificio? Ni entre los mismos idólatras los altares o los templos estaban dedicados más que a los mismos a quienes querían ofrecer sacrificios y obsequios.

(1) 2 Cor 1, 3-4; Jn 14, 16. (2) Hch 1 ss.

Quizá diga alguien que, por eso mismo, no hay altares o iglesias dedicadas al Padre, pues no existe una fiesta dedicada a tal solemnidad. Esta manera de argumentar privaría de fiesta a la Trinidad, no al Espíritu Santo, ya que éste tiene por su venida su propia fiesta de Pentecostés[24]. De la misma manera que el Hijo tiene la suya por su Nacimiento. Como el Hijo fue enviado al mundo, de la misma manera el Espíritu Santo al ser enviado a los discípulos está pidiendo su propia festividad.

¿A cuál de las personas deberíamos dedicar el templo con más propiedad que al Espíritu Santo, si tenemos en cuenta la autoridad apostólica y la manera de obrar del mismo Espíritu? A ninguna de las tres personas más que al Espíritu Santo atribuye el apóstol el templo espiritual. No habla del templo del Padre, ni del Hijo, sino del templo del Espíritu Santo, cuando escribe en los Corintios: «Estar unidos al Señor es ser un espíritu con Él»[(1)].Y añade: «Sabéis muy bien que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, porque Dios os lo ha dado»[(2)]. ¿Quién no sabe atribuir los favores divinos de los sacramentos administrados en la Iglesia a la acción de la gracia divina, es decir, al Espíritu Santo? En el bautismo renacemos del agua y del Espíritu Santo. Y es entonces cuando nos constituimos en templos para Dios. La gracia del Espíritu Septiforme se nos confiere en la confirmación con aquellos dones con que el mismo templo de Dios se adorna y se dedica. ¿Tiene algo de extraño, pues, que llamemos templo corporal a aquella persona a quien el Apóstol atribuye un templo espiritual especial? ¿A quién se puede consagrar con más propiedad una iglesia sino a aquél a cuyo poder efectivo se atribuyen, de modo especial, los beneficios de los sacramentos de la Iglesia?

24. Fiesta de Pentecostés o del Espíritu Santo.
(1) 1 Cor 6, 17. (2) 1 Cor 6, 19.

Sin embargo, cuando di por primera vez el nombre de Paráclito al oratorio, no tenía intención de dedicarlo a una sola persona. Le di tal nombre –como arriba dije– pensando en el consuelo que yo había encontrado en él. Pero –aun en el caso de haberlo hecho por la razón que todos creían– no sería descabellado, si bien no acostumbrado.

## 12. Nuevas persecuciones

En este lugar escondí mi cuerpo, mientras mi fama cabalgaba por todo el mundo. Trataba de detener en vano aquella ficción poética llamado Eco(1), que al principio parece ser una gran voz pero luego no es nada. Mis primeros adversarios, viéndose impotentes por sí mismos, suscitaron contra mí nuevos apóstoles[25] en quienes el mundo confiaba mucho. De ellos, uno se jactaba de haber reformado la vida de los canónigos regulares, y el otro la de los monjes. Éstos iban de un lado para otro del país, zahiriéndome cuanto podían con sus predicaciones, hasta el punto de hacerme despreciable tanto a los poderes eclesiásticos como seculares. Tan siniestras cosas propalaron sobre mi fe y mi estilo de vida, que llegaron a indisponer contra mí a los principales de mis amigos, de tal forma que, si todavía les quedaba algún afecto hacia mi persona, por miedo a ellos lo disimulaban como podían.

Dios es mi testigo de que cuantas veces llegaba a mis oídos la noticia de una reunión de eclesiásticos, pensaba que estaban tratando mi condenación. Consternado, como aquél a quien cae encima un rayo, esperaba ser llevado como hereje

25. No sabemos quiénes pudieran ser estos «nuevos apóstoles» enemigos suyos. Algunos ven a San Bernardo y otros monjes de Claraval. Otros a San Norberto, fundador de los premonstratenses.
(1) Ovidio, *Metamorphoses*, 2, 359.

y profano ante los concilios y sínodos. Sirviéndome de la comparación de la pulga y el león y de la hormiga y el elefante, diré que mis enemigos me perseguían con ánimo no más dulce que los herejes lo hicieran en otro tiempo con San Atanasio. Con frecuencia –Dios lo sabe– caía en tan gran desesperación que me venía la idea de atravesar las fronteras de los cristianos para pasarme a los gentiles[26]. Por lo menos allí viviría tranquila y cristianamente –pagando cualquier tributo– entre los enemigos de Cristo. Me decía a mí mismo que me serían tanto más propicios, cuanto menos cristiano me consideraran a causa del crimen que se me imputaba y, de esta manera, creyeran que podían inclinarme más fácilmente a su secta.

## 13. NUEVA ABADÍA. PERSECUCIÓN Y TIRANÍA DE LOS MONJES

En medio de tantas y tan persistentes angustias –como una última decisión– me resolví a refugiarme en Cristo entre los enemigos de Cristo. Pensé que se me ofrecía una oportunidad que traería un poco de respiro a tantas asechanzas como se me tendían. Pero caí en manos de cristianos y de monjes mucho más severos y peores que los mismos gentiles.

En Bretaña, y en la diócesis de Vannes, había una abadía dedicada a San Gildas de Rhuys. Se hallaba, a la sazón, sin superior y abandonada tras la muerte de su abad. Por elección unánime de los monjes fui invitado a ella, después que el señor de la tierra diera su consentimiento y se consiguiera fácilmente el permiso del abad y de los monjes de mi monas-

26. «Tierras de sarracenos.» Abelardo culpa de prejuicios y persecuciones a las autoridades eclesiásticas. Esto le lleva a pensar en huir a tierras de moros. Su discípulo Hilario parece atribuir la marcha de Abelardo a la conducta desordenada de muchos de sus discípulos.

terio. De esta manera, la envidia de los francos me llevó a Occidente, lo mismo que la envidia de los romanos había llevado a San Jerónimo a Oriente[27]. Nunca –bien lo sabe Dios– me hubiera avenido a ello, de no pensar, como acabo de decir, que podía verme libre de la incesante opresión de que era víctima.

Era una tierra bárbara, cuya lengua me era desconocida. Y para nadie era un secreto la vida disoluta e indomable de aquellos monjes, una vida que resultaba licenciosa e inhumana a los mismos habitantes del país. Como aquel sobre el que cuelga una espada se lanza aterrado por un precipicio y –tratando de evadir una muerte, se encuentra con otra– de la misma manera yo pasé conscientemente de un peligro a otro. Y allí, frente al estruendo de las olas del Océano –pues los confines de la tierra me impedían la fuga– no cesaba de repetir en mis oraciones las palabras del Salmo: «Desde el confín de la tierra clamo a ti, Señor, lleno de angustia mi corazón»[(1)].

Creo que a nadie se le oculta la angustia de mi atormentado corazón al pensar, día y noche, en los peligros de cuerpo y alma que me amenazaban desde que tomé la dirección de aquella comunidad indisciplinada de monjes. Estaba seguro de que, si intentaba reducirlos a la disciplina que habían profesado, no podría vivir. Y de que, si no intentaba hacer lo posible para conseguirlo, me condenaría. Debo añadir, también, que cierto señor muy poderoso en aquella tierra hacía tiempo que tenía sometida a su servicio a la abadía, amparándose en el mismo desorden del monasterio. Se había apoderado de todas las tierras aledañas a éste y había gravado con impuestos más fuertes a los mismos monjes que si se tratase de judíos sujetos a tributos[28]. Todos los días

27. Alude a algunos de los señores feudales del lugar.
28. Durante la Edad Media los judíos estaban sujetos a impuestos especiales en algunos lugares.
(1) Sal 61, 2.

me urgían ellos con sus necesidades. Y no teniendo nada en común que yo les pudiera proporcionar, cada uno se proveía a sí mismo, a las concubinas, a los hijos e hijas, sacándolo de sus propias reservas. Se alegraban de que yo estuviera afligido por esto –y ellos mismos se soliviantaban y llevaban cuanto podían– pensando que, si fracasaba en la administración, me vería obligado a aflojar en la disciplina o a terminar por irme.

Toda la población de la zona era salvaje, al margen de la ley y sin control. No tenían ningún hombre en quien pudiera refugiarme, pues rechazaba las costumbres de todos ellos. Desde fuera del monasterio, el tirano y sus satélites no cesaban de presionarme. Y, desde dentro, eran incesantes los acosos de mis hermanos, hasta el punto de aplicar a mi situación aquellas palabras del apóstol: «Fuera, las luchas; dentro, el miedo»(1).

No podía quitar de encima el pensamiento de la inutilidad y la miseria que llevaba. Lamentaba mi vida estéril tanto para mí como para los demás. Si antes había sido útil a los clérigos, ahora –habiéndolos dejado por los monjes– no producía ningún fruto ni en éstos ni en aquéllos. Definitivamente, había fracasado tanto en mis proyectos como en mis esfuerzos. Llegué a pensar que, con toda razón, podía ser increpado por todos: «Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar»(2). Me encontraba hondamente desesperado al recordar de dónde había huido y adónde me había metido. Daba por nulas mis primeras molestias y me increpaba a mí mismo, diciendo: «Lo tienes bien merecido porque dejaste al Paráclito, el Consolador, y te has venido a meter en la desolación. Queriendo evitar las amenazas, caíste en peligros ciertos».

Lo que más me atormentaba era que –habiendo abandonado mi oratorio– ya no podía ocuparme, cual convenía, en

(1) 2 Cor 7, 5. (2) Lc 14, 30.

la celebración del Oficio Divino. La excesiva pobreza del lugar apenas si podía satisfacer las necesidades de un solo hombre. Pero, nuevamente, el mismo Paráclito se cuidó de proporcionarme el mayor consuelo en mi abatimiento, pues puso a mi disposición un oratorio a su misma medida.

Un buen día, mi abad adquirió, con algunos medios, la ya conocida abadía de San Dionisio de Argenteuil, que ya desde antiguo pertenecía de derecho al monasterio. En dicha abadía había tomado el hábito Eloísa, mi hermana en Cristo, no ya mi mujer. En ella hacía de priora mi antigua compañera, que, junto con la comunidad de monjas, fue expulsada. El verlas dispersas de un lugar para otro me hizo entender que el Señor me deparaba una magnífica ocasión para ocuparme del oratorio. Así pues, me volví allí y la invité a ella y a algunas otras, que no quisieron dejarla sola, a que vinieran al mencionado oratorio de Paráclito. Una vez congregadas en él, les ofrecí y di el oratorio con todas sus pertenencias. Esta misma donación mía –con el consentimiento e intervención del obispo del lugar– fue confirmada por el papa Inocencio II, dándosela en privilegio y a perpetuidad a ella y a sus seguidoras.

Al principio, su vida estuvo llena de dificultades y, durante algún tiempo, carecían de casi todo. Pero Dios vino pronto en ayuda de quienes le servían con sinceridad. Demostró ser un verdadero Paráclito poniendo de su parte a la gente que se encontró dispuesta a ayudarles. Con toda franqueza, pienso que, en sólo un año, sus bienes materiales se multiplicaron más que los míos lo hubieran hecho en cien de haber permanecido yo allí. Una mujer –considerada del sexo débil– es más digna de compasión en una situación de necesidad y fácilmente despierta el corazón. Su virtud es más agradable a Dios que al mismo hombre.

Tal favor derramó Dios a los ojos de todos a aquella hermana mía, que estaba al frente de las demás monjas, que los obispos la querían como a una hija, los abades como a una

hermana y los seglares como a una madre. Todos por igual admiraban su piedad y sabiduría, así como su inigualada delicadeza y paciencia en toda circunstancia. Cuanto más se hurtaba a las miradas –para así poder entregarse sin distracción a la oración y meditación de las cosas santas encerrada en su celda– con más ansias exigían los de fuera su presencia y su conversación espiritual para pedirle guía y dirección.

## 14. Nuevas difamaciones

Pero, precisamente entonces, la gente de los alrededores empezó a atacarme con violencia, pensando que hacía menos de lo que debía y podía para proveer a las necesidades de las monjas. Pues como ellos decían, yo podía hacerlo, si quería, al menos por medio de mi predicación. Esto hizo que comenzara a visitarlas con más frecuencia para ver qué podía hacer por ellas. Todo lo cual suscitó maliciosas insinuaciones. La ya conocida maldad de mis adversarios tuvo la desvergüenza de acusarme de estar haciendo lo que una genuina caridad haría, porque yo seguía siendo un esclavo de los placeres, de los deseos carnales y no podía sobrellevar la ausencia de la mujer a quien había amado en otro tiempo. Muchas veces me repetía a mí mismo el lamento de San Jerónimo sobre los falsos amigos, en su carta a Asella[1]: «La única falta que me encuentro es mi sexo, y éste solamente cuando Paula acude a verme a Jerusalén». Y añade: «Antes de conocer yo la casa de Paula la santa, los elogios a mi persona corrían de boca en boca por toda la ciudad y casi todos me juzgaban digno de los más altos cargos dentro de la Iglesia. Pero me doy cuenta de que nuestro camino hacia el reino de los cielos, se hace pasando por la buena y mala reputación».

(1) San Jerónimo, *Cartas*, 45, 2.

Cuando llegué a entender la injusticia de tal calumnia a un tan gran hombre, sentí no pequeño alivio. Si mis enemigos –me decía a mí mismo– han sido capaces de encontrar tan fundadas sospechas en torno a mi persona, cuál no tendrá que ser mi sufrimiento por semejante patraña. Pero, ahora que, por la misericordia de Dios, me he visto libre de tal sospecha y ha desaparecido de mí el poder de cometer esta falta, ¿cómo es posible mantener tal sospecha? ¿Qué se busca con esta última y monstruosa acusación? Mi condición presente aleja la duda de la mente de todo hombre de obrar mal. De manera que los que vigilan a sus mujeres se sirven de eunucos, tal como nos cuenta la Historia Sagrada en el caso de Ester y de las otras concubinas del rey Asuero[1]. Leemos también que hubo otro eunuco[2], de la reina etíope de Candace –y administrador de todos sus bienes– a quien fue dirigido el apóstol Felipe para que lo convirtiera y bautizara. Tales hombres han gozado siempre de tanta más responsabilidad y confianza en los hogares de mujeres recatadas y honorables, cuanta menor era la sospecha que recaía sobre ellos. Y para alejar de sí mismo todo recelo en el trato y enseñanza de las mujeres, Orígenes –el más grande filósofo cristiano– en el libro VI de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio nos dice que se mutiló[3]. Por mi parte, creía que la divina misericordia había sido más propicia conmigo que con él. Pues lo sucedido con él fue fruto de un impulso que le llevó a cometer una gran falta, mientras que lo mío no fue por culpa mía. Estaba, por tanto, libre del crimen y de un castigo tanto menor cuanto más breve y rápido había sido, ya que estaba dormido cuando me cogieron, y apenas si sentía dolor.

Pero, aunque quizá entonces sufrí menos dolor físico con la herida, ahora me sentía hundido por la detracción. Me atormentaba más el detrimento de la fama, que la misma mutilación del cuerpo, según está escrito: «Un buen hombre

(1) Est 2, 3. (2) Hch 8, 26 ss. (3) Eusebio, *Historia Eclesiástica*, 6, 8.

es mejor que muchas riquezas»[1]. Y como recuerda San Agustín en su *Sermón sobre la vida y las costumbres de los clérigos*[2]: «Es cruel consigo mismo quien se confía a su conciencia y descuida su fama». Y un poco más arriba dice: «Hagamos el bien –como dice el Apóstol[3]– no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. En el fuero interno nos basta nuestra conciencia. En el fuero externo, y de cara a los demás, nuestra fama no debe ser manchada. Conciencia y reputación son dos cosas diferentes: la conciencia te afecta a ti, la fama o reputación al prójimo». Pero, ¿qué no hubieran dicho mis enemigos de Cristo y sus seguidores –de los profetas, apóstoles u otros santos padres– de haber vivido en su tiempo y ver a estos santos varones intactos en su cuerpo y en trato y conversación amistosa con mujeres? También aquí nos sirve de testimonio San Agustín en su libro *Sobre la obra de los monjes*, donde nos dice que también las mujeres eran compañeras inseparables de Nuestro Señor Jesucristo y los apóstoles hasta el punto de seguirles en su predicación:

«A tal fin –dice– fieles mujeres que tenían bienes materiales les acompañaban y proveían de manera que tuvieran cubiertas todas las necesidades de esta vida. Si alguno no cree que los apóstoles acostumbraban a llevar con ellos a mujeres de vida santa allí donde predicaban el evangelio, no tiene más que escuchar el Evangelio y se dará cuenta de que lo hicieron siguiendo el ejemplo del mismo Señor. De Él encontramos escrito[4]: "Después de esto siguió recorriendo aldeas y ciudades proclamando la buena nueva de Dios. Le acompañaban los doce y un número de mujeres que se habían visto libres de los malos espíritus y de enfermedades. María de Magdala, Juana, la mujer de Cuza, intendente de Herodes, Susana y muchas otras. Estas mujeres les proveían de sus propios bienes"».

(1) Pr 12, 1. (2) San Agustín, *Sermón*, 355. (3) 2 Cor 8, 21. (4) Lc 8, 1-3.

También León IX, refutando una carta de Parmenio, dice lo siguiente[29]:

«Mandamos, terminantemente, que ningún obispo, presbítero, diácono o subdiácono abandone el cuidado de su mujer en nombre de la religión hasta el punto de no proporcionarle alimento y vestido, incluso en el caso de que no se acueste carnalmente con ella. Tal fue la práctica de los santos Apóstoles, como leemos en San Pablo(1): "¿No tengo yo derecho a llevar conmigo una mujer como el resto de los apóstoles, los hermanos del Señor y el mismo Cephas?" Fíjate, necio, que no dice, ¿no tengo yo derecho a abrazar a una mujer sino a llevar una mujer? Con ello estaba indicando que, por el beneficio de la predicación, era justo que recibieran el alimento de ellas, sin que hubiera después comercio carnal con las mismas».

El fariseo que pensaba para sí del Señor(2): «Si éste fuera profeta sabría qué clase de mujer es la que le está tocando, ya que es una ramera», hizo sin duda un juicio más benigno del Señor –en cuanto podemos juzgarlo los humanos– que mis enemigos lo hicieron de mí. Se puede imaginar que quien viera encomendar a su madre al cuidado de un joven(3), o que los profetas(4) trataban y se hospedaban sobre todo en casa de las viudas, sospechara con mayor probabilidad. ¿Y qué dirían estos detractores míos si hubieran visto a Malco, el monje cautivo de quien escribe San Jerónimo que vivían en la misma casa con su mujer? A sus ojos hubiera sido un gran crimen, si bien el gran doctor no tuvo palabras más que para alabar lo que vio(5): «Érase un anciano llamado Malco... nativo del lugar... y una anciana que

29. Esta cita no se encuentra en los escritos de León IX. Probablemente está tomada del cardenal Humberto, en respuesta a un escrito de un monje.
(1) 1 Cor 9, 5. (2) Lc 7, 39. (3) Jn 19, 27. (4) 2 Re 17, 10. (5) *Vita Malchi*, P. L., 15.

vivía con él. Los dos tan entregados a su religión y tan vigilantes en el umbral de la iglesia que se les podía comparar a Zacarías e Isabel del Evangelio, sólo que entre ellos estaba Juan».

Y para terminar, ¿por qué no se atreven a acusar a los Santos Padres, de lo que con frecuencia hemos leído o visto cómo fundaron monasterios para mujeres y las atendieron, siguiendo así el ejemplo de los siete diáconos, que fueron destinados al servicio de las mesas y al cuidado de las viudas?(1). El sexo débil necesita del fuerte, tanto más que el Apóstol afirma que el varón debe estar siempre al frente de la mujer, como cabeza que es suya. Y como signo de esto le ordena que siempre tenga la cabeza cubierta(2). Por eso no salgo de mi asombro al ver que ha prevalecido la costumbre de nombrar abadesas al frente de los conventos de monjas, lo mismo que los abades a cargo de los monasterios de monjes. Y me maravillo también de que, tanto mujeres como hombres, se sometan, por profesión, a una misma regla en la que hay muchas cosas que no pueden cumplirse por las mujeres sean superioras o súbditas. Vemos, incluso, en muchos lugares –de tal manera se ha perturbado el orden natural– que abadesas y monjas mandan sobre el clero que tiene autoridad sobre el pueblo, empujándolos a malos deseos cuanto más ejercen su dominio y cuanto más pesado creen que es el yugo que pesa sobre ellos. Ya lo dice el verso del satírico:

*Intolerabilius nihil est quam femina dives*

[Nada tan insoportable como una mujer prepotente.](3)

(1) Hch 5, 2-3. (2) 1 Cor 11, 5. (3) Juvenal, 6, 460.

## 15. La última y más difícil etapa

Después de pensarlo una y otra vez, me decidí a hacer cuanto estuviera en mi mano por atender a las hermanas del Paráclito y llevar sus asuntos. Quise estar yo mismo, en persona, vigilándolas para, de esta manera, ser más reverenciado y así atender mejor a sus necesidades. La persecución que estaba sufriendo ahora de los monjes, a quienes consideraba mis hijos, era mayor y más insistente que la que había padecido antes por parte de mis hermanos. Pensé, por lo mismo, que podía volverme a las hermanas como a un puerto de paz contra las rabiosas tormentas y encontrar en ellas un poco de respiro. Podría, al menos, conseguir de ellas algún fruto, cosa que no había logrado de los monjes. Sería, para mí, tanto más saludable, cuanto más necesario a su debilidad.

Pero Satanás se encargó ahora de poner tantos obstáculos en mi camino, que no tenía sitio donde vivir. Soy un fugitivo y vagabundo que lleva a todas partes la maldición de Caín[1]. Por doquier atormentado –como dije antes– «a mi alrededor por luchas, en mi interior por temores»[2], si es que no debo hablar de incesantes luchas y miedos, tanto exteriores como interiores. Y he de confesar que la actual persecución de los hijos es más peligrosa e insistente que la de los enemigos, pues siempre los tengo conmigo y siempre debo estar en guardia contra sus emboscadas. Si me ausento del claustro, no dejo de ver la violencia de mis enemigos sobre mi cuerpo. Pero es dentro del claustro donde tengo que hacer frente a asaltos incesantes –tan arteros como violentos– de mis hijos, es decir, de los monjes a mi cuidado, contra mí, su abad y padre. ¡Cuántas veces han tratado de envenenarme, lo mismo que hicieron con San Benito![3]. La misma razón que le llevó a él a abandonar a sus depravados

(1) Gn 4, 14. (2) 2 Cor 7, 5. (3) San Gregorio, *Diálogos*, 2, 3.

hijos me debería haber llevado a mí a seguir el ejemplo de tan gran Padre. Y lo hubiera hecho de no exponerme a que se interpretara mi acción como fruto de mi temperamento violento, más bien que del amor de Dios. O, incluso, como simple destructor de mí mismo. Trataba, como podía, de defenderme de las asechanzas diarias de los que me proporcionaban la comida y la bebida, ya que maquinaban envenenarme en el mismo sacrificio del altar, mezclando veneno en el cáliz.

Otro día, habiendo ido a Nantes a visitar al conde, que se hallaba enfermo, tuve que alojarme en casa de uno de mis hermanos carnales. Por medio de un criado que venía en la comitiva –y del que yo menos podía sospechar– trataron de eliminarme, creyendo que así me pasaría desapercibida tal maquinación. Sucedió, pues, que por disposición de Dios, no caía en la cuenta del alimento que estaba preparado para mí. Uno de los monjes que había traído conmigo, tomó por descuido este alimento, cayendo muerto allí mismo. El criado, sabedor de esto, se dio a la fuga, aterrado tanto por su conciencia, como por la evidencia del crimen.

A partir de entonces, su villanía quedó patente a todos. No me recataba de publicar el hecho, sorteando sus trampas como podía. Incluso me alejé de la abadía, yéndome a vivir en pequeñas celdas con unos pocos compañeros. Pero, siempre que los monjes oían que iba de viaje a cualquier parte, sobornaban a ladrones y los apostaban en caminos y senderos para matarme.

Todavía estaba debatiéndome contra estos peligros, cuando un buen día la mano del Señor me hirió con más fuerza. Me caí de la montura y me rompí una vértebra del cuello. Esta fractura me causó mayor dolor y más debilitamiento que mis heridas anteriores. Tuve a veces que parar su insubordinación desmadrada por medio de la excomunión. Y a los que más temía les obligué a comprometerse, públicamente, por su honor o bajo juramento, a que se alejarían de-

finitivamente de la abadía y a que no me perturbarían más. Pero ellos violaron pública y desvergonzadamente la palabra y el juramento hechos sobre este punto y otros muchos en presencia del conde y de los obispos y con la autoridad del Pontífice de Roma, Inocencio, a través de su legado especial enviado para este asunto.

Ni siquiera con esto quedaron quietos. Muy poco después de haberse ido ellos, volví a la abadía, confiándome a aquellos hermanos que habían quedado y de los que menos tenía que temer. Resultó que eran peores que los otros. Ya no echaron mano del veneno, sino que, apuntando con una espada a mi yugular, apenas si pude escapar gracias a la protección de un señor de la tierra. Todavía me encuentro en este peligro y a diario veo colgada sobre mi cerviz una espada, de tal manera que apenas si respiro mientras como. Me sucede como a aquel hombre de quien leemos que creía que el poder y la riqueza del tirano Dionisio constituían la suprema felicidad hasta que miró hacia arriba y vio una espada suspendida de una cuerda encima de su propia cabeza. Entonces comprendió la clase de felicidad que acompaña a los poderes terrenales[30].

Esto es lo que yo experimento ahora constantemente. De un pobre monje como era, fui elevado a abad. Tanto más desdichado cuanto más rico. De esta manera, pienso que, con mi ejemplo, se podrá refrenar la ambición de aquellos que apetecen esta carrera.

Ésta es la historia de mis desdichas –mi muy querido hermano en Cristo, mi amigo íntimo y viejo compañero– que padezco casi desde mi cuna. Bástete saber que las escribí pensando en tu desolación y agravio. Por ellas –como dije al principio de la carta– podrás darte cuenta de que tu depresión es nula o pequeña en comparación con la mía. La lleva-

30. Alusión a la famosa espada de Damocles. Véase Cicerón, *Tusculanae disputationes*, V, 20-21.

rás con tanta más paciencia, cuanto más pequeña la consideres. Ten siempre delante, para tu consuelo, lo que predijo el Señor de los miembros del diablo(1): «Si me han perseguido a mí, también a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo». «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo –dice el Apóstol(2)– sufrirán persecución.» Y en otro lugar: «No busco halagar a los hombres, si siguiera halagando a los hombres no sería discípulo de Cristo». Y el salmista[31]: «Quedaron confundidos los que corren tras los hombres, porque Dios los despreció».

San Jerónimo –cuyo heredero principal de las tribulaciones me considero yo– escribía a Nepociano(3), muy atinadamente a este respecto: «Si siguiera todavía –dice el Apóstol(4)– agradando a los hombres, no sería siervo de Cristo». En el mismo sentido escribe a Asella sobre los falsos amigos(5): «Doy gracias a Dios de haber sido hallado digno del odio del mundo». «Te equivocas, hermano–escribe al monje Heliodoro–, te equivocas si piensas que el cristiano se verá alguna vez libre de persecución. Nuestro adversario, como león rugiente, busca a quien derovar.»(6) ¿Y tú piensas en la paz? «Está sentado en la emboscada con los ricos.»(7)

Animados con estos textos y ejemplos, soportemos todas estas cosas con tanta mayor seguridad cuanto más injustas nos parezcan. No nos quepa duda de que si no añaden nada a nuestros méritos, al menos contribuyen a expiar nuestros pecados. Y si todo sucede por disposición divina, cada uno de los fieles, sometido a prueba, debe consolarse, al menos, sabiendo que la suprema bondad de Dios no permite que nada acontezca contra sus planes. Muchas veces, cosas comenzadas perversamente, son llevadas por él a buen fin. De

31. Alusión al Salmo 52, cita no directa.
(1) Jn 15, 20; 18, 19. (2) 2 Tim 3, 12; Gal 1, 10. (3) San Jerónimo, *Cartas* 52, 13. (4) *Id., Cartas* 45, 6. (5) *Id. Cartas,* 14, 4. (6) 1 Pe 5, 8. (7) Sal 10, 8.

aquí que en todo debamos decirle: «Hágase tu voluntad»(1). ¡Qué gran consuelo es para los que aman a Dios aquella sentencia del Apóstol, que dice(2): «Sabemos que todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios».

A esto mismo se refería el más sabio de los hombres cuando dice en los Proverbios(3): «Nada de cuanto sucede al sabio podrá entristecerlo». De todo lo cual se deduce, claramente, que se apartan de la justicia todos aquellos que se soliviantan por cualquier prueba que les manda la divina providencia. Estos tales se someten más a su propia voluntad que a la de Dios. Anteponen su voluntad a la divina. Y aunque sus palabras dicen *fiat voluntas tua* –hágase tu voluntad– la rechazan en lo más profundo del corazón. Vale.

(1) Mt 6, 10. (2) Rom 8, 28. (3) Pr 12, 21.

# 1. Cartas personales

# Carta 2
# Eloísa a Abelardo

*Eloísa a Abelardo, su dueño; o mejor, su padre, marido; o más bien, hermano. Ella, su criada; o mejor, su hija; mejor, su hermana*[32].

Amado mío: Poco ha, cierta persona me trajo casualmente tu carta de consuelo a un amigo. Por la misma dedicatoria me di cuenta, al instante, de que era tuya. Y comencé a leerla con tanta mayor ansiedad cuanto mayor era el cariño con que abrazo al que la escribe, pues si lo perdí a él, sus palabras me lo recrean como si fueran su retrato. Si mal no recuerdo, toda la carta rezumaba hiel y ajenjo, pues reproducía la desdichada historia de mi entrada en religión y los interminables sufrimientos que tú, mi único y solo amor, soportas.

En esa tu carta cumples realmente lo que prometías a tu amigo, pues en comparación con tus penas, las suyas le debieron parecer inexistentes o insignificantes. Comenzabas exponiendo la persecución llevada contra ti por tus maes-

32. *Domino suo, imo patri, conjugi suo, imo fratri; ancila sua, imo filia; ipsius uxor, imo soror; Abaelardo Heloissa.* El tono y la forma del saludo de Eloísa –lleno de expresividad amorosa– contrasta con la sobriedad del encabezamiento de las cartas de Abelardo.

tros. Pasabas después a describir la injuria de una suprema traición que acabó con la mutilación de tu cuerpo, para terminar con la envidia y acoso execrable y desmedido de tus condiscípulos y, en particular, de Alberico de Rheims y de Lotulfo de Lombardía[1].

Tampoco dejaste en el tintero sus maquinaciones contra tu gloriosa obra de teología, ni cómo se actuó contra ti, como si se tratara de un condenado en la cárcel. A continuación, pasabas revista a las insidias del abad y de los falsos hermanos, a los infundios levantados contra ti por esos dos falsos apóstoles y propalados por los mismos rivales. Tampoco pasabas por alto el haberte convertido en escándalo para mucha gente por el simple hecho de haber dedicado al Paráclito el oratorio, en contra de la costumbre. Y así llegaste finalmente a la triste historia de las continuas e intolerables persecuciones a manos de aquel tirano y de aquellos desalmados monjes a quienes llamas tus hijos.

Pienso que nadie podrá leer u oír estas cosas sin derramar lágrimas. Por lo que a mí respecta, tu carta –tan cuidadosa en todos sus detalles– ha renovado mis dolores y, si cabe, los ha aumentado, ya que declaras que tus peligros continúan. Todas nosotras seguimos pendientes de tu vida –al borde mismo de la desesperación– hasta el punto de esperar todos los días la noticia fatal de tu muerte entre sobresaltos del corazón.

En nombre, pues, de Cristo, que todavía te sigue protegiendo de alguna forma para Él, te pido que me escribas tan pronto como lo creas conveniente para nosotras que somos tus siervas y suyas, y nos digas algo de los naufragios en que todavía fluctúas. Haz partícipes de tus dolores y alegrías, al menos, a aquellas que te han permanecido fieles.

Saber que nuestro dolor es compartido por alguien, siempre proporciona cierto consuelo. Y toda carga llevada por muchos se soporta o se sobrelleva mejor. Y si esta tormenta

(1) Véase *Historia Calamitatum*, p. 61.

ha amainado un tanto, razón de más para que nos envíes una carta que nos llenará de alegría. Todo lo que escribas nos servirá de un gran consuelo, pues será al menos una prueba de que piensas en nosotras. Las cartas de los amigos ausentes siempre son bien recibidas. El mismo Séneca nos da buena muestra de ello cuando escribe este pasaje en una carta a su amigo Lucilio[33]:

«Te agradezco tus frecuentes cartas, pues es la única manera de hacerme sentir tu presencia. Siempre que las recibo tengo el íntimo sentimiento de que estamos juntos. Si los retratos de los amigos hacen más agradable la ausencia –renovando nuestros recuerdos comunes y haciendo más llevadero el dolor de la separación– aunque tal consuelo sea falso e inane, ¿cuánto más gratas no serán las cartas que nos traen noticias verdaderas de los amigos?».

Gracias a Dios, ya ninguna envidia te impide devolvernos tu amistad, aunque sólo sea por carta. Y, si ya ninguna dificultad te lo impide, te ruego que la negligencia no te detenga. Escribiste una carta de consolación a un amigo, inspirada, sin duda, en sus desgracias, que más bien era sobre las tuyas. Y al recordarlas con tanto detalle, quisiste ofrecerle consuelo, pero, al mismo tiempo, me colmaste a mí de desolación. Pues al intentar curar sus heridas, me hiciste a mí otras nuevas y aumentaste las viejas. Te pido, pues, a ti, que intentaste curar las heridas que hicieron otros, que cures ahora las que tú has hecho. Cumpliste con un amigo y colega, dándole amistad y compañía. Pero piensa que estás más obligado con nosotras que somos amigas, e íntimas amigas, tuyas y a quienes se puede llamar, más que compañeras, hijas o cualquier otro nombre más dulce y santo que se pueda imaginar. Nadie puede ponerlo en duda, y no se necesitan

33. Séneca, *Cartas a Lucilio,* 40,1. Son frecuentes las alusiones y citas de autores clásicos paganos en ésta y en otras cartas de Eloísa. Los autores más frecuentes son Séneca, Ovidio, Cicerón, Lucano, Propercio y Juvenal.

pruebas y testigos para demostrar lo obligado que estás hacia nosotras. Aunque todo el mundo callara, los hechos mismos gritarían(1). Después de Dios, tú eres el único fundador de este lugar, tú el único constructor de este oratorio, tú el único creador de esta comunidad. Nada hay que haya sido edificado sobre los fundamentos de otros hombres(2). Todo lo que hay aquí es creación tuya. Esta soledad sólo estaba abierta a las fieras y a los ladrones; en ella no había ni casa, ni refugio para los hombres. En los mismos cubiles de las fieras y en las guaridas de ladrones –donde ni siquiera se suele nombrar a Dios– levantaste un tabernáculo sagrado y dedicaste un templo propio del Espíritu Santo. Para edificarlo no pediste a los reyes y príncipes ningún dinero o ayuda –pudiendo conseguir cuanto hubieras pedido– y lo hiciste para que todo pudiera estar adscrito a tu nombre. Los clérigos y estudiantes que acudieron en tropel a acogerse a tu disciplina te proporcionaban lo necesario. Y aquellos que vivían de algún beneficio eclesiástico y que no estaban acostumbrados a hacer donaciones, sino a aceptarlas –y que tenían manos, no para dar, sino para recibir– aquí se convertían en pródigos y manirrotos a la hora de hacer donaciones.

Tuya es, pues, y muy tuya, esta nueva plantación, nacida de un santo propósito, cuyas tiernas plantas necesitan todavía para crecer de un frecuente y necesario riego. Por la misma naturaleza del sexo femenino, esta plantación es débil y delicada, aunque no fuera nueva. Por lo mismo, exige un cuidado y atención más frecuente, según aquello del Apóstol(3): «Yo planté, Apolo regó, pero Dios lo hizo crecer». El Apóstol había fundado por la doctrina de su predicación a los corintios, a quienes escribía. Su discípulo Apolo los había regado con sus exhortaciones, dejando a la gracia divina el incremento de sus virtudes. Cultivas una viña nacida de otras cepas que tú no plantaste y que se ha convertido en

(1) Cicerón, *In Catilinam*, 1.8. (2) Rom 15, 20. (3) 1 Cor 3, 6.

amargura para ti[(1)], después de que tus exhortaciones han terminado en un fracaso y tus predicaciones han resultado vanas. Pones tus cuidados en una viña extraña. Piensa si no te debes a la tuya propia. Enseñas y corriges a los rebeldes y no consigues nada. Estás desparramando, en vano, las perlas de la palabra divina a los puercos[(2)]. Si arriesgas tanto por los rebeldes, piensa y reconsidera lo que debes hacer por los que te obedecen. Recapacita en lo que debes a las hijas, cuando de esa manera despilfarras con los enemigos. Y, dejando a un lado las demás cosas, piensa en qué forma tan particular me eres deudor. Si te debes al común de las mujeres piadosas, justo es que me pagues a mí con más dedicación, pues soy sólo tuya.

Tu gran sabiduría conoce mejor que mis pobres conocimientos, los muchos y grandes tratados que los santos Padres escribieron para doctrina, exhortación y consuelo de santas mujeres, poniendo en ello todo cuidado y diligencia. Por eso, en los primeros y ya lejanos días de mi conversión, mi sorpresa y confusión no fueron pequeñas al ver que ni la reverencia a Dios ni el amor mutuo, ni el ejemplo de los santos Padres te movió a intentar consolar a quien, como yo, fluctuaba en un mar de tristeza, ya fuera por palabra directa, cuando estaba contigo, ya por carta[34]. Has de saber que te encuentras obligado a mí por un lazo tanto más fuerte, cuanto más estrecha es la unión del sacramento nupcial que nos une. Lo que te hace tan cercano a mí, como es patente a todos por el amor sin límites con que siempre te amé.

Tú sabes, amado mío –y todos saben también– lo mucho que he perdido al perderte a ti. Y cómo la mala fortuna –valiéndose de la mayor y por todos conocida traición– me

34. Una de las quejas más amargas de Eloísa a Abelardo. Se queja del abandono en que quedó después de la separación de su esposo. Véase *Historia Calamitatum*, p. 50.
(1) Jr 2, 21. (2) Mt 7, 8.

robó mi mismo ser al hurtarme de ti. Y sabes, también, cómo mi dolor por mí es incomparablemente menor, por la forma en que se realizó. Así pues, cuanto mayor es la causa del dolor, mayores remedios se han de poner para llevar el consuelo. No ciertamente por ningún otro, sino por ti mismo. Si tú sólo eres la causa del dolor, también has de ser tú sólo para darme la gracia del consuelo. Tú eres el único capaz de entristecerme y también el único que puede traerme la alegría o la confortación. Tú sólo tienes tan gran deuda que pagarme, precisamente en el momento en que estoy dispuesta a realizar lo que mandes, pues no pudiendo ofenderte en nada, estaría dispuesta –si tú me lo mandas– a perderme a mí misma. Hay todavía más –aunque extrañe decirlo–. El amor me llevó a tal locura, que me arrebató lo que más quería y sin esperanza de recuperarlo, pues obedeciendo al instante tu mandato, cambié mi hábito junto con mi pensamiento. Quería demostrarte con ello que tú eras el único dueño de mi cuerpo y de mi voluntad.

Dios sabe que nunca busqué en ti nada más que a ti mismo. Te quería simplemente a ti, no a tus cosas. No esperaba los beneficios del matrimonio, ni dote alguna. Finalmente, nunca busqué satisfacer mis caprichos y deseos, sino –como tú sabes– los tuyos. El nombre de esposa parece ser más santo y más vinculante, pero para mí la palabra más dulce es la de amiga y, si no te molesta, la de concubina o meretriz. Tan convencida estaba de que cuanto más me humillara por ti, más grata sería a tus ojos y también causaría menos daño al brillo de tu gloria.

Tú mismo no te olvidaste del todo de estas pruebas en la carta de consuelo al amigo, a la que me he referido un poco más arriba. En ella no juzgaste indigno exponer algunas razones que yo te daba para disuadirte de un matrimonio desgraciado. Pero dejaste en el tintero la mayoría de los argumentos que yo te di y en los que prefería el amor al matrimonio y la libertad al vínculo conyugal. Dios me es tes-

tigo de que, si Augusto –emperador del mundo entero– quisiera honrarme con el matrimonio y me diera la posesión, de por vida, de toda la tierra, sería para mí más honroso y preferiría ser llamada tu ramera, que su emperatriz.

No es más digno un hombre por ser más rico o más poderoso. Esto depende de la fortuna, aquello de la virtud. La mujer ha de comprender que si se casa con más alegría con un hombre rico que con un hombre pobre y quiere a su marido más por sus cosas que por él mismo, está mostrando ser una mercancía. Cualquier mujer que va al matrimonio con esta concupiscencia merece un sueldo, no gratitud. Se sabe que persigue las cosas, no al hombre y, si pudiera, se vendería al más rico. Así de claro aparece en el diálogo del socrático Esquines[35] entre Aspasia, Jenofonte y su esposa. Después de haber expuesto la primera sus razones y –con ánimo de llegar a una reconciliación entre ellos– termina con estas palabras: «Si os convencéis de que no hay en la tierra hombre mejor ni mujer más digna que vosotros dos, buscaréis siempre lo que juzguéis lo mejor de todo: ser el marido de la mujer de las mujeres y la mujer del mejor de los maridos».

Más que de un filósofo son estas palabras de un santo. Más que de la filosofía, son fruto de sabiduría, un santo error y una bendita mentira que se da entre casados, cuando el perfecto amor puede mantener los lazos íntimos del matrimonio, no tanto a través de la continencia del cuerpo como de la castidad del espíritu. Lo que el error hacía creer a las demás mujeres, a mí me lo decía la misma verdad, pues lo que ellas decían de sus maridos, todo el mundo creía y sabía que era cierto de ti. Mi amor por ti, entonces, era tanto más verdadero cuanto más lejos estaba del error. ¿Qué rey o filósofo podía competir en fama contigo? ¿Qué región, ciudad o aldea

35. *Esquines*. Discípulo de Sócrates. No parece que Eloísa supiera el griego como para leer los textos clásicos. La anécdota está tomada de Cicerón, *De Inventione* 1.31.

no tenía ansias de verte? ¿Quién no se precipitaba a verte cuando aparecías en público, o quién, puesto de puntillas, no te seguía mirando cuando marchabas? ¿Qué casada o qué virgen no ardía en deseos del ausente y se quemaba con tu presencia? ¿Qué reina o gran mujer no envidiaría mis placeres y mi cama?

Tenías –he de confesarlo– dos cualidades especiales que podían deslumbrar al instante el corazón de cualquier mujer: la gracia de hacer versos y de cantar, cosa que no vemos floreciera en otros filósofos. Compusiste muchos poemas amatorios por su ritmo y medida, como simple diversión a tu profesión de filósofo. Pronto consiguieron la popularidad, merced al embrujo de sus palabras y melodías. Se oían por todas partes y tu nombre estaba, incesantemente, en labios de todos. Lo pegadizo de tu melodía hizo que ni siquiera los analfabetos desconocieran tu nombre. Fue esto, sin duda, lo que más suscitó el amor de las mujeres por ti. Y comoquiera que la mayor parte de las canciones hablaban de nuestro amor, pronto dieron a conocer mi nombre en muchas regiones, suscitando la envidia de muchas mujeres sobre mí. Pues, ¿qué clase de bien del alma o del cuerpo dejaba de adornar tu adolescencia? ¿Y entre las mujeres que me envidiaban entonces, podía haber ahora alguna que no se moviera a compasión por mi desgracia o a compadecerme por la pérdida de tales goces? ¿Qué hombre o mujer que fuera entonces mi enemigo no se movería ahora a compasión por mí?

Te hice mucho mal, mucho. Pero tú mismo sabes que soy inocente. No es la obra, sino la intención del agente, lo que constituye el crimen. Tampoco lo que se hace, sino el espíritu con que se hace, es lo que tiene en cuenta la justicia[36]. Tú

36. Expresa en este punto la doctrina de Abelardo sobre los actos interiores o «ética de la pura intención». Cf. *Ethica o Scito te ipsum*, la obra de ética de Abelardo, c. XII ss. Ver *Conócete a ti mismo*, traducción de Pedro R. Santidrián, Tecnos, Madrid, 1990.

eres el único que sabes, y puedes juzgar, cuál ha sido siempre mi intención hacia ti. Todo lo someto a tu juicio y me entrego totalmente a tu veredicto.

Dime tan sólo una cosa, si es que puedes. ¿Por qué –después de mi entrada en religión, que tú decidiste por mí– he caído en tanto desprecio y olvido por tu parte, que, ni siquiera te dignas dirigirme una palabra de aliento cuando estás presente, ni una carta de consuelo en tu ausencia? Dímelo, si eres capaz, o yo te diré lo que pienso y lo que de verdad todos sospechan. Te unió a mí la concupiscencia más que la amistad, el fuego de la pasión más que el amor. Cuando terminó lo que deseabas, se esfumaron también todas sus manifestaciones. Querido, ésta no es sólo una opinión mía. Todos piensan así: es una opinión general, no personal; pública, no privada. Me gustaría que sólo fuera mía y que el amor que me tuviste sirviera de excusa para que encontraras a alguien que pudiera mitigar mi dolor. Ojalá pudiera fingir ocasiones que me permitieran excusarte, al tiempo que, de algún modo, encubrieran mi vileza.

Escucha, por favor, lo que te pido: es cosa insignificante y fácil de hacer por tu parte. Ya que me niegas tu presencia, dame, al menos, la dulzura de tu imagen, siquiera a través de tus palabras, tan abundantes, por otra parte, en ti. No puedo esperar que seas generoso conmigo en tus obras, si veo que eres tan avaro en las palabras. Hasta ahora me las había prometido muy felices esperando muchísimo de tu parte, pues todo lo hice pensando en ti e incluso ahora me mantengo en esta misma entrega a ti. No fue la vocación religiosa la que arrastró a esta jovencita a la austeridad de la vida monástica, sino tu mandato. Puedes juzgar por ti mismo lo inútil de mi trabajo, si no puedo esperar algo de ti. Por esto no debo esperar nada de Dios, pues todavía no tengo conciencia de haber hecho nada por su amor. Te seguí a tomar el hábito cuando tú corrías hacia Dios, incluso te me

adelantaste. Pensando quizá en la mujer de Lot(1) que se volvió a mirar atrás, tú mismo me pusiste el velo y tomaste mis votos monásticos antes de entregarme tú mismo a Dios.

Este acto de desconfianza tuya hacia mí –lo confieso– me causó vehemente dolor y vergüenza. Dios sabe que yo nunca dudé en precederte o en seguirte hasta las llamas del Infierno[37] si tú te precipitabas o tú me lo mandabas. Mi alma no estaba en mí, sino contigo. Y ahora mismo, si no está contigo no está en ninguna parte. Tan verdad es, que sin ti no puede existir. Haz, pues, que se encuentre bien contigo, te lo suplico. Y estaría bien si te encuentra propicio, si devuelves favor por favor(2), poco por mucho, palabras por obras. Ojalá, querido mío, confiaras menos en mi amor, para que así fuera más solícito. Pero cuanto más seguro te sabes, más negligente te encuentro.

Acuérdate –te lo suplico– de todo lo que he hecho por ti y piensa lo mucho que me debes. Mientras gocé contigo de las delicias de la carne, muchos no sabían a qué atenerse, si obraba por lujuria o por amor. Ahora, el final está demostrando la intención del principio. Me he negado toda clase de placeres para hacer tu voluntad. No me he reservado nada, sino probarte que así soy ahora más tuya. Pondera tu injusticia: das menos a la que sufre más. Qué digo: no le das nada, máxime cuando lo que se te pide es poca cosa y para ti muy fácil.

Así pues, te pido por Dios a quien te has entregado, que me devuelvas tu presencia de la forma que sea. Escríbeme, al menos, una carta de consuelo, para que de esta manera me sienta confortada y recreada con el favor divino. Cuando en otro tiempo buscabas en mí las delicias del cuerpo me visitabas con cartas frecuentes. Tus canciones ponían a tu Eloísa

37. *Vulcania loca.* Término para designar el Infierno o Tártaro. Literalmente, regiones de Vulcano.
(1) Gn 19, 26. (2) Jn 1, 16.

en labios de todos. Todas las calles y casas repetían mi nombre. ¡Con cuánta más razón me elevarían ahora hacia Dios que antes a la lujuria! Considera –te lo suplico– lo que me debes; no te hagas sordo a lo que pido. Y termino mi larga carta con un final breve: Adiós, mi único amor.

## Carta 3
## Abelardo a Eloísa

*A Eloísa, su querida hermana en Cristo, Abelardo, su hermano en Cristo*[38].

Si, después de nuestra conversión a Dios, no te he escrito una palabra de consuelo o exhortación, no debes imputarlo tanto a mi indiferencia cuanto a tu buen sentido en el que siempre he confiado. No creí que necesitara de tales palabras quien tan pródigamente ha sido dotada de lo necesario por la divina gracia. Estás, en efecto, capacitada para enseñar a los que yerran, consolar a los pusilánimes y exhortar a los vacilantes tanto de palabra como de obra, tal como lo has venido haciendo desde que fuiste priora a las órdenes de tu abadesa. Por eso, el hecho de atender ahora a tus hijas, como antes a tus hermanas, fue suficiente para hacerme creer que toda enseñanza o exhortación por mi parte era totalmente superflua.

38. *Heloissae dilectissimae sorori suae in Christo Abaelardus frater ejus in ipso.* En esta y siguientes cartas de Abelardo a Eloísa se advierte una forma de saludo un tanto frío. Aquí la llama «hermana en Cristo» en manifiesta diferencia con el saludo de la primera carta de Eloísa.

Si, por otra parte, en tu humildad no piensas así y crees que necesitas de mi instrucción y magisterio en materias relativas a Dios, puedes escribirme lo que quieras. Trataré de contestar como el Señor me dé a entender. Mientras tanto doy gracias a Dios por haber llenado vuestros corazones de solicitud por mis incesantes y gravísimos peligros, haciéndoos partícipes de mi aflicción. Ojalá que la divina Providencia me proteja merced a vuestras oraciones y aplaste en seguida a Satanás bajo nuestros pies. Para este fin particular me apresuré a enviarte el *Salterio,* que con tanta insistencia me habías pedido, hermana mía, un tiempo querida en el mundo y ahora queridísima en Cristo. Con él podrás ofrecer al Señor un sacrificio perpetuo de oraciones por mis grandes y muchos excesos y por los peligros que constantemente me amenazan.

Tenemos, en efecto, muchos ejemplos y testimonios del favor ante Dios y los santos de las oraciones de los fieles, y sobre todo de las mujeres por sus amigos y por sus maridos. A esto se refiere el Apóstol cuando nos manda rezar continuamente[(1)]. Leemos que Dios dijo a Moisés[(2)]: «Deja que se desfogue mi cólera». Y a Jeremías: «No reces –le dice– por este pueblo, ni te pongas en mi camino». De estos textos deducimos que el Señor confiesa abiertamente que la oración de los santos sirve como de freno a su cólera, que le impide castigar a los pecadores según lo merecen. Lo mismo que aquél a quien su sentido de la justicia le lleva a la venganza y a quien doblega la intercesión de los amigos y que, contra su voluntad, es impedido como una fuerza superior. Así se dice al que ora o al que habrá de rezar: «Déjame solo, y no te pongas en mi camino»[(3)]. El Señor manda que no se ore por los impíos. Ora el justo –prohibiéndoselo el Señor– y consigue de Él lo que le pide y cambia la sentencia del juez airado. En este sentido, continúa diciendo Moisés[(4)]: «Y el Señor se

(1) Tes 5, 16. (2) Ex 32, 10. (3) Jr 7, 16. (4) Ex 32, 14.

arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo». En otro sitio está escrito de todas las obras de Dios[1]: «Dijo y se hicieron todas las cosas». En este lugar, en cambio, se recuerda lo que había dicho sobre el castigo del pueblo y cómo, influido por el poder de la oración, no llevó a cabo su promesa.

Medita, pues, en el gran poder de la oración –si es que caminamos como se nos manda– y advierte cómo el profeta, a quien Dios prohibió la intercesión, consiguió, no obstante, con ella hacer cambiar a Dios de su propósito. Y otro profeta le dice a Dios[2]: «En tu ira, acuérdate de la compasión». Óiganlo y ténganlo en cuenta los poderosos de la tierra que se muestran obstinados, más que justos, a la hora de ejecutar la justicia que han decretado y pronunciado. Se avergüenzan de aparecer laxos, si ejercen la misericordia, y mentirosos si cambian su edicto o no cumplen una decisión tomada sin mayor prudencia, aun cuando puedan enmendar sus palabras con hechos. Yo compararía a tales hombres con Jeptha, quien hizo un voto estúpido y al cumplirlo obró más estúpidamente, matando a su única hija[3]. Pero quien desea ser miembro de su cuerpo[4] dice con el Salmista[5]: «Cantaré tu misericordia y tu justicia oh Señor». La misericordia –como está escrito– exalta la justicia, según lo que la Escritura misma dice en otro lugar: «Juicio sin misericordia para aquel que no ejerce la misericordia»[6].

El mismo Salmista, considerando atentamente esto, ante la súplica que le hizo la mujer de Nabal del Monte Carmelo, rompió –llevado de misericordia– el juramento que en justicia había hecho, relativo a su marido y a la destrucción de su casa[7]. Antepuso las súplicas a la justicia y la súplica de la mujer borró la falta del marido.

(1) Sal 33, 9. (2) Hab 3, 2. (3) Jue 11, 30 ss. (4) Ef 5, 30. (5) Sal 101, 1. (6) Sant 2, 13. (7) 1 Sam 25, 32 ss.

Aquí tienes un ejemplo, hermana, y una seguridad para ti. Debes saber que si el ruego de esta mujer consiguió tanto de un hombre, ¿qué no serán capaces de conseguir tus oraciones a Dios por mí? Pues Dios que es nuestro padre ama más a sus hijos que David a la mujer suplicante. Él era tenido por bueno y misericordioso, pero Dios es la misma bondad y misericordia. Y aquella mujer que suplicaba, era una mujer cualquiera del mundo, para nada unida a Dios por los lazos de la profesión religiosa. Pero si tú no crees tener méritos suficientes para interceder, conseguirá lo que tú no puedes, ese santo cenobio de vírgenes y viudas que está contigo. Pues cuando la verdad dice a los Apóstoles(1): «Donde hay dos o tres congregados en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos»; y cuando dice en otro lugar(2): «Si dos de vosotros estáis de acuerdo en todo lo que pedías, mi Padre lo hará», ¿qué no conseguirá de Dios la oración frecuente de una comunidad santa? Si, como dice Santiago(3): «la oración asidua del justo tiene mucha fuerza», ¿qué no habrá que esperar de una comunidad numerosa?

Tú sabes, carísima hermana, por la lectura de la Homilía XXXVIII de San Gregorio(4) con qué fuerza la oración de los hermanos atrajo a un hermano que se resistía y oponía. Conoces con todo detalle, y no escapa a tu conocimiento, el caso de aquel hermano que estaba sumido en la más absoluta miseria, el miedo de perderse que atormentaba a su pobre alma, la total desesperación y tedio de la vida que le llevaba a apartar a sus hermanos de la oración.

Ojalá que este ejemplo te dé a ti y a esa santa comunidad de hermanas una mayor confianza en la oración. A mí me guardará vivo para vosotras aquél por quien –según atestigua San Pablo(5)– las mujeres recibieron a sus muertos vueltos a la vida. Si repasas las páginas tanto del Antiguo Testa-

(1) Mt 18, 20. (2) Mt 18, 19. (3) Sant 5, 16. (4) San Gregorio, *Homilías.* (5) Hb 11, 35.

mento, como del Nuevo, podrás ver que los máximos milagros de la resurrección sólo, o principalmente, fueron presenciados por las mujeres, que fueron hechos para ellas o con ellas. El AT nos recuerda que dos hombres volvieron a la vida mediante las súplicas de sus madres, es decir, por Elías y Eliseo[1]. El Evangelio sólo contiene tres resurrecciones hechas por el Señor. Las tres, hechas en presencia de mujeres, confirman por sí mismas las palabras del Apóstol citadas arriba[2]: «las mujeres recibieron a sus muertos vueltos a la vida». Jesús compadecido devolvió el hijo a su madre viuda a las puertas de la ciudad[3]. Resucitó a Lázaro, su amigo, a ruegos de sus hermanas, Marta y María[4]. Y cuando hizo este único favor a la hija del jefe de la sinagoga a petición de su padre[5], «nuevamente las mujeres recibieron sus muertos vueltos a la vida», pues volviendo a vivir recibió su propio cuerpo de la muerte, lo mismo que las otras mujeres recibieron los cuerpos de sus muertos.

Y pienso que estas resurrecciones fueron hechas por la intervención de unos pocos. La conservación de mi vida la conseguirán fácilmente las múltiples oraciones de vuestra piedad. Cuanto más agraden a Dios la abstinencia y continencia de unas mujeres consagradas a él, con mayor agrado atenderá sus oraciones. Añádese a esto que, posiblemente, la mayoría de estos resucitados de entre los muertos no tenían fe, pues no consta que la viuda mencionada arriba –a cuyo hijo resucitó el Señor– fuese fiel. Pero, en nuestro caso, estamos mutuamente obligados por la integridad de nuestra fe y unidos en la común profesión de la vida religiosa.

Permíteme que, ahora –dejando a un lado el santo convento de vuestra comunidad en que tantas vírgenes y viudas se dedican de forma constante al servicio de Dios– me dirija a ti sola. Estoy seguro de que tu santidad será eficacísima a

(1) 1 Re 17, 17 ss. (2) 2 Re 4, 32 ss. (3) Lc 7, 15. (4) Jn 11, 1 ss. (5) Mc 5, 22 ss.

los ojos de Dios. Pienso, además, que estás obligada a hacer todo lo posible por mí, especialmente ahora que me encuentro en tan gran adversidad. Acuérdate, pues, en tus oraciones de aquel que es especialmente tuyo. Y debes mantenerte en la oración con tanta más confianza, cuanto más justa crees que es mi causa y, por lo mismo, más aceptable a Aquel a quien suplicas. Estate atenta –te lo pido– con el oído del corazón, a lo que con tanta frecuencia has oído con los oídos del cuerpo. En el libro de los Proverbios se escribe[1]: «La mujer diligente es la corona de su marido». Y en otro lugar[2]: «El que encuentra a una mujer buena, encuentra un tesoro y conseguirá el favor del Señor». Y más adelante[3]: «La casa y las riquezas se heredan de los padres, pero la mujer prudente es don de Dios». También en el Eclesiástico se dice[4]: «Una buena mujer hace feliz al hombre». Y a continuación: «Buena herencia es una mujer buena»[5]. Todo ello queda confirmado por la autoridad del Apóstol[6]: «El marido infiel queda santificado por una mujer fiel».

Ejemplo de esto lo tenemos –por la gracia de Dios– en nuestro propio reino, es decir, de los Francos. Sabido es que el rey Clodoveo se convirtió a la fe cristiana más por las oraciones de su esposa que por la predicación de las personas santas. Su reino quedó, desde entonces, sometido a las leyes de Dios para que los humildes se animaran a perseverar en la oración por ejemplo de sus superiores. A esta imitación nos invita con fuerza aquella parábola del Señor[7]: «Os digo que acabará por levantarse y darle lo que necesita si no por ser amigos, al menos para liberarse de su importunidad». Por esta importunidad, llamémosla así, Moisés aplacó –como ya dije– la severidad de la justicia divina y cambió la sentencia.

No necesito recordarte, querida mía, la inmensa caridad que vuestro convento demostró hacia mi persona en sus

(1) Pr 12, 4. (2) Pr 18, 22. (3) Pr 19, 4. (4) Eclo 26, 1. (5) Eclo 26, 31. (6) 1 Cor 7, 14. (7) Lc 11, 8.

oraciones cuando estuve ahí. Todos los días, en efecto, después del rezo de horas dedicó una súplica especial interesándose por mí. Comenzaba con un responsorio y versículo cantados, a los que se añadían las preces y la oración común (colecta). De esta manera:

*Responso:* «No te alejes ni te apartes de mí, Señor»(1).
*Versículo:* «Señor, ven siempre en mi ayuda».
*Preces:* Salva a tu siervo, Dios mío, que espera en Ti.
Señor, escucha mi oración. Que mi clamor llegue a ti(2).
*Oremos:* Oh Dios, que por medio de tu humilde siervo te dignaste congregar en tu nombre a estas tus esclavas, te rogamos que tanto él como nosotras podamos perseverar en tu voluntad. Por Nuestro Señor,... etc.

Estando yo ahora ausente necesito más de la ayuda de vuestras oraciones, cuanto mayor es el peligro de que me veo rodeado. Al suplicar pido y pidiendo suplico –sobre todo ahora en mi ausencia– que yo pueda experimentar lo verdadera que es vuestra caridad para con el ausente. En consecuencia, una vez terminado el rezo de horas añadiréis esta fórmula:

*Verso:* «Coge el arma y el escudo y levántate en mi ayuda. Que no se alegre mi enemigo»(3).
*Preces:* Salva a tu siervo, Dios mío, que espera en Ti.
Envíale tu santo auxilio y defiéndele desde Sión. Sé para él como una torre fuerte que le libre del enemigo. Escucha mi oración, Señor, y llegue a Ti mi clamor(4).
*Oremos:* Oh Dios, que por medio de tu siervo te dignaste congregar a estas tus esclavas, te pedimos que le libres de toda adversidad y le devuelvas incólume a tus siervas. Por Nuestro Señor..., etc.

Pero, si el Señor me entregare en mano de mis enemigos, es decir, si llegan a matarme o de cualquier otra manera –siguiendo el camino de toda carne– me veo alejado de voso-

(1) Sal 38, 21. (2) Sal 70,1. (3) Sal 102, 1; Sal 35, 2. (4) Sal 70, 1.

tras, os pido que mi cadáver -donde quiera que se halle, enterrado o sin enterrar- lo hagáis traer a vuestro cementerio, para que en él nuestras hijas o mejor nuestras hermanas en Cristo, puedan ver mi tumba y así se vean invitadas a dirigir sus oraciones al Señor por mí. Pienso que no puede haber un lugar más saludable y seguro para mi alma, que se duele y está desolada por el error de sus pecados, que el que está dedicado al verdadero Paráclito, esto es, consolador, y particularmente señalado por su nombre. También creo que no puede haber un lugar más adecuado para una sepultura cristiana entre los fieles que uno entre mujeres dedicadas a Cristo. Fueron mujeres las que se encargaron del sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, adelantándose y siguiéndole, comprando ungüentos preciosos(1), permaneciendo vigilantes ante la tumba y llorando la muerte del esposo. Así lo encontramos escrito: «Las mujeres sentadas ante la tumba lloraban y se lamentaban por el Señor»[39].

Fue allí también donde, por primera vez, quedaron convencidas de la resurrección del Señor por la aparición de un ángel y las palabras que les dirigió. Posteriormente fueron consideradas dignas de gozar de su resurrección cuando se les apareció dos veces, y de tocarle con sus manos(2).

Finalmente, lo que por encima de todo os pido es que si ahora estáis demasiado afligidas por el peligro de mi cuerpo, entonces os mostréis especialmente solícitas de la salvación de mi alma. Debéis mostrar al difunto el amor que manifestasteis al vivo, a través del apoyo especial y particular de vuestras oraciones.

Vive y que os vaya bien a ti y a tus hermanas que están contigo.

Vivid, pero acordaos de mí -os lo suplico- en Cristo.

39. Texto no del Evangelio sino de la Antífona del Breviario Romano del Sábado Santo.

(1) Mc 16,1. (2) Jn 20,17.

## Carta 4
## Eloísa a Abelardo

*A su único después de Cristo, su única en Cristo*[40].

Quedé, sorprendida, mi único y solo amor, por algo que no se usa en las cartas y que incluso va contra el mismo orden natural. En el mismo encabezamiento de tu carta juzgaste oportuno anteponer mi nombre al tuyo: la mujer al varón, la esposa al marido, la esclava al señor, la monja al monje o sacerdote, la abadesa al abad. Sin duda, el orden propio y adecuado para los que escriben a sus superiores o iguales es poner el nombre de éstos antes del que escribe. Pero en cartas a los inferiores preceden por orden de inscripción los que van por delante en dignidad[41].

Nos sorprendió no poco también el hecho de que en vez de traernos el remedio del consuelo, aumentras nuestra de-

40. *Unico suo post Christum, unica sua in Christo.* Nótese la diferencia entre el saludo de entrada de las cartas de Eloísa y las de Abelardo. La sublimación religiosa del amor de Eloísa hace más patente su verdadero amor humano por Abelardo.
41. Es evidente la preocupación de Eloísa por el saludo o encabezamiento de sus cartas. En ésta muestra su conocimiento de la *Ars dictandi* o *Dictamen* que recogen las reglas para la composición de cartas. Desde el siglo XI hay una serie de tratados de cortesía epistolar.

solación. En vez de mitigar nuestras lágrimas las excitaste. Porque, ¿quién de nosotras podía oír sin los ojos llenos de lágrimas lo que escribiste al final de tu carta? Decías: «Si el Señor me entregare en manos de mis enemigos, es decir, si apoderándose de mí me mataran, etc...». Amor mío, ¿cómo pudiste pensar tal cosa? ¿Y cómo pudiste escribirla? No quiera Dios olvidarse de sus pobres esclavas para que puedan sobrevivirte. Nunca nos conceda una vida que sea más pesada que cualquier género de muerte. Eres tú el que debes celebrar nuestras exequias y el que has de encomendar a Dios nuestras almas. Eres tú el que ha de enviar por delante las almas que congregaste para Dios. Que ningún cuidado por ellas te perturbe. Nos has de seguir con tanta más alegría, cuanto más seguro estuvieres de nuestra salvación. Perdona, te ruego, Señor, perdónale las palabras que dice con las que nos hace desgraciadas, muy desdichadas. No nos quites antes de morir a aquél por quien de todas formas vivimos. «Bástale a cada día su afán»[(1)]. Y ese día traerá consigo toda clase de preocupación a los que encuentre. «¿Es que es necesario –se pregunta Séneca[(2)]– acumular todos los males y perder la vida antes de morir?»

Nos pides, mi amor, que si, por casualidad, acabas tus días estando ausente de nosotras, hagamos traer tu cuerpo a nuestro cementerio, para de esta manera conseguir más frutos por el recuerdo constante de nuestras oraciones. Pero ¿cómo te imaginas que pueda desaparecer tu memoria de nosotras? O ¿cómo crees que puede haber un tiempo propicio a la oración cuando la máxima perturbación deje lugar a la quietud, cuando ni el alma tendrá el uso de la razón, ni la lengua el uso de la palabra? Cuando el alma enferma se dirige a Dios más airada que aquietada ¿no le irritará más con sus quejas que le aplacará con sus oraciones? Sólo nos quedará a estas pobres desgraciadas llorar. No nos está permitido rezar.

(1) Mt 6, 34. (2) Séneca, *Cartas a Lucilio,* 24, 1.

Será cosa de pensar en seguirte más que en enterrarte, de tal forma que podamos ser sepultadas más que en darte sepultura. Si tú te vas, carece de sentido vivir, pues ya hemos perdido nuestra vida en ti. ¡Y, ojalá, que ni siquiera vivamos para ver ese día! Si la simple mención de tu muerte es ya para nosotras una muerte, ¿cuál no será su realidad si todavía nos coge vivas? No quiera Dios que vivamos para cumplir este deber, que te ofrezcamos esta ayuda, que requerimos a nuestra vez de ti. ¡Ojalá que en esto te precedamos y que no te sigamos!

Perdónanos, pues –y perdona a aquella que es toda tuya– por insistir en las palabras con que traspasas nuestras almas como con espadas de muerte, pues lo que antecede a la muerte es más duro que la misma muerte. Un alma llena de dolor no puede vivir en calma, ni la mente llena de ansiedad se puede entregar de veras a Dios. Por favor, no impidas el servicio de Dios para el que tú quisiste que viviéramos. Hay que desear que venga pronto lo que ha de venir, aunque, cuando llegue, traiga consigo el máximo dolor. De esta manera no nos torturaremos de antemano con un temor inútil contra el cual ninguna providencia puede hacer nada. Esto es lo que pondera el poeta cuando dice:

> *Sit subitum quodcumque paras, sit caeca futuri*
> *mens hominum fati. Liceat sperare timenti.*
>
> [Sea inminente lo que nos deparas. Esté ciega al hado
> la mente humana. Que el que teme pueda esperar.][1]

Pero, ¿qué puedo esperar yo, si te pierdo a ti? ¿Qué ganas voy a tener yo de seguir en esta peregrinación en que no tengo más remedio que tú mismo y en ti mismo nada más que saber que vives, prescindiendo de los demás placeres en ti –de cuya presencia no me es dado gozar– y que de alguna forma pudiera devolverme a mí misma? Oh Dios, ¡qué cruel –permítase-

(1) Lucano, *Pharsalia*, 2, 14-15.

me decirlo– te has mostrado conmigo en todas las cosas! ¡Oh clemencia inclemente! ¡Oh fortuna desafortunada, que gastaste en mí sola todos los dardos que lanzas contra los humanos –pues ya no te quedan más para herir a los demás–! Agotaste en mí toda la aljaba para que, en adelante, los demás no teman la guerra. Y caso de que te quedara todavía alguna flecha, no encontraría en mí lugar para la herida. Lo único que, en medio de tantas heridas, temió en mí fue que, con mi muerte, acabara de sufrir. Y como no deja de destruirme sigue temiendo la destrucción que, por otra parte, acelera.

¡Ay de mí, la más desgraciada de las desgraciadas, la más infeliz de las desdichadas! Pues, si al elegirme tú fui exaltada por encima de las demás mujeres, mi sufrimiento fue tanto mayor por cuanto que mi caída fue la ruina para mí y para ti. ¡Cuanto más alta es la subida, más grave será la caída! ¿Pudo la fortuna igualar o anteponer a mí a alguna de las mujeres nobles y poderosas? ¿Y pudo, finalmente, derribarla y aplastarla más que a mí? ¡Cuánta gloria me dio a mí en ti y qué ruina me trajo por medio de ti! Violenta en ambos extremos, ¿mostró acaso moderación tanto en el bien como en el mal? Para hacer de mí la más miserable de las mujeres, me hizo primero la más feliz, de manera que al pensar lo mucho que había perdido fuera presa de tantos y tan graves lamentos, cuanto mayores eran mis daños. Y tanto mayor fuera el dolor por lo perdido, cuanto mayor había sido el deleite de la posesión que había precedido. La alegría del supremo éxtasis terminaba así en la infinita tristeza del dolor.

Y para que de tal ultraje surgiera una mayor indignación, en nuestro caso todas las leyes de la equidad quedaron trastocadas. Pues, mientras gozábamos de los placeres del amor –lo diré con un vocablo más torpe, pero más expresivo– nos entregábamos a la fornicación, la severidad divina nos perdonó. Pero cuando corregimos nuestros excesos y cubrimos con el honor del matrimonio la torpeza de la fornicación, entonces la cólera del Señor hizo pesar fuertemente su mano

sobre nosotros y no consintió un lecho casto, aunque había tolerado antes uno manchado y poluto. El castigo que sufriste por ello hubiera sido la justa venganza para los hombres cogidos en flagrante adulterio. Lo que otros merecían por su adulterio, cayó sobre ti por el matrimonio, por el cual creías haber satisfecho todas las culpas anteriores. Lo que las mujeres adúlteras hicieron a sus amantes fornicarios, a ti te lo hizo tu propia mujer. Todo esto no sucedió cuando nos entregamos a los primeros goces, sino cuando separados temporalmente vivíamos castamente. Tú estabas al frente de la escuela de París y yo, por mandato tuyo, en Argenteuil, viviendo con las monjas. Fue en estas circunstancias y estando separados, tú más entregado a las clases y yo más dedicada a la oración o a la meditación de las sagradas páginas, viviendo más santamente cuanto más castos éramos, fue entonces, digo, cuando tú solo sufriste en tu cuerpo lo que ambos habíamos cometido. Sólo tú sufriste el castigo, aunque los dos habíamos sido culpables. Y el que menos debía pagó toda la deuda, pues cuanto más habías satisfecho humillándote por mí y ensalzándome a mí y a toda mi parentela, tanto menos digno de castigo te habías hecho, tanto ante Dios como ante los que te traicionaron.

¡Ay, desdichada de mí, nacida para ser la causa de tal crimen! ¿Es éste el común destino de las mujeres llevar a la ruina a los grandes hombres? De ahí lo escrito en los Proverbios(1) sobre el peligro de las mujeres: «Ahora, hijo mío, escúchame, presta atención a mis consejos: no se extravíe tu corazón detrás de ella, no te pierdas por sus sendas, porque ella ha asesinado a muchos, sus víctimas son innumerables, su casa es un camino hacia el abismo, una bajada a la morada de la muerte». Y en el Eclesiastés(2): «Y se descubrió que es más trágica que la muerte, la mujer cuyos pensamientos son redes y lazos y sus brazos cadenas».

(1) Pr 7, 24-27. (2) Ecl 7, 26.

Fue, en efecto, la primera mujer quien sacó del paraíso al varón. Y la que fuera creada por Dios como ayuda del hombre se convirtió en su mayor ruina. Aquel fortísimo nazareo del Señor, cuya concepción fuera anunciada por el hombre, fue vencido por Dalila[1]. Entregado a sus enemigos y privado de la vista, su dolor le arrastró a causar su propia ruina y la de sus enemigos. A Salomón –el más sabio de todos los hombres– le entonteció la mujer a que se había unido. A tal grado de locura le llevó que, a pesar de haber sido elegido para edificar el templo –siendo preferido a su padre David, hombre justo–, la misma mujer le sumergió en la idolatría hasta el final de su vida. Abandonó por completo el culto divino que había exaltado y enseñado de palabra y con sus escritos[2]. El santísimo Job libró la última y más grave batalla con su mujer que le invitaba a maldecir de Dios[3]. Y el astutísimo tentador sabía bien esto, basado en la repetida experiencia de que los hombres van facilísimamente a la ruina por las mujeres. Por eso dirigió también su consabida malicia hacia nosotros: tentó con el matrimonio a quien no pudo destruir por la fornicación. No pudiendo hacer el mal por el mal, realizó el mal a través del bien.

Daré al menos gracias a Dios por esto. Nunca el demonio me arrastró conscientemente al pecado como a las mujeres mencionadas. Confesaré, no obstante, que me hizo en realidad instrumento de su malicia. Pero, si bien mi conciencia está limpia por su inocencia –y ningún consentimiento me hace culpable– hay, sin embargo, anteriores pecados que no me dejan libre de esta culpa. Me entregué antes a los deleites de los deseos carnales mereciendo lo que ahora deploro. Y el castigo es una justa consecuencia de mis anteriores pecados. Y es que de un mal comienzo hay que esperar que salga un mal final.

(1) Jue 13, 3. (2) 1 Re 11, 1-8. (3) Jb 2, 9-10.

Ojalá, pues, que yo pueda hacer digna penitencia sobre todo por esta falta. Que pueda yo recompensar de algún modo con una larga contrición de la penitencia el castigo de esa tu herida. Que lo que tú padeciste en el cuerpo durante una hora, lo acepte yo –pues es justo– durante toda mi vida con verdadero dolor de corazón y de esta manera pueda darte a ti, al menos una reparación, ya que no a Dios.

Admito, sinceramente, la debilidad de mi alma, pero no acierto a encontrar la penitencia justa con que aplacar a Dios a quien siempre acuso de suma crueldad en relación con este ultraje. Me rebelo contra su disposición y, por lo mismo, le ofendo más con mi indignación, que le aplaco por la satisfacción de la enmienda. ¿Cómo se puede llamar penitencia de los pecados –por mucha que sea la mortificación del cuerpo– si el ánimo retiene todavía la voluntad de pecar y arde en los viejos deseos? Es muy fácil acusarse a sí mismo confesando los propios pecados, así como afligir el cuerpo con una manifestación externa de penitencia. Pero es muchísimo más difícil apartar el alma del deseo de las pasiones que más nos agradan. Con toda razón se había adelantado a esto el santo Job[1]: «Estoy hastiado de la vida: me voy a entregar a las quejas», es decir, soltaré la lengua y abriré la boca para hacer la acusación de mis pecados. Pero añade en seguida: «Desahogaré la amargura de mi alma». San Gregorio lo comenta así[2]: «Hay personas que confiesan en voz alta sus culpas, pero no saben cómo gemir sobre ellas. Hablan alegremente de lo que debería ser lamentado. Por eso, el que confiesa sus culpas y las detesta debe hacer todavía otra cosa: manifestarlas con amargura de corazón a fin de que la misma amargura castigue lo que la lengua acusa por medio del juicio de la mente». El mismo San Ambrosio[3], sin embargo, observa muy atinadamente cuán raro es este arrepen-

(1) Jb, 10, 1. (2) San Gregorio, *Moralia*, 9, 43. (3) San Ambrosio, *De Paenitentia*, 2, 10.

timiento de la verdadera penitencia, cuando dice: «He encontrado más fácilmente a personas que permanecieron inocentes que a las que hicieron penitencia».

Por mi parte, he de confesar que aquellos placeres de los amantes –que yo compartí con ellos– me fueron tan dulces que ni me desagradan ni pueden borrarse de mi memoria. Adondequiera que miro siempre se presentan ante mis ojos con sus vanos deseos. Ni siquiera en sueños dejan de ofrecerme sus fantasías. Durante la misma celebración de la misa –cuando la oración ha de ser más pura– de tal manera acosan mi desdichadísima alma, que giro más en torno a esas torpezas que a la oración. Debería gemir por los pecados cometidos y, sin embargo, suspiro por lo que he perdido. Y no sólo lo que hice, sino que también estáis fijos en mi mente tú y los lugares y el tiempo en que lo hice, hasta el punto de hacerlo todo contigo, sin poder quitaros de encima, ni siquiera durante el sueño. A veces me traicionan mis pensamientos en un movimiento del cuerpo o me delatan en una palabra improvisada. ¡Desdichada de mí y digna de aquel grito de angustia de un alma aquejada!: «Infeliz de mí ¿y quién me librará de este cuerpo de muerte?»[(1)]. Ojalá que pudiera seguir diciendo de verdad aquello: «La gracia de Dios por nuestro Señor Jesucristo»[(2)].

Esta gracia, amado mío, se te anticipó, pues una simple herida del cuerpo –curándote de este tormento– te sanó al mismo tiempo de muchas heridas en tu alma. Donde creías que Dios era tu mayor adversario, se descubre más propicio: como el más fiel de los médicos que no duda causar el dolor, buscando la salud. A estos estímulos de la carne y a estos incentivos de la libido, los atizan contra mí, tanto el ardor juvenil de mi edad, como la experiencia de los más dulces placeres. De manera que su acoso es tanto más intenso, cuanto más débil es la naturaleza contra la que arremeten.

(1) Rom 7, 24. (2) Rom 7, 24.

Los hombres dicen que soy casta, porque no saben lo hipócrita que soy. Consideran una virtud la pureza de la carne, si bien dicha virtud no pertenece al cuerpo, sino al alma. Aunque pueda tener alguna alabanza ante los hombres, no merezco ninguna ante Dios que penetra el corazón y los riñones(1) y que ve en la oscuridad. Soy tenida por religiosa en un tiempo en que queda poco en la religión que no sea hipocresía. En donde se colma de las mayores alabanzas a aquel que no choca con la opinión. Y hasta se ve de algún modo laudable y aceptable a Dios el que alguien, parapetado tras el ejemplo de las obras externas –sea cual sea su intención–, no sirva de escándalo a la Iglesia ni por su causa los infieles blasfemen del nombre del Señor, ni los mundanos manchen, por su causa, la orden a que pertenecen. Y también esto es un don no pequeño de la gracia divina, de cuya bondad procede no sólo hacer el bien, sino también abstenerse del mal. Pero de nada sirve lo primero si no sucede lo segundo, como está escrito: «Deja el mal y haz el bien»(2). Y ambas cosas son imposibles si no se hacen por amor de Dios.

Dios sabe que, en todas las ocasiones de mi vida, temí ofenderte a ti más que a Él y que quise agradarte a ti más que a Él. Fue tu amor, no el de Dios, el que me mandó tomar el hábito religioso. Fíjate, entonces, en la vida miserable que llevo –más digna de compasión por todos– teniendo que aguantar en esta vida tantas cosas y sin esperar premio alguno en la otra. Mi simulación te engañó a ti y a otros muchos durante mucho tiempo, llevándote a confundir religión con hipocresía, y, en consecuencia, a encomendarte a mis oraciones, pidiéndome así lo que yo espero de ti. No confíes tanto en mí, te lo ruego, que dejes de venir en mi ayuda con tus oraciones. No pienses que estoy sana y me prives de la gracia de la medicación. Deja de creer que no lo necesito, y no retrases tu ayuda a mi necesidad. No pienses que estoy

(1) Sal 8, 10. (2) Sal 37, 27.

sana, no sea que me caiga antes de que puedas sostenerme. La adulación dañó a muchos, quitándoles la ayuda que necesitaban. Dios clama por Isaías: «Pueblo mío, tus guías te extravían, destruyen tus senderos». Y por Ezequiel(1): «¡Ay de las que cosen lazos en las muñecas y hacen capillos de todos los tamaños para cazar a la gente!». Por otro lado, se nos dice, por medio de Salomón(2): «Las sentencias de los sabios son como aguijadas o como clavos bien clavados», que, en efecto, no pueden tocar suavemente las heridas, sino que las taladran.

Deja, pues, de alabarme, te lo suplico, y no incurras en la infamia del adulador, ni en el crimen del mentiroso. De lo contrario, el bien digno de alabanza que crees ver en mí lo disipará el viento de la vanidad. Nadie experto en medicina diagnostica una enfermedad interna por la simple vista de los síntomas externos. Ninguna obra que sea común a los réprobos y a los santos puede conseguir méritos ante Dios. Tales son, en efecto, las obras externas, que ningún santo hace con tanto cuidado como los hipócritas. «Malo e impenetrable es el corazón del hombre ¿quién lo conocerá?»(3). Y: «Cree uno que su camino es recto y va a parar a la muerte»(4). Es temerario hacer juicio sobre aquello que sólo está reservado al escrutinio de Dios. Por eso está escrito: «Antes de que muera, no declares dichoso a nadie; en el desenlace se conoce el hombre»(5). Es decir, no debes alabar al hombre, si, al alabarlo, no puedes hacerlo más digno de alabanza.

Tus alabanzas hacia mí son tanto más peligrosas cuanto más agradables. Y tanto más me deleitan y me cautivan, cuanto más intento agradarte en todo. Te lo pido: recela siempre de mí y no te confíes, para que de esta manera pueda encontrar yo ayuda en tu solicitud. Y ahora más que nunca se ha de temer, cuando ya no tengo en ti el remedio de mi

(1) Is 3, 12; Ez 13, 18. (2) Ecl 12, 11. (3) Jr 17, 9. (4) Pr 14, 12; 16, 25. (5) Eclo 11, 28.

concupiscencia. No quiero que cuando me exhortas a la virtud y me incitas a la lucha me digas: «La virtud se perfecciona en la debilidad»[1]. «Y no será coronado más que el que luchare como hay que luchar»[2]. No busco la corona de la victoria. Me basta con evitar el peligro. Es más seguro cortar el peligro que hacer la guerra. Me basta con que Dios me ponga en un rincón del cielo. Allí nadie envidiará a nadie, pues a cada uno le bastará con lo que tiene. Para dar peso y autoridad a este mi consejo, oigamos a San Jerónimo[3]: «Confieso mi debilidad; no quiero luchar con la esperanza de la victoria, no sea que algún día pierda la batalla». ¿Qué sentido tiene perder las cosas ciertas y seguir tras las inciertas?

(1) 2 Cor 12, 9. (2) 2 Tim 2, 5. (3) San Jerónimo, *Adversus Vigilantium*, 16.

# Carta 5
# Abelardo a Eloísa

*A la esposa de Cristo, el siervo de Cristo*[42].

Si mal no recuerdo, tu última carta versaba toda ella sobre cuatro puntos, resumen de tu agitación y tu pena. Te quejas en primer lugar de que –al margen del estilo epistolar e incluso contra el orden mismo de las cosas– la mía antepusiera en el saludo tu nombre al mío. Lamentas, en segundo lugar, que debiéndote proporcionar un remedio de consuelo, aumenté más bien tu desolación. Y excité, más que enjugué, tus lágrimas, añadiendo a renglón seguido, aquello de «si el Señor me entregare en manos de mis enemigos y, echándose sobre mí me mataran...», etc. En tercer lugar lanzaste contra el Señor tu vieja y constante queja, a saber: la manera en que entramos en la vida religiosa, nuestra conversión a Dios y la cruedad de la traición contra mi persona.

En la cuarta, finalmente, oponías tu acusación contra mi alabanza hacia ti, rogándome, insistentemente, que no lo

42. *Sponsae Christi, servus eiusdem.* Es evidente un cierto despego y distancia en este encabezamiento, sobre todo si se estudian los de las cartas anteriores. Contrasta con las fórmulas más elaboradas e intencionadas de las cartas de Eloísa.

volviera a hacer. Estoy decidido a contestar a estos cuatro puntos, no tanto para justificarme, cuanto para orientarte y animarte. Pienso que has de recibir mis razones con tanto más agrado, cuanto más razonables las encuentres. Y que estarás más dispuesta a escucharme en mis cartas, cuanto menos digno de represión me encuentres en las tuyas, estando menos dispuesta a rechazarme, cuanto menos digno de reproche me encuentres.

Comenzando por el que tú llamas orden no natural del encabezamiento de mi carta –si lo miras con atención– se procedió de mutuo acuerdo. De todos es sabido –y tú misma lo indicaste– que, cuando se escribe a los superiores, se pone primero su nombre. Y, entiéndemelo, tú comenzaste a ser mi superiora cuando comenzaste a ser mi señora, hecha esposa de mi Señor, según aquello de San Jerónimo cuando escribe a la virgen Eustoquio(1): «Ésta es la razón de llamarte en mi carta "señora mía Eustoquio". Con toda la razón he de llamar Señora a la esposa de mi Señor». Dichoso trueque el de tales nupcias: de mujer de un hombrecillo miserable, has sido ahora elevada al tálamo del Rey supremo. Por el privilegio de este alto honor has sido colocada no sólo sobre tu primer marido, sino también sobre algunos siervos de tan gran Rey.

Nada de extraño, pues, que tanto en vida como en muerte, me encomiende sobre todo a tus oraciones. Por derecho consta que las esposas pueden más con su intercesión ante los maridos que sus mismos familiares, pues son esposas más que siervas. Valga de ilustración lo que dice el Salmo de la reina y esposa del Rey de reyes(2): «La reina está a tu derecha». Como si dijera claramente: «está junto a su marido y muy unida a él; caminan juntos, mientras les atienden y asisten desde lejos todos los demás». La esposa en el *Cantar de los Cantares*(3) –una etíope, como la que Moisés tomó como

(1) San Jerónimo, *Cartas*, 22, 2. (2) Sal 45, 9. (3) Cant 1, 4.

esposa[(1)]– alegrándose de la gloria a que ha sido exaltada en su nueva posición, dice: «Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén; por eso me amó el rey y me llevó a su alcoba». Y más adelante: «No pienses que soy fea, porque me ha quemado el sol»[(2)].

En tus palabras no es difícil ver que se hace una descripción general del alma contemplativa –que, de modo especial, llamamos esposa de Cristo–. Pues bien, en ellas se alude especialmente a vosotras como lo demuestra vuestro mismo hábito externo. El mismo porte exterior de los vestidos negros y de estameña –semeja el vestido de las buenas viudas que lloran a los maridos, ya muertos, que amaron– os hace a vosotras, según el Apóstol[(3)], verdaderas y desoladas viudas por su esposo muerto, a quienes la Iglesia ha de sustentar. La misma Escritura recuerda el llanto de las santas viudas por su esposo muerto, cuando dice: «Las mujeres estaban sentadas junto al sepulcro llorando al Señor»[43].

La etíope es negra en su carne y en todo su exterior aparece más fea que las demás mujeres. Pero en su interior no se diferencia de ellas, incluso en algunas cosas es más hermosa y blanca, por ejemplo, en sus huesos o dientes. La blancura de los dientes es alabada también por su esposo, según aquello de «sus dientes más blancos que la leche»[(4)]. Es negra por fuera, pero hermosa por dentro. Porque sometida a frecuentes tribulaciones de las adversidades en su mismo cuerpo, de algún modo su carne se ennegrece, según aquello del Apóstol[(5)]: «Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo, padecerán en su carne». Así como la prosperidad está simbolizada por lo blanco, de la misma manera con lo negro se expresa adecuadamente lo adverso. Pero, en su interior, es, de algún modo, blanca en sus huesos, porque

43. Texto de la Antífona del Oficio de Sábado Santo. No está en el Evangelio.

(1) Nm 12, 1. (2) Cant 1, 5. (3) 1 Tim 5, 16. (4) Gn 49, 12. (5) 2 Tim 3, 12.

su alma goza de las virtudes, como está escrito[1]: «Toda la gloria de la hija del rey está en su interior». Los huesos, como interiores que son y rodeados de carne, son la fuerza y el soporte de la misma carne que llevan y sustentan. Son una buena expresión del alma –que a su vez vivifica a la misma carne en la que está–, la conforta, sustenta, mueve y dirige y le proporciona todo su bienestar. A ella pertenece esa blancura o belleza y las virtudes que la adornan.

Es también negra en su parte exterior porque, mientras sigue alegrándose en esta peregrinación, se tiene a sí misma por vil y abyecta en esta vida para que sea exaltada en la otra –que está oculta con Cristo en Dios– una vez llegada a la patria. Así pues, el verdadero sol le cambia el color, porque el amor del esposo celestial de tal forma la humilla y la atormenta con tribulaciones, que la prosperidad no la enorgullece. La cambia de color, es decir, la hace diferente a las demás mujeres que ansían las cosas terrenas y buscan la gloria mundana, para que, de esta manera, se convierta, por medio de la humildad en lirio de los valles. No ciertamente en lirio de los montes, como aquellas vírgenes necias que, hinchadas por la pureza de la carne, y por la continencia exterior, se consumieron en el fuego de las tentaciones. Con razón, pues, las llamó hijas de Jerusalén, como si hablara a fieles menos perfectos, que más que hijos merecen que se les llame hijas. «No os fijéis en que soy fea –dice– pues el sol me cambió de color.» Cuando habría podido decir más claramente: «Si me humillo o resisto tan virilmente a las adversidades, no se ha de atribuir a mi virtud, sino a la gracia de Aquel a quien sirvo».

Otro es el comportamiento de los herejes e hipócritas que –atentos siempre a la mirada de los hombres– se humillan hasta el polvo con la esperanza de una gloria terrena o aguantan inútilmente cuanto sea. Este tipo de abyección o tribulación que soportan, no deja de ser verdaderamente

(1) Sal 45, 14.

sorprendente: son los más miserables de los hombres ya que no disfrutan de los bienes de la vida presente ni de la futura. Lo que, ponderando con diligencia la esposa, le lleva a decir: «No debéis admiraros de mi comportamiento. Habéis de extrañaros, más bien, de los que ardiendo inútilmente en el deseo de la abalanza terrena, se privan de las comodidades de este mundo». Son doblemente desgraciados: en el presente y en el futuro. Este tipo de continencia de las vírgenes fatuas es el que les cerró la puerta[1].

Bien pudo, pues, decir que por ser negra y hermosa, fue elegida e introducida en la cámara real, esto es, en el secreto y descanso de la contemplación. Y en el lecho del que ella misma habla en otra parte: «Noche tras noche busco en mi lecho al que ama mi alma»[2]. La misma deformidad de su negrura busca lo oculto más que lo manifiesto y lo secreto más que lo público. Una esposa así desea más los goces secretos de su marido que los manifiestos y prefiere ser más conocida en la cama que vista en la mesa. Y sucede a menudo que la carne de las mujeres negras es tanto más suave al tacto cuanto menos atractiva es a la vista. Por eso mismo, el placer que producen es mayor y más deseable en secreto que en público, y sus maridos para gozar de ellas, prefieren llevarlas a la alcoba a mostrarlas en público. Siguiendo, pues, esta metáfora, la esposa espiritual, después de decir «soy negra, pero hermosa», añadió: «por eso me amó el rey y me introdujo en su cámara». Relacionando una cosa con otra dice: «Me amó por hermosa y me introdujo por ser negra». Hermosa –como dije– por las virtudes interiores que ama el esposo y negra al exterior por las adversidades de las tribulaciones corporales. La negrura de las tribulaciones corporales aparta, fácilmente, la atención de los fieles del amor a los bienes terrenos y mantiene los deseos de la vida eterna, arrastrándola desde la tumultuosa vida del siglo al secreto de la contemplación. Así

(1) Mt 25, 1 ss. (2) Cant 3, 1; 1, 4-5.

sucedió en San Pablo eremita, principio de nuestra vida monástica, como escribe San Jerónimo[1].

Esta vileza de los hábitos de estameña está pidiendo el retiro más que la vida pública y se ha de mantener como lo más conveniente a la humildad y a lo apartado del lugar de nuestra profesión. El lujo de los vestidos provoca a presentarse en público, que –como dice San Gregorio[2]– no es buscado por nadie que no vaya tras la gloria vana y la pompa de este siglo. «Nadie –dice– se adorna a sí mismo en privado, sino donde pueda ser visto.» Y la alcoba de la esposa, de la que antes hablamos, no es otra que aquella a la que el esposo invita al que ora, cuando dice: «Y tú, cuando ores, entra en tu habitación y, cerrada la puerta, ora a tu Padre»[3]. Como si dijera: «No como los hipócritas que lo hacen en las esquinas de las calles y en las plazas públicas». Llama, pues, alcoba a un lugar alejado de todo tumulto y de la vista del mundo donde se puede orar más sosegada y limpiamente. Tal es, por ejemplo, el alejamiento de la soledad doméstica, en que se nos manda cerrar las puertas, es decir, obstruir todas las entradas, no sea que cualquier circunstancia impida la pureza de la oración y lo que ven nuestros ojos haga prisionera al alma infeliz.

A pesar de esto, tenemos que aguantar a muchos de los que llevan nuestro hábito que desprecian este consejo, o más bien, precepto divino. Pues, cuando celebran los divinos oficios con el claustro o el coro abiertos de par en par, se exhiben a sí mismos sin ningún pudor ante hombres y mujeres –sobre todo durante la misa solemne– vestidos con ornamentos lujosos, lo mismo que los seglares ante quienes los ostentan. A su juicio, una fiesta es tanto más sonada, cuanto más rica es en su boato externo y más abundante el banquete. Será mejor guardar silencio que hablar torpe-

(1) San Jerónimo, *Vita Pauli Primi Eremithae.* (2) San Gregorio, *Homilia in Lucam*,40, 16. (3) Mt 6, 6.

mente de su miserable ceguera que es totalmente contraria a la religión de los pobres de Cristo. Son judaizantes que hacen regla de sus costumbres y posponen el mandato del Señor a sus tradiciones. Atienden no a lo que se debe hacer, sino a lo que suele hacerse, cuando–como advierte San Agustín(1)– el Señor dijo: «Yo soy la verdad», no: «Yo soy la costumbre».

Que se encomiende el que quiera a las oraciones de éstos, hechas como están a puerta abierta. Pero vosotras, que fuisteis introducidas a la cámara por el mismo Rey celestial y descansáis en sus abrazos, cuánto más familiarmente unidas y entregadas estáis a él con la puerta siempre cerrada, según aquello del Apóstol(2): «El que se une al Señor es un espíritu con Él». Puedo, por tanto, creer que tendrás una oración más pura y eficaz y, por lo mismo, imploro con más urgencia, vuestra ayuda. Y estoy también convencido de que tales oraciones se hacen más devotamente por mí por cuanto estamos unidos en un mayor y mutuo amor.

Si os inquieté al mencionar el peligro que corro o la muerte que temo, te recuerdo que lo hice pensando también en tus ruegos y conminaciones. Tu primera carta a mí dirigida dice en cierto lugar, como sigue: «Te suplicamos por Cristo –que de alguna manera te sigue protegiendo para Él– que hagas partícipes a tus siervas y suyas a través de frecuentes cartas de los naufragios en que fluctúas. Los que se conduelen suelen llevar algún consuelo al que padece. Y una carga impuesta a muchos se sostiene y lleva mejor». ¿De qué te quejas, entonces, si os hice partícipes de mi angustia, habiéndome obligado a ello como con cierta conminación? ¿Es que en una tan gran desesperación como vivo es lícito que vosotras estéis alegres? ¿Tan sólo queréis ser compañeras de la alegría y no del dolor, ni llorar con los que lloran, sino solamente alegraros con los que están alegres? No hay mayor

(1) San Agustín, *De Baptismo*, 36.9; Jn 14, 16. (2) 1 Cor 6, 17.

diferencia entre los verdaderos y los falsos amigos que a los primeros los encontramos en la adversidad y a los segundos en la prosperidad. No digas tales cosas, por favor y evítate semejantes reproches, que distan muchísimo de unas entrañas de caridad. Y, si todavía sigues ofendida, sábete que yo –rodeado como estoy de tantos peligros y desesperado de vivir– debo estar atento a la salud del alma y mirar por ella mientras pueda. Si verdaderamente me quieres, no debes oponerte a este presentimiento doloroso.

Por el contrario, si crees que la misericordia divina se ocupa de mí, deberías desear verme tanto más libre de las miserias de esta vida, cuanto más intolerables las consideras. Pues sabes que –sea quienquiera el que me libere de esta vida– me apartará de los mayores sufrimientos. Ignoro los padecimientos que me esperan, pero no me cabe duda ninguna de los que me veré libre. Toda vida infeliz tiene un final feliz. Y todos los que se compadecen y sufren por las angustias de los demás quieren verlas terminadas –incluso con daño propio– hasta el punto de amar verdaderamente a los que ven sufriendo y de pensar más en el bien de los amigos que en el suyo propio.

Vemos así cómo una madre quiere que termine la larga enfermedad de su hijo, incluso con la muerte, porque se le hace insoportable y prefiere verse privada de él, antes que compartir con él la desgracia. Y todo aquel que se deleita con la presencia del amigo, prefiere tenerle ausente y feliz a tenerlo presente y desgraciado, pues no puede tolerar un dolor que no puede remediar. A ti ni siquiera se te ha concedido gozar de mi presencia, por desdichada que ésta sea. Tampoco puedes hacer nada por mí que redunde en tu bien. No veo, entonces, por qué prefieres que viva miserabilísimamente a que muera feliz. Pero si quieres prolongar mis desdichas en beneficio tuyo, te delatas más como enemiga que como amiga. Deja ya de quejarte, te lo ruego, si no quieres –como te dije– parecer mi enemiga.

Apruebo, sin embargo, tu rechazo de las alabanzas, pues eso mismo te hace más digno de ellas. Está escrito[1]: «El justo se acusa a sí mismo». Y: «el que se exalta será humillado»[2]. Y ¡ojalá lo sientas como lo escribes! Si así fuere, tu humildad es verdadera y no se desvanecerá con mis palabras. Pero, por favor, no busques la alabanza, cuando parece que la rehuyes, reprobando con la boca lo que busca el corazón. De ello escribe San Jerónimo[3] entre otras cosas a la virgen Eustoquio: «Nos dejamos arrastrar por nuestra mala naturaleza. Favorecemos de buena gana a los que nos adulan, a pesar de que nos confesamos indignos y de que un astuto rubor nos inunda la cara. Nuestra alma, sin embargo, se alegra interiormente con su alabanza». Así nos pinta Virgilio la hipocresía de la lasciva Galatea que, con su huida buscaba lo que quería, y, con la simulación de la repulsa, más atraía hacia sí al amante:

*Et fugit ad salices (inquit) et se cupit ante videri*

[Vuela hacia los sauces (dice), no sin antes hacerse ver] [4].

Antes de esconderse desea que la vean huyendo, para que con la misma fuga que parece rechazar la compañía de los jóvenes asegure más su conquista. De la misma manera excitamos más las alabanzas de los hombres cuanto más parece que huimos de ellas. Y cuando simulamos querer escondernos de ellas –para que nadie conozca lo que alaba en nosotros– más atentos e imprudentes buscamos nuestra alabanza, porque con ello nos consideramos más dignos de la misma. Y digo esto porque sucede con frecuencia, no porque sospeche tales cosas de ti, que nunca he dudado de tu humildad. Pero te pido también que te abstengas de usar tales palabras no sea que parezcas a los que no te conocen que

(1) Pr 18, 17. (2) Lc 18, 14. (3) San Jerónimo, *Cartas*, 22, 24. (4) Virgilio, *Églogas*, 3, 65.

«vas buscando la gloria con la huida», como dice San Jerónimo. ¡No quiera Dios que mi alabanza te hinche, sino que te lleve a cosas más altas! Que tomes mi alabanza con tanto más entusiasmo cuanto mayor es tu empeño en complacerme. Mi alabanza no es un testimonio a tu piedad de forma que tomes motivos para ensoberbecerte. No se han de creer las abalanzas de los amigos ni tampoco los vituperios de los enemigos.

Vengamos ya, finalmente, a esa que he llamado antigua y constante queja tuya. Me refiero al modo de nuestra entrada en religión, que se ha convertido para ti en acusación contra Dios más que en deseo de glorificación, como es justo. Esta prolongada amargura de tu ánimo a lo que es voluntad manifiesta de la misericordia divina yo creía que se había desvanecido. Cuanto más peligrosa es para ti –pues va minando tu cuerpo y tu alma– más digna de lástima y más molesta es para mí. Si –como dices– quieres agradarme en todo, te ruego que, para no atormentarme y sobre todo para complacerme, dejes esa queja con la que no me das gusto ni puedes llegar conmigo a la felicidad. ¿Consentirás que yo vaya allá sin ti? ¿Yo, a quien dices estar dispuesta a seguir hasta el infierno?

Busca en tu piedad no apartarte de mí ahora que –según crees– camino hacia Dios. Y lo harás con tanta más alegría cuanto más feliz es la meta hacia la que vamos, de manera que nuestro caminar juntos será tanto más agradable cuanto más feliz. Acuérdate de lo que hablaste y repasa lo que escribiste sobre nuestra entrada en religión, a saber, que Dios, que parecía ser mi gran enemigo se mostró –como quedó manifiesto después– más propicio. Para tu alegría, bástete saber al menos esto: que su disposición fue saludabilísima para mí –diré que para mí y para ti– si es que la fuerza del dolor permite el razonamiento. Ni te duelas de haber sido causa de tanto bien, para el que no has de dudar fuiste especialmente creada por Dios.

Ni has de llorar lo que me ha sucedido, a menos que te contristen los bienes de los sufrimientos de los mártires y de la misma muerte del Señor. ¿Crees que si esto me hubiera sobrevenido justamente, sería para ti más llevadero y te molestaría menos? De haber sido así, el resultado no podría haber sido más ignominioso para mí ni más glorioso para mis enemigos. La justicia hubiera sido para ellos motivo de alabanza y la culpa traería para mí el desprecio. Nadie se movería tampoco a compasión por mí ni estaría dispuesto a condenar el hecho.

No obstante, y para que, de algún modo, se pueda aliviar la amargura de este dolor, te demostraré que todo sucedió tan justa como útilmente y que el castigo de Dios se realizó más justamente estando casados que cuando fornicábamos. Sabes que después de haber concertado nuestro matrimonio y, encontrándote con las monjas en el claustro de Argenteuil, fui a visitarte en secreto cierto día. Y sabes lo que allí mi incontrolada incontinencia hizo contigo en el lugar mismo del refectorio, no teniendo otro lugar donde retirarnos. Sabes, repito, lo desvergonzado de esta acción, tratándose de un lugar tan santo y dedicado a la Santísima Virgen. Has de reconocer que, aunque hayan terminado otros desmanes, esto último es digno de un castigo mucho más grave. ¿Para qué quieres que recuerde las primeras fornicaciones y desvergonzadas impurezas que precedieron al matrimonio? ¿O debo recordarte mi suprema traición hacia ti cuando engañé tan torpemente a tu tío con el que convivía asiduamente en su casa? ¿Quién no piensa que fui injustamente traicionado por aquél a quien yo mismo traicioné? ¿Piensas que para vengar tan grandes crímenes basta el dolor momentáneo de aquella herida o, por el contrario, que de tantos males, debían derivarse tales ventajas? ¿Qué castigo crees que basta para aplacar a la justicia de Dios por haber profanado –como ya dije– un lugar tan sagrado como el de su madre? No quisiera equivocarme, pero lo cierto es que no fue aque-

lla saludabilísima herida la que se convirtió en venganza de todo aquello, sino la que de manera permanente llevo todos los días conmigo.

Sabes también que cuando estabas encinta te llevé a mi propia casa, disfrazada con el hábito de monja y que con tal simulación te burlaste irreverentemente de la vida religiosa que ahora profesas. Considero, pues, cuán justamente la justicia de Dios, o mejor, su gracia te trajo, contra tu voluntad, a la religión de la que no dudaste burlarte. De esta manera podías expiar de grado tu profanación vistiendo el hábito contra el que faltaste. Y de este modo también, la verdad de los hechos pondría remedio al engaño de mi simulación y corregirá la falsedad. Y si, por tu parte, quieres sacar un poco de utilidad a la justicia de Dios con nosotros, podrás llamar a lo que entonces se hizo con nosotros, no justicia sino gracia de Dios.

Atiende, pues, querida mía, y fíjate con qué redes de misericordia nos pescó el Señor de lo profundo de este proceloso mar. Y de qué torbellino de una inmensa Caribdis sacó contra su voluntad a estos dos náufragos, hasta poder prorrumpir los dos en este grito: «Dios se cuida de mí»(1). Piensa y repiensa en qué peligros nos habíamos metido y de cuántos nos ha librado el Señor. Cuenta siempre llena de agradecimiento «las grandes cosas que Dios hizo a nuestra alma»(2). Consuela con nuestro ejemplo a todos los pecadores que desesperan de la misericordia de Dios y que todos sepan lo que sucede con los que suplican y piden, cuando a tan grandes pecadores como nosotros, y contra su voluntad, se les otorgan tan grandes favores.

Considera el altísimo designio de la misericordia de Dios sobre nosotros y con qué compasión dirigió el Señor su juicio hacia nuestro castigo. Piensa con qué sabiduría se sirvió de los mismos males y con qué compasión cambió nuestra

(1) Sal 39. (2) Sal 39.

impiedad hasta el punto de curar nuestras dos almas con la única herida justificada de una sola parte de mi cuerpo. Compara el peligro y la manera de liberarnos de él. Compara la enfermedad y la medicina. Examina la causa de nuestros méritos y admira después el efecto de su misericordia.

Tú sabes a qué bajeza arrastró mi desenfrenada concupiscencia a nuestros cuerpos. Ni el simple pudor, ni la reverencia debida a Dios fueron capaces de apartarme del cieno de la lascivia, ni siquiera en los días de la Pasión del Señor o de cualquiera otra fiesta solemne[44]. Con golpes y amenazas intenté forzar muchas veces tu consentimiento –pues eras por naturaleza más débil– aun cuando tú no querías y te resistías con todas tus fuerzas y tratabas de disuadirme. Tanto era el fuego de la pasión que me unía a ti que antepuse a Dios y a mí mismo todas aquellas miserables y obscenosísimas pasiones, cuyo solo nombre me avergüenza. Parecía que no había otra manera de actuar de la clemencia divina más que cortando de raíz y sin esperanza alguna de que brotaran estas voluptuosidades. Así pues, con toda justicia y misericordia –aunque por medio de la suprema traición de tu tío– quedé disminuido en esa parte de mi cuerpo, que es el asiento de la lujuria y la única fuente de todos esos deseos, para que de esta forma pudiera yo crecer de muchas maneras. Era así justamente castigado aquel miembro que había sido causa en nosotros de todos los desvaríos, a fin de que expiara, sufriendo, los pecados que había cometido gozando. Y, al mismo tiempo, separaba de mí todas aquellas inmundicias en las que me veía envuelto como si fueran cieno, tanto en el cuerpo como en el alma. Sólo de esta manera me hacía tanto más idóneo para los sagrados oficios, cuanto que en adelante ya no me mancharía ningún contagio de impureza carnal. Ahora ves con qué misericordia me hizo sufrir solamente en

44. El uso del matrimonio estaba prohibido por la Iglesia durante el tiempo de Cuaresma y Pasión y en las vigilias de las grandes fiestas.

ese miembro, cuya privación ayudaba a la salvación del alma y no deformaba mi cuerpo ni me impedía la celebración de los divinos oficios. Es más, me hacía más idóneo para realizar todo aquello que hay que hacer honestamente, liberándome, sobre todo, del pesado yugo de los deseos carnales.

Así pues, cuando la gracia divina me limpió –más que me privó– de esos viles miembros que, por su práctica de suma indecencia, llamamos «vergüenzas» –y que no tienen nombre propio–, ¿qué otra cosa hizo sino quitar la suciedad y los vicios para conservar toda la transparencia de la pureza? Sabemos que algunos sabios desearon ardientemente tal pureza que llegaron a automutilarse, a fin de erradicar totalmente el azote o aguijón del deseo. El mismo Apóstol confiesa haber pedido a Dios que le liberara del aguijón de la carne sin haber sido escuchado[1]. Valga como ejemplo aquel gran filósofo cristiano llamado Orígenes, quien para apagar en sí mismo totalmente el incendio no dudó en castrarse. Entendía, sin duda, al pie de la letra, que son bienaventurados aquellos hombres que se automutilan por el reino de los cielos. Como si creyera que estos tales cumplían verdaderamente lo que ordena el Señor sobre los miembros que nos escandalizan, a saber, que los cortemos y los arrojemos lejos de nosotros[2]. Y como si interpretara como un hecho histórico –no como un símbolo misterioso– aquella profecía de Isaías en la que el Señor prefiere los eunucos al resto de los fieles[3]: «A los eunucos que guardan mis sábados, que deciden lo que me agrada y perseveran en mi alianza, les daré en mi casa y en mis murallas un monumento y un nombre mejores que hijos e hijas: nombre eterno les daré que no se extinguirá».

Pero Orígenes incurrió en una culpa no pequeña, porque buscó un remedio a su culpa en el castigo de su cuerpo. Tenía, ciertamente, el celo de Dios, pero un celo no bien for-

(1) 2 Cor 12, 7-8. (2) Eusebio, *Historia Eclesiástica*, 6, 8; Mt 19, 12. (3) Is 56, 4-5.

mado(1), ya que al automutilarse cayó en la culpa de homicidio. Se dice que lo hizo por sugestión diabólica o por un error crasísimo, lo que por misericordia de Dios fue realizado en mí por otro. Yo no incurro en la culpa, escapo a ella. Merezco la muerte y alcanzo la vida. Se me llama y doy la espalda. Persisto en el crimen y soy perdonado contra mi voluntad. El apóstol ora y no es escuchado. Insiste en la oración y no se le contesta. Verdaderamente «el Señor está de mi parte»(2). «Iré, pues y cantaré las grandes cosas que Dios ha hecho conmigo»(3).

Ven tú también –mi inseparable compañera– y únete a mi acción de gracias, tú que fuiste partícipe de mi culpa y de mi gracia. Pues el Señor no se olvidó de tu salvación, antes al contrario, acordándose muchísimo de ti –por una especie de santo presagio de su nombre– te marcó para que fueras especialmente suya, llamándote *Heloísa,* nombre que procede de su mismo nombre, esto es, *Helohim.* En su misericordia –repito– quiso proveer a dos personas en una, aquellas dos, a las que el mal quiso destruir en una de ellas[45]. Pues poco antes de que esto sucediese, nos había unido con la ley indisoluble del santo matrimonio. En un momento en que yo quería retenerte para mí solo y para siempre, pues te amaba desmesuradamente, él ya planeaba servirse de esa oportunidad para que los dos nos convirtiéramos a Él. Si con anterioridad no hubieses estado unida a mí en matrimonio, seguirías fácilmente en el siglo, sea por sugerencia de tus parientes o por la atracción de los goces carnales. Advierte, pues, la solicitud amorosa del Señor sobre nosotros como si quisiera reservarnos para algún gran destino y como si estuviera molesto y se lamentara de que nuestro conocimiento de las letras o talentos, que nos había confiado, no redundarían en

45. *Elohim.* Forma plural de uno de los nombres hebreos de Dios. Tiene significado de plenitud.

(1) Rom 10, 2. (2) Sal 40, 18. (3) Sal 66, 16.

la glorificación de su nombre. O como si temiese de su humilde e incontinente siervo aquello que está escrito: «que las mujeres llevan incluso a la apostasía a los sabios»[1], como sabemos que lo hicieron con el sapientísimo Salomón.

Piensa qué gran interés paga diariamente el talento de tu sabiduría al Señor en las muchas hijas espirituales que le diste ya a luz. Mientras tanto, yo permanezco estéril y sigo trabajando inútilmente entre los hijos de perdición. ¡Oh, qué daño tan irreparable y qué inmensa desgracia hubiera sido entregarte a las bajezas de los goces carnales y dar unos pocos hijos al mundo con dolor! Ahora, en cambio, estás dando al cielo, con gozo, una prole numerosa. Hubieras sido una simple mujer, ahora, en cambio, te elevas por encima incluso de los hombres, pues convertiste la maldición de Eva en la bendición de María. ¡Qué indecencia sería para esas manos sacras que ahora maneja los libros sagrados tener que dedicarse a los viles servicios a que atienden las mujeres! Dios mismo se dignó sacarnos a los dos del contagio de este cieno y de los deleites del barro, tirando de nosotros con fuerza, la misma con que hirió y convirtió a Pablo[2]. Y quién sabe si con nuestro ejemplo no querrá también alejar de esta presunción a otros amantes de las letras.

Que nada te turbe, hermana –te lo suplico– ni estés molesta con el Padre que nos corrige paternalmente. Atiende, más bien, a lo que está escrito: «Dios corrige a los que ama»[3]. Y «castiga a aquel que reconoce como a hijo»[4]. Y en otro lugar: «el que no usa la vara, odia a su hijo»[5]. Recuerda que este castigo es momentáneo, no eterno; de purificación, no de condenación. Escucha al profeta y ten ánimo: «No juzgará el Señor dos veces sobre un mismo asunto ni surgirá una segunda tribulación»[6]. Escucha la suprema y más alta exhortación de la verdad: «Con vuestra paciencia llegaréis a po-

(1) Eclo 19, 20; 1 Re 11, 1 ss. (2) Hch 16, 12. (3) Pr 3, 12. (4) Hb 12, 16. (5) Pr 13, 24. (6) Nah 1, 19.

seer vuestras almas»[1]. De ahí que Salomón dijera: «es mejor un varón paciente que uno fuerte, y el que es dueño de sí mismo aventaja al expugnador de ciudades»[2].

¿No te invita a derramar lágrimas, o a la compunción, el inocente unigénito, Hijo de Dios que, por ti y por todos, fue prendido por las manos de los impíos, arrastrado, flagelado, cubierto el rostro y hecho objeto de mofa, abofeteado, escupido, coronado de espinas, para ser finalmente suspendido entre ladrones en aquel ignominioso patíbulo de la cruz y morir en él con tan horrendo y execrable género de muerte? Ten siempre delante de los ojos, hermana mía, a este verdadero esposo tuyo y de toda la Iglesia y llévalo contigo. Míralo cuando camina para ser crucificado por ti, llevando su propia cruz. Sé una más del pueblo y de las mujeres que lloraban y se compadecían de Él como nos narra San Lucas[3] con estas palabras: «Le seguía una gran muchedumbre de pueblo y de mujeres llorando y compadeciéndose de Él». Y Él volviéndose con dulzura hacia ellas les profetizó compasivamente la destrucción que había de venir como castigo de su muerte, castigo del que se podrían librar si lo entendieran. «Hijas de Jerusalén –les dijo– no lloréis por mí; llorad mejor por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que van a llegar días en que digan: "Dichosas las estériles, los vientres que no han parido y los pechos que no han criado". Entonces pedirán a los montes: "desplomaos sobre nosotros", y a las colinas: "Sepultadnos", porque si con el leño verde hacen esto, con el seco ¿qué irá a pasar?»[4].

Compadece a quien, voluntariamente, sufrió por tu redención y gime sobre el que fue crucificado por ti. Que tu espíritu esté siempre presente ante su sepulcro, lamentándote y llorando junto a las fieles mujeres. De éstas, en efecto –como ya dije– está escrito: «Las mujeres sentadas junto al sepulcro lloraban al Señor y se lamentaban». Prepara con ellas los perfu-

(1) Lc 21, 19. (2) Pr 16, 32. (3) Lc 23, 37. (4) Lc 23, 28-31.

mes de su sepultura, pero perfumes mejores, esto es, los espirituales, no los corporales. Pues ésos son los perfumes que Él necesita, quien no aceptó los otros. Compúngete sobre éstos con fervorosa devoción. A esta compunción compasiva invita a los fieles el mismo Señor por boca de Jeremías(1): «Todos vosotros, que pasáis por el camino, mirad y ved si hay un dolor semejante a mi dolor». Como si dijera: «Si de algún paciente hay que compadecerse ése soy yo, que solo y sin culpa pago las culpas de los demás». Él es el camino por el que los fieles pasan del exilio a la patria. El mismo que fue levantado en la cruz, desde la que nos llama, para que nos sirviéramos de ella como de una escalera. Aquí fue ejecutado por ti el unigénito de Dios y aquí se ofreció porque quiso. Duélete con compasión de Él solo y comparte sus dolores con tus sufrimientos. Realiza así lo profetizado por Zacarías de las almas devotas: «Le llorarán como se llora al unigénito, y llorarán su muerte como se siente la del primogénito»(2).

Advierte, hermana mía, cuál será el llanto de los que aman al rey ante la muerte de su primogénito o unigénito. Fíjate en los lamentos y el dolor de la familia y corte real, y, si llegas a ver a la prometida del unigénito, no podrás soportar sus gemidos. Éste habrá de ser tu llanto y tu gemido, hermana, tú que te uniste en matrimonio feliz a este esposo. Él te compró con Él mismo, no con sus riquezas. Te compró y te redimió con su propia sangre. Fíjate en los derechos que tiene sobre ti y medita lo mucho que vales. Éste es el precio que el apóstol tiene delante y que le lleva a considerar lo poco que él vale y el gran precio pagado por él y lo mucho que debe devolver por tanto favor. «Lejos de mí gloriarme si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado a mí y yo al mundo»(3).

Tú eres mayor que el cielo, mayor que el mundo, pues el mismo creador del mundo se convirtió en precio tuyo. ¿Qué

(1) Jr. *Lamentaciones* 1, 12. (2) Zac 12, 10. (3) Gál 6, 14.

vería en ti –dímelo– para que Él, que no necesita de nada, sufriera las agonías de una muerte tan horrenda e ignominiosa para comprarte a ti? ¿Qué es –repito– lo que busca de ti, sino a ti misma? Amigo verdadero, ciertamente, es el que te desea a ti, no tus cosas. Y amigo verdadero el que dijo que estaba dispuesto a morir por ti. «Nadie tiene un amor tan grande como el que da la vida por sus amigos»[1].

Él era quien te amaba verdaderamente, no yo. Amor mío, lo que nos llevó a ambos al pecado se ha de llamar lujuria, no amor. Llenaba yo en ti mis apetencias miserables y esto era todo lo que yo amaba. Me dices: «Pero yo sufrí por ti». No lo pongo en duda. Pero sufriste más por ti; y eso mismo contra tu voluntad. No por un amor que saliera de ti, sino por coacción mía. Ni redundó en tu salvación, sino en tu dolor. Él, en cambio, padeció porque quiso y te trajo la salvación; Él, que con su pasión cura toda enfermedad y disipa toda pasión. En Éste –te lo suplico– no en mí has de centrar toda tu devoción, toda la compasión, toda compunción. Llora la gran injusticia cometida con un ser tan inocente y no llores la justa venganza de la equidad sobre mí –y, si quieres, como ya se dijo– la suprema gracia sobre nosotros dos. Pues no eres justa si no amas la equidad, e injusta si de manera consciente te enfrentas a la voluntad –qué digo– a tan gran gracia de Dios. Llora a tu Salvador y Redentor, no al seductor que te desfloró. Llora a tu Señor muerto por ti, no al siervo que todavía vive y que, por primera vez, se ha visto libre de la muerte. Guárdate, te lo ruego, de que se te pueda reprochar aquello tan feo que Pompeyo dijo a Cornelia que lloraba:

*Vivit post proelia magnus:*
*Sed fortuna perit; quod deflest, illud amasti*

[Terminó la batalla. El gran Pompeyo vive:
Su fortuna murió. Lloras ahora lo que amaste][2].

(1) Jn 15, 13. (2) Lucano, *Pharsalia*, 8, 84-85.

Escucha esto, por favor, y avergüénzate a no ser que quieras admitir aquellas viles torpezas ya pasadas... Así pues, te ruego, hermana, que aceptes con paciencia lo que misericordiosamente nos ha sucedido. Ésta es la vara del padre, no la éspada del perseguidor. El padre golpea para corregir, para que el enemigo no hiera de muerte. Evita la muerte con la herida, no mata.

Mete la espada para cortar la enfermedad. Hiere al cuerpo y sana al alma. Debería matar y vivifica. Corta la impureza para dejar lo que es puro. Castiga una vez para no tener que hacerlo eternamente. Uno sufre la herida para que dos no sean condenados a muerte. Dos son los culpables y uno recibe el castigo.

Y esto también se concede por misericordia divina a tu débil naturaleza y, en alguna medida, justamente. Pues cuanto más débil eras por el sexo y más fuerte por tu continencia, menos digna eras de castigo. Por esto mismo doy gracias al Señor porque te libró entonces del castigo y te reservó una corona futura.Y agradezco también al Señor, quien, por un sufrimiento momentáneo de mi cuerpo, sufrió de una vez por todas los fuegos de aquella lujuria en que me encontraba hundido por mi desmesurada incontinencia a fin de que no me perdiera. Los muchos y grandes sufrimientos de tu corazón, nacidos de los asiduos asaltos de la carne en tu juventud, los reservó para la corona del martirio. Todo lo cual –aunque no te guste oírlo y me prohíbas hablar de ello– es, sin embargo, verdad manifiesta. Siempre hay reservada una corona, para quien siempre lucha. Pues, «nadie será coronado que no luche legítimamente»[1]. A mí, en cambio, no me espera ninguna corona, porque yo no tengo razón para luchar. Falta el motivo de la pelea a aquel a quien se le ha arrancado el aguijón de la concupiscencia. No es poco –pienso yo– que pueda evitar al-

(1) 2 Tim 2, 5.

gún castigo ya que no puedo conseguir aquí corona alguna; y con el dolor de un castigo momentáneo quizá pueda verme libre de muchos eternos. Pues está escrito de los hombres o más bien de las bestias de esta vida miserable: «Los asnos se pudrieron en su mismo estiércol»(1). Son menos, asimismo, mis quejas porque disminuyen mis méritos, cuanto menos desconfío de que aumentan los tuyos. Pues los dos somos uno en Cristo, una carne, según la ley del matrimonio. Todo lo tuyo pienso que no puede dejar de ser mío. Y Cristo es tuyo porque te hiciste su esposa. Y ahora –como ya te recordé– aquí me tienes como siervo, yo, a quien antes reconocías como señor: más tuyo ahora en que estoy unido a ti por un amor espiritual que sometido por temor. De ahí mi creciente esperanza de que intercederás por mí ante Él a fin de que obtenga por tus oraciones lo que no puedo por las mías.

Especialmente ahora, cuando me cercan todos los días peligros y complicaciones que no me dejan vivir ni tampoco entregarme a la oración. Ni siquiera puedo imitar a aquel bienaventurado eunuco, que tenía un gran cargo en la corte de Candaces, reina de Etiopía, que estaba al frente de todos sus bienes y había venido de tan lejos a adorar a Jerusalén(2). A éste le fue enviado el apóstol Felipe por el ángel, para convertirlo a la fe: cosa que él ya había merecido por su oración y asiduidad en la lectura de las Escrituras. La misma lectura, en efecto –de la que este mismo varón, riquísimo y gentil, no se privaba ni siquiera en el viaje– fue ocasión de la que se sirvió la misericordia divina para un gran favor. Pues el mismo lugar de la Escritura(3) que iba leyendo, dio al apóstol una oportunísima ocasión para su conversión.

Así pues, para que nada pueda impedir mi petición ni diferir su cumplimiento, me apresuré a componer y a enviarte

(1) Jl 1, 17. (2) Hch 8, 26 ss. (3) Is 53, 7-8.

esta oración, que puedes dirigir inmediatamente al Señor para nosotros:

«Oh Dios, que desde el mismo comienzo del mundo, al formar a la mujer de la costilla del varón, santificaste el sacramento de la unión nupcial y que glorificaste el matrimonio con honores sin límites –ya sea naciendo de una virgen desposada, ya con el primero de tus milagros– y que, en otro tiempo me lo concediste, además, como remedio a mi fragilidad, no desprecies las súplicas de tu humilde sierva, que hago suplicante en presencia de Tu Majestad por mis muchos excesos y los de mi amado.

»Tú que eres misericordiosísimo –mejor, la misma bondad– perdona nuestros muchos y grandes crímenes, y que la inmensidad de nuestras culpas experimente lo grande que es tu inefable misericordia. Castiga –te lo suplico– a estos reos en la vida presente para que los perdones en la futura. Aplica a tus siervos la vara de la corrección, no la espada del furor. Aflige la carne y conserva sus almas. Preséntate como seductor, no como vengador, como benigno, más que como justo y como padre misericordioso, más que como Señor severo. Pruébanos, Señor, y tiéntanos en la manera en que te lo pedía para él el profeta[1]. Como si dijera: "Mira primero nuestras fuerzas y a tenor de las mismas modera el peso de las tentaciones". Es lo que promete el apóstol San Pablo a sus fieles cuando les dice: "Poderoso es el Señor que no consentirá que seáis tentados por encima de lo que podéis. Y, si viniere la tentación, hará que le podáis hacer frente con provecho"[2]. Nos uniste y nos separaste, Señor, cuando y como te plugo. Ahora, pues, termina felizmente lo que comenzaste misericordioso. Y, a los que separaste en el mundo, únelos perennemente contigo en el cielo, Tú, que eres nuestra esperanza, nuestra porción, nuestra expectación y nuestro

(1) Sal 26, 2. (2) 1 Cor 10, 13.

consuelo. Tú, oh Señor, que eres bendito por los siglos. Amén».

*Vale in Christo, sponsa Christi, in Christo vale, et Christo vive. Amen*[46].

46. Adviértase el saludo de despedida: «Adiós en Cristo, esposa de Cristo, permanece en Cristo y vive en Cristo».

# 2. Cartas de dirección espiritual

# Carta 6
# Eloísa a Abelardo

*Al que es especialmente su Señor, la que es únicamente suya*[47].

Para que no puedas acusarme en nada de desobediencia –pues impusiste el freno de tu mandato a las palabras nacidas de un dolor sin límites– me ceñiré a escribir al menos lo que en la conversación es difícil, por no decir imposible, de impedir. Pues nada hay menos bajo nuestro control, que el corazón al que estamos más obligados a obedecer de lo que en realidad podemos mandar. Por eso, cuando sus impulsos nos empujan, ninguno de nosotros puede frenar sus prontos –que se desbordan mucho más fácilmente en palabras– como señales evidentes de las emociones del espíritu[48]. Así lo vemos escrito: «De la abundancia del corazón habla la boca»[(1)]. Por lo mismo, mi mano no escribirá palabras que la lengua no puede refrenar. Ojalá que el corazón doliente

47. *Domino specialiter, sua singulariter.* De todos los encabezamientos de cartas éste es el más críptico. La traducción más común es ésta: «La que es especialmente de Dios (Señor) a su único (Abelardo)».
48. Idea tomada de Boecio, en su libro traducido al latín, de Aristóteles. *De Interpretatione,* L. I.
(1) Mt 12, 34.

estuviera tan pronto a obedecer como la mano derecha del que escribe. Sin embargo, tú puedes traer un poco de alivio a mi dolor, si es que no lo puedes quitar totalmente[1]. Como un clavo saca a otro clavo, así un nuevo pensamiento expulsa al primero, cuando el ánimo se dirige a otras cosas y se ve obligado a dejar o interrumpir el recuerdo del pasado. Sabes bien que tanto más ocupa el alma cualquier pensamiento –y se aleja de los demás– cuanto más honestos estimamos nuestros pensamientos y cuanto más necesario vemos aquello hacia lo que dirigimos nuestra mente.

Así pues, nosotras, servidoras de Cristo y en Cristo hijas tuyas, humildemente te pedimos dos cosas, que consideramos sobremanera necesarias. La primera, que te dignes instruirnos sobre el origen de nosotras las monjas y qué valor tiene nuestra profesión. La segunda es que establezcas y redactes después alguna regla propia para mujeres, que describa la forma y el estilo de nuestra vida, cosa que no veo hayan hecho hasta ahora los Santos Padres. Su falta y necesidad hace que tanto monjes como monjas sean acogidos en los monasterios bajo una misma regla. Y se impone el mismo yugo de la institución monástica tanto al sexo débil como al fuerte.

Actualmente, tanto mujeres como hombres profesan en la Iglesia latina la misma y única Regla de San Benito. La cual –así como consta que fue escrita sólo para hombres– de la misma manera sólo puede cumplirse por ellos, lo mismo súbditos que superiores. Dejando ahora a un lado otros capítulos de dicha Regla, ¿qué puede interesar a las mujeres lo que hay escrito en ellos sobre la cogulla, los canzoncillos o ropa interior y los escapularios? ¿Qué pueden interesar a las monjas las túnicas o los vestidos de lana ajustados a la piel, cuando el flujo del humor menstrual les está prohibiendo tales cosas? ¿Les puede afectar algo también lo que se establece

(1) Cicerón, *Tusculanae disputationes* IV, 35, 75.

acerca del abad[49], a saber, que lea en voz alta el evangelio y que después entone el himno? ¿Qué de la mesa del abad que se ha de preparar aparte con los peregrinos y los huéspedes? ¿Qué es lo que más conviene a nuestra orden: o nunca ofrecer hospedaje a hombres en el monasterio o que la abadesa coma con aquellos varones a quienes reciba?

¡Qué fácilmente lleva a la rutina de las almas, tanto de mujeres como de hombres, vivir juntos en un mismo lugar! Sobre todo si se juntan a la mesa, donde domina la glotonería y la borrachera y donde la suavidad del vino lleva a la lujuria. San Jerónimo nos advierte de esto cuando escribe a una madre y a su hija, diciendo: «Difícilmente se guarda el pudor en los banquetes»(1). También el mismo poeta de la lujuria y obscenidad en su libro titulado *El arte de amar* describe con todo detalle las innumerables obscenidades a que se prestan los banquetes. Dice así:

*Vinaque quum bibulas sparsere Cupidinis alas,*
*Permanet, et coepto stat gravis ille loco...*
*Tunc veniunt risus, tunc pauper cornua sumit;*
*Tunc dolor et curae, rugaque frontis abit...*
*Illic saepe animos invenum rapuere puellae,*
*Et Venus in venis, ignis in igne furit*(2).

[Cuando el vino ha empapado las alas sedientas de Cupido/
Él sigue y se mantiene entero en su lugar elegido/.
Surgen luego las risas e incluso el pobre encuentra la
abundancia/; desaparecen los dolores y preocupaciones
y hastas las arrugas de la frente.../
Es el tiempo propicio para que las jovencitas atrapen
los corazones de los hombres./
Y Venus arde en las venas, atizando el fuego con fuego.]

49. Este y otros pasajes podrían tomarse como textos y ejemplos del feminismo en la Edad Media. San Benito, *Regla,* cc. 55 y 11.
(1) Ef 5, 18; San Jerónimo, *Cartas,* 97, 6. (2) Ovidio, *Ars amatoria* I, 233-4, 239-40, 243-4.

¿Y si admiten a su mesa, a solas, las mujeres a las que se les ha dado hospitalidad, no hay en ello un peligro latente? Cierto que nada es tan fácil para seducir a una mujer como la misma seducción mujeril, ni ninguna mujer comunica tan prontamente la bajeza de una mente corrompida a nadie como a una mujer. Por lo mismo, el ya citado San Jerónimo exhorta a las mujeres llamadas a la santidad a que eviten todo contacto con mujeres mundanas(1). Y si excluimos, finalmente, a los hombres de nuestra hospitalidad y admitimos solamente a las mujeres, ¿quién no advierte la exasperación que provocaremos en los varones cuyos servicios necesitan los monasterios del sexo débil, sobre todo cuando aparece que aquéllos de los que más reciben, menos o nada son recompensados?

Y si nosotras no podemos observar todo el tenor de la mencionada regla, mucho me temo que no se haya dicho también contra nuestra condenación aquello del apóstol Santiago(2): «Quien cumple toda la ley, pero falta a una sola cosa, se hace culpable de toda ella». Lo que equivale a decir: Por no cumplir toda la ley se hace reo de culpa el que cumple gran parte de ella. Y se convierte en transgresor de la ley por una sola cosa que no ha cumplido, a menos que cumpla todos sus preceptos. El mismo apóstol se apresura a explicar esto con precisión, añadiendo: «El que dijo no adulterarás, dijo también: "no matarás"(3). Por lo que si no deseas la mujer ajena, pero matas, te has convertido en transgresor de la ley». Con lo que viene a decir claramente que un hombre se hace reo de la transgresión de cualquier precepto, porque el mismo Señor que manda el uno, manda también el otro. Y cualquiera que sea el precepto de la ley que se viole, se desprecia a Aquél que estableció la ley en todos sus mandamientos, no en uno solo.

Y pasando por alto aquellos preceptos de la regla que no podemos observar, o no podemos hacerlo sin peligro, ¿dón-

(1) San Jerónimo, *Cartas*, 22, 16. (2) Sant 2, 10. (3) Sant 2, 11.

de se vio que los conventos de monjas salgan alguna vez a segar las mieses o a hacer las labores del campo? ¿O se enseña en alguna parte que tengamos que probar la constancia de las mujeres que recibimos durante un año o que se las instruya durante tres lecturas de la Regla, como se dice en ella? ¿Hay algo –vuelvo a preguntar– para emprender un camino desconocido y todavía sin demostrar? Y ¿qué es más presuntuoso que elegir, profesar o hacer un voto que no puedes cumplir? Y si la discreción es la madre de todas las virtudes, y la razón la mediadora de todo aquello que es bueno, ¿quién juzgará como virtuoso y bueno lo que parece ir contra la prudencia y la razón? Las mismas virtudes que exceden el modo y la medida –como asegura San Jerónimo[1]– hay que clasificarlas entre los vicios. ¿Quién, que no esté privado de prudencia y de razón, no advierte que, antes de imponer unas cargas a quienes han de llevarlas, se han de examinar las condiciones de su salud para así asegurarse de que la actividad humana depende de la constitución natural? ¿Quién puede echar sobre un asno una carga propia del elefante? ¿Quién esperará el mismo rendimiento de los niños o ancianos que de los adultos? ¿O exigirá lo mismo de los débiles que de los fuertes, de los enfermos que de los sanos, de las mujeres que de los varones? ¿Se pedirá lo mismo del sexo débil que del fuerte? Todo esto lo tiene en cuenta San Gregorio en el capítulo 14 de su *Pastoral*[2] en la que distingue lo que se ha de corregir e imponer. «Distinta es la manera de corregir a los hombres que a las mujeres. A aquéllos, hay que imponerles cargas pesadas, a éstas más livianas; ellos se han de ejercitar en grandes cosas, ellas se han de entregar a trabajos más suaves y llevaderos.»

Cierto que los que redactaron las reglas de los monjes, no sólo callaron todo lo relativo a las mujeres, sino que impu-

(1) San Benito, *Regla*, c. 58; San Jerónimo, *Cartas*, 130, 11. (2) San Gregorio, *Pastoral*, c. 24.

sieron todas aquellas reglas que sabían no eran aptas para ellas. Sin mucha dificultad, se deduce de esto que no se ha de oprimir con el yugo de la misma regla la cerviz del toro y de la novilla, pues no conviene equiparar en el trabajo a los que la naturaleza creó desiguales. Esta desigualdad no pasó desapercibida al mismo San Benito, tan imbuido del espíritu de justicia en todo. En su regla ordena de tal manera todas las cosas según la naturaleza de los hombres y de las circunstancias que todas ellas se hagan –según él mismo dice en determinado lugar FT[1]– con moderación. Y así, comenzando primero por el mismo abad, manda que presida a sus súbditos «adaptándose y acomodándose al talante e inteligencia de cada uno. De manera que no tolere no sólo el daño del rebaño a él encomendado, sino que, incluso, se alegre con el progreso del mismo... Al mismo tiempo, desconfiando de su propia fragilidad se acuerde de no quebrar la caña que humea...»[2]. Que discierna las circunstancias, pensando en la prudencia del Santo Jacob, cuando dice: «Si obligo a mi rebaño a caminar más rápido de lo debido, todo él morirá en un solo día». Tomando estos y otros ejemplos de la discreción –madre de todas las virtudes– «dirigirá todas las cosas de forma que los fuertes las deseen y los débiles no las rehuyan»[3].

Este tipo de discreción en el estilo de gobierno[4] es la base de las concesiones hechas a niños, ancianos y personas muy débiles. Lo mismo se digna de la comida del lector o de los hebdomadarios y del que sirve en el refectorio antes del resto[5]. Y en el mismo convento la misma calidad y cantidad de los alimentos según la diversidad de los hombres. De todos estos detalles se habla con precisión en dicha Regla. Esta misma relaja la disciplina del ayuno según las estaciones y lo duro del trabajo que se ha de hacer, de acuerdo con las condiciones de la débil naturaleza. Y pregunto yo ahora: Cuan-

(1) San Benito, *Regla*, c. 48. (2) Is 43, 3. (3) Gn 33, 13. (4) San Benito, *Regla*, cc. 35-41. (5) San Benito, *Regla*, c. 36.

do San Benito adapta todas las cosas a las condiciones de los hombres y de las estaciones de tal manera que todas sus reglas puedan cumplirse por todos sin queja, ¿qué provisión habría hecho para las mujeres de haber redactado para ellas una regla como lo hizo para los varones? Si en algunas cosas se ve obligado a mitigar el rigor de la regla en favor de los niños, de los ancianos y de los débiles por la misma debilidad o enfermedad de la naturaleza, ¿qué no habría hecho en favor del sexo débil cuya naturaleza frágil y endeble es de todos conocida?

Piensa, pues, lo disparatado que es –y fuera de toda razón– obligar con la profesión de la misma regla tanto a mujeres como a varones, e imponer la misma carga tanto a los fuertes como a los débiles. Pienso que bastaría a nuestra debilidad el que la virtud de la continencia y abstinencia nos equiparara a los mismos rectores de la Iglesia y a los obispos que han recibido las órdenes mayores, teniendo en cuenta, sobre todo, lo que dice la Verdad(1): «Bástale al discípulo ser como su maestro». Consideraríamos una gran cosa si pudiéramos compararnos con los seglares religiosos, pues lo que pasa desapercibido en los fuertes se admira en los débiles. Y según aquello del Apóstol(2): «La fuerza se hace patente en la debilidad». No se debe subestimar la religión de las personas laicas o seglares como Abrahán, David y Job, aunque estuvieron casados. Nos los recuerda San Juan Crisóstomo en su comentario a la Epístola a los Hebreos, sermón VII:(3)

«Hay muchas maneras de luchar para encantar a esa bestia. ¿Cuáles? Los trabajos manuales, el estudio, las vigilias. ¿Y de qué nos aprovecha todo esto a nosotros –se pregunta– los que no somos monjes? ¿Y me lo preguntas a mí? Pregúntaselo a Pablo cuando dice(4): "Estad vigilantes en la tribulación y perseverad en la oración". Y: "no tratéis de satisfacer

(1) Lc 6, 40. (2) 2 Cor 12, 9. (3) San Juan Crisóstomo, *Sermones*, VII.
(4) Ef 6, 18; Rom 13, 14; Hb 5, 4.

los apetitos carnales"». Esto no lo escribía sólo para los monjes sino para todos los que vivían en las ciudades. Y el seglar no debe tener otro derecho que el monje, más que acostarse con su mujer. Tiene permiso para esto, no para otras cosas, pues en todo ha de comportarse como un monje. Las mismas Bienaventuranzas –pronunciadas por Cristo– no fueron dichas solamente para los monjes. De lo contrario todo el mundo perecerá y todo lo relativo a la virtud entrará por la vía estrecha. Y ¿cómo se puede considerar honroso el matrimonio si tanto pesa sobre nosotros?

De todas estas palabras se deduce fácilmente que quien añade a los consejos evangélicos la virtud de la continencia realiza la perfección monástica. Y ojalá que nuestra religión pudiera llegar a cumplir el evangelio, no a superarlo –a menos que aspiremos a ser más que cristianas–. Si no me equivoco, ésta es la razón de por qué los Santos Padres decidieron no imponernos ninguna regla general –como si fuera nueva– como a los varones. Ni tampoco cargar nuestra debilidad con multitud de votos, atendiendo a aquellos del Apóstol[1]: «Porque la Ley no trae más que reprobación; en cambio, donde no hay Ley no hay violación posible». Y: «Por lo que hace a la Ley, se metió por medio para que proliferara el delito...». El mismo gran predicador de la continencia demuestra gran confianza en nuestra debilidad y como si urgiera a unas segundas nupcias a las viudas más jóvenes: «Quiero –dice– que las jóvenes viudas se vuelvan a casar, críen hijos y atiendan a su casa. Y que no den ocasión de escándalo al adversario»[2].

El mismo San Jerónimo cree que es éste un consejo saludabilísimo y habla a Eustoquio de los votos hechos precipitadamente por las mujeres[3]: «Si las que son vírgenes –dice– no están a salvo a causa de otras faltas, ¿qué sucederá con aquellas que prostituyeron los miembros de Cristo y convir-

(1) Rom 4, 15; 5, 20. (2) 1 Tim 5, 14. (3) San Jerónimo, *Cartas*, 22.

tieron el templo del Espíritu Santo en un lupanar? Hubiera sido mejor que el hombre se casara –y caminara a ras de tierra– que volar más alto para caer en lo profundo del infierno». El mismo San Agustín comenta esta profesión temeraria de las mujeres cuando escribe a Juliano en su libro *De la continencia de las viudas*(1): «Que lo piense la que no comenzó y que continúe la que está ya en camino. Que no se dé ocasión al adversario ni se quite a Cristo lo que se le dio».

En consecuencia, los cánones –atendiendo a nuestra debilidad– decretaron que no se han de ordenar las diaconisas antes de los cuarenta años[50]. Y esto después de probarlas bien; mientras que a los diáconos es lícito promoverlos a los veinte. Existen también en los monasterios los llamados Canónigos Regulares de San Agustín que, según dicen, profesan cierta regla y que piensan que en nada son inferiores a los monjes, a pesar de que sabemos que comen carne y se visten de lino. ¿Acaso podría tenerse en poco el que nuestra debilidad compitiera con su virtud? La misma naturaleza se encarga de dispensarnos de todos los alimentos de forma más segura y suave, pues dotó a nuestro sexo de mayor sobriedad. Es ya sabido que las mujeres se pueden sustentar con menos gasto y comida que los hombres y la medicina enseña que no se embriagan tan fácilmente.

A este propósito, recuerda Macrobio Teodosio en su *Saturnalia*, libro VII(2): «Advierte Aristóteles –dice allí– que las mujeres se embriagan raras veces y los ancianos a menudo. La mujer tiene un cuerpo sumamente húmedo, como lo demuestran la suavidad y el brillo de su tez. Y lo demuestran también las purgaciones regulares que liberan a su cuerpo de todo humor superfluo. Así pues, cuando el vino que se ha

50. El concilio de Calcedonia (451) rebajó la edad de las diaconisas de los sesenta a los cuarenta años.

(1) San Agustín, *De bono viduitatis* 9, 10. (2) Macrobio T., *Saturnalia* VII, 6.16-17; 18.

bebido cae en tan gran cantidad del humor, pierde su fuerza y no ataca a la sede del cerebro pues se ha esfumado su poder».

Y sigue diciendo: «El cuerpo de la mujer, hecho a los flujos frecuentes, tiene varios orificios –como aparece en su aparato génico-urinario– dando con ello salida a la acumulación de humores. Por estos orificios, el vapor del vino se desvanece rápidamente. Por el contrario, el cuerpo de los ancianos está reseco, como prueba la aspereza y rugosidad de su piel».

De todo esto has de concluir con cuánta más seguridad y justicia se ha de permitir cualquier clase de alimento y de bebida a la debilidad y naturaleza de aquéllas cuyos corazones no caen fácilmente víctimas de la glotonería y de la embriaguez. Pues de la primera nos protege la parquedad de la comida y de la segunda la misma condición del cuerpo femenino.

Bastaría, pues, a nuestra debilidad –y sería el máximo tributo a la misma– que viviéramos en continencia y sin propiedad alguna ocupadas en los oficios divinos. Semejantes en todo en la comida a los mismos jefes de la Iglesia, o a los seglares religiosos, o a los canónigos regulares, y que dicen profesar, sobre todo, la vida apostólica.

Finalmente, es una gran señal de la prudencia –en aquellos que se entregan por voto al Señor– prometer menos y cumplir más, a fin de que la gracia añada algo a lo que deben hacer. Lo dice la misma Verdad(1): «Somos siervos inútiles, hicimos lo que debíamos». Como si dijera: Debemos considerarnos tan inútiles, tan poca cosa y tan sin méritos que estamos contentos de haber hecho lo que debíamos sin añadir nada de extraordinario. El mismo Señor hablando en parábola nos dice lo que habría que añadir gratuitamente. «Y si diereis algo de más, os lo devolveré cuando vuelva»(2).

(1) Lc 17, 10. (2) Lc 10, 35.

Todo lo cual, si meditaran con atención muchos de los que en nuestro tiempo profesan, temerariamente, la vida monástica y se dieran cuenta de lo que prometen en sus votos y examinaran hasta el detalle el sentido o tenor real de la regla, ofenderían menos con su ignorancia y pecarían también menos por su negligencia. Ahora bien, todos se precipitan casi igualmente alocados para entrar en la vida monacal, son recibidos atropelladamente y viven todavía más en desorden. Y con la misma facilidad que profesan una regla que desconocen, despreciándola, establecen como ley las costumbres que quieren. Hemos de ser, pues, cautos, para no imponer a las mujeres una carga a la que como advertimos han sucumbido casi todos los hombres o incluso no han podido con ella. Estamos viendo que el mundo se ha hecho viejo y que hombres que conviven con los demás en él han perdido el vigor primero. Y si nos atenemos a la Verdad, se ha enfriado la misma caridad no sólo de muchos, sino de casi todos. Hasta el punto de que es necesario cambiar o atemperar las reglas que fueron escritas para los hombres, de acuerdo con la condición actual de los mismos.

El mismo San Benito –que no desconocía esta necesidad de ponderación– de tal manera suavizó el rigor de la disciplina monástica, que llegó a admitir que la Regla establecida por él era, en comparación de las primeras órdenes, una simple institución de vida honesta y como la iniciación a la vida monacal.

«Hemos escrito esta Regla –dice[1]– a fin de que practicándola, consigamos cierto grado de virtud y la iniciación de la vida monástica. Por lo demás, todo el que se encamina hacia la perfección de esta clase de vida tiene las enseñanzas de los Santos Padres, cuya observancia llevará al hombre a la cumbre de la perfección.» Y en otro lugar: «Tú que corres hacia la patria celestial, cumple con la ayuda de Cristo esta

(1) San Benito, *Regla*, c. 73.

mínima regla de iniciación y llegarás después con la protección de Dios a las altas cimas de la doctrina y de las virtudes». Añade también este detalle(1): «Leemos que, antiguamente, los Santos Padres acostumbraban a recitar el Salterio en un solo día. Y que él suavizó la salmodia para los tibios, de tal manera, que, en la misma distribución de los salmos a lo largo de la semana, los monjes pudieran estar contentos con un número menor de ellos, como lo están los clérigos».

¿Qué cosa, también, más contraria a la vida religiosa y a la paz doméstica que todo aquello que fomenta la sensualidad y promueve el tumulto, destruyendo toda razón en nosotros por la que estamos por encima de los demás seres? Esa cosa es el vino del que asegura la Escritura que es el más dañino de todos los alimentos y contra el que nos pone en guardia. Así nos lo recuerda el más sabio de los sabios en estas palabras de los Proverbios.

«El vino excita, el licor enajena, y quien se tambalea no se hará juicioso... ¿A quién los ayes?, ¿a quién los gemidos?, ¿a quién las riñas?, ¿a quién los ojos turbados? Al que se alarga en el vino y va catando las bebidas. No mires al vino cuando rojea y rebrilla en la copa; se desliza suavemente, al final muerde como culebra, pica como víbora. Tus ojos verán maravillas, tu mente imaginará absurdos; serás como quien yace en alta mar o se sienta en la punta de un mástil.» «Me han golpeado, y no me ha dolido; me han sacudido y no lo he sentido; en cuanto despierte volveré a pedir más...»

Y este otro(2):

> No es de reyes, Lemuel, no es de reyes darse al vino,
> no es de gobernantes darse al licor.
> Porque beben y olvidan la ley
> y desentienden el derecho del desgraciado.

(1) San Benito. *Regla*, c. 18. (2) Pr 31, 4.

También encontramos escrito en el Eclesiástico(1): «Vino y mujeres extravían a hombres inteligentes; el que anda con prostitutas se vuelve descarado». El mismo San Jerónimo escribiendo a Nepociano sobre la vida de los clérigos, y un tanto indignado de que los sacerdotes de la Antigua Ley –absteniéndose de todo lo que podía llevarles a la embriaguez– estuvieran por encima de los nuestros en materia, dice(2): «No huelas a vino, si no quieres que se diga de ti lo del filósofo: "Esto no es dar un beso, sino ofrecer una copa"(3). El mismo Apóstol condena a los presbíteros dados al vino(4) y la Ley Antigua se lo prohíbe(5): "Los que sirven al altar no beberán vino ni licores o bebidas alcohólicas". Por licores o bebidas alcohólicas el hebreo designa cualquier bebida que pueda embriagar, ya se trate de las producidas por fermentación –o de la maceración de la manzana o del panal de miel destilada y mezclada con hierbas–, ya del licor de palmera o del agua enriquecida con granos cocidos. Huye como del vino, de todo aquello que embriaga y perturba la mente».

Tenemos, pues, que lo que se prohíbe para deleite de los reyes, se niega totalmente a los sacerdotes y consta que es el más peligroso de los alimentos. Sin embargo, un varón tan espiritual como San Benito se ve obligado a ceder un poco ante las condiciones especiales de los monjes de su tiempo(6). Aunque leamos –dice– que el vino no es la bebida de los monjes, sin embargo, dado que no se puede persuadir a los monjes de hoy, etc... Había leído –si no me engaño– lo que se dice en la *Vidas de los Padres*(7): «Algunos fueron a contar al abad Pastor que cierto monje no bebía vino, y les contestó diciendo que el vino no era para los monjes». Y un poco más adelante: «En cierta ocasión se celebró la misa en

(1) Eclo 19, 2. (2) San Jerónimo, *Cartas*, 52. (3) Texto sin identificar. (4) 1 Tim, 3, 3. (5) Lv 10, 9. (6) San Benito, *Regla*, c. 40. (7) *Vitae Patrum*, V, 4. 31.

el monte del abad Antonio. Y se encontró allí una cántara de vino. Uno de los ancianos, tomando un pequeño vaso, se lo llevó al abad Siso y se lo dio. Bebió una copa. Aceptó una segunda y bebió. Se le ofreció una tercera, pero la rechazó diciendo: "Calma, hermano, ¿no sabes acaso que es Satanás?" Otra anécdota sobre el abad Siso. "Su discípulo Abrahán le preguntó entonces: ¿Si esto sucede en sábado o en domingo en la iglesia y bebes tres copas, es mucho? Y el anciano contestó: "Si no fuera Satán, no sería mucho"».

Y ahora pregunto yo: ¿La carne ha sido condenada alguna vez por Dios y prohibida a los monjes? Observa y fíjate bien cómo San Benito suaviza la regla –sabedor de que la carne era más peligrosa para los monjes y de que no era para ellos– y por la razón de que ya no podía persuadir a los monjes de su tiempo. ¡Ojalá que, en nuestro tiempo, se hiciera también esta dispensa! Y que esta modificación se extendiera a materias que caen entre el bien y el mal y se llaman indiferentes. Y que no se exigiera con votos lo que no se puede conseguir por la persuasión, de manera que –concedidas sin escándalo todas las cosas indiferentes– bastara con la prohibición de lo que es pecado.

Estas mismas dispensas habría que extenderlas tanto en lo relativo a la comida como al vestido, de manera que se pudiera proveer con lo más barato que se pudiera comprar, atendiendo en todo a lo necesario, no a lo superfluo. Pues no deben tener para nosotras especial atención aquellas cosas que no nos preparan para el reino de Dios o no nos hacen favorables a Él. Tales son las cosas exteriores y que son comunes a réprobos y elegidos, a hipócritas y religiosos. Nada separa tanto a judíos y cristianos como la distinción entre obras exteriores e interiores, especialmente cuando lo único que distingue a los hijos de Dios y del diablo es el amor, al que el Apóstol llama[1] «la plenitud de la ley y el fin del pre-

(1) Rom 13, 10; 1 Tim 1, 5.

cepto». De aquí que el mismo apóstol condene, sin paliativo alguno, el orgullo de las obras y prefiera la justicia de la fe cuando se dirige a los judíos[1]:

«Y ahora, ¿dónde queda el orgullo? Eliminado. ¿Por qué régimen?, ¿por el de las obras? No, al contrario, por el régimen de la fe. Porque ésta es nuestra tesis: que el hombre se rehabilita por la fe, independientemente de la observancia de la ley».

Y también[2]: «¿Qué concluimos, entonces, del caso de Abrahán, progenitor de nuestra raza? Porque, si Abrahán fue rehabilitado por sus obras tiene de qué estar orgulloso. Sí, pero con Dios no hubo tales; a ver, ¿qué dice la Escritura?: Abrahán se fió de Dios y eso le valió la rehabilitación».

Y en otro lugar: «En cambio, a uno que no lo hace, pero se fía de Aquél que rehabilita al culpable, esa fe le vale la rehabilitación».

El Apóstol permite a los cristianos comer toda clase de alimentos, distinguiendo de ellos lo que justifica verdaderamente. «No reina Dios –dice[3]– por lo que uno come o bebe, sino por la honradez, la paz y la alegría que da el Espíritu Santo... No destruyas la obra de Dios por una cuestión de comida; todo es puro, pero está mal comer causando escándalo. Mejor es abstenerse alguna vez de carne o vino o de lo que sea, si eso es obstáculo para tu hermano». En este pasaje no se prohíbe ninguna clase de comida, sino sólo ofender con la comida, de la que se escandalizaban algunos judíos conversos al ver que se comían algunas cosas prohibidas por la Ley. El mismo apóstol San Pedro, queriendo evitar tal escándalo, fue severamente amonestado por San Pablo y saludablemente corregido, como recuerda el mismo Pablo en su carta a los Gálatas[4]. Y a los Corintios les escribe[5]: «Comed de todo lo que se vende en el matadero... por-

(1) Rom 3, 27-8. (2) Rom 4, 2-3; Rom 4, 5. (3) Rom 14, 12, 20-21. (4) Gál 2, 11 ss. (5) 1 Cor 8, 8.

que la tierra y todo lo que contiene es del Señor»[1]. Y a los Colosenses: «Nadie tiene que dar juicio sobre lo que coméis o bebéis»[2]. Y un poco más adelante: «Si moristeis con el Mesías a lo elemental del mundo, ¿por qué os sometéis a reglas como si aún vivierais sujetos al mundo? No pruebes, no tomes, no toques de cosas que son todas para el uso y consumo, según las consabidas prescripciones y enseñanzas humanas»[3].

Llama elementos de este mundo a los primeros rudimentos de la ley que tratan de las observancias carnales en cuya doctrina –como si se tratara de las primeras letras– se ejercitaba el mundo, es decir, el pueblo que era todavía carnal. Pero tanto Cristo como los suyos están muertos a estos elementos, es decir, a las observancias carnales. No son deudores a ellos, por eso ya no viven en el mundo –entre los carnales que se fijan y distinguen las formas–, es decir, que disciernen entre unos alimentos y otros. Como si dijeran: «No toquéis esto o lo otro». Pues tales cosas, una vez tocadas o gustadas o manoseadas –dice el Apóstol[4]– llevan a la muerte del alma con sólo usarlas para alguna finalidad. Es decir, según el precepto y las enseñanzas de los hombres –carnales ellos, e intérpretes carnales de la Ley– más que de Cristo y de los suyos.

Cuando Cristo mandó a sus apóstoles a predicar –en un tiempo en que era más necesario todavía evitar el escándalo– les permitió comer toda clase de alimentos. De manera que allí donde se les ofreciera hospitalidad, podían vivir como sus huéspedes, comiendo y viviendo lo que hubiera en casa[5]. El mismo San Pablo prevenía por medio del Espíritu las consecuencias que se derivarían para ellos de esta ordenanza del Señor y también suya cuando escribió a Timoteo[6]:

(1) 1 Cor 10, 25-26. (2) Col 2, 16. (3) Col 20, 22. (4) Col 20, 22. (5) Lc 10, 7. (6) 1 Tim 4, 1-6.

«El espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos abandonarán la fe, por dar oídos a inspiraciones erróneas y enseñanzas de demonios, de impostores hipócritas, embotados de conciencia. Ésos prohibirán el matrimonio y el comer ciertos alimentos, que Dios creó para que los gustaran con gratitud los fieles que conocen la verdad. Porque todo lo que Dios ha creado es bueno, no hay que desechar nada, basta tomarlo con agradecimiento, pues la palabra de Dios y nuestra oración lo consagran. Si propones estas cosas a los hermanos, servirás bien al Mesías Jesús, alimentándote con los principios de la fe y de la buena enseñanza que has seguido siempre».

¿Quién, finalmente, que mire con ojos del cuerpo el espectáculo exhibicionista de la abstinencia exterior, preferirá a Juan y a sus discípulos extenuados por el exceso de ayuno, y no a Cristo y a sus discípulos? Los mismos discípulos de Juan que murmuraban contra Cristo y sus discípulos –como si todavía siguieran judaizando externas– preguntaron al Señor sobre esto(1): «¿Por qué –le dijeron– nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia y tus discípulos no ayunan?». Lo cual obliga a San Agustín a examinar este pasaje y a determinar la diferencia entre virtud y apariencia o exhibición de virtud. Y concluye diciendo que las obras exteriores nada añaden a los méritos. Dice así en su libro *Del Bien del Matrimonio*(2):

«La continencia es una virtud no del cuerpo sino del alma. Pero las virtudes del espíritu se manifiestan unas veces en las obras corporales y otras en los hábitos o costumbres, como cuando la virtud de los mártires se manifestó en el aguante de sus sufrimientos». Y en otro lugar: «La paciencia estaba ya en Job. El Señor lo sabía y dio muestras de conocerla, pero la hizo patente a los hombres sometiendo a Job a la prueba de la tentación»(3).

(1) Mc 2, 18. (2) San Agustín, *De bono coniugali.* (3) Jb 1, 8.

Dice asimismo: «Para que se comprenda mejor cómo puede haber virtud en el hábito natural –aunque no se halle en las obras– pondré un ejemplo del que no duda ningún católico. Nadie, en efecto, que sea fiel al evangelio duda de que el Señor Jesús tuvo realmente hambre y sed en su cuerpo y de que comió y bebió. ¿No tenía acaso la virtud de la continencia en la comida y la bebida, como la de San Juan Bautista? "Vino Juan que no comía ni bebía y dijeron: está poseído del demonio. Vino el Hijo del Hombre comiendo y bebiendo y dijeron: He aquí un hombre glotón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores"(1). Y añade a continuación, hablando de Juan y de Sí mismo: "Pero la sabiduría de Dios ha quedado justificada por sus obras", pues ven que la virtud de la continencia ha de existir siempre de forma natural. Pero la práctica enseña que sólo se da en determinados momentos y circunstancias, como es el caso de la virtud de la paciencia de los santos mártires. Y así, como no es mayor el mérito de la paciencia de San Pedro por haber padecido el martirio, que la de Juan que no lo sufrió, de la misma manera no es mayor el mérito de la continencia de Juan que nunca se casó que el de Abrahán que engendró hijos. Tanto el celibato del uno como el matrimonio del otro les hicieron militar a favor de Cristo –salvadas las diferencias de los tiempos–. Pero Juan fue continente también en sus obras, mientras que Abrahán sólo tuvo la continencia como hábito. Pues en aquellos días posteriores a los Patriarcas –cuando la Ley declaró maldito al que no perpetuara la raza de Israel– podía tener continencia aunque no lo manifestara, pero, aun así, la tenía. Pero, después "llegó la plenitud del tiempo"(2), para que se pudiera decir: "el que pueda entender que entienda"(3). Y el que pueda que lo ponga en práctica. Pero si no quiere hacerlo, que no lo proclame con mentira».

(1) Mt 11, 18-19. (2) Dt 25; 5-10; Gál 4, 4. (3) Mt 19, 2.

De estas palabras se desprende claramente que sólo las virtudes merecen a los ojos de Dios y que los que son iguales en virtud –aunque diferentes en las obras– serán igualmente recompensados por Cristo.

En consecuencia, todos los buenos cristianos están ocupados en la edificación del hombre interior, lo adornan con virtudes y lo purifican de sus vicios y, por lo mismo, apenas si se preocupan poco o nada del hombre exterior. Leemos de los apóstoles que eran tan simples y casi rústicos en sus modos –incluso cuando estaban con el Señor– que se dirían olvidados de todo respeto y cortesía, hasta el punto de que cuando atravesaban los campos de mies cogían espigas, sin avergonzarse de desgranarlas y comerlas como si fueron niños(1). Tampoco les preocupaba mucho lavarse las manos antes de comer. Cuando alguien les echó en cara su suciedad, el Señor les excusó diciendo: «Comer con las manos sucias no mancha al hombre»(2). Para añadir inmediatamente: «el alma no se mancha con lo que viene de fuera, sino de lo que procede del corazón, como son los malos pensamientos, los adulterios, homicidios, etc.»(3). Si el alma no se corrompe previamente por una mala voluntad no puede haber pecado por cuanto venga al cuerpo desde el exterior. Con toda razón, pues, se afirma que los adulterios y homicidios proceden del corazón, ya que se consuman sin el contacto de los cuerpos, según aquello: «El que mirare a una mujer...»(4). Y «Todo aquel que odia a su hermano es homicida»(5). Tales actos no se cometen necesariamente por contacto o por herida del cuerpo, como, por ejemplo, cuando una mujer es asaltada violentamente o un juez coaccionado a matar a un reo. «Ningún homicida –escrito está(6)– tiene parte alguna en el reino de Dios»(7).

No hay, pues, que fijarse tanto en lo que se hace, sino en la intención con que se hace, si es que de veras queremos agra-

(1) Mt 12, 1. (2) Mt 15, 19-20. (3) Mt 5, 28. (4) Mt 15, 19-20. (5) Mt 5, 28. (6) 1 Jn 3, 15. (7) 1 Jn 3, 15.

dar al que examina el corazón y los riñones y ve en la oscuridad. Aquel que –según San Pablo[1]– «juzgará los secretos de los hombres, según mi evangelio», esto es, «conforme a la doctrina de mi predicación». En consecuencia, la modesta ofrenda de la viuda consistente en dos ases o un cuadrante fue preferida a las ostentosas y copiosas ofrendas de los ricos por Aquél de quien se dice que «no necesita de posesión alguna»[2]. De Aquél que se complace en la ofrenda por quien la hace y no en el donante por su ofrenda, según está escrito[3]: «Se complació Dios en Abel y su ofrenda». Es decir, atendió primero a la devoción del donante y se complació en la ofrenda por Él. Esta devoción o intención del alma la considera Dios tanto mayor, cuanto menos confiamos en las cosas exteriores. El mismo apóstol, cuando escribe a Timoteo sobre la tolerancia de los alimentos a que me referí más arriba, habla también del ejercicio corporal diciendo[4]: «Tú ejercítate en la piedad. El ejercicio corporal es útil por poco tiempo; en cambio, la piedad es útil para siempre, pues tiene una promesa para esta vida y para la futura». Porque la piadosa devoción o entrega de la mente a Dios consigue de Él lo necesario en esta vida y lo eterno en la otra. Con todos estos testimonios, ¿se nos enseña otra cosa más que a pensar cristianamente? ¿No se nos dice que preparemos al Padre con Jacob una comida con animales domésticos, que no vayamos tras la caza de animales silvestres con Esaú[5] y que no judaicemos con las cosas exteriores? Así lo expresa el Salmista[6]: «Te debo, Dios mío, los votos que hice, los cumpliré con acción de gracias». Y a esto añade lo del poeta:

*No te quaesiveris extra*

[No te busques fuera de ti][7].

(1) Rom 2, 16. (2) Mc 12, 42-44. (3) Gn 4, 44. (4) 1 Tim 4, 7-8. (5) Gn 27, 6 ss. (6) Sal 56, 12. (7) Persio, *Sátiras*, 1, 7.

Hay muchos –por no decir innumerables– testimonios de sabios, tanto seglares como eclesiásticos, que nos enseñan a no preocuparnos mucho de las cosas que llamamos exteriores o indiferentes. De lo contrario, las obras de la Ley y el yugo insoportable de su servidumbre –como dice San Pedro(1)– serían preferibles a la libertad evangélica y al suave yugo de Cristo y a su carga ligera. El mismo Cristo nos invita a tomar este yugo suave y esta carga ligera(2): «Venid a mí –dice– los que trabajáis y estáis cargados». También el apóstol San Pedro, ya citado, echa en cara, con energía, a ciertos conversos a Cristo, que siguen pensando que han de mantener las obras de la Ley, como aparece en los Hechos de los Apóstoles(3): «¿Por qué provocáis a Dios ahora, imponiendo a esos discípulos una carga que ni nosotros, ni nuestros padres hemos tenido fuerzas para soportar? No, creemos que nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús y ellos lo mismo».

Te pido, pues, que hagas algo –tú que quieres ser imitador no sólo de Cristo sino de su apóstol, tanto en el espíritu como en la letra– por modificar tus instrucciones respecto a las obras que convienen a nuestra débil naturaleza. De esta manera, nos sentiremos libres para dedicarnos al servicio y alabanza de Dios. Ésta es la ofrenda que Dios aprueba, rechazando todos los sacrificios externos(4): «Si tuviera hambre, no te lo diría, pues el orbe y lo que encierra es mío. ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de machos cabríos? Sea tu sacrificio a Dios confesar tu pecado, cumple tus votos al Altísimo e invócame el día del peligro: yo te libraré y tú me darás gloria».

No hablamos de este modo con la intención de rechazar el trabajo manual, cuando la necesidad así lo exigiere. Más bien, queremos quitar importancia a las cosas que cubren las

(1) Hch 15, 10. (2) Mt 11, 28-30. (3) Hch 16, 10-11. (4) Sal 50, 12-15.

necesidades del cuerpo e impiden la celebración del oficio divino, máxime cuando, por autoridad apostólica, se permitiera –especialmente a las mujeres piadosas– poder vivir de los servicios prestados por otras más que de su propio trabajo. Así lo vemos escrito en la carta de San Pablo a Timoteo[1]: «La cristiana que tenga viudas en su familia, que las asista, para que la comunidad no esté sobrecargada y pueda asistir a las realmente viudas». Llama verdaderas viudas a aquellas que, consagradas a Cristo no sólo se les ha muerto el marido, sino a cuantas el mundo está crucificado a ellas y ellas al mundo. Es, por tanto, justo que se sustenten de los fondos de la Iglesia, como si se tratara de los fondos de sus maridos. De aquí que el Señor encomendara a su madre a un apóstol, en lugar de a su marido[2]. Y sabemos que los apóstoles designaron a los diáconos o servidores de la Iglesia, para servir a las mujeres piadosas[3].

Cierto que cuando el Apóstol escribe a los Tesalonicenses[4] «desenmascara a algunos que viven ociosamente sin trabajar, ordenando que el que no quiera trabajar que no coma». También San Benito impuso el trabajo manual, sobre todo para evitar la ociosidad. Pero me pregunto yo, ¿tan ociosamente estaba sentada María oyendo las palabras de Cristo, mientras Marta trabajaba para ella y para el Señor, murmurando, envidiosa, del descanso de la hermana, como si ella sola tuviera que aguantar el peso del día y del sol? También hoy vemos cómo muchos –dedicados a trabajos materiales– murmuran frecuentemente mientras administran los bienes terrenales de los que se ocupan del servicio divino. De hecho, la gente protesta menos por lo que los tiranos les quitan de lo suyo, que por lo que se ven obligados a pagar a aquellos que llaman vagos y perezosos, de los que piensan, sin embargo, que no sólo están ocupados en oír las palabras de Cristo, sino en estudiarlas y cantarlas. No ven

(1) 1 Tim 5, 16. (2) Jn 19, 26. (3) Hch 6, 5. (4) 2 Tes 3, 10.

nada grande –como dice el Apóstol[1]– si tienen que proveer de cosas materiales a aquellos de quienes esperan las espirituales. Ni es indigno de hombres que se dedican a negocios terrenales, servir a los que se dedican a las espirituales. Sin duda, por eso, la Ley concedió esta saludable libertad del ocio a los ministros de la Iglesia para que la tribu de Leví no recibiera nada de herencia terrena y así sirviera mejor a Dios. Pero, recibiría décimos y ofrendas del trabajo de los demás[2].

Y por lo que se refiere a la abstinencia de los ayunos –que los cristianos entienden más de los vicios que de los alimentos– tienes que pensar bien si se ha de añadir algo más a lo ya establecido por la ley de la Iglesia y qué es lo que más conviene a nosotras.

Se ha de atender, sobre todo, a la ordenación de los oficios de la Iglesia y a la distribución de los salmos. De esta manera, al menos, si tú lo crees conveniente, harás una concesión a nuestra debilidad. Así, cuando cada semana recitamos el Salterio no será necesario repetir los mismos salmos. San Benito, al distribuir la semana según su manera de ver, dejó esta advertencia[3]: «Ordenen otros los salmos de manera diferente si así les pareciere mejor». Esperaba que, con el paso del tiempo, crecería el decoro de la Iglesia y que de un primer y rudo fundamento surgiría un edificio espléndido.

Sobre todo, queremos de ti que decidas lo que debemos hacer acerca de la lectura del evangelio en el oficio nocturno[4]. Nos parece peligroso admitir entre nosotras a sacerdotes y diáconos para dicha lectura, debiendo estar separadas de todo acceso y mirada de los hombres. Así podemos entregarnos más sinceramente a Dios y estaremos más seguras de la tentación. A ti pues, señor, te corresponde ahora –mientras vives– establecer la regla que hemos de abrazar

(1) San Benito, *Regla*, c. 48; Lc 10, 39 ss. (2) 1 Cor 9, 11; Nm 18, 21.
(3) San Benito, *Regla*, c. 18. (4) *Id. Regla*, c. 2.

definitivamente. Pues tú después de Dios, eres el fundador de este lugar, tú, el que por la gracia de Dios, ha plantado esta comunidad y el que, con Dios, has de ser el director de nuestra vida religiosa. Después de ti quizá tengamos a otro que construirá algo sobre el fundamento ajeno. Tememos por ello que sea menos solícito de nuestras cosas o que fácilmente estemos menos dispuestas a escucharle. O quizá –aunque tenga igual voluntad– no sea igualmente capaz. Háblanos, pues, que te escuchamos. Adiós.

# Carta 7
# Abelardo a Eloísa
# sobre el origen de las monjas[51]

Queridísima hermana:

Contestaré breve y sucintamente a la carta en que tú y tus hijas espirituales me preguntabais sobre el origen de vuestra profesión, es decir, sobre el origen de las monjas.

La institución de los monjes y de las monjas adquirió toda su forma de religión de Nuestro Señor Jesucristo. Hay, no

51. Dentro de las cartas de dirección, ésta y la siguiente –7.ª y 8.ª, respectivamente– forman un solo bloque. Tratan de contestar a la pregunta formulada por Eloísa en la carta 6.ª sobre la vida religiosa de las monjas. En ésta se aborda el origen de la vida religiosa de las monjas y en la siguiente se presenta una especie de reglas o normas para vivirla.

En concreto, las dos cartas ofrecen más bien el corte de un tratado por su enorme extensión. No aportan tampoco datos personales sobre la vida de los dos protagonistas. Y dentro de estas características, la presente se nos antoja un tanto desordenada, reiterativa y prolija. La abundancia de textos de la Escritura, los Padres y autores de la literatura clásica grecolatina ahogan con frecuencia el pensamiento del autor.

A pesar de su evidente desorden y amontonamiento de citas sí cabe resaltar la importancia que da a la mujer en el seguimiento de Cristo y en la primitiva Iglesia. Igualmente es digno de notar el papel destacado de las mujeres en el paganismo.

Ofrecemos solamente el inicio de la carta. Para su texto latino completo remitimos a V. Cousin I, p. 159.

obstante, algunos indicios de haberse incoado antes de la Encarnación del mismo Jesús, tanto en los hombres como en las mujeres. Así, San Jerónimo, escribiendo a Eustoquio, dice(1): «Leemos en el Antiguo Testamento acerca de los hijos de los profetas, que llamamos monjes, etc.». El Evangelista recuerda a Ana, una viuda que asistía con asiduidad al templo y al culto divino, la cual juntamente con Simeón, recibió en el Templo al Señor y mereció el don de la profecía.

Cristo, en efecto, fin de toda justicia y consumación de todos los bienes, vino en la plenitud de los tiempos para perfeccionar las cosas que ya estaban comenzadas y revelar las ocultas. Y así como había venido a llamar y redimir a ambos sexos, de la misma manera se dignó unir a ambos sexos en el monacato de su Iglesia, a fin de que tanto los varones como las mujeres de esta institución fueran reconocidos y a todos se les propusiera una perfección de vida que habían de imitar. Así leemos que en tiempos de Jesús hubo una comunidad de Santas mujeres –y de su misma madre– junto con los apóstoles y demás discípulos. Los cuales, renunciando al mundo y abdicando de toda propiedad, para sólo poseer a Cristo –como está escrito(2): «el Señor es la parte de mi herencia»– cumplieron devotamente aquello con que todos los alejados del mundo, según la regla entregada por el Señor, se inician en la comunidad de esta vida: «No puede ser mi discípulo, quien no renuncia a todo lo que posee»(3).

De que estas santas mujeres y verdaderas monjas siguieron con devoción a Cristo, y de que el mismo Cristo y después los apóstoles correspondieron con su gracia y honor a su devoción, tenemos muchos testimonios en la historia sagrada.

(1) San Jerónimo, *Cartas.* (2) Sal. (3) Mt.

# Carta 8
# Abelardo a Eloísa [52]

Contesté lo mejor que pude a una parte de tu propuesta. Me queda ahora satisfacer –con la ayuda de Dios– el resto de los deseos de tus hermanas espirituales y los tuyos propios. Según el orden de tus indicaciones, yo debía escribir y entregaros unas a modo de normas o regla, para que así la palabra escrita os diera más seguridad en lo que hayáis de seguir que la costumbre. Así pues, apoyado –parte en las prácticas ya existentes, parte en los testimonios de las Sagradas Escrituras y siguiendo siempre la simple razón– he decidido reuníroslas todas en un solo documento. De esta manera creo adornar el templo de Dios –que sois vosotras[(1)]–, embelle-

52. Esta larga carta forma con la anterior la respuesta completa de Abelardo a la petición de Eloísa y sus monjas de una regla propia para las mujeres. En ella –después de haber expuesto en la anterior los orígenes de la vida religiosa– se desciende al aspecto práctico y a las normas concretas que han de regular la observancia monástica. Más que una carta personal aparece como un tratado o unas constituciones en que se provee a los detalles y necesidades mínimas de un convento.

Aparte de su valor de regla monástica, nos ofrece un documento muy interesante para conocer la vida religiosa y clerical del momento.

(1) 2 Cor 6, 16.

ciéndolo con pinturas valiosas, y con elementos diversos e imperfectos crear una pequeña obra completa.

Con ello me propongo imitar a Zeuxis[53] y hacer en el templo espiritual lo que él hizo en el material. Las gentes de Crotona –como nos recuerda Tulio en su *Retórica*[(1)]– le encargaron que decorara con espléndidas pinturas un templo al que tenían mucha devoción. Y, para que lo hiciera con más gusto, eligió, de entre el pueblo, cinco bellísimas vírgenes que posaban ante él mientras pintaba imitando en la pintura su belleza. Probablemente lo hizo por dos razones: la primera –como observa el filósofo ya citado, de donde lo he tomado– porque Zeuxis había desarrollado su gran destreza pintando hermosas mujeres. Y la segunda, porque la belleza de una doncella se considera por naturaleza más refinada y delicada que la figura masculina.

Tulio nos dice también que Zeuxis eligió varias jóvenes porque no creía que en una sola de ellas pudiese encontrar todos los miembros igualmente hermosos. A nadie –decía– le dotó la naturaleza de tanta hermosura que fuera completa en todos sus miembros. A nadie tampoco le despojó de toda belleza, como si puestas todas las ventajas en uno ya no le quedara nada con qué dotar a los demás.

De la misma manera yo –queriendo pintar la hermosura del alma y describir la belleza de la esposa de Cristo, en la que, como en un espejo, podáis ver reflejada y tener ante los ojos la belleza y la fealdad de la virgen espiritual– me propuse trazar vuestro modo de vida. Para ello me he servido de los muchos testimonios tomados de los Santos Padres y de las mejores costumbres de los monasterios, recogiéndolas al hilo de la memoria y formando con ellas como un ramillete que yo viera está de acuerdo con vuestro estilo de vida y vo-

53. *Zeuxis*. Uno de los grandes pintores de la Grecia clásica nacido en Heraclea (464-398 a. C.).

(1) Cicerón, *De inventione rethorica*, II, 1.

cación. Y escogeré no sólo lo que está escrito para las monjas, sino también para los monjes. Pues así como estáis unidas a nosotros por el nombre y la profesión de la continencia, así también casi todas nuestras instituciones o normas se adaptan a vosotras. De todos estos documentos –como he dicho– pretendo describir a la virgen de Cristo con mayor cuidado que el citado Zeuxis pintaba la imagen de un ídolo y como eligiendo ciertas flores para adornar a los lirios de vuestra castidad. Él creía que le bastaba con imitar a cinco vírgenes. Yo, en cambio –teniendo delante tan gran abundancia de testimonios de los Padres– espero poder entregaros con el auxilio divino, una obra más acabada. Así podréis alcanzar la descripción de aquellas cinco vírgenes prudentes, que, al describir la virgen de Cristo, nos propone el Señor en el Evangelio. Y, para conseguir lo que quiero, pido vuestras oraciones. Quedaos con Cristo, esposas de Cristo[54].

He pensado reducir a tres puntos la instrucción dirigida a describir y afianzar la vida religiosa y a ordenar la celebración del oficio divino. A mi juicio, los tres parecen resumir la vida monástica, a saber: la vida en continencia, la vida en pobreza y sin propiedades y, sobre todo, la observancia del silencio. Ello significa –a tenor del precepto evangélico del Señor– que se ha de estar dispuesto a «ceñir los lomos, a renunciar a todas las cosas y a evitar toda palabra ociosa»[(1)].

La continencia, en realidad, es aquella virtud de la castidad que recomienda el Apóstol cuando dice[(2)]: «La mujer sin marido y la joven soltera se preocupan de los asuntos del Señor para dedicarse a Él en cuerpo y alma. La casada, en cambio, se preocupa de los asuntos del mundo, buscando complacer al marido». Dice «en cuerpo y alma», no con un solo

54. Mt 25, 1 ss. «Quedaos con Cristo», en latín *Calete in Christo.* Parece como si aquí terminara la carta. Unos ven en esto una especie de introducción. Otros, una pequeña carta de presentación de la Regla que sigue a continuación.

(1) Lc 12, 35; 15, 33; Mt 12, 36. (2) 1 Cor 7, 34.

miembro, para que ninguno de sus miembros se vuelva hacia cualquier forma de lascivia en hechos y dichos. En espíritu es santa cuando su mente no está manchada por consentimiento alguno, ni se hincha con la soberbia, como les sucedió a aquellas cinco vírgenes necias, que, mientras se apresuraban a comprar aceite, se les cerró la puerta. Llamaban y clamaban inútilmente ante la puerta, gritando: «Señor, Señor, ábrenos». A las que el esposo respondió enojado: «Os digo que no os conozco»[1].

Entonces, seguimos verdaderamente desnudos a Cristo –como lo hicieron los santos apóstoles– cuando por Él posponemos no sólo nuestras posesiones terrenas, sino también nuestra propia voluntad. De tal manera que no vivamos a nuestro arbitrio y nos sometamos al gobierno superior y obedezcamos por amor de Cristo a Aquél que, en su lugar, nos preside como Cristo. De éstos, en efecto, dice Él: «Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha» y «quien a vosotros desprecia a Mí me desprecia»[2]. Aunque viva mal –lo que Dios no permita– con tal de que gobierne bien, pues no se ha de rechazar la doctrina de Dios por el vicio del hombre. Esto es lo que el mismo Señor nos mandó cuando dice[3]: «Observad y haced lo que os digan, pero no les imitéis en sus obras».

Esta conversión espiritual del mundo a Dios, la describe Él mismo[4]: «Si no renuncia –dice– a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo». Y también[5]: «Quien viene a Mí y no odia a su padre, a su madre, esposa, hijos, hermanos y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío». Odiar al padre y a la madre significa renunciar a los efectos de las relaciones carnales. Y odiar a su propia alma vale tanto como renunciar a seguir la propia voluntad. Es lo que manda en otro lugar[6]: «Quien quiera venir en pos de Mí que se niegue a sí

(1) Lc 10, 16. (2) Mt 13, 3. (3) Lc 14, 33. (4) Lc 14, 26. (5) Lc 9, 23. (6) Lc 14, 26.

mismo, tome su cruz y me siga». Caminamos en pos de Él cuando le seguimos imitándole. «No vine –dice– a hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me envió»(1). Como si dijera: que todo se haga por obediencia.

Pues ¿qué es «renunciarse a sí mismo»(2), sino posponer los afectos carnales y la propia voluntad y entregarse a ser gobernado por el juicio de otro y no por el propio, y en consecuencia no recibe su cruz de otro, sino que la toma él mismo? Lo que vale tanto como no seguir la propia voluntad. ¿Y qué es lo que buscan los que son carnales más que hacer lo que quieren? ¿Qué es el placer terreno más que la satisfacción de la propia voluntad, aun cuando lo que queremos lo consigamos con gran esfuerzo o peligro? ¿Y qué otra cosa es llevar la cruz –esto es, aguantar a alguien crucificado– más que hacer algo contra nuestra voluntad, por fácil o útil que ello nos parezca? Otro Jesús[55] –muy inferior a Él– nos advierte en el Eclesiástico: «No vayas detrás de tus pasiones –dice– y refrena tus deseos. Si das rienda suelta a todas las pasiones de tu alma te verás hecho la irrisión de tus enemigos».

Cuando así renunciamos totalmente a nuestros bienes y a nosotros mismos –entonces ya, rechazada toda propiedad– iniciamos aquella vida apostólica en que todas las cosas son comunes: «En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía... luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno»(3). No todos necesitaban lo mismo y, en consecuencia, no a todos se les suministraba igualmente sino a cada uno según su necesidad. Eran un solo corazón por la fe –porque se cree con el corazón–, una sola alma y una misma voluntad, nacida del amor mutuo, pues

55. Eclo 18, 30-31. Se trata de Jesús, hijo de Sirach, autor del Eclesiástico.

(1) Jn 6, 38. (2) Gál 6, 14. (3) Hch 4, 32, 35.

cada uno quiere para otro lo que quiere para sí, ni busca sus comodidades más que las de los demás. Todo se dirige por todos a la utilidad común: pues nadie busca o está apegado a sus cosas sino a las de Jesucristo. De lo contrario, sería inútil vivir sin propiedad que consiste más en la ambición que en la posesión misma.

La palabra ociosa o superflua es lo mismo que el mucho hablar. Por eso dice San Agustín en el libro primero de sus *Retractaciones*[1]: «Lejos de mí afirmar que hay cháchara cuando se habla lo necesario, por prolijo o abundante que sea el discurso». También se dice por boca de Salomón[2]: «En el mucho hablar nunca faltará pecado». Y hay que precaverse de esta enfermedad con tanto más cuidado, cuanto más peligroso y difícil de evitar. Así lo previó San Benito[3]: «Los monjes –dice– deben tratar de estar en silencio en todo tiempo». Evidentemente, practicar o vivir el silencio significa bastante más que guardar silencio. Pues el deseo o la vivencia es la aplicación o entrega del alma a una cosa. Hacemos muchas cosas de forma negligente o contra nuestra voluntad, pero ninguna cuidadosamente, sin quererlo y con atención. Qué difícil o útil sea refrenar la lengua nos lo dice ponderadamente el apóstol Santiago[4]: «Todos caemos en muchas cosas –dice– pero si alguien no peca con la lengua, es perfecto». Y también[5]: «Toda clase de animales: aves, serpientes y todas las demás se doman y han sido domadas por la naturaleza humana». Y entre estas dos sentencias –considerando cuánto mal hay en la lengua y cómo es la destrucción de todo bien– llega a afirmar: «la lengua, pequeña como órgano, alardea de grandes cosas. Un fuego de nada incendia un bosque enorme... Pero la lengua, bicho turbulento, cargado de veneno mortal, no hay hombre capaz de subyugarla...». ¿Qué más peligroso

(1) San Agustín, *Retractaciones* I, prefacio. (2) Pr 10, 19. (3) San Benito, *Regla*, c. 42. (4) Sant 3, 2. (5) Sant 2, 7-8.

que el veneno o qué más necesario de evitar? Pues así como el veneno apaga la vida, de la misma manera la charlatanería destruye de raíz la religión. Por eso Santiago dice un poco antes(1): «Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, se engaña a sí mismo y su religión es vana». Por eso se dice también en Proverbios(2): «Ciudad desmantelada y sin muralla el hombre que no se domina». Esto mismo es lo que pensaba aquel anciano cuando contestó a Antonio al ser preguntado por éste sobre los hermanos que le acompañaban en su camino y que no cesaban de hablar(3):

«–Buena compañía la de esos hermanos, ¿no es verdad?

»–Sí, ciertamente, son buenos hermanos, pero su habitación no tiene puertas. En el establo entra quien quiere y desata el asno». Pues nuestra alma está como atada al pesebre del Señor y se alimenta como rumiando en Él los santos pensamientos. Pero se suelta del pesebre y va rondando de aquí para allá, si no la sujeta la cadena del silencio. Las palabras, es verdad, aportan conocimiento al alma para que ésta se dirija a lo que entiende y se adhiere a ello entendiéndolo. Con el pensamiento hablamos a Dios y a los hombres con las palabras. Mientras vayamos buscando las palabras de los hombres es lógico y necesario que seamos conducidos por ellas, pues no podemos atender al mismo tiempo a Dios y a los hombres.

Y no sólo se han de evitar las palabras ociosas, sino aquellas que parecen tener alguna utilidad, pues se pasa fácilmente de las necesarias a las ociosas y de éstas a las dañosas. Pues como dice Santiago(4): «La lengua es un mal inquieto», ya que siendo el más pequeño y el más sutil de los miembros, es, por lo mismo, el más ágil. De tal manera que, mientras los demás se cansan con el movimiento, ella se fatiga cuan-

(1) Sant 2, 5; 1, 6. (2) Pr 25, 28. (3) *Vitae Patrum* V, 4, 1. (4) Sant 1, 26.

do no se mueve y le resulta molesto el mismo descanso. Cuanto más ágil nos resulta y más flexible a causa de la molicie del cuerpo, tanto más se mueve y más dada es a las palabras, apareciendo como el semillero de toda malicia.

Este vicio es precisamente el que advierte el apóstol en vosotras cuando prohíbe que las mujeres hablen en la iglesia. Y de aquellas cosas relativas a Dios sólo les permite preguntar a sus maridos en casa. No les concede la palabra tampoco sobre lo que han de aprender o hacer respecto a tales cosas, según escribe a Timoteo(1): «Que la mujer aprenda en silencio y sumisión. No consiento que la mujer enseñe, ni que mande sobre el varón, sino que permanezca en silencio».

Y si esto determinó de las mujeres seglares y casadas, ¿qué habréis de hacer vosotras? Y la razón que sugiere a Timoteo(2) sobre esta prohibición es que «no conviene –dice– que haya mujeres charlatanas y parlanchinas». Para poner remedio a semejante peste es necesario que domemos la lengua con perpetuo silencio, por lo menos en estos tiempos y lugares, a saber: en la oración, en el claustro, dormitorio, refectorio, mientras se come y se cocina. Y a partir de completas se ha de observar un silencio total por todas. En estos tiempos o lugares –si es necesario– empléense signos en vez de palabras. Se pondrá buen cuidado en enseñar y aprender dichas señales. Y –caso de tener que usar palabras– invítese a un coloquio en un lugar adecuado, señalado al efecto. Una vez que se ha dicho brevemente lo necesario vuélvase al trabajo o hágase lo que se considere oportuno.

Corríjase con firmeza cualquier abuso en las palabras o en las señales –sobre todo en las palabras, que suponen mayor peligro–. De este frecuente y grave riesgo nos quiere librar San Gregorio cuando nos instruye en sus *Morales*(3):

(1) 1 Tim 2, 11-12. (2) 1 Tim 4, 13. (3) San Gregorio, *Moralia*, 7, 27.

«Cuando nos abandonamos a conversaciones ociosas, entramos en las perjudiciales. En ellas se siembran los celos y nacen las riñas, se encienden las hogueras de los odios y se extingue la paz de los corazones». Bien lo expresa Salomón cuando dice(1): «Suelta el chorro quien comienza la riña: antes de enzarzarte, retírate». Arrojar agua vale tanto como dejar suelta la lengua en un chorro de palabras. Por el contrario, afirma muy atinadamente: «Las palabras de un hombre son agua profunda, arroyo que fluye, manantial de sensatez». Quien, pues, arroja agua es el iniciador de las discordias; porque el que no refrena la lengua, rompe la concordia. Por eso está escrito: «El que impone silencio al necio, suaviza la cólera»(2).

Tenemos aquí un claro aviso para que empleemos la más severa censura a la hora de corregir este vicio por encima de todo. Que no se difiera su castigo, no sea que se venga abajo la vida religiosa. Pues aquí germinan las detracciones, las contiendas y banderías y se fraguan, a veces, las conspiraciones y conjuras que no sólo cuartean todo el edificio religioso sino que lo derriban. Y, amputado que fuere este vicio, no por ello se han ahogado los malos pensamientos, pero dejarán de corromper a otros. El abad Macario advertía que había que huir de este vicio como único capaz de destruir la vida religiosa. Se dice de él(3): «El abad Macario, el más anciano de Escitia, decía a sus hermanos: "después de la misa, huid de las iglesias". Le contestó uno de los hermanos: Padre, ¿es que podemos huir más allá de esta soledad? Él puso su dedo en los labios y le contestó: "De esto, digo, es de lo que debéis huir". Y entró en su celda, cerró la puerta y se sentó a solas».

Es esta virtud del silencio la que, como dice Santiago(4), hace perfecto al hombre, y de la que Isaías profetizó(5): «El

(1) Pr 17, 14. (2) Pr 18, 14. (3) *Vitae Patrum*, V. 4, 27. (4) Sant 3, 2. (5) Is 32, 17.

fruto de la justicia es la quietud». Virtud tan apetecida por los Santos Padres que –según hallamos escrito[1]– el abad Agatón llevó durante tres años una piedra en la boca hasta conseguir aprender a callar.

Un lugar ciertamente no da la salvación, pero ofrece muchas oportunidades para una más fácil observancia y mantenimiento de la vida religiosa, y muchas ayudas o impedimentos se derivan de él. Y así vemos que los hijos de los profetas –léase solitarios del Antiguo Testamento, como interpreta San Jerónimo– se alejaron a un lugar apartado, haciendo sus chozas junto a las orillas del Jordán[2]. También Juan y sus discípulos –a quienes tenemos por nuestros primeros antecesores– y más tarde Pablo, Antonio y Macario y cuantos destacaron entre nosotros –huyendo del tumulto del siglo y de un mundo de tentaciones– llevaron el lecho de la contemplación a la paz del desierto, para así poderse entregar más sinceramente a Dios.

También el mismo Señor –a quien ningún movimiento de tentación podía alterar– nos enseña con su ejemplo, pues cuando quería hacer algo importante se retiraba a la soledad, huyendo de la multitud. Así consagró el desierto con el ayuno de cuarenta días, alimentó a las turbas en el desierto, y para una mayor pureza en la oración no sólo huía de la muchedumbre sino, incluso, de los apóstoles. A estos mismos los apartó a un monte alejado y allí los instruyó y los nombró apóstoles. Honró la soledad con la gloria de su transfiguración y alegró a los apóstoles reunidos en una montaña, revelándoles su resurrección. Subió al cielo desde un monte y todos sus milagros los operó o en la soledad o en lugares apartados[3].

Vemos también cómo Dios se apareció a Moisés y a los antiguos patriarcas en parajes solitarios, y cómo a través del

(1) *Vitae Patrum*, V. 4.7. (2) San Jerónimo, *Cartas* 58. (3) Mt 4, 2;17, 1; 28, 16; Hch 1, 9.

desierto condujo al pueblo a la tierra de promisión. Fue aquí donde entregó la Ley al pueblo cautivo durante mucho tiempo, hizo llover el maná, sacó agua de la roca y le consoló con frecuentes apariciones y obrando prodigios. Todo lo cual enseña abiertamente lo mucho que desea un lugar solitario para nosotros, donde podamos entregarnos a Él con más pureza.

El mismo Señor trata de describirnos simbólicamente la libertad del asno salvaje, amante de la soledad, alabándolo calurosamente. A este propósito se dirige a Job, diciéndole[1]: «¿Quién da al asno salvaje su libertad y suelta las ataduras al onagro? Yo le he dado por casa el desierto y por morada la llanura salada; y él se ríe del bullicio de la ciudad y no escucha las voces del arriero. Explora los montes en busca de pasto rastreando cualquier rincón verde». Es como si dijera abiertamente: «¿Quién ha hecho esto más que yo?». Ahora bien, el asno salvaje u onagro –que nosotros llamamos el asno de los bosques– es el monje que, liberado de las ataduras de los negocios del siglo, se dirigió a la tranquila libertad de la vida solitaria y que, huyendo del siglo, no permanece en él. De ahí que habite en una tierra solitaria, pues sus miembros están secos y áridos a causa de la abstinencia. No oye los gritos del amo, pero sí su voz, porque provee a su vientre no lo superfluo, sino lo que es necesario. ¿Pues qué amo más importuno y cotidiano que el estómago? Es él el que reclama y exige una demanda exagerada de alimentos superfluos y delicados, y es aquí donde no debe ser escuchado. Los montes de pastos son para él la vida y la doctrina de los santos y padres sublimes que nos refrescan con su lectura y meditación. Llama «verdes praderas» a todos los escritos de la vida celeste e inmarcesible.

San Jerónimo nos exhorta especialmente a esto, cuando escribe al monje Heliodoro[2]: «Considera el significado de

(1) Jb 39, 5-6. (2) San Jerónimo, *Cartas* 14, 5.

la palabra monje, que es tu nombre. ¿Qué haces tú en medio de la turba, tú que eres un solitario?». Y cuando trata de distinguir nuestra vida de la de los clérigos escribe al presbítero Pablo en estos términos[1]:

«Si quieres comportarte como clérigo, es más, si, por casualidad, te gusta la labor y el peso del episcopado, vive en las ciudades y poblaciones y haz de la salvación de los demás un motivo de méritos para tu alma. Pero, si quieres ser lo que dices que eres, monje, esto es solitario, ¿qué estás haciendo en las ciudades, moradas no de solitarios, sino de las multitudes?». Cada vocación tiene sus propios jefes... Y para hablar de nuestra vocación, que los obispos y sacerdotes tomen como ejemplo a los apóstoles y a los varones apostólicos, ocupen sus puestos y esfuércense por imitar sus méritos. Nuestros líderes y modelos han de ser los Pablos, los Antonios, Hilariones y Macarios. Y –limitándome al campo de las Escrituras– que nuestro conductor sea Elías; nuestro, Eliseo; nuestros, los jefes e hijos de los profetas, que habitaban en los campos y en la soledad y que levantaban sus tiendas a las orillas del Jordán[2]. De entre éstos, salieron también los hijos de Recab, que no bebían ni vino ni licor, que vivían en tiendas y que son alabados por Dios a través de Jeremías que predice «que no faltará un descendiente de ellos ante la presencia del Señor»[3].

Así pues, para estar nosotros en presencia del Señor mejor dispuestos a servirle, levantemos también nuestras tiendas en la soledad. Sólo de esta manera la compañía de los hombres no conculcará el lecho de nuestro reposo, ni turbará nuestro descanso, ni dará pábulo a tentaciones ni, finalmente, nos apartará de nuestro santo propósito. Un claro ejemplo de esta vida tranquila en libertad nos lo dio el Señor al dirigir a ella a San Arsenio. Así lo encontramos escrito[4]:

(1) San Jerónimo, *Cartas* 58, 5. (2) Sam 6, 4. (3) Jr 35, 19. (4) *Vitae Patrum*, V, 2. 399.

«El abad Arsenio, estando todavía en palacio, oró al Señor de esta manera: "Señor, condúceme a la salvación". Y le llegó una voz que le decía: "Arsenio, huye de los hombres y serás salvo".

»Él mismo –retirado que se hubo a la vida monacal– volvió a hacer la misma oración, diciendo: "Señor, condúceme a la salvación". Y oyó una voz que le decía: "Arsenio, huye, calla y permanece en paz. Éstas son las raíces para no pecar". Él, entonces, armado con esta única ley del precepto divino, no sólo huyó de los hombres, sino que los apartó de sí. Pues cierto día cuando vino a verle su arzobispo, acompañado de un juez, y le pidieron una palabra de edificación les contestó: "¿Si os dijere una palabra, la seguiríais?". Ellos le prometieron guardarla. Entonces les dijo: "Dondequiera que oigáis el nombre de Arsenio no os acerquéis". En otra ocasión el arzobispo fue a visitarlo, no sin antes enviar a alguien y saber si le abriría la puerta. Le mandó este recado: "Si vienes te abriré, pero si te abro a ti tengo que abrir a todos y, entonces, ya no me vuelvo a sentar aquí". Al oír esto, el arzobispo le contestó: "Si mi visita le va a ser objeto de persecución, nunca me acercaré al hombre santo".

»A cierta matrona romana que vino a visitar a su santidad, le dijo: "¿Cómo te atreviste a emprender una navegación tan pesada? ¿No sabes que eres mujer y que no debes ir sola a ninguna parte? ¿Acaso para volver a Roma y decir a otras mujeres: he visto a Arsenio y hagan del mar el camino para las mujeres que vienen hasta mí?". Ella le respondió: "Si el Señor quisiere que yo vuelva a Roma, no permitiré que nadie venga hasta aquí. Sólo te pido que ores por mí y que te acuerdes siempre de mí". Pero él replicó: "Pido a Dios que borre de mi corazón tu recuerdo". Al oír esto, se alejó llena de turbación»[1].

También hallamos escrito que, siendo preguntado Arsenio por el abad Marcos, por qué huía de los hombres, res-

(1) *Vitae Patrum*, V, 17, 5

pondió: «Dios sabe que amo a los hombres, pero no puedo estar al mismo tiempo con Dios y con ellos». Tan grande era el aborrecimiento que aquellos santos padres tenían del trato y conversación de los hombres, que algunos de ellos, para tenerlos alejados de sí, se fingían locos y –lo que es más extraño todavía– hasta se confesaban herejes. Quien lo desee, puede leer en la *Vida de los Padres* sobre el abad Simón[1], cómo se preparó para recibir la visita del juez de la provincia. Se vistió de saco, tomó en la mano pan y queso, se sentó a la puerta de su celda y comenzó a comer. Podrá leer también[2] cómo cierto anacoreta –viendo que venían a su encuentro con linternas– se quitó la ropa y se tiró al río y, desnudo como estaba, comenzó a lavarla. Su acompañante, al verle así desnudo, enrojeció de vergüenza y se dirigió a aquellos hombres, diciéndoles: «Volveos, por favor, porque nuestro anciano chochea». Luego se acercó a él y le dijo: «¿Por qué hiciste esto, padre? Todos los que te vieron, dijeron: "el viejo está poseído del demonio"». Pero él respondió: «Esto era lo que yo quería oír».

Que lea también si quiere aquello del abad Moisés, que para alejar de sí al gobernador de la provincia, se levantó y huyó a una laguna. Llegó hasta allí el gobernador con su séquito y le preguntó: «Oye, viejo, ¿nos puedes decir dónde está la celda del abad Moisés?». Él les contestó: «¿Por qué le queréis ver? Se ha vuelto loco y hasta hereje»[3]. ¿Y qué decir del abad Pastor que no se dejó ver del juez de su provincia que le pedía que librara de la cárcel al hijo de su propia hermana que se lo pedía?[4].

Vemos, pues, cómo los poderosos del mundo buscan la presencia de los santos con gran veneración y devoción, y cómo ellos los rechazan incluso con la pérdida de su propio decoro y dignidad.

(1) *Vitae Patrum*, V, 8. 18. (2) *Ib.* V, 12. 7. (3) *Ib.* V, 8. 10. (4) *Ib.* V. 8. 13.

Y para que podáis reconocer la virtud de vuestro propio sexo en esta materia, ¿se puede alabar suficientemente a aquella virgen que rechazó la misma visita del gran San Martín, para mejor dedicarse a la contemplación? Nos lo cuenta San Jerónimo en su carta al monje Oçéano[1]:

«En la *Vida de San Martín* –le dice– leemos un hecho narrado por Sulpicio. Pasando San Martín por cierto lugar, quiso saludar a una virgen, famosa por sus costumbres y castidad. Ella se negó, pero le envió un regalo, y mirando por la ventana, díjole al santo varón: "Reza por mí, padre, donde estés, pues yo nunca recibí visita de varón".

»Oído lo cual, San Martín dio gracias a Dios de que una mujer con tales virtudes guardase tan casto propósito. La bendijo y se marchó lleno de alegría. Ella, ciertamente –o no dignándose, o temiendo levantarse del lecho de su contemplación– estaba dispuesta a decir al amigo que llamaba a su puerta: "He lavado ya mis pies, ¿cómo quieres que los ensucie?"»[2].

¡Oh!, y ¡qué injuria tan grande considerarían los obispos y prelados de nuestro tiempo si recibieran semejante repulsa de San Arsenio y de esta virgen! ¡Que se avergüencen ante esto –si es que todavía hay monjes que viven en soledad– los que se alegran con la frecuente visita de los obispos y construyen para ellos especiales casas de esparcimiento! Que se avergüencen cuando, no sólo no rehuyen, sino que invitan a los poderosos del mundo y a la turba que les sigue o les rodea y –so pretexto de recibir a los huéspedes– multiplican las casas, convirtiendo en ciudad la soledad que buscaron. Por arte del viejo y astuto tentador todos los monasterios de este tiempo –construidos en sus principios en la soledad para huir de los hombres– enfriado el primitivo fervor de la vida religiosa, llamaron a sí a los hombres, acumularon criados y criadas y construyeron grandes poblaciones en los recintos

(1) Sulpicio, *Vida de San Martín.* (2) Cant 5, 3.

monásticos. Y de esta manera volvieron al siglo, o mejor, trajeron a sí al mundo. Envueltos en tales miserias y, atados a la mayor esclavitud –tanto de los poderes eclesiásticos como de los terrenales– y, queriendo vivir en la ociosidad y comer del trabajo ajeno, perdieron conjuntamente la vida y el nombre de monjes, es decir, de solitarios. Tales son los males que, con frecuencia, les oprimen –ya que mientras se afanan por proteger a personas y cosas de sus seguidores, pierden las propias– y en los frecuentes incendios de las casas vecinas a menudo arden los mismos monasterios. Ni por éstas se refrena su ambición.

Los hay también que no están sometidos a ninguna disciplina monástica. Dispersos por pueblos, aldeas y ciudades –de dos en dos, o de tres en tres, e incluso solos– van viviendo sin observancia regular alguna, tanto peores que los seglares cuanto más alejados de su vocación. Estos tales abusan de las casas donde se alojan como si fueran suyas, llamándolas *Obediencias* u *Obedienciarías*[56], donde no se observa regla alguna, donde no se obedece a otra cosa más que al vientre y a la carne, donde, en fin –permaneciendo con sus parientes y allegados– tanto más libremente hacen lo que quieren, cuanto menos temen a sus propias conciencias. No hay lugar a duda de que los excesos de estos desvergonzados apóstatas son crímenes, lo que en los demás mortales no pasa de pecados veniales. No consintáis que la vida de éstos pase a vosotras, ni siquiera de oídas.

La soledad es tanto más necesaria a vuestra fragilidad de mujeres, cuanto que por ella menos recibimos el acoso de las tentaciones carnales, y menos nos deslizamos a los placeres corporales por los sentidos. Por eso dice San Antonio [(1)]: «El que vive en soledad y descansa en paz, se ve libre de tres gue-

56. Pequeños establecimientos conventuales bajo la regla de un monasterio mayor.

(1) *Vitae Patrum*, V, 2, 3.

ras: la del oído, la del habla y la de la vista. Su lucha será contra una sola cosa: el corazón». Estas y otras ventajas del desierto tiene delante el insigne doctor de la Iglesia San Jerónimo y, exhortando con vehemencia al monje Heliodoro para que las alcance, llega a exclamar[1]: «¡Oh desierto que te alegras con la intimidad de Dios! ¿Qué haces, hermano, en el siglo, tú que eres más grande que el mundo?».

Una vez que hemos discutido el lugar donde se han de construir los monasterios, veamos ahora cómo ha de ser su emplazamiento. A la hora de construir el monasterio –como nos lo advierte el mismo San Benito[2]– hay que procurar, si es posible, que dentro del recinto del monasterio se encuentren las cosas necesarias al mismo. Como, por ejemplo, la huerta, el agua, molino, panadería con horno, amén de otros obradores donde puedan trabajar las hermanas sin necesidad de salir fuera. Como en los campamentos militares, también en los claustros del Señor –esto es, en las congregaciones monásticas– se han de nombrar aquellos que presidan a los demás. En el ejército hay un único jefe al frente de todos y ante cuyas órdenes todo funciona. Éste –bien por el número de soldados, bien por la complejidad de sus cometidos– comparte sus tareas con algunos y nombra oficiales subordinados, responsables de las diversas misiones o compañías de hombres. De modo semejante, es necesario que en los monasterios haya una matrona que esté al frente de todas. Que todas hagan todo según su decisión y buen juicio, de tal manera que ninguna se enfrente u oponga a nada de cuanto mande, ni siquiera murmure o critique sus mandatos.

Ninguna comunidad humana –ni siquiera una simple familia de una casa– puede mantenerse firme, si no se mantiene la unidad. Es decir, sin que su control permanezca en manos y criterio de una sola persona. Por eso el Arca –modelo

(1) San Jerónimo, *Cartas* 4, 10. (2) San Benito, *Regla*, c. 66.

de la Iglesia y que tenía muchos codos de largo y de ancho-aparecía como un solo punto. Y en los Proverbios está escrito[1]: «Por los crímenes de un país se multiplican sus jefes». Así sucedió también a la muerte de Alejandro, pues –multiplicados los reyes, sus descendientes– se multiplicaron también sus males. La misma Roma no pudo mantener la concordia cuando dividió la autoridad entre varios generales. Así nos lo recuerda Lucano en el primer libro de su *Farsalia*[2]:

*...Tu causa malorum*
*Facta tribus dominis communis, Roma, nec unquam*
*in turbam missi feralia foedera regni*

[Tú, Roma, has sido la causa de tus propios males/,
presa común en manos de tres dueños/.
Los pactos de muerte del poder jamás te devolverán al pueblo...]

Y un poco más abajo:

*Dum terra fretum, terramque levabit*
*Aer, et longi volvent Titana labores,*
*Noxque diem coelo totidem per signa sequetur;*
*Nulla fides regni sociis, omnisque potestas*
*Impatiens consortis erit...*

[Mientras la tierra sostenga el mar y sea levantada en el aire/
y el sol dé vueltas en su curso y largos trabajos hagan rodar
a los Titanes/ y la noche siga al día girando por los signos
del Zodíaco/ los triunviros no confiarán en sí mismos/
Ningún poder sufrirá a otro socio.]

Tales, sin duda, fueron aquellos discípulos del abad San Frontonio[3], que hasta un número de setenta había congre-

(1) Pr 8, 2. (2) Lucano, *Pharsalia*, I, 84-86; 89-p3. (3) *Vitae Patrum*, I. *Vita Frontonii.*

gado en su ciudad natal. En esta misma ciudad se había ganado un gran predicamento ante Dios y ante los hombres, hasta que un buen día –dejando el monasterio de la ciudad con sus pertenencias– los arrastró consigo desnudos al desierto. Pronto –como los israelitas del desierto, que se quejaron a Moisés de que les había sacado de Egipto obligándoles a dejar las ollas de carne y la abundancia de la tierra para traerles al desierto– comenzaron a murmurar neciamente: «¿Es que la castidad sólo se encuentra en el desierto y no en las ciudades? ¿Por qué no volvemos a la ciudad de la que salimos? ¿Por ventura sólo en el desierto escucha Dios a los que oran? ¿Quién puede vivir solamente del pan de los ángeles? ¿Quién se alegra de la sola compañía de las ovejas y de las fieras? ¿Por qué no volvemos al lugar de nuestro nacimiento y bendecimos al Señor?».

Por eso nos advierte Santiago(1): «No os metáis tantos a maestros, hermanos míos; sabéis bien que nuestro juicio será muy severo, pues todos fallamos muchas veces». Y el mismo San Jerónimo escribe al monje Rústico sobre la vida religiosa(2):

«Ningún arte se aprende sin maestro. Los mismos animales mudos y las manadas de fieras siguen a los conductores. En las abejas una precede y todas las demás siguen. Las grullas siguen a una en fila estricta. Hay un emperador y un juez único en cada provincia. En la fundación de Roma no pudo haber dos reyes hermanos y se asentó en el fratricidio. En el vientre de Rebeca lucharon Esaú y Jacob. Todas las iglesias tienen sus obispos, sus archipresbíteros y sus archidiáconos, y todo el orden eclesiástico se basa en sus rectores. En la nave sólo hay un piloto. En la casa un solo señor. En cada ejército, por grande que sea, sólo se mira al estandarte de uno. Por todos estos ejemplos, mis palabras tienden a enseñarte que no te has de entregar a tu propia voluntad, sino que has de vivir

(1) Sant 3, 1. (2) San Jerónimo, *Cartas* 125, 15.

en el monasterio bajo la disciplina de un solo padre y de la compañía de tus muchos compañeros».

Así pues, para que pueda reinar la concordia en todas las cosas, es menester que una esté al frente de todas y que todas le obedezcan en todo. A las órdenes de ésta y a modo de oficialas suyas, se han de poner –según su juicio– algunas otras personas. Éstas han de estar al frente de los servicios que ella ordenare y como ordenare, de tal manera que vengan a ser como guías y consejeras en el ejército del Señor. Todas las demás habrán de luchar libremente –como soldados de a pie que están bajo la dirección de otros– contra el milagro y sus seguidores.

Creo que, para toda la administración del monasterio, son necesarias y suficientes siete personas: la portera, la despensera, sastra, enfermera, cantora, sacristana y finalmente la diaconisa, que ahora se llama abadesa[57]. Y así, en este campamento y en esta clase de servicio en el ejército del Señor –como está escrit[(1)]–: «la vida del hombre en la tierra es una milicia». Y: «Terrible como un ejército aguerrido»[(2)], la abadesa ocupa el lugar del capitán que es obedecido en todo y por todos. Las seis restantes que están debajo de ella, llamadas oficialas, tienen el puesto de guías y consejeras. Todas las demás monjas que forman el claustro, al estilo de los soldados, realizan diligentemente el servicio divino. Las conversas o legas que –renunciando también al siglo, se entregaron al servicio de las monjas– tienen un rango inferior como infantería de a pie y visten una especie de hábito religioso, pero no monástico.

Nos queda, finalmente, ordenar, con la ayuda de Dios, cada uno de los grados de esta milicia a fin de que sea en ver-

57. *Diaconisa.* Servidora, sirvienta. Parece referirse –aquí y en otros lugares– a la abadesa, imitadora de las diaconisas del primitivo cristianismo. Véase Carta 7.
(1) Jb 7, 1. (2) Cant 6, 9.

dad lo que se llama un «ejército aguerrido» contra las impugnaciones de los demonios. Comenzando, pues, por la cabeza de esta institución –a quien hemos llamado la diaconisa o abadesa– afirmemos ante todo que ha de regular todas las cosas. Sobre su santidad –como ya dije en la carta precedente– habla con todo detalle San Pablo, diciendo que ha de ser eminente y probada. Escribe así a Timoteo[1]: «No inscribas en la lista a una viuda de menos de sesenta años; tiene que haber sido fiel a su marido y estar recomendada por sus buenas obras: si ha criado bien a sus hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies a los consagrados, si ha ayudado a los que sufren, en fin, si ha aprovechado toda ocasión de hacer el bien. A las viudas jóvenes no las apuntes...».

Y un poco antes –cuando establece la norma de vida de los diáconos–, dice también de las diaconisas[2]: «Las mujeres, lo mismo; sean respetables, no chismosas, juiciosas y de fiar en todo». Ya en mi última carta dije bastante sobre el aprecio que me merecían tales palabras, llenas de buen sentido y razón. Destaqué especialmente por qué el Apóstol quería que fuera mujer de un solo varón y de avanzada edad.

Por todo ello, no puedo ocultar mi sorpresa al ver cómo se ha introducido en la Iglesia la perniciosa costumbre de nombrar para este cargo a vírgenes, con preferencia a mujeres que ya hayan conocido varón y, además, que se designe a jóvenes con preferencia a las de más edad. El Eclesiastés, sin embargo, dice[3]: «¡Ay del país donde reina un muchacho y sus príncipes madrugan para sus comilonas!». Y el Santo Job dice con aprobación igualmente de todos[4]: «¿No está en los ancianos la sabiduría y la prudencia en los viejos?». También está escrito en los Proverbios[5]: «Noble corona son las canas, y se encuentran en el camino de la rectitud». Y en el Eclesiástico[6]: «¡Qué bien sienta a las canas el juicio y a los

(1) 1 Tim 5, 9-11. (2) 1 Tim 3, 11. (3) Ecl 10, 18. (4) Jb 12, 12. (5) Pr 16, 31. (6) Eclo 25, 4-6.

ancianos saber aconsejar! ¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría, el consejo y la prudencia a hombres venerables! ¡La experiencia es corona de los ancianos, y su orgullo es el temor del Señor!». Y además[(1)]: «Tú, anciano, habla cuando te corresponda... Tú, joven, habla si es indispensable; a lo más, si te preguntan, dos y tres veces; resume tus palabras, di mucho en poco espacio. Sé como quien sabe y se calla. Con los ancianos no discutas, con los que mandan no insistas».

Por eso, los presbíteros, que tienen autoridad sobre el pueblo, son tenidos como ancianos, de manera que su mismo nombre nos enseña lo que deben ser. Y los que escribieron las *Vidas de los Padres* dieron el nombre de ancianos a aquellos a quienes nosotros llamamos hoy abades o padres[58].

Por todos los medios se ha de procurar, pues, que en la elección o consagración de la abadesa se tenga presente el consejo del Apóstol[(2)], a saber: que se elija a quien deba ir por delante de las demás por su vida y doctrina y que, por su edad, goce también de la madurez de costumbres. A aquella que, obedeciendo, merezca mandar y que aprenda la regla más actuando que escuchando y que más firmemente la conozca. Si no tiene letras que sepa adaptarse no a los estudios filosóficos ni a las disputas dialécticas, sino a las enseñanzas de la vida y a la marcha de los acontecimientos. Que siga el ejemplo del Señor del que está escrito[(3)]: «comenzó a hacer y enseñar»; primero a hacer, después a enseñar. Pues la enseñanza por las obras es mejor que la de las palabras. Fijémonos en aquel dicho del abad Ipitio[(4)]: «Aquel es verdaderamente sabio –dice– que enseña a los demás con los hechos no con las palabras». ¡Sentencia en verdad de gran consuelo y estímulo!

58. *Vitae Patrum.* Los primeros libros se conocen como *Verba Seniorum.*
(1) Eclo 32, 4, 7-9. (2) 1 Tim 5. (3) Hch 1, 1. (4) *Vitae Patrum,* V, 10. 75.

Préstese, asimismo, atención al razonamiento de San Antonio con el que confundió a los filósofos charlatanes, que se reían de su magisterio, propio de un hombre idiota e ignorante[1]: «Respondedme –les dijo–. ¿Cuál es primero, el sentido común o las letras? ¿Cuál precede a cuál? ¿Proviene el buen sentido de las letras o las letras del buen sentido?».

Cuando ellos le contestaron que el sentido es el autor e inventor de las letras, les respondió: «Luego, si un hombre tiene un buen sentido común no necesita de letras». Oiga también aquello del Apóstol y adhiérase más al Señor: «¿Acaso no hizo Dios necia la sabiduría de este mundo?». Y: «lo necio del mundo se lo eligió Dios para humillar a los fuertes, y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios: lo que no existe, para anular a lo que existe, de modo que ningún mortal pueda engallarse ante Dios». No está, por consiguiente, el reino de Dios –como Él mismo dice más adelante– en las palabras, sino en las obras.

Pero si la abadesa creyere oportuno volver a la Biblia para conocer más a fondo algunas cosas, que no se avergüence en acudir y aprender de la gente de letras ni desprecie su condición. Es más, recíbalos piadosa y diligentemente, sabiendo que el mismo príncipe de los apóstoles recibió con mansedumbre la pública corrección de su compañero en el apostolado, San Pablo[2]. Como recuerda el mismo San Benito[3]: «Con frecuencia Dios revela a los más inferiores lo que es mejor».

Con el fin, pues, de poder seguir mejor el ejemplo del Señor –que nos acaba de recordar el Apóstol– nunca se ha de hacer esta elección de entre los nobles y poderosos del siglo, a no ser por una urgentísima y bien probada necesidad. Tales mujeres –muy orgullosas de su linaje– se hacen orgullosas, presuntuosas o soberbias. Y sobre todo cuando son nativas del lugar, su mandato resulta nefasto para el monas-

(1) *Vitae Patrum*, I, 45. (2) 1 Cor 1, 20. (3) Gál 2, 11; 1 Cor 1, 27-29.

terio. Hay que temer que la proximidad de sus familiares la haga más jactanciosa y que sus visitas frecuentes sean un peso y una turbación para el monasterio, de tal forma que, por culpa de los suyos, sufra quebranto la vida religiosa y ella sea objeto de desprecio de los demás, según aquello de la Verdad[1]: «Sólo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta». El mismo San Jerónimo tenía en cuenta esto cuando escribió a Heliodoro[2], enumerándole muchas de las cosas con que tropiezan los monjes en sus lugares de origen: «De todas estas consideraciones –dice– se deduce que el monje no puede ser perfecto en su lugar de nacimiento. Y no querer ser perfecto es delinquir».

¿Cuánto mayor será el daño para las almas si la que tiene que ir por delante en el ejemplo de la vida religiosa, carece ella misma de esa vida? Basta con que cada una de las súbditas sea ejemplo de una virtud. Pero en ella deben sobresalir todo género de virtudes, de manera que, lo que mande a las demás, ha de hacerlo antes ella con el ejemplo. Que con sus costumbres no se oponga a lo que manda, y que lo que edifica con las palabras no lo destruya con los hechos, a fin de que la palabra de corrección no desaparezca de sus labios, y quede avergonzada al corregir en otros los errores que sabe que comete ella misma. El salmista pide al Señor que no le suceda esto a él[3]: «No quites de mi boca las palabras sinceras, porque yo espero en tus mandamientos». Tenía, sin duda, delante aquella gravísima invocación del Señor que el mismo salmista nos recuerda en otro pasaje[4]: «¿Por qué recitas mis preceptos y tienes siempre delante mi alianza, tú que detestas mi corrección y te echas a la espalda mis mandatos?».

El mismo Apóstol estuvo muy atento en precavernos de esto[5]: «Castigo mi cuerpo y lo obligo a que me sirva, no sea

(1) Mt 13, 57. (2) San Jerónimo, *Cartas* 14, 7. (3) Sal 99, 43. (4) Sal 50, 16-17. (5) 1 Cor 9, 27.

que después de predicar a otros me descalifiquen a mí». Es lógico que se condene la predicación o la enseñanza de aquel cuya vida se desprecia. Y cuando alguien ha de curar a otro y cae en su misma enfermedad, es justo que sea increpado por el enfermo y le diga: «Médico, cúrate a ti mismo»[(1)].

Quien crea que tiene autoridad en la Iglesia vea la ruina que puede ocasionar su caída, pues arrastra consigo al precipicio a muchos súbditos. «El que se salte –dice la Verdad[(2)]– uno solo de esos preceptos mínimos y lo enseñe así a la gente, será declarado mínimo en el Reino de Dios». Quebranta, por consiguiente, el mandato, quien lo infringe obrando contra él. Y corrompiendo a los demás con su ejemplo, se sienta en la cátedra como doctor de pestilencia. Y, si el que esto hace se ha de tener como el menor en el reino de los cielos, es decir, en la Iglesia aquí en la tierra, ¿cómo habremos de calificar al superior vil, por cuya negligencia el Señor le ha de demandar no sólo su vida sino la de las llamas que le están encomendadas? Razón tiene la Sabiduría cuando conmina a tales hombres[(3)]: «El poder os viene del Señor y el mando del Altísimo: Él indagará vuestras obras y explorará vuestras intenciones, siendo ministros de Su reino, no gobernasteis rectamente, ni guardasteis la Ley, no procedisteis según la voluntad de Dios. Repentino y estremecedor vendrá contra vosotros, porque a los encumbrados se les juzga implacablemente. A los más humildes se les compadece y perdona, pero los fuertes sufrirán una fuerte pena».

Basta con que cada uno de los súbditos responda de sus propios delitos. Pero la muerte amenaza a los que son responsables de los pecados ajenos. Pues cuando aumentan los dones, se multiplican también las razones de esos mismos dones, porque a quien más se le ha dado más se le exigirá. En los Proverbios[(4)] se nos advierte de este gran peligro: «Hijo mío, si has salido fiador de tu vecino y has dado la mano por

(1) Lc 4, 23. (2) Mt 5, 19. (3) Sab 6, 4-7. (4) Pr 6, 1-4.

un extranjero; si te has enredado con tus palabras o has quedado cogido por la boca, haz lo siguiente para librarte, pues caíste en poder de tu vecino: ve, insiste, acosa a tu vecino, no des sueño a tus ojos, ni reposo a tus párpados». Pues damos la palabra de amigo cuando nuestro amor admite a alguien en la vida de nuestra comunidad. Le prometemos el cuidado de nuestra atención al mismo tiempo que él nos ofrece su obediencia. De este modo le tendemos la mano, mientras le demostramos nuestra buena disposición a colaborar con él. Y entonces caemos en sus manos porque si no nos precavemos de él, llegaremos a sentir que es él el que mata nuestra alma. Contra este peligro se nos da este consejo[(1)]: «Corre, apresúrate», etc.

Así pues, la abadesa –cual capitán vigilante e incansable– ha de ir de aquí para allá dando vueltas a su campamento y observando, no sea que, por negligencia de alguien, se haya abierto alguna entrada a aquel que, como león rugiente, busca a quien devorar[(2)]. Ha de ser la primera en conocer todos los males de su casa a fin de que pueda corregirlos antes de que sean conocidos por los demás y no sirvan de precedente. Que tenga presente lo que San Jerónimo reprocha a los necios y negligentes[(3)]: «Somos los últimos en conocer los males de nuestra propia casa e ignoramos los vicios de nuestros hijos y esposas que corren de boca en boca de nuestros vecinos».

Recuerde la que preside, que asumió el cuidado tanto de los cuerpos como de las almas. De la custodia de los cuerpos se le advierte en estas palabras del Eclesiástico[(4)]: «Si tienes hijas, vigila su cuerpo y no seas indulgente con ellas». Y también[(5)]: «Una hija es un tesoro engañoso para su padre, le quita el sueño por la preocupación de ser seducida». Manchamos nuestro cuerpo no sólo con la fornicación,

(1) Pr 6, 1-4. (2) 1 Pe 5, 8. (3) San Jerónimo, *Cartas* 147, 10. (4) Eclo 7, 24. (5) Eclo 42, 9.

sino también haciendo en él algo impropio, sea con la lengua sea con cualquier otro miembro, bien abusando de los sentidos corporales con cualquier miembro por simple vanidad. Así está escrito[1]: «La muerte entra por nuestras ventanas», esto es, el pecado entra en el alma por los cinco sentidos.

¿Y qué muerte más grave o cuidado más peligroso que el de las almas? «No temáis –dice la Verdad[2]– a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma.» Y, a pesar de oír este consejo, ¿quién no sigue temiendo más la muerte del cuerpo que la del alma? ¿Quién no evitará más una espada que una mentira? Y, sin embargo, está escrito[3]: «La boca que miente mata su alma». ¿Qué cosa más fácil que matar el alma? ¿Qué flecha se puede fabricar tan fácilmente como una mentira? ¿Quién se puede ver libre al menos de un mal pensamiento? ¿Quién es capaz de estar atento a sus propios pecados? ¿Cuánto más a los ajenos? ¿Qué pastor carnal tiene el poder de proteger a las ovejas espirituales de los lobos espirituales, es decir, a las invisibles de los invisibles? ¿Quién no temerá al ladrón que no cesa de merodear –pues es imposible poner vallas al campo– ni hay espada que pueda matarlo o herirlo? ¿Cómo coger al que no cesa de asediar y perseguir sobre todo a los religiosos, según las palabras de Habacub[4]: «Sus alimentos son escogidos?» San Pedro nos exhorta a estar en guardia con estas palabras[5]: «Despejaos, espabilaos, que vuestro adversario el diablo, rugiendo como un león, ronda buscando a quien tragarse». El mismo Señor nos advierte de la presunción que el diablo tiene en devorarnos en estas palabras a Job[6]: «Aunque el río baje bravo, no se asusta; está tranquilo, aunque el Jordán espumee contra su hocico». ¿Y por qué no se atrevería a atacarnos aquel que no dudó en tentar al mismo Señor? Él, que sedujo a

(1) Jr 9, 21. (2) Mt 10, 28. (3) Sab 1, 11. (4) Hab 1, 16. (5) 1 Pe 5, 8. (6) Jb 40, 18.

nuestros primeros padres en el paraíso y que arrebató del mismo colegio apostólico aquel apóstol que había elegido al Señor. ¿Qué lugar estará seguro de él? ¿Qué claustros no le están abiertos? ¿Quién se puede defender de sus insidias y quién puede hacer frente a su fuerza? Es el mismo que de un golpe echó abajo las cuatro esquinas de la casa de Job y aplastó a sus hijos e hijas inocentes[(1)].

¿Qué, pues, podrá el sexo débil contra él? ¿Quién no temerá tanto su seducción como la de las mujeres? Pues primero sedujo a la mujer, y por ella igualmente al varón, haciendo así cautiva a toda su posteridad. Su deseo de un bien mayor privó a la mujer de la posesión de uno menor. También ahora seducirá a la mujer con estas artes, deseando ser servida más que servir, llevada de la ambición de las cosas y de los honores. Los hechos probarán cuál de estas dos precedió a cuál. Si, pues, la superiora viviere más delicadamente que la súbdita, o si reclamase para sí algo extraordinario y por encima de lo necesario, no cabe duda de que fue objeto del deseo por parte de ella. Si busca vestidos más lujosos que antes, es evidente que está hinchada de vanagloria. Lo que fue anteriormente aparecerá después. Su mismo cargo indicará si lo que exhibía antes era verdadera virtud o simulación. Sea arrastrada al cargo más que venga hacia él, según aquello del Señor: «Todos los que han venido antes de Mí eran ladrones y bandidos»[(2)]. Sobre lo cual comentó San Jerónimo: «Los que vinieron, no los que habían sido enviados». Ha de ser elevada a los honores, no tomárselos ella misma. «Nadie –dice el Apóstol[(3)]– puede arrogarse esa dignidad; tiene que designarlo Dios, como en el caso de Aarón.» La que haya sido llamada, llore como si hubiere sido condenada a muerte. La que haya sido rechazada que se alegre, como si le hubieran levantado la pena de muerte. Nos sonrojamos ante las palabras que nos dicen que somos mejores que los demás y,

(1) Jb 1, 19. (2) Jn 10, 8. (3) Heb 5, 4.

cuando en nuestra elección queda patente esto, con hechos perdemos desvergonzadamente todo pudor. Pues ¿quién ignora que los mejores son preferibles a los demás? Por eso se dice en el libro XXIV de los *Morales:* «No debe ser guía de hombres quien no sabe increpar a los hombres con una buena admonición. Quien es elegido para corregir las faltas de otro, no debe cometer las faltas que él debió arrancar de raíz». Pero, si a la hora de elegirnos tratamos de evitar esta falta de pudor por un ligero rechazo verbal –y sólo de oídos para fuera rechazamos la dignidad que se nos ofrece– nos delatamos a nosotros mismos, queriendo aparecer más justos y dignos que los demás.

¡Ay! y ¡a cuántos vemos que en su elección lloran con sus ojos y ríen en su corazón! Se acusan de indignos y con ello no hacen más que buscar para sí la gracia y el favor de los hombres. Tienen delante aquellas palabras(1): «El justo es el primer acusador de sí mismo». Pero después, al ser criticados y dárseles ocasión de ceder, tratan de defender obstinada y desvergonzadamente el cargo que habían mostrado aceptar con lágrimas fingidas y con auténticas acusaciones a sí mismos. ¡En cuántas iglesias hemos visto a canónigos resistir a los obispos cuando eran obligados por éstos a recibir las sagradas órdenes alegando que eran indignos y que no estaban dispuestos a aceptar! Y, si por casualidad el clero elegía a los mismos para el episcopado apenas si presentaban una leve o nula repulsa. Y los que ayer para evitar –según decían ellos– un peligro para su alma, rechazaban el diaconado –como justificados en una sola noche– no temían el precipicio de un grado o dignidad más altos. De ellos se dice en los Proverbios(2): «Anda falto de juicio quien estrecha la mano saliendo fiador de su vecino». El desgraciado se alegra en aquello mismo que debería deplorar, al asumir autoridad sobre los demás y someterse por sus propias declaraciones al

(1) San Gregorio, *Moralia* 24, 25; Pr 18, 17. (2) Pr 17, 18.

cuidado de sus súbditos, por los que ha de ser amado más que temido.

Podemos hacer frente a esta pestilencia en lo que está en nuestras manos, prohibiendo a la abadesa que viva en una mayor comodidad y lujo que sus subordinadas. Por tanto, no debe tener apartamentos privados ni para comer ni dormir. Ha de hacer todas las cosas con el rebaño a ella encomendado, y tanto mejor atenderá a sus ovejas cuanto más de cerca las asista. Sabemos que San Benito tuvo gran preocupación por los peregrinos y huéspedes y que dispuso una mesa aparte para que el abad pudiera estar con ellos[1]. Si bien fue una piadosa institución de su tiempo, después, sin embargo, se cambió por un sentido práctico de los monasterios, con el fin de que el abad no deje a los monjes y provea de un hospedero fiel que se cuide de los peregrinos.

Es fácil el relajamiento de la disciplina en los banquetes y es, entonces, cuando más severamente se ha de observar la disciplina. Pues muchos, con pretexto de los huéspedes, miran por sí mucho más que por éstos y se hiere a los ausentes con máximas sospechas y murmuraciones. Y tanto menor es la autoridad del prelado, cuanto más desconocida es para los suyos su vida. Y, asimismo, tanto más tolerable es para todos cualquier carencia, cuanto más participan todos de ella, sobre todo los superiores. Esto ya lo aprendimos en Catón, de quien se cuenta que estando sedienta la gente que estaba con él y habiéndosele ofrecido a él un poco de agua, la rechazó y la derramó, quedando todos satisfechos[2].

Si, pues, la solidaridad es del todo necesaria a los superiores, es preciso que vivan tanto más parcamente, cuanto más han de atender a las necesidades de los demás. Y para que no conviertan en soberbia el don de Dios –es decir, la prelatura que les ha sido confiada– y, con ello se muestren arrogantes

(1) San Benito, *Regla*, cc. 53, 56. (2) Lucano, *Pharsalia*, 9, 498 ss.

ante sus súbditos, oigan lo que está escrito[1]: «No hagas de león en tu propia casa, miedoso y apocado con los siervos». El Señor derribó el trono de los jefes soberbios y en su lugar puso a los humildes[2]: «¿Te eligieron para presidir? No te exaltes. Vive como uno de ellos»[3]. Y el Apóstol en su carta a Timoteo le da instrucciones sobre los súbditos[4]: «Con un hombre anciano no seas duro, exhórtalo como a un padre; a los jóvenes como a hermanos; a las mujeres de edad como a madres, y a las jóvenes, con la mayor delicadeza, como a hermanas». «No me elegisteis vosotros –dice el Señor[5]– fui yo quien os elegí.»

Todos los demás prelados son elegidos por sus súbditos –y por ellos son creados y confirmados– porque son aceptados no para que les manden, sino para que les sirvan. No obstante, no se presentó como Señor, sino como servidor y confundió con su ejemplo a los que aspiraban a la cumbre de la dignidad[6]: «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores». Imita, pues, a los reyes de las naciones quien apetece mandar sobre los súbditos, más que servir, y al que se afana más en ser temido que amado. Y aquél que, hinchado con el magisterio de su prelatura, busca los primeros puestos en las cenas y los primeros asientos en las sinagogas y ser saludado en el foro y que los hombres le llamen «Rabbi»[7]. Por lo que respecta al honor de este título, no nos enorgullezcamos de los nombres, más bien procedamos en todo con humildad. «Pero vosotros –dice el Señor– no debéis llamaros "Rabbi" ni llaméis a ningún hombre en la tierra "padre".» Y después prohibió la autoexaltación diciendo: «El que se exalta será humillado...».

Hay que procurar también que no se extravíe el rebaño por la ausencia de los pastores, y que la disciplina interior se paralice mientras los superiores vagan fuera. Establecemos,

(1) Eclo 4, 35. (2) Eclo 10, 7. (3) Eclo 10, 17; 31, 1. (4) 1 Tim 5, 1. (5) Jn 15, 16. (6) Lc 22, 25. (7) Mt 23, 8-9.

pues, que la abadesa –atendiendo más a las cosas espirituales que corporales– no debe abandonar el monasterio por asuntos externos al mismo. Ha de estar, por el contrario, tanto más solícita a las necesidades de sus súbditos cuanto más asidua. Sus apariciones en público serán tanto más preciadas cuanto más raras sean, como está escrito[1]: «Si te invita un noble, mantente a distancia, y él insistirá para que te acerques». Si el monasterio necesita alguna delegación o emisarios, desempéñenla monjes o laicos a su servicio[2]; pues conviene que los varones atiendan siempre a las necesidades de las mujeres. Y cuanto mayor es su entrega a la vida religiosa, más deben dedicarse a Dios y más necesidad tienen de protección por parte de los hombres. Así vemos cómo el ángel advierte a José que cuide de la madre del Señor, sin que se le permita dormir con ella[3]. Y el mismo Señor a la hora de morir dio a su madre otro hijo para que la atendiera en sus necesidades temporales[4]. No se puede dudar tampoco –como ya recordamos– que los apóstoles ayudaron mucho a piadosas mujeres, en beneficio de las cuales ordenaron a los siete diáconos[5]. Siguiendo, pues, su autoridad y en consonancia con las necesidades presentes, nosotros decretamos que los monjes, o sus legos o conversos –siguiendo el ejemplo de los apóstoles y diáconos– provean a los servicios externos de los conventos de monjas, como pueden ser, para la misa, los monjes, y los conversos o legos, para los menesteres materiales.

Es conveniente también –como leemos que sucedió en Alejandría, en tiempos de San Marcos evangelista, en el mismo comienzo de la naciente Iglesia– que junto a los conventos de mujeres no falten monasterios de varones, de tal manera que todos los asuntos externos de las monjas, sean llevados por los hombres de la misma religión. Y estando

(1) Eclo 13, 9. (2) En latín *conversi*, legos, no obligados a coro. (3) Mt 1, 19. (4) Jn 19, 26. (5) Hch 6, 5.

firmemente convencidos de que los conventos de monjas conservarán más sólidamente el espíritu de su vocación, si son dirigidos por varones espirituales, y hay un mismo pastor, tanto para las ovejas como para los carneros. Queremos decir que el que está al frente de los varones lo está también de las mujeres, ya que –según el mandato apostólico[1]– «la cabeza de la mujer es siempre el varón, lo mismo que Cristo lo es del varón y Dios de Cristo». Por eso el convento de Santa Escolástica, sito en el recinto de los hermanos del monasterio, estaba supervisado por un hermano, recibiendo instrucción y consuelo con las frecuentes visitas de éste y de los hermanos. La Regla de San Benito nos habla también de este tipo de supervisión, en el siguiente pasaje[2]:

«*Pregunta:* ¿Conviene que el hermano que preside –aparte de la hermana que preside a las monjas– les diga algo para instrucción de las vírgenes?

»*Respuesta:* ¿Y cómo si no se observará aquel precepto del apóstol que dice[3]: "Que todo se haga honestamente y en orden"?

»*Pregunta:* ¿Es conveniente para el que preside a los monjes conversar a menudo con las hermanas, sobre todo, si con ello algunos hermanos se ofenden?

»*Respuesta:* Aunque el Apóstol[4] se pregunta: "¿A santo de qué mi libertad va a tener por juez la conciencia de otro?", es mejor imitar lo que dice: "sin embargo, no hice uso de ese derecho, al contrario, sobrellevo lo que sea para no crear obstáculo alguno a la buena noticia del Mesías"[5]. Y en lo posible, raras veces han de ser vistas las hermanas y que la predicación sea breve».

Sobre esto tenemos también la instrucción del concilio hispalense[6]:

(1) 1 Cor 11, 3. (2) San Basilio, *Regla* (P. L. 103, 555). (3) 1 Cor 14, 40. (4) 1 Cor 10, 29. (5) 1 Cor 9, 12. (6) Sin referencia en el texto original latino.

«Por consenso de todos, hemos decretado que los monasterios de vírgenes de la provincia Bética se rijan por la administración y autoridad de los monjes. Pues estamos convencidos de proporcionar lo más saludable para las vírgenes consagradas a Cristo, cuando les elegimos padres espirituales, cuya guía no sólo les proteja, sino que su enseñanza les edifique». Tómense, sin embargo, estas cautelas respecto a los monjes: «Que se mantengan alejados de la vida privada de las monjas y no se les conceda permiso ni siquiera para acercarse al vestíbulo. Ni al abad ni a ningún otro constituido en autoridad sobre ellas -a excepción de la superiora- les está permitido hablar algo a las vírgenes de Cristo, relativo a normas y costumbres de vida. Tampoco es conveniente hablar a solas con la superiora sino en presencia de dos o tres hermanas. Así pues, el encuentro sea raro y la conversación breve.

»Lejos de nosotros pensar y querer que los monjes traten con familiaridad a las vírgenes de Cristo. Por el contrario, han de vivir separados y alejados, como aconsejan los mandatos regulares y los cánones. Sólo les encomendamos las monjas en este sentido: que un hombre -el más probado de los monjes- sea elegido para cuidar de las fincas tanto rústicas como urbanas, la construcción de edificios o la provisión de alguna otra necesidad del monasterio, de tal manera que las esclavas del Señor, ocupadas tan sólo del bienestar de su alma, puedan vivir únicamente para el culto divino y entregarse a sus propias labores. Es bueno que quien sea elegido por su propio abad, tenga la aprobación del respectivo obispo. Las monjas, por su parte, han de hacer los vestidos para los monasterios bajo cuya guía están, puesto que recibirán a cambio -como he dicho- los frutos de la labor de los monjes y el apoyo de su protección».

En atención a esta medida queremos que los conventos de monjas estén siempre sujetos a los monasterios de monjes, de manera que los hermanos se cuiden de las hermanas y

que uno solo presida como padre a ambos, cuya autoridad sea reconocida por unos y otras. Y así haya únicamente un solo rebaño y un solo pastor en el Señor [1]. Tal comunidad de fraternidad espiritual ha de ser tanto más grata a Dios y a los hombres, cuanto mejor provea a las necesidades de ambos sexos que buscan la conversión. Es decir, que los monjes acojan a los varones y las monjas a las mujeres, de tal manera que se pueda atender a toda alma que busca su propia salvación. Y que todo aquel que quiera convivir con su madre, hermana, hija o cualquiera otra mujer, a su cargo, podrá encontrar allí acogida. Y los dos monasterios estarán tanto más unidos por el mayor afecto y mutua caridad, cuanto más unidos están las personas por cierta afinidad o parentesco.

Queremos también que el superior de los monjes –es decir, el abad– presida a las monjas, a fin de que reconozca como señoras suyas a las que son siervas del Señor de quien él es siervo, y se alegre no de presidirlas, sino de servirles de utilidad. Queremos que sea como el mayordomo o administrador de un palacio real que no presiona a la reina con sus poderes, sino que la atiende en todo, de forma que la obedece al instante en todo lo necesario, no da oídos a lo que pueda ser molesto y de tal manera le suministra las cosas exteriores, que nunca se introduzca en la intimidad de su alcoba sin que se lo mande.

Así pues, queremos que el siervo de Cristo provea de tal modo a sus esposas, que las atienda fielmente por Cristo; que trate de todas las cosas que hacen al caso con la abadesa; que no ordene nada por su cuenta relativo a las siervas de Cristo o a cosas que puedan interesarlas sin consultar con ella; ni finalmente, ordene nada –sino a través de ella– a cualquier monja, ni se atreva a hablar con ella. Cuando la abadesa le llame, no tarde en venir y cuanto le consultare relativo a sus propias ne-

(1) Jn 10, 16.

cesidades o de sus súbditas, no demore su ejecución. Cuando sea llamado por la abadesa, la conversación tendrá lugar en presencia de personas prudentes; no se acerque demasiado a ella, ni la entretenga con charlas prolijas.

Todo lo que se refiere a la comida o al vestido, así como al dinero –si es que hay algo– se juntará y guardará entre las siervas de Cristo, de tal forma que se dé a los hermanos lo que sobrare a las hermanas. Los hermanos, pues, proporcionarán a las hermanas todo lo que está fuera del recinto del monasterio, y las hermanas sólo aquellas cosas que están dentro y que son propias de las mujeres, como, por ejemplo, el arreglo de sus propios vestidos y los de los hermanos, el lavado, la confección del pan, metiéndolo al horno y sacándolo una vez cocido. A ellas les corresponde también el cuidado de la leche y sus derivados, la cría de gallinas y gansos, y, en fin, todo aquello que es labor más propia de mujeres que de hombres.

Cuando alguien sea elegido abad jurará en presencia del obispo y de las hermanas que les será un fiel administrador en el Señor y que procurará que sus cuerpos se vean libres de todo contagio carnal. Y si, por casualidad –lo que Dios no quiera– el obispo lo encuentra negligente, lo depondrá al instante como reo de perjurio. Todos los hermanos se someterán también en su profesión a este juramento para con las hermanas, a saber, que no consentirán que sean sometidas a ninguna forma de opresión y que cuidarán en cuanto puedan de su integridad y pureza.

En consecuencia, ningún varón tendrá acceso a las hermanas sin licencia del abad, ni recibirán nada que les fuere enviado sino a través del mismo abad. Ninguna monja atravesará nunca el umbral del monasterio, pues –como se ha dicho– todas las cosas de fuera se las procurarán los hermanos, ya que los fuertes han de sudar los trabajos más fuertes. Por tanto, ningún hermano ponga sus pies dentro del recinto de las monjas, a no ser que tenga permiso del abad y de la

abadesa y cuando así lo exigiera una causa necesaria y honesta. Si alguien, por casualidad, transgrediere este precepto arrójesele del monasterio sin dilación.

A fin de que los varones –que son los más fuertes– no intenten someter en algo a las mujeres, les mandamos también que no pretendan hacer nada contra la voluntad de la abadesa, sino que todo se ha de hacer según el deseo de la misma. Así pues, tanto varones como mujeres hagan su profesión ante ella y prométanle obediencia. De esta manera, la paz será tanto más firme y la concordia más sólida cuanto menos les sea permitido a los más fuertes. Y tanto menos serán cargados los fuertes con la obediencia a las débiles, cuanto menos teman su violencia. Cuanto más se humille el hombre ante Dios, más cierta será su exaltación ante Él. De momento basta con lo dicho sobre la abadesa. Pasemos a hablar ahora de las oficialas.

La sacristana –que es también la tesorera– se encargará de todo lo relativo al oratorio, y guardará todas sus llaves así como todo lo necesario al mismo. Será ella quien se haga cargo de las ofrendas –si es que las hay– y se cuidará de todo lo que hay que hacer y reparar en el oratorio, así como de su ornato. A ella incumbe también tener a punto las hostias, los vasos o cálices y los libros del altar y del adorno del mismo, de las reliquias, incienso, velas, del reloj y de los toques de campana. A ser posible, que las monjas hagan las hostias ellas mismas, que ciernan la harina de donde las hagan y que laven los manteles del altar. Nunca le será lícito –ni a ella ni a cualquier otra monja– tocar las reliquias o los vasos del altar ni los manteles, a no ser cuando les fueren entregados para lavar. Para este menester llámense y esperen a que vengan los monjes o sus legos o conversos. Y si fuere necesario, nómbrense para este oficio algunos a las órdenes de la sacristana, que se consideren dignos de tocar estas cosas o quitarlas y reponerlas cuando sea necesario y una vez que ella haya abierto los cestos.

La hermana encargada del santuario debe sobresalir por su pureza de vida –de cuerpo y de espíritu– siendo mujer de probada abstinencia y continencia. Ha de aprender, de manera especial, a computar las fases de la luna a fin de adornar el oratorio según el orden de las estaciones.

La cantora atenderá a todo lo que se refiere al coro, ordenará los divinos oficios, dirigirá la enseñanza del canto y la lectura y todo lo tocante a la escritura y dictado. Custodiará el armario de los libros, de éste los tomará y aquí los volverá a poner, se preocupará de anotarlos y registrarlos o de que así se haga. También ella ordenará la manera de sentarse en el coro y asignará los asientos, señalando quién ha de cantar o leer. Compondrá la lista –que se habrá de hacer pública en el capítulo del sábado– y en ella aparecerán todos los deberes de la semana. Por todo lo cual, conviene que sea especialmente letrada y que tenga nociones de música. Después de la abadesa, a ella le corresponde el cuidado de toda la disciplina. Y si aquélla estuviere ocupada en asuntos externos, la cantora hará sus veces.

La enfermera cuidará de las hermanas enfermas, y las protegerá para que no caigan ni en el pecado ni en la necesidad. Se les ha de dar cuanto exigiere la enfermedad: alimentos, baños o cualquier otra cosa. Pues es bien conocido el principio que hace referencia a los enfermos: «Para los enfermos no hay ley escrita». No se les niegue la carne, a excepción del viernes, o en las principales vigilias o ayunos de las cuatro témporas o de la cuaresma. Y tanto más se esforzarán en evitar el pecado, cuanto más intenso ha de ser su pensamiento en la partida. Deberán concentrarse en el silencio –en el que se ha de insistir mucho– y en la oración, tal como está escrito(1): «Hijo mío, cuando caigas enfermo, no te descuides, reza a Dios y te hará curar. Huye del delito, lava tus manos y limpia tu corazón de todo pecado».

(1) Eclo 38, 9-10.

Es necesario, también, que haya una enfermera permanente de los enfermos, que acuda inmediatamente a sus necesidades. Y la enfermería ha de estar provista de aquellas cosas que sean necesarias para su enfermedad. Ha de estar también provista de medicamentos, según los recursos o posibilidades del monasterio. Lo que se conseguirá mejor si la que está al frente de los enfermos, no ignora la medicina. A ella corresponde también todo lo referente a las sangrías. Es necesario, asimismo, que haya alguna experta en flebotomía, a fin de que no se llame para ello a varón alguno. Hay que cuidar, también, que las enfermas no pierdan el oficio de horas y la comunión, y que puedan comulgar por lo menos el domingo, precediendo, en lo posible, la confesión y la penitencia. Atiéndase también el precepto del apóstol Santiago sobre la unción de los enfermos(1), para cuya realización –sobre todo cuando ya no hay esperanza de vida– tráiganse dos sacerdotes ancianos de entre los monjes, acompañados de un diácono, los cuales portarán el óleo consagrado; y, en presencia de todas las hermanas de la comunidad –teniendo, no obstante, de por medio una mampara– administren este sacramento. Hágase lo mismo con la comunión cuando sea necesario. En consecuencia, la enfermería ha de estar de tal forma adaptada que para realizar todo esto, los monjes puedan entrar y salir fácilmente, sin que vean a la comunidad ni ésta les vea a ellos.

Por lo menos, una vez al día, la abadesa, junto con la despensera, visitarán a la enferma como si se tratara de Cristo y proveerán a sus necesidades tanto corporales como espirituales para que merezcan oír del Señor: «Estuve enfermo y me visitasteis»(2). Cuando la enferma se acerque a su fin y haya entrado en el trance de la agonía, al momento una de las asistentas correrá a llamar a la comunidad a golpe de tabla[59],

59. Más que campana o campanilla es el golpe sordo de la tabla. Otros lo interpretan como el sonido de la llamada carraca.

(1) Sant 5, 14. (2) Mt 25, 36.

anunciando así el fin o partida de la hermana. Y toda la comunidad correrá hacia la moribunda –a cualquier hora del día o de la noche– a no ser que esté impedida por los oficios de la Iglesia. Si acaeciere esto último –pues nada debe preceder a la obra de Dios– basta con que la abadesa se acerque con algunas que haya elegido y que después le siga la comunidad. Las que llegaren al toque de la tabla, iniciarán al instante la letanía hasta que se termine la invocación completa de los Santos y Santas para seguir después con los salmos y demás preces pertenecientes a las exequias. Cuán saludable sea acercarse a los enfermos o a los muertos, lo expresa diligentemente el Eclesiastés cuando dice: «Más vale visitar la casa en duelo que la casa en fiestas, porque en eso acaba todo hombre; y el vivo, que se lo aplique». Y también: «El sabio piensa en la casa del duelo, el necio piensa en la casa en fiesta»[(1)].

El cuerpecillo de la hermana difunta sea lavado al instante por las hermanas y vístase con una mortaja humilde, pero limpia y las sandalias; póngase en el féretro con la cabeza cubierta con el velo. Todos estos vestidos se han de coser o ceñir muy apretados al cuerpo y no se han de volver a quitar. El mismo cuerpo será portado por las hermanas a la iglesia y le darán sepultura los monjes cuando pareciere oportuno. Mientras tanto, las hermanas se entregarán a la salmodia y a la oración en el oratorio. La sepultura de la abadesa tan sólo se diferenciará de las demás en un detalle: será envuelto todo su cuerpo en un solo cilicio o vestido de pelo de cabra que habrá de ser cosido todo él en forma de saco.

La encargada de la ropería se cuidará de todo lo relacionado con la ropa, incluyendo en ésta el calzado. Hará que se esquilen las ovejas y recibirá los cueros para el calzado. Cardará y recogerá el lino y la lana, cuidándose de todo el proceso de las telas. Suministrará a todas agujas, hilo y tijeras. A ella

(1) Ecl 7, 2; 4.

incumbe el cuidado de todo el dormitorio y proveerá a todas las camas. Se cuidará, asimismo, de los manteles de las mesas, de las toallas y paños con el fin de que sean remendados, cosidos o lavados. A ella, sobre todo, van dirigidas aquellas palabras(1): «Adquiere lana y lino, sus manos trabajan a gusto». «Extiende la mano hacia el uso y sostiene con la palma la rueca. Abre sus manos al necesitado y extiende el brazo al pobre. Si nieva no teme por la servidumbre, porque todos los criados llevan trajes forrados, sonríe ante el día de mañana... Vigila las andanzas de sus criados, no come su pan en balde. Sus hijos se levantan para felicitarle.» Dispondrá de todos los utensilios para sus labores y distribuirá el trabajo correspondiente a cada una de las hermanas. Tendrá a su cargo también a las novicias hasta que sean admitidas en la comunidad.

La despensera se responsabilizará de todo lo que concierne a la comida: despensa, refectorio, cocina, molino, panadería con su horno, huertos, pastos y cultivo completo de los campos. Se cuidará, asimismo, de las abejas, de los rebaños y reses, así como de las aves necesarias. A ella se ha de pedir todo, que no sea tacaña o avara, sino pronta y dispuesta a dar todo lo necesario, pues «Dios ama al que da con alegría»(2). Por eso le prohibimos terminantemente que se favorezca a sí misma más que a las demás en la dispensación de sus bienes. E igualmente le prohibimos que se prepare para ella platos especiales ni se quede para sí cosas que sustraiga o niegue a las demás. «El mejor administrador –dice San Jerónimo(3)– es aquel que no se reserva nada para sí. Judas abusó de su oficio administrador cuando tenía el dinero y se apartó del colegio apostólico»(4). También Ananías y Safira, su mujer, fueron condenados a muerte por esconder el dinero(5).

(1) Pr 31, 13. (2) 2 Cor 9, 7. (3) Sin identificar. (4) Jn 13, 29. (5) Hch 5, 1-12.

A la portera corresponde recibir a los huéspedes o a cualquiera que venga y anunciarlos o conducirlos donde convenga, así como proporcionarles todos los cuidados de la hospitalidad. Conviene que sea discreta tanto de edad como de espíritu; que sepa recibir una respuesta y darla, capaz de discernir a quiénes se ha de recibir y a quiénes no y en qué forma. Ella, de manera especial –como si fuera el vestíbulo del Señor– ha de ser el ornato de la vida religiosa de la comunidad, pues el conocimiento de ésta comienza por ella. Sea, por tanto, dulce y suave en sus palabras y formas, de manera que aparezca caritativa y razonable incluso con aquellos a quienes tuviera que rechazar. Por eso está escrito(1): «Respuesta blanda aplaca la ira, palabra hiriente atiza la cólera». Y en otra parte(2): «Una voz suave aumenta los amigos, unos labios amables aumentan los saludos».

Sea ella también –pues ve con más frecuencia a los pobres y los conoce mejor– la que los distribuya cuanto haya a disposición en alimentos y vestidos. Pero si ella y las demás oficialas necesitaren ayuda o asistencia, que la abadesa les asigne alguna suplente. Conviene que se nombren para este oficio a algunas de entre las legas o conversas, a fin de que ninguna monja falte nunca a los divinos oficios, al capítulo o refectorio.

Que la portera tenga junto a la puerta un cuartito en el que ella o la suplente esté siempre a disposición de los que vienen. Pero no deben permanecer en él ociosas. Practiquen el silencio con tanto más cuidado cuanto más fácilmente pudiera detectarse su locuacidad, incluso por los que están fuera. Su función consiste, pues, no sólo en no dejar entrar a los hombres, sino en cortar toda clase de rumores y que no pasen temerariamente a la comunidad. Se le pedirá cuenta de todos los excesos que se cometieren sobre este punto. Si oyere, en cambio, algo que, necesariamente, se ha de saber, se lo

(1) Pr 5, 1. (2) Eclo 6, 5.

comunicará en secreto a la abadesa, para que decida lo que convenga. Tan pronto como oyere tocar o llamar a la puerta, la portera preguntará a los nuevos visitantes quiénes son, qué quieren y abrirá, si es necesario, la puerta al instante, para recibirlos. Sólo dará hospedaje a las mujeres. A los varones los remitirá a los monjes. Por ninguna causa se ha de admitir dentro a ninguno, a no ser que lo mande la abadesa, previa consulta. A las mujeres, en cambio, ábraseles la puerta al instante. Y a las mujeres admitidas –o a los hombres con cualquier motivo– la portera los hará esperar en su cuartito hasta que sean atendidos por la abadesa o las hermanas, si pareciere oportuno. En el caso de mujeres pobres, cuyos pies necesitan lavarse, que la abadesa misma o las hermanas realicen este acto caritativo de hospitalidad. El mismo Señor fue llamado diácono precisamente por este servicio de humanidad. Así lo dice uno de ellos en la *Vida de los Padres*(1): «Por ti, oh hombre, el Salvador se hizo diácono; ciñéndose el delantal, lavó los pies de los discípulos, mandándoles que ellos lavaran los pies de los discípulos». Por ello, el Apóstol recuerda a la abadesa, cuando dice(2): «Si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies a los consagrados». Y el mismo Señor(3): «Fui extranjero y me recogisteis».

Todas las oficialas –excepto la cantora– se han de elegir entre las hermanas que no entienden de letras, a fin de que puedan entregarse más libremente al estudio de las mismas aquellas que puedan encontrarse más idóneas o aptas para ello.

Los ornamentos del oratorio sean los necesarios, no superfluos; limpios, más que costosos. No ha de haber nada de oro o de plata, a excepción de un cáliz de plata, o varios, si son necesarios. Ningún ornamento ha de ser de seda, a excepción de las estolas o manípulos. Tampoco haya en él imagen tallada o escultura. Solamente una cruz de madera

(1) *Vitae Patrum*, VII, 4, 8. (2) 1 Tim 5, 10. (3) Mt 25, 35.

en el altar, en la que, si quieren, pueden pintar la imagen del Salvador. Que los altares no tengan más imágenes. Que el convento se contente con dos campanas. Colóquese fuera de la entrada del oratorio un acetre con agua bendita, para que con ella se santifiquen las manos de las hermanas que entren por la mañana, o cuando salgan después de completas.

Ninguna monja puede faltar a las horas canónicas, sino que, dada la señal, dejará todas las cosas y se encaminará al oficio divino, pero sin apresurarse. Al entrar sin ser notadas en el oratorio, digan todas las que puedan(1): «Entraré en tu casa, me postraré hacia tu santuario, con toda reverencia». No haya en el coro libro alguno más que el necesario para el oficio del momento. Recítense los salmos clara y distintamente para que puedan entenderse, y la salmodia o el canto sean tan moderados que puedan mantenerlos incluso las que tengan voz delicada. No se lea ni se cante nada en la Iglesia que no esté tomado de la Escritura auténtica –sobre todo del Viejo o Nuevo Testamento–; distribúyase su lectura de tal manera, que se lea íntegra en la iglesia a lo largo del año. Las exposiciones tanto del Nuevo como del Viejo Testamento o los sermones de los doctores de la Iglesia –o de cualquier escrito edificante– recítense durante la comida o en el capítulo: la lectura de estos textos concédase a todas allí donde le necesiten. Ninguna se atreva a cantar o leer nada que no haya preparado antes. Pero si alguna se equivoca cuando lee en el oratorio, allí mismo lo corregirá, suplicando en presencia de todas y diciendo interiormente para sí misma: «Una vez más, Señor, perdona mi negligencia».

Deberán levantarse a media noche para el oficio nocturno, según el mandato profético. Por eso mismo habrán de retirarse a la cama temprano a fin de que la débil naturaleza pueda aguantar esta vigilia, y todos los asuntos del día pue-

(1) Sal 5, 7-8.

dan hacerse a viva luz, como ordenó San Benito[1]. Después del oficio volverán al dormitorio hasta que se dé la señal de laudes. Y, si todavía queda algún tiempo de noche, no se niegue el sueño a la débil naturaleza. Pues el sueño más que otra cosa recrea la naturaleza cansada, la capacita para aguantar la tarea y la vuelve sobria y despierta. Si, no obstante, algunas necesitan meditar en el Salterio o en las lecciones, deben hacerlo de tal manera que –como recuerda también San Benito[2]– no molesten a las que están descansando. Pues muy acertadamente empleó aquí la palabra meditación y no lectura, para que la lectura de algunos no altere el descanso de los demás. Y cuando dice «por los hermanos que lo necesiten», ciertamente no obliga a esta meditación. A veces, es necesaria también la instrucción en el canto, por lo que de la misma manera se ha de proveer a los que la necesitan.

Laudes: celébrese al amanecer y, si es posible, tóquese la campana al salir el sol. Terminada la hora de laudes vuélvase al dormitorio. Durante el verano, en el cual las noches son cortas y las mañanas largas, no prohibimos que se pueda dormir un poco antes de prima, hasta que les despierte la campana. De este descanso después de los laudes matutinos, nos habla San Gregorio en el capítulo II de sus *Diálogos*[3]: «Al segundo día –dice– encontramos un caso que se ha de escuchar para bien del monasterio. Cantados los himnos de la mañana, Libertino se acercó al lecho del abad y le pidió humildemente que rogara por él... Así pues, este descanso matutino no se deniegue desde Pascua hasta el equinoccio de otoño, a partir del cual la noche es más larga que el día».

Al salir del dormitorio se lavarán, tomarán a continuación los libros y se sentarán en el claustro leyendo o cantan-

(1) San Benito, *Regla*, c. 16. (2) *Ib.*, C. 8. (3) San Gregorio, *Diálogos*, II.

do hasta que suene la señal de prima. Después de prima entren a capítulo y, una vez allí, congregadas, léase el *Martirologio*, después de haber anunciado el día lunar del mes. Seguidamente habrá algunas palabras de edificación o se leerá o expondrá algún punto de la Regla. Por fin, se procederá a corregir u ordenar algo, si fuere necesario.

Pero entiéndase bien que ni un monasterio, ni una casa se han de tachar de irregulares o desordenados porque en ellas ocurran irregularidades, sino porque tales desórdenes no se corrigen solícitamente. ¿Qué lugar hay libre de falta? San Agustín tenía esto bien presente cuando instruye al clero en el siguiente pasaje(1):

«Por estricta que sea la disciplina de mi casa, pienso que soy hombre y entre hombres vivo. No me atrevo ni a pensar que mi casa sea mejor que el arca de Noé(2), donde, sin embargo, entre ocho hombres uno fue hallado réprobo. Ni tampoco que sea mejor que la casa de Abrahán, donde se dijo(3): "Echa a la criada y a su hijo". O mejor que la casa de Isaac(4): "Amé a Jacob y odié a Esaú". O mejor que la casa de Jacob(5), donde el hijo manchó el lecho de su padre. O mejor que la casa de David(6), uno de cuyos hijos se acostó con su hermana y el otro se rebeló contra la santa humildad de su padre. O incluso mejor que la convivencia del apóstol Pablo, que si hubiera vivido entre buena gente no habría dicho(7): "Dificultades por todas partes, contiendas por fuera y temores por dentro". Ni tampoco(8): "porque no tengo ningún otro amigo íntimo que se preocupe lealmente de vuestros asuntos". O mejor que la compañía del mismo Cristo en la que once buenos hombres toleraron al pérfido y ladrón Judas. Ni mejor, finalmente, que el cielo, de donde cayeron los ángeles».

(1) San Agustín, *Cartas*, 78, 8. (2) Gn 9, 22. (3) Gn 21, 10. (4) Mal 3. (5) Gn 35, 22. (6) 2 Sam 13, 1 ss.; 15, 1 ss. (7) 2 Cor 7, 15. (8) Flp 2, 20-21; Ap 22, 11.

El mismo San Agustín, cuando nos apremia a instaurar la disciplina, añade: «confieso ante Dios que desde el día que comencé a servirle, difícilmente he encontrado hombres mejores que aquellos que hicieron progresos en el monasterio, pero tampoco he encontrado peores hombres que aquellos que cayeron en el monasterio». De aquí que –según creo– se diga en el Apocalipsis: «El manchado siga manchándose; el honrado siga portándose honradamente».

En consecuencia, la corrección ha de ser tan rigurosa que si una hermana advierte algo que se ha de corregir y lo oculta, es reo de mayor castigo que la que cometió la falta. Que ninguna, pues, tarde en denunciar su propia falta o la de otra. La que se adelanta a acusar sus propias faltas –según aquello «el justo es el primero en acusarse a sí mismo»– merece un castigo más suave, si cesa su negligencia. Que nadie intente encubrir a otra, a menos que la abadesa intente sacar la verdad de algo desconocido a los demás. Nadie tampoco trate de castigar a otra por cualquier falta, a menos que se lo haya ordenado la superiora. Hallamos escrito sobre la disciplina de la corrección(1): «Hijo mío, no rechaces el castigo del Señor; no te enfades por su reprensión, porque el Señor reprende a los que ama, como un padre al hijo preferido». Y también(2): «Quien escatima la vara odia a su hijo, el que lo ama lo corrige a tiempo». «Golpea al cínico y el inexperto se hará cauto; reprende al prudente y aumentará su saber.» «Una fusta para el caballo, un aguijón para el asno y una vara para la espalda de los necios.» «Quien corrige a un hombre conseguirá mucho más de él que el de lengua aduladora». «En el momento ninguna corrección resulta agradable, sino molesta; pero después, a los que se han dejado entrenar por ella, los resarce con un fruto apacible de honradez.» «¡Qué desgracia ser padre de un hijo malcriado!, y si es

(1) Pr 3, 11-12. (2) Pr 13, 24; 19, 25; 21, 11; 26; 23; Hb 12, 1; Eclo 22, 3; 30, 1-2, 8-9.

hija, no es menor desgracia.» «El que ama a su hijo lo castiga con frecuencia, para poder alegrarse más tarde.» «Caballo no domado sale cerril, hijo tolerado sale terco. Sé blando con tu hijo y te hará temblar; sigue sus caprichos, y lo sentirás.»

Cuando se discute una decisión a tomar, cada una puede expresar su opinión. Pero cualquiera que sea la opinión de cada una, manténgase inamovible la decisión de la abadesa, pues todo depende de su personal arbitrio, aun cuando -lo que Dios no permita- pueda equivocarse y mande lo peor. Así lo expresa San Agustín en sus *Confesiones*[60]: «Quien desobedece a sus superiores en algo, peca grandemente, aun cuando elija algo mejor que lo que se le mandó». Es mucho mejor para nosotros hacer bien las cosas, que hacer el bien. Y debemos cuidarnos menos de lo que se hace que de la manera y de la intención con que se hace. Bien se hace lo que por obediencia se hace, aun cuando lo que se hace no parezca que es bueno. Hay que obedecer a los superiores en todo, a pesar de las malas consecuencias que de ello se deriven y si en ello no aparece peligro para el alma. Vea el superior de ordenar bien, pues a los súbditos les basta con obedecer bien, y con seguir la voluntad de los superiores -como han profesado- y no la suya propia. Prohibimos terminantemente que la costumbre vaya por delante de la razón. Que nunca se defienda una práctica porque es costumbre, sino porque es conforme a razón. No porque así se hace, sino porque es buena. Y se ha de aceptar con tanto más agrado cuanto mejor pareciere que es. De lo contrario, habría que preferir, como los judaizantes, la antigüedad de la ley al evangelio.

Sobre este punto, San Agustín nos da suficientes pruebas, siguiendo a San Cipriano[(1)]: «El que desprecia la verdad -dice en cierto pasaje- y presume seguir la costumbre, o es

60. Este texto no se encuentra en las *Confesiones* de San Agustín.

(1) San Agustín, *De Baptismo*, 3, 5, 6, 7.

envidioso y mal dispuesto hacia sus hermanos, a los que ha sido revelada la verdad, o es ingrato hacia Dios, de cuya inspiración se alimenta la Iglesia». Y también: «Yo soy la Verdad –dice el Señor en el Evangelio–. No dijo: "Yo soy la costumbre". Así pues, una vez manifestada la verdad, que la costumbre dé paso a la verdad». Y en otro lugar: «Hecha la revelación de la verdad, que el error ceda ante la verdad, pues el mismo Pedro, que comenzó con la circuncisión, dejó de hacerla ante la verdad predicada por Pablo».

Lo mismo encontramos en el libro IV *Sobre el Bautismo*(1): «En vano nos oponen la costumbre los que conducen por la razón, como si la costumbre fuera más fuerte que la razón, o, como si en las cosas espirituales, no tuviéramos que seguir lo que fue revelado para mejor por el Espíritu Santo. Lo cierto es que la razón y la verdad se han de anteponer a la costumbre». Gregorio VII escribe al obispo Wimundo(2): «Ciertamente –según las palabras de San Cipriano– toda costumbre por vieja que sea y por divulgada que esté, se ha de posponer a la verdad; y todo uso que sea contrario a la verdad, abolido». Con qué amor debamos abrazar la verdad, nos lo advierte el Eclesiástico en estas palabras(3): «En bien de tu alma no te avergüences de decir la verdad». Y también(4): «No contradigas a la verdad». Y(5): «El pensamiento precede a toda acción y la reflexión a toda tarea». No se tome como precedente lo hecho por muchos, sino lo que es aprobado por los sabios y los buenos. «El número de los tontos es infinito» –dice Salomón(6)–. Y de acuerdo con la afirmación de la Verdad(7): «Muchos son los llamados y pocos los escogidos». Lo raro es valioso, y lo que abunda por su cantidad disminuye de precio. A la hora de tomar consejo nadie debe tomar la mayor sino la mejor parte. Tampoco se ha de tener en cuenta la edad del hombre, sino su sabiduría.

(1) San Agustín, *De Baptismo*, 4, 5. (2) Sin confirmar. (3) Eclo 4, 24. (4) Eclo 4, 30. (5) Eclo 37, 16. (6) Ecl 1, 15. (7) Mt 22, 14.

Atiéndase no a la amistad sino a la verdad. Así lo dice el mismo poeta:

*Fas est et ab hoste doceri*

[Hay que aprender hasta del enemigo][1].

Pero cuando sea necesario el consejo no se demore, y si se han de discutir asuntos importantes convóquese a la comunidad. En asuntos de menor importancia basta que la abadesa convoque a unas pocas de mayor edad. Respecto al consejo hallamos escrito: «Por falta de gobierno se arruina un pueblo, y se salva a fuerza de consejeros». «El necio está contento con su proceder, el que escucha el consejo es sensato.» «Hijo mío, no hagas nada sin consejo, y nunca te arrepentirás después.»[2] Si, por fortuna, algo sale bien sin previo consejo, el favor de la fortuna no excusa la temeridad del hombre. Pero si, después de haber pedido consejo, los hombres yerran a veces, la autoridad que buscó tal consejo no debe considerarse como reo de presunción o temeridad. Ni se ha de culpar más al que creyó que a aquellos con quienes estuvo de acuerdo al errar.

Terminado el capítulo, entréguense las hermanas a sus tareas respectivas: al canto, lectura o trabajos manuales hasta la hora de tercia. Después de tercia se dirá la misa, para cuya celebración se habrá de designar un hebdomadario de entre los monjes sacerdotes. Si el número de monjas es grande irá acompañado de un diácono y subdiácono, para ayudarle en lo necesario o para que realicen su oficio. Sus entradas y salidas háganse de tal manera que nunca sean vistos por la comunidad de las monjas. Si fueren necesarios varios, proporciónenselos, pero hágase de tal manera que los monjes nunca dejen los divinos oficios en su monasterio por la misa de las monjas.

(1) Ovidio, *Metamorphoses*, 4, 428. (2) Pr 11, 14; 12, 15; Eclo 32, 24.

Si las monjas han de comulgar, elíjase el sacerdote más anciano, para que les dé la comunión después de la misa –una vez que hayan salido diácono y subdiácono– a fin de evitar toda ocasión de tentación. Por lo menos tres veces al año ha de comulgar la comunidad, a saber, en Pascua, Pentecostés y Navidad, tal como quedó establecido por los Padres, incluso para los seglares. Prepárense de tal manera a estas comuniones que tres días antes se acerquen a confesar sus pecados y haciendo la saludable satisfacción por ellos. Y, durante tres días, purifíquense con el ayuno a pan y agua y oración frecuente, unidos a una gran humildad y temor, aplicándose aquellas palabras terribles del Apóstol(1): «Por consiguiente, el que come el pan o bebe de la copa del Señor sin darles su valor, tendrá que responder del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber de la copa, porque el que come y bebe sin apreciar el cuerpo, se come y bebe su propia sentencia. Ésa es la razón de que haya entre vosotros muchos enfermos y achacosos y de que hayan muerto tantos. Si nos juzgáramos debidamente, no nos juzgarían».

Después de la misa vuelvan a sus labores hasta la hora de sexta y no pierdan el tiempo en la ociosidad, sino que cada una haga lo que pueda y lo que deba. Después de sexta se tendrá la comida, a no ser que sea día de ayuno en que deben esperar hasta nona, y en cuaresma hasta vísperas. Cuando la abadesa quiera que termine, diga: «Basta». Y todas se levantarán al instante para dar gracias a Dios. En el verano desde la comida hasta nona descansarán en el dormitorio; y después de nona volverán a sus labores hasta vísperas. E inmediatamente después de vísperas cenarán o beberán. Seguidamente –según la costumbre de la estación–, se irá a la colación[61]. El sábado, sin embargo, antes de la colación se

61. Lectura diaria tomada de las *Collationes* o Conferencias de Casiano. Esta lectura se hacía antes de completas. Cfr. San Benito, *Regla*, c. 42.
(1) 1 Cor 11, 27-31.

dedicarán a la limpieza de pies y manos. Para este menester colabore la abadesa con las que estuvieren de cocina durante la semana. Después de la colación, se ha de ir inmediatamente a completas, y después a dormir.

Sobre la comida y el vestido, obsérvese la sentencia apostólica, que dice(1): «Teniendo qué comer y con qué vestirnos, podemos estar contentos». Mientras haya lo necesario no se busque lo superfluo. Proporciónese lo más barato que se pueda comprar o más fácilmente obtener y adquirir sin escándalo. El Apóstol sólo prohíbe lo que es escándalo a la propia conciencia o a la de los demás en materia de alimentos, sabedor de que no es el alimento lo que es malo, sino su apetencia desmesurada(2):

«El que come de todo, que no desprecie al que se abstiene; el que se abstiene, que no juzgue al que come, pues Dios lo ha acogido[...] ¿Quién eres tú para poner falta al criado de otro?[...] El que come de todo, lo hace por el Señor, y la prueba es que da gracias a Dios; el que se abstiene, lo hace por el Señor, y también da gracias a Dios[...] Por tanto, basta ya de juzgarnos unos a otros; mejor será que adoptéis por criterio no poner obstáculo ni escandalizar a un hermano. Por Jesús el Señor sé, y estoy convencido, de que nada es impuro de por sí; algo es impuro para el que lo tiene por impuro y nada más[...] Porque, al fin y al cabo, no reina Dios por lo que uno come y bebe, sino por la honradez, la justicia, la paz y la alegría que da el Espíritu Santo[...] Todo es puro, pero está mal comer causando escándalo. Mejor es abstenerse alguna vez de carne o vino o lo que sea, si eso es obstáculo para tu hermano».

Y después de hablar del escándalo al hermano pasa a hablar del escándalo del hombre a sí mismo, cuando come contra su propia conciencia(3): «Dichoso el que examina las cosas y se forma un juicio; en cambio, el que come con dudas

(1) 1 Tim 6, 8. (2) Rom 14, 3 ss. (3) Rom 14, 5 ss.

es culpable, porque no procede por convicción, y todo lo que no procede de convicción es pecado».

Pues pecamos en todo aquello que hacemos contra nuestra propia conciencia y contra aquello que creemos. Y en aquello que realizamos –por medio de la ley que aprobamos y recibimos– nos juzgamos a nosotros mismos y nos condenamos. Es decir, si comemos aquellos alimentos que discriminamos o excluimos por medio de la ley, separándolos como inmundos. Tan importante es el testimonio de nuestra conciencia, que se convierte en nuestro máximo acusador y defensor ante Dios. Por eso nos recuerda San Juan en su primera epístola[(1)]: «Amigos míos, cuando la conciencia no nos condena, sentimos confianza para dirigirnos a Dios y, además, obtenemos cualquier cosa que le pidamos porque cumplimos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada».

Bien dijo San Pablo a este propósito[(2)]: «Nada es impuro a los ojos de Cristo, a no ser para quien lo crea impuro»; esto es, si lo cree impuro o prohibido para él. Llamamos a ciertos alimentos impuros, que según la Ley son puros, porque cuando los prohíbe a su propia gente, en cierto modo, los sigue ofreciendo públicamente a los que están fuera de la Ley. De ahí que las «mujeres comunes» sean impuras, y que las cosas del común que se ofrecen públicamente, sean baratas o menos caras. Y, por eso, el Apóstol afirma que no hay alimento común o impuro a los ojos de Cristo, porque la ley de Cristo no prohíbe nada, a no ser –como se ha dicho– para evitar el escándalo, sea para la propia conciencia o para el prójimo. De ésta se dice en otro pasaje[(3)]: «¿No soy libre?, ¿no soy apóstol?». Como si dijera: ¿Acaso no tengo yo aquella libertad que el Señor dio a los apóstoles, es decir, de comer alimentos o de aceptar limosnas de otros? Pues al enviar a sus apóstoles les dice en este pasaje[(4)]: «Comed y bebed lo que os pongan», sin distinción alguna de alimentos. En

(1) 1 Jn 3, 21-22. (2) 1 Cor 8, 13. (3) 1 Cor 9, 1. (4) Lc 10, 7.

atención a esto, el Apóstol concluye, muy atinadamente, que toda clase de alimentos –incluso los de los infieles y carnes inmoladas a las víctimas– son lícitos a los cristianos. Sólo prohíbe –como dijimos– el escándalo en los alimentos[1]:

«Todo está permitido. Sí, pero no todo aprovecha. Todo es permitido, pero no todo es constructivo. Que nadie busque su propio interés, sino el ajeno. Comed de todo lo que se vende en el matadero, sin más averiguar por escrúpulo de conciencia, porque la tierra y todo lo que contiene es del Señor. Si un pagano os invita y queréis ir, comed de todo lo que os pongan, sin más averiguar por escrúpulo de conciencia. Pero, en caso de que uno os advierta: "eso es carne sacrificada", no comáis, por motivo del que os avisa y de la conciencia, y, cuando hablo de conciencia no entiendo la propia, sino la del otro... no seáis un impedimento para judíos ni griegos ni para la comunidad».

De estas palabras del Apóstol se deduce claramente que no se nos prohíbe ningún alimento con que podamos alimentarnos sin tropiezo para la propia conciencia o la ajena. Y obramos sin tropiezo o escándalo de la propia conciencia, si estamos seguros de guardar el estilo de vida que nos permite salvarnos. Y sin ofensa a la conciencia ajena si creemos que vivimos de una manera que lleva a la salvación. Y viviremos así, si usamos de todo lo necesario que nos ofrece la naturaleza evitando el pecado; si no confiamos demasiado en nuestras propias fuerzas y nos sometemos, por profesión, a un yugo de vida a cuya sobrecarga sucumbamos, siendo la caída tanto más grave, cuanto más alta sea nuestra profesión. Previendo esta caída y este voto necio de profesión, nos dice el Eclesiastés[2]: «No dejes que tu boca te haga reo de pecado ni digas después al mensajero que fue por inadvertencia; pues Dios se irritará al oírte y hará fracasar tus empresas». A evitar este riesgo se dirige también el consejo del

(1) 1 Cor 10, 22 ss. (2) Ecl 5, 4-5.

Apóstol[1]: «Quiero que las viudas jóvenes se casen, tengan hijos, se ocupen de su casa y no den pie a las críticas de los adversarios, porque ya algunas se han descarriado siguiendo a Satanás». Teniendo en cuenta la naturaleza de la fragilidad de la edad, ofrece el remedio de una vida más libre al riesgo de emprender otra mejor. Aconseja mantenerse en un plano bajo para no precipitarse de lo alto.

Le sigue San Jerónimo cuando instruye a la virgen Eustoquio[2]: «Pero si las que son vírgenes –le dice– no se salvan por otras faltas, ¿qué será de aquellas que prostituyeron los miembros de Cristo y convirtieron el templo del Espíritu Santo en un prostíbulo? Sería preferible que se casara, que fuera un ciudadano de a pie y no cayera en lo hondo del infierno al tender a las alturas». Y, si todavía examinamos con más detención los dichos del Apóstol, no encontraremos que permitiese las segundas nupcias más que a las mujeres[3]. En cambio a los varones les exhorta a la continencia con estas palabras[4]: «¿Te llamó Dios estando circuncidado? No lo disimules. ¿Estás unido a una mujer? No trates de separarte. ¿Estás soltero? No busques mujer, aunque si te casas no haces nada malo». Por su parte, Moisés es más indulgente con los varones que con las mujeres, pues permite que un hombre tenga al mismo tiempo varias mujeres y no a una mujer varios maridos. Y castiga más severamente los adulterios de las mujeres que los de los hombres. «Una mujer –dice el Apóstol[5]– muerto el marido, está exenta de las leyes del matrimonio, y si va con otro, no es adúltera.» Y en otro pasaje[6]: «A los no casados y a las viudas les digo yo: "es bueno que estén como yo, pero si no pueden contenerse, que se casen". Mejor es casarse que quemarse». Y además[7]: «La mujer está ligada mientras vive el marido; si se muere, queda libre para casarse con el que quiera, con tal

(1) 1 Tim 5, 14-15. (2) San Jerónimo, *Cartas*, 22, 6. (3) 1 Cor 7, 18.
(4) 1 Cor 7, 27. (5) Rom 7, 3. (6) 1 Cor 7, 8-9. (7) 1 Cor 7, 39-40.

que sea cristiano. Sin embargo, será más feliz si queda como está».

No sólo concede unas segundas nupcias al sexo débil, sino que además no pone límite a su número, permitiéndoles casarse con otro hombre una vez muertos sus maridos. No fija de antemano el número de matrimonios, con tal de que eviten el reato de fornicación. Es mejor que se casen varias veces a que forniquen una sola vez y que paguen el débito de la carne a muchos antes que ver prostituida a una sola. Tal débito de la carne, sin embargo, no está totalmente libre de pecado, pues se permiten los menores para evitar pecados mayores.

¿Qué extraño, pues, que se les conceda lo que no es pecado para que no incurran en pecado, esto es, los alimentos que son necesarios y no superfluos? Pues, como hemos dicho, no hay mal en la comida, sino en el apetito, es decir, cuando se apetece lo que no está permitido y cuando se desea lo que está prohibido, que, a veces, se toma imprudentemente con lo que se genera un gran escándalo.

Y entre la multitud de alimentos de los hombres, ¿qué más peligroso y dañoso y más contrario a nuestra religión y santo reposo que el vino? Así lo entendió el más sabio de los hombres cuando nos pone en guardia contra él, diciendo[1]:

«El vino excita, el licor enajena y quien se tambalea no se hará juicioso... ¿A quién los ayes? ¿A quién los gemidos? ¿A quién las riñas?, ¿a quién los lamentos?, ¿a quién los golpes de balde?, ¿a quién los ojos turbados? Al que se alarga en el vino y va catando las bebidas. No mires el vino cuando rojea y rebrilla en la copa; se desliza suavemente, al final muerde como una culebra, pica como víbora. Tus ojos verán maravillas, tu mente imaginará absurdos; serás como quien yace en alta mar o se sienta en la punta de un mástil. Me han golpeado y no me ha dolido; me han sacudido y no lo he sentido. En cuanto despierte volveré a pedir más».

(1) Pr 20, 1.

Y en otro lugar(1): «No es de reyes, Lemuel, no es de reyes darse al vino, no es de gobernantes darse al licor, porque beben y olvidan la Ley y desatienden el derecho del desgraciado». Y en el Eclesiástico se dice(2): «Quien se da a la bebida no se hará rico; quien desprecia lo pequeño, se irá arruinando. Vino y mujeres extravían a hombres inteligentes, el que anda con prostitutas se vuelve descarado». También Isaías pasa por alto los demás alimentos y menciona solamente el vino, como única razón de la esclavitud de su pueblo(3): «¡Ay de los que madrugan en busca de licores, y hasta el crepúsculo les enciende el vino! ¡Todo con cítaras y arpas, panderetas y flautas y vino en sus banquetes y no atienden a la actividad de Dios ni se fijan en la obra de su mano! ¡Ay de los valientes para beber vino y aguerridos para mezclar licores!» Después extiende su lamentación desde el pueblo a los sacerdotes y profetas, diciendo(4): «También éstos se tambalean por el vino, y dan traspiés por el licor, sacerdotes y profetas se tambalean por el licor; se tambalean al mirar, titubean en la sentencia, porque todas las mesas están llenas de vómitos y no queda espacio libre. ¿A quién viene a adoctrinar, a quién viene a enseñar la lección?». El Señor dice por Joel(5): «Despertad, borrachos, y llorad; gemid, bebedores, que os quitan el licor de la boca». Pero no prohíbe beber vino cuando es necesario como aconseja el Apóstol a Timoteo: «Toma un poco de vino, por el estómago y tus frecuentes indisposiciones». No sólo por los dolores, sino por los frecuentes dolores.

Noé fue el primero en plantar una viña(6), desconociendo quizá el mal de la embriaguez, y estando borracho desnudó sus muslos, pues la torpeza de la lujuria va unida al vino. Al verse objeto de risa por su hijo, le devolvió una maldición y le infligió una sentencia de esclavitud, algo que no habíamos

(1) Pr 31, 4. (2) Eclo 19, 1-2. (3) Is 5, 11-12. (4) Is 28, 7-9. (5) Jl 1, 5; 1 Tim 5, 23. (6) Gn 9, 2; 19, 33-34.

visto nunca. Al santo varón Lot no le pudieron arrastrar sus hijas al incesto sino por medio de la embriaguez. Y la santa viuda creyó que Holofernes no podría ser burlado ni vencido sino por medio de este ardid[1]. Leemos también que los ángeles visitaban a los antiguos patriarcas y eran recibidos como sus huéspedes, tomaban carne, no vino[2]. Y de Elías –nuestro máximo y primer abanderado– sabemos que, cuando se retiró al desierto, los cuervos le llevaban mañana y tarde pan y carne, pero no vino[3]. También el pueblo israelita, acostumbrado a alimentos exquisitos en el desierto, como las codornices, nunca bebió vino, ni leemos que le apeteciese[4]. Y entre las comidas aquellas de pan y peces que alimentaban al pueblo en la soledad, nunca se hace referencia al vino. Solamente las bodas[5] –que hacen cierta concesión a la incontinencia del vino, en el que hay lujuria– tuvieron un milagro. En cambio, la soledad –que es la morada propia de las monjes– conoció el beneficio de la carne más que del vino. La religión de los nazareos, cuyo punto más importante es la consagración total a Dios, sólo prohibía el vino y las bebidas alcohólicas[6]. ¿Pues qué bien o qué fortaleza queda en los borrachos? De aquí que a los antiguos sacerdotes se les prohibiera el vino y cuanto pudiera llevar a la embriaguez. El mismo San Jerónimo, escribiendo a Nepociano sobre la vida del clero, se indigna al ver que los sacerdotes de la Antigua Ley se abstenían de todo lo que pudiera emborrachar, superando así a nuestros sacerdotes en este particular[7].

«Nunca huelas a vino –dice– para que no se diga de ti aquello del filósofo: "Esto no es ofrecer un beso, sino dar una copa".» El mismo Apóstol condena a los sacerdotes dados al vino y la Antigua Ley se lo prohíbe: «Los que sirven al altar no beban vino ni licores[8]. Por "sidra" –licor– en he-

(1) Jr 12-13. (2) Gn 18, 1 ss. (3) 1 Re 17, 1 ss. (4) Mt 15, 32 ss. (5) Jn 2, 1 ss. (6) Nm 6, 3. (7) San Jerónimo, *Cartas*, 52, 11. (8) Lv 10, 9.

breo se entiende toda bebida que puede embriagar, sea que se produzca por fermentación, bien del jugo de la manzana, bien por la cocción de miel y de hierbas en forma de bebida suave, o cuando se exprimen los dátiles para extraer licor, o cuando el agua es hervida con granos y queda enriquecida. Lo mismo que el vino has de evitar todo lo que embriaga y perturba la mente»[62].

Según la Regla de San Pacomio[63] nadie tendrá acceso al vino y a los licores, excepto en la enfermería. ¿Quién de vosotras no ha oído que el vino no es para los monjes y que fue tan aborrecido por los monjes de otro tiempo y que –en su vehemente disuasión del mismo– lo identificaron con el mismo Satanás? Así leemos en las *Vidas de los Padres*[(1)]: «Algunos contaron al abad Pastor que cierto monje no bebía vino, y les dijo: "Es que el vino no es para los monjes"». Y después de una pausa: «En cierta ocasión se celebró una misa en el Monte del abad Antonio, donde se encontró una cántara de vino. Uno de los ancianos tomó un vaso pequeño y se lo llevó al abad Siso. Éste bebió un trago; por segunda vez aceptó y bebió otro. Por tercera vez se le ofreció la copa, pero no la aceptó, diciendo: "Para, hermano, ¿o no sabes que es Satanás?"».

Se cuenta también otra anécdota del abad Siso[(2)]: «Le preguntó entonces su discípulo Abrahán: "Si esto sucede en sábado o en domingo, en la iglesia y bebiere tres copas, ¿no es demasiado?" Le contestó el anciano: "Si no fuera Satanás, no sería demasiado"».

No se olvidaba de esto San Benito cuando permitió el vino a los monjes por especial dispensa[(3)]: «Aunque leamos que el

62. Estos mismos textos se encuentran en la carta 6 de Eloísa a Abelardo, p. 163.
63. *San Pacomio* (286-346). Fue el primer organizador de la vida eremítica de Egipto. Para el texto latino véase P.L. 23, 69.
(1) *Vitae Patrum*, V, 4, 31. (2) *Ib.*, V, 37. (3) San Benito, *Regla*, c. 40.

vino no es para los monjes –dice– en nuestro tiempo no es posible persuadirles de esto». ¿Deberemos, entonces, extrañarnos de que, si el vino se prohíbe severamente a los monjes, San Jerónimo lo prohíba terminantemente a las mujeres de naturaleza más débil, y, sin embargo, más fuertes en lo que se refiere al vino? Emplea duras palabras cuando instruye a la virgen de Cristo Eustoquio sobre la manera de mantenerse virgen[64]: «Si puedo darte un consejo –le dice–, si se puede confiar en quien tiene experiencia, esto es lo primero que te aconsejo y recomiendo: que la esposa de Cristo rechace el vino como el veneno. Éstas son las primeras armas de los demonios contra la adolescencia. Ni la avaricia la agita, ni le hincha la soberbia, ni le seduce la ambición de la misma manera que el vino. Carecemos fácilmente de otros vicios, pero este enemigo lo llevamos dentro. Dondequiera que vayamos, llevamos el enemigo con nosotros. El vino y la juventud son los dos fuegos de la lujuria. ¿Por qué, entonces, echar aceite al fuego? ¿Y por qué echar más leña a un cuerpo que arde?».

Consta, sin embargo, por los testimonios de los que escriben sobre física, que el vino tiene mucho menos poder sobre las mujeres que sobre los hombres. Macrobio Teodosio nos da una razón de ello en el libro IV de su *Saturnalia:* «Según Aristóteles –dice– las mujeres se embriagan tres veces, con más frecuencia los ancianos. La mujer tiene un cuerpo sumamente húmedo, como se puede ver por la suavidad y brillo de su piel y, sobre todo, por las purgaciones que limpian su cuerpo de humores superfluos. Por eso mismo, cuando el vino bebido cae en tan gran cantidad de humor, pierde su fuerza, no daña el centro del cerebro, pues su vigor se ha desvanecido».

Y además: «El cuerpo de la mujer se purifica por medio de muchos flujos o purgaciones, y está dotado de varios orifi-

64. San Jerónimo, *Cartas* 22,8. El texto siguiente de Macrobio –*Saturnalia* VII, 6.16-17– lo cita Eloísa en la carta 6, p. 159.

cios que hacen de canales de salida y otras vías que permiten la salida al exterior del humor. Por estos orificios se evapora inmediatamente el vaho del vino».

¿Por qué razón, entonces, se ha de conceder lo que se niega al sexo más débil? ¿Qué clase de locura es concederles esto a los que puede hacer más daño y negárselo a las otras? ¿Puede haber algo más necio que la religión no abomine aquello que es lo más contrario a la misma y que más hace apostatar de Dios? ¿Y puede haber algo más vergonzoso que lo que está prohibido a los reyes y sacerdotes de la Antigua Ley no lo evite la abstinencia de la perfección cristiana y que incluso se deleite con ello? ¿Quién no sabe que hoy los intereses y la preocupación del clero –y de los monjes en particular– giran en torno a las bodegas al ver cómo las llenan de diversas variedades de vino, y cómo los preparan con hierbas, miel y especias? ¿Y, al ver cómo se embriagan tanto más fácilmente, cuanto más agradable es el vino, y tanto más se incitan a la lujuria cuanto más empapados están en vino? ¿Quién no ve en esto, más que un error, una locura, pues los más obligados a la continencia por su profesión menos se preparan a guardar su voto, haciendo todo lo posible para que no se pueda guardar? Sus cuerpos, ciertamente, están retenidos en los claustros, pero sus corazones están llenos de lujuria y su alma arde en la fornicación. El Apóstol en su carta a Timoteo[1]: «Deja de beber agua sola, toma un poco de vino, por el estómago y tus frecuentes indisposiciones». Si a Timoteo por enfermedad se le concede un poco de vino, hay que suponer que estando sano no tomará nada.

Si profesamos la vida apostólica y, en concreto, prometemos una forma de vida penitente y nos proponemos huir del mundo, ¿por qué nos gozamos sobre todo con aquello que más se opone a nuestro propósito, y es más deleitable que todos los alimentos juntos? Un escritor tan sagaz como San

(1) 1 Tim 5, 23.

Ambrosio, cuando describe la penitencia, no acusa en la dieta de los penitentes otra cosa que el vino(1): «¿Puede alguno pensar –dice– que hay penitencia donde existe la ambición de las dignidades, donde se derrama el vino, y donde abunda el uso de la cópula conyugal? Hay que renunciar al siglo. He encontrado más fácilmente a los que conservaron la inocencia que a los que hicieron justa penitencia». Y en su libro *Sobre la huida del mundo,* dice(2): «Harás bien si huyes, si tu ojo se aparta de las copas y de las jarras, a fin de que no se haga lujurioso deteniéndose en el vino». De todos los alimentos, el único que recuerda en este libro es el vino. Y nos asegura que, si huimos de él, huiremos también del siglo, como si todos los deleites y placeres dependieran de uno solo. No dice si la gula renuncia a su gusto, sino si el ojo renuncia a su vista, para que no sea atrapado en la lujuria y el deleite por lo que uno ve con frecuencia. De aquí las palabras de Salomón que ya recordamos(3): «No mires el vino cuando rojea y rebrilla en la copa». ¿Y qué decir cuando embelesados por su sabor y color lo preparamos con miel, hierbas y diversas especias para después beberlo también en jarras?

San Benito se vio obligado a permitir el vino(4): «Concedamos al menos esto –dice–: no bebamos hasta la saciedad, sino con moderación, pues el vino hace perder sus estribos a los más sabios. ¡Ojalá que todo terminara en beber hasta su saciedad, y no fuéramos arrastrados a mayores excesos de pecados!». También San Agustín, al ordenar los monasterios de clérigos y escribir su regla, les dice[65]: «Sólo los sábados y domingos, como es la costumbre, beban vino los que quieran». Y lo dice tanto por reverencia al día del Señor y su vigilia, el sábado, como, porque, entonces, los hermanos disper-

65. La obra *Ordo Monasterii* o Regla del siglo v se atribuye a San Agustín, si bien su paternidad es dudosa.

(1) San Ambrosio, *De Paenitentia,* 2, 10. (2) Sin identificar. (3) Ecl 19, 2. (4) San Benito, *Regla,* c. 40.

sos entre las celdas se congregaban. Lo mismo recuerda San Jerónimo cuando escribe desde un lugar que llamó *Las Celdas*[(1)]: «Cada uno permanece en su celda. El sábado y domingo se juntan en la iglesia, y se ven como si volvieran del cielo». Era, pues, lógica esta indulgencia, a fin de que los que se veían juntos, se alegraran con un pequeño recreo. Y también para que sintieran más que dijeran aquello: «Qué bueno y hermoso vivir juntos los hermanos»[(2)].

Se piensa que hacemos algo grande absteniéndonos de carne, aunque comamos otros alimentos superfluos. Y si preparamos platos de pescados carísimos y los mezclamos con distintos sabores de pimienta y especias; o, cuando estamos ya cargados de vino, añadimos copas de aromado licor y jarros de vino con canela, todo queda excusado por la abstinencia de carne ordinaria, con tal de que no lo pregonemos a los cuatro vientos. ¡Como si el mal consistiera más en la calidad que en el despilfarro! Cuando en realidad lo que nos prohíbe el Señor es la crápula y borrachera[(3)], es decir, el exceso de comida y bebida más que la calidad.

San Agustín tiene muy en cuenta esto y, no temiendo en los alimentos más que al vino, y sin hacer diferencia alguna en la calidad de los alimentos, resume muy brevemente lo que, a su juicio, era la abstinencia suficiente[(4)]: «Domad vuestra carne –dice– con ayunos, y con la abstinencia de pescados y bebidas en cuanto lo permita vuestra salud». Si mal no recuerdo, había leído aquel pasaje que San Atanasio dirigió a los monjes: «No se fije la medida de los ayunos a los que quieran ayunar y que lo prolonguen lo que puedan, pero sin forzarlos. Se exceptúan los domingos, que siempre están libres»[66]. Como si dijera: Si los ayunos se hacen por voto, cúmplanse en todo tiempo, excepto en los domingos. Aquí

66. Parece espuria esta obra atribuida a San Agustín.

(1) P.L. 23, 444. (2) Sal 133.1. (3) Lc 21, 34. (4) San Agustín, *Cartas*, 211, 8.

no se fija ningún ayuno sino en cuanto lo permita la salud. Pues alguien ha dicho: «Sólo tiene en cuenta la capacidad de la naturaleza y es ella la que permite imponerse su propio límite, sabedora como es de que no hay fallo ninguno cuando se observa la moderación en todo»(1). Y para que no nos relajemos más de lo que conviene en nuestros placeres, como está escrito del pueblo alimentado con flor de harina y con el vino más puro: «Comió hasta saciarse, engordó mi cariño, y tiró coces»(2); ni tampoco sucumbamos muertos de hambre y completamente vencidos, ni perdamos nuestro galardón por murmuradores, ni nos gloriemos de nuestra singularidad. Es lo que prevé el Eclesiastés cuando dice(3): «No exageres tu honradez ni apures tu sabiduría: ¿Para qué matarse? No exageres tu maldad, no seas necio: ¿para qué morir malogrado?». Es decir, no te hinches admirando tu propia singularidad.

Que la discreción –madre de todas las virtudes– presida todo celo y vea con solicitud qué cargas impone a cada cual. Es decir: a cada uno según su capacidad y siguiendo la naturaleza más que tirando de ella y quitando no el uso de lo suficiente, sino el abuso del exceso a fin de que se extirpen los vicios sin que se dañe la naturaleza. Basta con que los débiles eviten el pecado, aunque no lleguen a la cumbre de la perfección. Y baste también con quedarse en un rincón del paraíso, si no puedes sentarte junto a los mártires. Es seguro prometer con moderación a fin de que la gracia pueda añadir más a lo que debemos. Por eso está escrito(4): «Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "No somos más que unos pobres criados", hemos hecho todo lo que teníamos que hacer». «La Ley –dice el Apóstol(5)– no trae más que reprobación; en cambio, donde no hay Ley no hay violación posible.» Y también: «En ausencia de Ley, el pecado está

(1) Autor desconocido. (2) Dt 32, 15. (3) Ecl 7, 17-18. (4) Lc 17, 10. (5) Rom 4, 15; 7, 8 ss.

muerto, mientras yo antes, cuando no había Ley, estaba vivo. Pero al llegar el mandamiento recobró vida el pecado y morí yo: me encontré con que el mismo mandamiento destinado a dar vida daba muerte, porque el pecado, tomando pie del mandamiento, me engañó y, con el mandamiento, me mató».

San Agustín escribe a Simpliciano(1): «El deseo se hizo más dulce por estar prohibido y por eso me sedujo». Repite lo mismo en su libro de las *Cuestiones*, c. LXVI(2): «La atracción del deleite hacia el pecado es más vehemente cuando hay una prohibición».

*Nitimur in vetitum semper cupidimusque negata*

[Nos inclinamos a lo prohibido y deseamos lo que se nos niega](3).

Que se lo piense y tiemble quien quiera uncirse al yugo de cualquier regla, como si se tratara de obedecer a una nueva ley. Que elija lo que pueda y tema lo que no pueda. Nadie es culpable de transgredir una ley a menos que acepte su autoridad. Delibera antes de comprometerte y, una vez comprometido, cúmplelo. Lo que antes era voluntario, después se torna obligatorio. «En la casa de mi Padre –dice la Verdad(4)– hay muchas moradas.» De la misma manera hay también muchos caminos para llegar allí. No se condenan los cónyuges, pero se salvan más fácilmente los continentes. Los Santos Padres no nos entregaron las reglas para salvarnos, sino para que nos salvemos más fácilmente y podamos entregarnos a Dios con más pureza. «Y si la soltera se casa, no hace nada malo». Es verdad que en lo humano pasarán ésos sus apuros, pero yo os repeto(5). Y también:

«La mujer sin marido y la joven soltera se preocupan de los asuntos del Señor, para dedicarse a Él en cuerpo y alma.

(1) San Agustín, *Ad Simplicianum.* (2) San Agustín, *Quaestiones* c.66. (3) Ovidio, *Amores*, III, 4, 17. (4) Jn 14, 2. (5) 1 Cor 7, 28; 34-35.

La casada, en cambio, se preocupa de los asuntos del mundo, buscando complacer al marido. Os digo estas cosas para vuestro bien personal, no para echaros el lazo. Miro al decoro y a una adhesión al Señor ininterrumpida».

La manera de hacer más fácilmente esto es cuando nos apartamos corporalmente del mundo y nos recluimos a los claustros del monasterio a fin de que no nos perturbe el tumulto del siglo. Vea, pues, no sólo el que acepta la ley, sino también el que la impone, de no multiplicar las transgresiones, multiplicando los preceptos. La Palabra de Dios al descender a la tierra abrevió la palabra. Moisés habló mucho, y, sin embargo, como dice el Apóstol[1]: «la ley no llevó nada a la perfección». Impuso muchas cosas y tan pesadas que, como dice el apóstol San Pedro[2], nadie pudo soportar su precepto: «¿Por qué provocáis a Dios ahora imponiendo a esos discípulos una carga que ni nosotros, ni nuestros padres hemos tenido fuerzas para soportar? No; creemos que nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús y ellos lo mismo».

Cristo, en cambio, instruyó con breves palabras a sus apóstoles acerca de la conducta moral y de la santidad de vida y de la perfección. Quitando lo austero y lo gravoso, ordenó lo suave y lo liviano en lo que resumió el compendio de la religión. «Venid a Mí –dice[3]– todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de Mí, que soy sencillo y humilde: encontraréis vuestro respiro, pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Con frecuencia en las buenas obras actuamos como en los negocios del mundo. Muchos son los que en un negocio trabajan más y se lucran menos. Y exteriormente muchos se afligen más y aprovechan menos interiormente ante Dios, que mira más la intención que la obra. Los hay también que,

(1) Hb 7, 19. (2) Hch 16, 10-11. (3) Mt 11, 28-29.

cuanto más se entregan a las obras externas, menos pueden dedicarse a las interiores, y cuanto más brillan entre los hombres –que juzgan por las apariencias– más gloria adquieren ante ellos, y más fácilmente quedan seducidos por la vanagloria. El Apóstol se enfrenta a este error, cuando disminuye el valor de las obras y exalta la justificación por la fe. «Porque, si Abrahán –dice[1]– fue rehabilitado por sus obras, tiene de qué estar orgulloso. Sí, pero no hubo tales; a ver ¿qué dice la Escritura? Abrahán se fió de Dios y eso le valió la rehabilitación.» Y en otro pasaje: «¿Qué se concluye? Que los paganos que no tenían por meta una rehabilitación, consiguieron una rehabilitación, la rehabilitación por la fe. Israel, en cambio, que tenía por meta una ley rehabilitadora, no llegó a la Ley. ¿Qué pasó?, que al no apoyarse en la fe, sino, como ellos sostienen, en las obras, tropezaron con el obstáculo de esa piedra».

Ellos limpian la parte externa de la escudilla y del plato y apenas si se cuidan de la limpieza interior; y atendiendo más a la carne que al espíritu, son más carnales que espirituales.

Pero nosotros, que deseamos que Cristo habite por la fe en el hombre interior, en poco tenemos las cosas exteriores, que son comunes tanto a los réprobos como a los elegidos, para atender a lo que está escrito[2]: «Te debo, Dios mío, los votos que hice, los cumpliré con acción de gracias». En consecuencia, no seguimos la abstinencia exterior de la ley, que sabemos de cierto no confiere la justicia. Como tampoco el Señor nos prohíbe alimento alguno, a no ser la crápula y la embriaguez, esto es, el exceso. Él mismo no se avergüenza de mostrar lo que nos concedió a nosotros, aunque muchos se escandalizaran y le increparan. Éstas son sus palabras[3]: «Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dijeron que tenía un demonio dentro. Viene este hombre, que come y bebe, y dicen: "vaya un comilón y un borracho, amigo de re-

(1) Rom 4, 2; 9, 30-32. (2) Sal 56, 12. (3) Lc 21, 34.

caudadores y descreídos"». Excusó también a sus discípulos por no ayunar como los de Juan, y por no preocuparse de la limpieza corporal de lavarse las manos. «¿Pueden estar de luto los amigos del novio –dice[1]– mientras dura la boda? Llegará un día en que se lleven al novio y entonces llorarán.» Y en otro pasaje[2]: «No mancha al hombre lo que entra por la boca; lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre. Porque lo que sale de la boca viene del corazón y eso sí mancha al hombre; comer sin lavarse las manos, no».

Ningún alimento, pues, mancha el alma sino la apetencia del alimento prohibido. Así como el cuerpo no se mancha más que con inmundicias corporales, de la misma manera el alma no se mancha más que con lo espiritual. No hay que temer lo que se haga en el cuerpo si no se arrastra al alma a consentir. Ni hay que confiar en la limpieza de la carne, si la mente se corrompe por la voluntad. Del corazón depende, pues, toda la muerte y la vida del alma. Lo dice Salomón en los Proverbios[3]: «Por encima de todo guarda tu corazón, porque de él brota la vida». Y según las palabras de la Verdad ya citadas «del corazón sale todo lo que mancha al hombre; porque el alma se condena o se salva por los buenos o malos deseos». Y puesto que cuerpo y alma están íntimamente unidos en una sola persona, hay que cuidar muchísimo de que la atracción de la carne no arrastre al alma al consentimiento, no sea que mientras se cede demasiado a la carne, ella se hace lasciva, se resiste al espíritu y comienza a dominar cuando debería ser dominada. Podemos, no obstante, atajar esto, si nos permitimos todo lo necesario, pero cortamos de raíz todo exceso –como hemos dicho– y no negamos al sexo débil ninguna clase de alimentos, pero le negamos el abuso de los mismos. Permítase tomar toda clase de alimentos, pero inmoderadamente de ninguno. «Porque –dice el Apóstol[4]–

(1) Mt 11, 18. (2) Mt 9, 15; 15, 11, 18, 20. (3) Pr 4, 23. (4) 1 Tim 4, 4-6.

todo lo que Dios ha criado es bueno, no hay que desechar nada, basta tomarlo con agradecimiento, pues la palabra de Dios y nuestra oración lo consagran. Si propones estas cosas a los hermanos, servirán bien al Mesías Jesús, alimentándose con los principios de la fe y de la buena enseñanza que has seguido siempre.»

Sigamos, pues, con Timoteo la doctrina del Apóstol y, según las palabras del Señor, no evitemos en los alimentos más que la crápula y la borrachera, y de tal manera ajustemos todas las cosas que con todos los alimentos nutramos la débil naturaleza y no fomentemos los vicios. Y todo aquello que por su exceso nos puede perjudicar más, se ha de moderar más severamente. Pues es mejor y más laudable comer con moderación que abstenerse del todo. Así lo dice San Agustín en su libro del *Bien conyugal* cuando habla de los bienes corporales[1]: «Nadie hace buen uso de ellos si no sabe abstenerse de los mismos. Pues muchos prefieren abstenerse de usarlos, a ser moderados y a usarlos bien». El mismo San Pablo habla de esta costumbre cuando dice[2]: «Sé vivir con estrechez y sé tener abundancia. Pasar necesidad es propio de cualquier hombre, pero saber abundar es propio de hombres grandes. Cualquier hombre puede comenzar a abundar, pero saber abundar no es más que de aquellos a quienes la abundancia no corrompe».

Por lo que respecta al vino que –como ya hemos dicho– es algo sensual y peleón –y, por lo mismo tan contrario a la continencia como al silencio– las mujeres pueden hacer una de estas dos cosas. O se abstienen completamente de él por Dios –como las mujeres de los gentiles se abstienen de él por miedo a los adulterios– o lo mezclan con agua, para que sea favorable a la sed y a la salud y carezca de fuerza para dañar. Y creemos que se puede hacer, si la cuarta parte al menos de la mezcla es de agua. Pues es muy difícil cuando tene-

(1) San Agustín, *De Bono coniugali.* (2) Flp 4, 12.

mos el vino delante asegurarnos de no beber –como ordenó San Benito[1]– hasta la saciedad. Y por eso pensamos que es más seguro no prohibir la saciedad y correr el riesgo de quebrantar una regla, pues no es la saciedad –como hemos dicho ya muchas veces– lo que es pecado, sino el exceso. No se han de prohibir, pues, los vinos mezclados con hierbas con fines médicos. Tómese, incluso, el vino puro. Pero la comunidad en general nunca los beba, sino que se han de beber separadamente por los enfermos.

Prohibimos absolutamente la flor de harina de trigo. Si hay trigo, mézclese siempre con él una tercera parte al menos de grano más basto. No coman pan recién salido del horno, sino aquel que lleva cocido por lo menos un día. La abadesa –como ya dijimos– procure los demás alimentos de tal manera que lo más barato –o lo que más fácilmente se pueda conseguir– baste para cubrir las necesidades del sexo débil. Pues, ¿qué cosa más necia que comprar géneros fuera cuando nos bastamos con los nuestros? ¿Y que cuando tenemos en casa lo necesario busquemos fuera lo superfluo? ¿O ir a buscar lo superfluo cuando tenemos a mano lo necesario?

Instruidos de esta moderación necesaria, no tanto por el ejemplo humano como por el angélico e incluso por el del mismo Señor, sepamos hacer frente a las necesidades de esta vida, no tanto buscando la calidad de los alimentos sino contentándonos más bien con lo que tenemos a mano. Pues los ángeles se alimentaron con las carnes que les preparó Abrahán. Y el Señor Jesús alimentó a la muchedumbre hambrienta con los pescados encontrados en el desierto [2]. De todo lo cual debemos deducir que no se puede despreciar comida alguna, sea de carne sea de pescado. Y que se ha de tomar sobre todo aquél que carezca de ofensa de pecado, que esté a mano, que se pueda preparar más fácilmente y que sea menos costoso.

(1) San Benito, *Regla*, c. 40. (2) Gn 18, 9; Mc 8, 8.

Por eso Séneca –ejemplar máximo de la pobreza y continencia y el mayor filósofo y maestro de las costumbres– dice[1]: «Nuestro propósito es vivir conforme a la naturaleza. Ahora bien, va contra la naturaleza que el hombre atormente su cuerpo, que odie la limpieza sencilla y busque la inmundicia, que coma no sólo alimentos vulgares, sino desagradables y repugnantes. Así como es propio de la gula desear cosas delicadas, de la misma manera es de locos el huir las cosas naturales y que se pueden conseguir sin grandes gastos. La filosofía exige frugalidad, no castigo. Y una vida frugal no tiene por qué ser desaforada. Éste es el estilo de vida que a mí me gusta».

El mismo San Gregorio en el capítulo XXX de sus *Morales*[2], cuando nos enseña que, a la hora de valorar las costumbres de los hombres, se debe atender no tanto a la calidad de los alimentos, cuanto a la de las almas, distingue entre las tentaciones de la gula y dice: «Unas veces busca alimentos más exquisitos, otras desea platos más diligentemente preparados. A veces desea cosas vulgares, pero su pecado es incluso mayor por su inmenso apetito».

El pueblo sacado de Egipto se tumbó en el desierto, porque despreciando el maná, apeteció platos de carne, que juzgó más exquisitos. Y Esaú perdió la gloria de la primogenitura por desear ávidamente un alimento vulgar, es decir, las lentejas, demostrando con qué apetito las deseó prefiriéndolas a la primogenitura vendida. No es el alimento, sino su apetencia, o ansia, lo que es falta. Pues, a menudo, tomamos sin pecado algunos alimentos más delicados y tomamos otros vulgares con conciencia culpable. Tal es el caso de Esaú –del que acabamos de hablar– que perdió la primogenitura por un plato de lentejas y el de Elías que mantuvo en el desierto el vigor del cuerpo comiendo carne[3]. Y así ve-

(1) Séneca, *Cartas a Lucilio*, 5.4. (2) San Gregorio, *Moralia*, c. 30.
(3) Gn 35; 1 Re 17, 4.

mos cómo nuestro viejo enemigo, sabiendo que no es la comida sino el deseo de ella, lo que es la causa de condenación, sometió al primer hombre no por la carne sino por una manzana, y al segundo no lo tentó con carne sino con pan[1]. De aquí que a menudo se comete el mismo pecado de Adán incluso cuando se comen alimentos despreciables y viles. Así pues, se ha de tomar lo que pide la necesidad de la naturaleza y no lo que sugiere la apetencia de comer. Apetece con menos deseo lo que vemos que cuesta menos, lo que más abunda y es menos costoso. Por ejemplo, la carne ordinaria que da más fuerza a la naturaleza enferma, que cuesta menos y es más fácil de preparar que el pescado.

El uso de la carne y el vino –lo mismo que el matrimonio– está considerado entre el bien y el mal, es decir, es indiferente, si bien el uso de la cópula carnal no esté exento totalmente de pecado y el vino sea más peligroso que el resto de los alimentos. Y, si tomado con moderación no es contrario a la religión, ¿por qué, entonces, hemos de temer a los demás alimentos tomados con medida? Si San Benito confiesa que el vino no es para los monjes, y, no obstante, se ve obligado a concedérselo por una dispensa especial a los monjes de su tiempo, cuando ya había comenzado a enfriarse el fervor de la primera caridad cristiana, ¿qué nos impide conceder otras cosas a las mujeres que todavía no están obligadas por voto alguno? Si a los mismos pontífices y a los rectores de la Santa Iglesia, y si, finalmente, a los monasterios de clérigos se les permite alimentarse de carne sin culpa alguna, porque no están obligados por ningún voto, ¿quién tendrá como falta conceder a las mujeres el que coman carne, sobre todo si en las demás cosas llevan una vida más austera? «Basta con que el discípulo sea como su maestro»[2]. Y parece una gran severidad que lo que se concede a los monasterios de clérigos, se prohíba a los conventos de monjas.

(1) Gn 2; Mt 4, 14. (2) Mt 10, 24.

Ni se ha de considerar tampoco como de poca monta, el que las mujeres, sujetas a otras restricciones monásticas, sean inferiores a los fieles seglares en esta concesión de la carne, sobre todo teniendo en cuenta aquellas palabras del Crisóstomo(1) de «que nada está permitido a los seglares que no lo esté a los monjes, a excepción de acostarse con mujer». Y San Jerónimo, que juzgaba la vida de los clérigos no inferior a la de los monjes, dice(2): «Como si lo que se dice contra los monjes no redunde sobre los clérigos, que son los padres de los monjes». ¿Pues quién no ignora que es contrario a la prudencia imponer las mismas cargas a los débiles que a los fuertes? ¿Imponer la misma severa abstinencia a las mujeres que a los hombres? Y si alguien, saltando por encima de la naturaleza, busca razones, consulte sobre este tema a San Gregorio. Este tan gran rector y doctor de la Iglesia ofrece poderosos argumentos a los demás doctores en el capítulo XXIV de su *Pastoral*(3). Recuerda ahí que «se ha de tratar a los varones de manera distinta que a las mujeres: a ellos se les han de imponer cargas pesadas, a ellas, livianas. Que ellos estén ocupados en grandes cosas, mientras que ellas han de convertirse con cargas más suaves. Pues lo que es pequeño para los fuertes, se considera grande para los débiles». Y aunque el permiso para comer carne común tiene menos aliciente que comer carne de aves o de peces, San Benito no nos prohíbe ninguna de ellas. El mismo Apóstol, cuando distingue entre las diversas especies de carnes, dice(4): «Todas las carnes no son lo mismo: una cosa es la carne del hombre, otra la del ganado, otra la carne de las aves y otra la de los peces». Ahora bien, la Ley destina al sacrificio del Señor la carne de reses y de aves, pero no la de los peces, para que nadie crea que la comida de

(1) San Juan Crisóstomo, *Homilía VII a la Epístola a los Hebreos.* (2) San Jerónimo, *Cartas,* 53. (3) San Gregorio, *Pastoral,* c. 24. (4) San Benito, *Regla* c. 39; I Cor 15, 39.

pescado es más pura que la de carne a los ojos de Dios. El pescado, en efecto, es más difícil de conseguir a los pobres por ser más caro, pues la oferta de pescado es menor que la de carne y menos confortante para una naturaleza débil. De lo que se deduce que, por un lado, cuesta más, y por otro, ayuda menos.

Por todo ello, nosotros –como ya dijimos– considerando las posibilidades y la naturaleza de los hombres, no prohibimos nada en materia de comida, a no ser los excesos. Por ello, regulamos la comida de carne y otras cosas de tal manera que las monjas, a quienes se les permite todo, puedan mostrarse más austeras que los monjes a quienes les son prohibidas algunas. Así pues, es nuestro deseo que se regule la comida de carne de tal manera que las hermanas no coman carne más que una vez al día; que para la misma persona no se preparen distintos platos; que tampoco se añadan salsas, y que de ninguna manera se coma carne más que tres veces en semana, a saber, el primer día, tercero y quinto, aunque entre ellos se interponga alguna fiesta. Cuanto más solemne sea la festividad con mayor devoción y abstinencia se ha de celebrar. A ello nos exhorta calurosamente el egregio doctor San Gregorio Nacianceno en el Libro III *Sobre las Luces* o *Segunda Epifanía,* donde dice: «Celebremos los días festivos no cediendo al vientre, sino exultantes en el espíritu». Y en el Libro IV de *Pentecostés y el Espíritu Santo*[1]: «Éste es nuestro día de fiesta. Almacenemos en los tesoros del alma algo perenne y verdadero, no lo que pasa y se descompone. Le basta al cuerpo su propio mal; no necesita de materia más preciosa, ni la bestia insolente tiene necesidad de alimentos que la hagan más insolente y violenta en sus exigencias». Por lo mismo, se ha de celebrar espiritualmente el día de fiesta, a la que hace referencia San Jerónimo, su discípulo, en cierto pasaje de una carta suya sobre la aceptación

(1) San Gregorio Nac. (P. G. 36, 358 y 430.)

de los regalos[1]: «Debemos cuidar especialmente de celebrar el día festivo, no tanto con la abundancia de alimentos cuanto con la exaltación del espíritu. Pues no deja de ser absurdo querer honrar con hartazgos a un mártir de quien sabemos que agradó a Dios con sus ayunos». Dice San Agustín en su tratado *Sobre la medicina de la penitencia:* «Piensa en los miles de mártires. ¿Por qué nos deleita celebrar su nacimiento con vulgares banquetes y no seguimos el ejemplo de sus vidas con una vida honesta?»[2].

Cuando no coman carne se les permiten dos platos de verduras, a los que no prohibimos añadir pescado. Pero no se pongan condimentos costosos a los alimentos de la comunidad. Conténtense más bien las hermanas, con los productos que se dan en el país. No se coma fruta más que en la cena. Como medicina -para aquellas que la necesiten- no se prohíbe poner a la mesa algunas hierbas, raíces, frutas o algo semejante. Si se sentara a la mesa alguna monja peregrina en calidad de huésped, hágasele sentir la cortesía de la caridad, dándole un plato extra. Si quiere compartirlo con las demás podrá hacerlo. Ella y las demás huéspedes se sentarán en la mesa principal y les servirá la abadesa, que comerá después con las que sirven a la mesa. Si alguna hermana quiere domar su carne con una dieta más severa, de ninguna manera lo intente hacer por sí misma, a no ser por obediencia. Y de ninguna manera tampoco se le niegue, si lo hace no por ligereza sino por virtud y si su fortaleza se lo permite. A nadie se le permite salir del convento por esta razón ni pasar un solo día sin alimento.

Los viernes nunca se usará manteca para condimentar las comidas. Conténtense con la comida cuaresmal, compartiendo con la abstinencia el sufrimiento del esposo en ese día. No sólo se ha de prohibir sino rechazar tajantemente

(1) San Jerónimo, *Cartas*, 31. (2) San Agustín, *De Medicina Paenitentiae.*

una práctica común a muchos monasterios cual es limpiar y sacudir las manos y los cuchillos sobre el pan que sobre y que se reserva a los pobres, de forma que, ahorrándose los manteles, manchan el pan de los pobres y, sobre todo, de aquel que dijo: «Lo que hicisteis a uno de esos mis hermanos más humildes, lo hicisteis conmigo»[1].

Por lo que respecta a la abstinencia en los ayunos, básteles la norma general de la Iglesia. Tampoco queremos gravarles en este punto por encima de los fieles seglares. Desde el equinoccio de otoño hasta la Pascua –a causa de la brevedad de los días– creemos que es suficiente una sola comida. Y porque la razón de esto no es la abstinencia religiosa sino la brevedad de los días, no hacemos distinción entre las clases de alimentos.

Los vestidos lujosos que la Escritura condena sin contemplación, evítense totalmente. El Señor nos invita a rechazarlos y condena la soberbia del rico que se condenó por ellos, recomendando, por el contrario, la humildad de Juan. Así lo advierte San Gregorio en la Homilía IV *Sobre los Evangelios*[2]: «¿Qué significa sino decir "los que se visten lujosamente están en los palacios de los reyes"[3], más que declarar abiertamente que no militan en el reino celestial sino terreno; que se niegan a aguantar las cosas difíciles por Dios y que, entregados solamente a llamar la atención, lo único que buscan es la molicie y el placer de esta vida?».

Y en la Homilía XI[4]: «Algunos creen que no es pecado el culto a los vestidos finos y costosos. Pero si no fuera pecado, la palabra de Dios no hubiera dicho tan claramente que el hombre rico atormentado en el infierno, iba vestido de lino y púrpura. Pues nadie busca vestidos especiales si no es por motivo de vanagloria, es decir, para aparecer más digno de estima que los demás. La vanagloria es la sola razón de los

(1) Mt 25, 40. (2) San Gregorio, *Homilías*, IV *sobre el Evangelio*. (3) Mt 11, 18. (4) San Gregorio, *Homilías*, XI.

vestidos caros. Los hechos demuestran que nadie quiere llevar vestidos raros allí donde no puede ser visto por los demás».

Contra esto mismo advierte la primera carta de Pedro a las mujeres casadas que viven en el mundo: «Respecto a las mujeres: sean sumisas a los propios maridos, de este modo, si hay algunos rebeldes a la palabra, la conducta de sus mujeres podrá ganarlos sin palabras, al ser testigos del escrupuloso recato de vuestras conductas. Lo propio vuestro no sea el adorno exterior del peinado y aderezos de oro ni la variedad en el vestir, sino la personalidad escondida dentro, con el adorno inalterable de un carácter suave y sereno. Eso sí que vale a los ojos de Dios»[(1)].

Y con mucha razón pensó que debía poner en guardia a las mujeres más que a los hombres contra este tipo de vanidad. Su débil mente les lleva a buscar hasta la extravagancia –en y por medio de los vestidos– la expresión de la lujuria. Y si a las mujeres del mundo se les prohíben tales cosas, ¿qué medidas no convendrá tomar por parte de las consagradas a Cristo? Su moda en el vestido consiste en no tener ninguna, y quien desea la moda o no la rechaza, si se le ofrece, pierde la prueba de su castidad. Quien la practica hágase a la idea de que no se prepara para la religión sino a la fornicación y considérese no una monja sino una meretriz. Para ella, además, la moda misma se convierte en el anuncio de un rufián, que traiciona su alma incestuosa, como está escrito[(2)]: «La manera de vestir, de reír, de caminar manifiestan el carácter de un hombre».

Leemos que el Señor –como ya dijimos– recomendó la vileza y alabó la aspereza de los vestidos de Juan, más que su comida. «¿Qué salisteis a ver? –dice[(3)]–. ¿Un hombre vestido con elegancia? Los que visten con elegancia, ahí los tenéis, en la corte de los reyes». A veces, el uso de alimentos delicados

(1) 1 Pe 3, 1-4. (2) Eclo 19, 30. (3) Mt 11, 18.

tiene alguna justificación, el de los vestidos ninguna. Pues los vestidos cuanto más valiosos son, más cuesta guardarlos y menos aprovechan: suponen una carga mayor al que los compra, se destrozan más fácilmente por su misma finura y menos calor dan al cuerpo. Los vestidos negros son los más aptos para expresar el lúgubre hábito de la penitencia. Y algunas pieles, como las de cordero, son las más propias de las esposas de Cristo. De esta manera podrá aparecer que visten –o que se les aconseja que vistan– la lana del Cordero, el esposo de las vírgenes.

Sus velos no sean de seda, sino de algún paño teñido. Y queremos que haya dos clases de velos: uno el de las vírgenes que ya hayan sido consagradas, y el otro para las que no lo serán. El velo de las primeras llevarán marcada la señal de la cruz, a fin de que las que lo lleven puedan mostrar que pertenecen particularmente a Cristo en la integridad de su cuerpo. Y, así como en su consagración quedan separadas de todo lo demás, se habrán de distinguir también por esta marca, que actuará como detente para cualquiera de los fieles y reprima el fuego de la concupiscencia hacia ellas. Este signo de la pureza virginal lo llevará la virgen en la parte de la cabeza, señalado con una trenza blanca. No intente llevarlo antes de que sea consagrado por el obispo. Ningún otro velo llevará esta señal.

Llevarán la ropa interior limpia y ceñida a la piel del cuerpo, y dormirán siempre envueltas en ella. Tampoco negamos a su débil naturaleza la blandura del colchón y de las sábanas. Pero cada una de ellas debe dormir y comer sola. Que nadie se indigne si los vestidos y otras pertenencias que una hermana les pasó, se concedan a otra que los necesite más. Más bien alégrense de tener el fruto de la limosna en la necesidad de la hermana o de verse viviendo para las demás y no para sí misma. En caso contrario, no comparte la fraternidad de la santa sociedad y no está libre del sacrilegio de tener algo como propio.

A nuestro juicio basta para cubrir el cuerpo con la camisa, el abrigo de lana, la toga y cuando haga mucho frío, el mantón. Y este mantón podría hacer de cobertor cuando estén en la cama. Para prevenir la infección de la polilla y poder hacer su limpieza, todos estos vestidos habrán de ser dobles, como dice literalmente Salomón de la mujer fuerte y previsora[1]: «Si nieva no teme por la servidumbre, porque todos los criados llevan trajes forrados». La largura de estos vestidos sea moderada de tal manera que no sobrepase la orla del calzado, para no levantar polvo. Asimismo las mangas no exceden la largura de brazos y manos. Las piernas y pies defiéndalos con zapatos y medias. Nunca caminen con los pies desnudos por motivos religiosos. En su cama basta con un colchón, una almohada, sábana y colcha. Cubran la cabeza con una banda blanca y un velo negro encima, y supliendo el corte del cabello, llévese un gorro de piel de cordero, si se necesita.

Se ha de evitar el exceso, no sólo en la comida y en el vestido, sino también en los edificios y posesiones. En los edificios aparece claramente, si se construyen con más amplitud y más lujo de los necesarios, o si los adornamos con estatuas y pinturas de manera que no edifiquemos habitación para pobres sino que levantemos palacios de reyes. «El Hijo del Hombre –dice San Jerónimo[2]– no tiene donde reclinar su cabeza, ¿y tú construyes amplios porches e ingentes espacios cubiertos?» Cuando nos deleitamos con hermosas y caras decoraciones, no sólo queda patente el exceso, sino también la vanidad del orgullo. Cuando multiplicamos los rebaños de ovejas y las posesiones de tierras, nos vemos tan obligados a pensar en ellas que dejamos de contemplar las celestiales. Y aunque estamos recluidos con el cuerpo en el claustro, el alma se ve obligada a amar y a seguir lo que está fuera, y se desparrama con las cosas que están aquí y allí. De tal forma

(1) Pr 31, 21. (2) Mt 8, 20; San Jerónimo, *Cartas*, 14. A Helidoro.

que cuantas más son las cosas que pueden perderse, con mayor miedo nos atormentan, y cuanto más valiosas son, más se aman y más atan nuestra miserable alma ambicionándolas.

Se ha de procurar, por tanto, fijar un determinado límite a nuestra vivienda y a su decoración, para no desear más que lo que sea necesario, no recibir donativos o mantener los que hemos aceptado. Lo que supera lo necesario lo poseemos con rapiña. Y somos reos de la muerte de todos aquellos pobres a los que podríamos haber ayudado con las sobras. Todos los años, pues, una vez recogida la cosecha, se ha de hacer la suficiente provisión para el año, y, si algo sobrare, no sólo hay que darlo a los pobres sino más bien devolvérselo.

Hay quienes, faltos de previsión y teniendo pocas entradas, se alegran de tener una familia numerosa. Acuciados por la necesidad de mantenerla se lanzan a mendigar desvergonzadamente o sacan de forma violenta a otros lo que ellos no tienen. Así vemos que algunos padres abades de los monasterios son como éstos: se enorgullecen de su numerosa comunidad, tratan de tener no tanto buenos como muchos hijos y se consideran grandes a sus ojos, si son tenidos mayores que muchos. Y para atraerlos bajo su mando –en vez de predicarles dureza y austeridad– les prometen una vida suave y les reciben indiscriminadamente sin previo examen y prueba, perdiéndolos fácilmente como desertores o apóstatas. A estos tales increpaba, según creo, la Verdad, cuando decía[1]: «¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas que recorréis mar y tierra para ganar un prosélito y, cuando lo conseguís lo hacéis digno del fuego el doble que vosotros!». Se vanagloriarían menos de su número si buscaran más la salvación de las almas que de los cuerpos; y presumirían menos de su fuerza a la hora de dar cuenta de su gobierno.

(1) Mt 23, 15.

El Señor eligió sólo a unos pocos apóstoles, y uno de los elegidos se alejó tanto que el Señor dijo de él(1): «¿No elegí yo doce y uno de vosotros es el diablo?». Y así como Judas se perdió para los apóstoles, de la misma manera se perdió Nicolás para los diáconos. Y después, cuando los apóstoles lograron reunir nada más que unos pocos, Ananías y Safira, su mujer, merecieron la sentencia de muerte(2). Y, en realidad, habiéndose alejado antes muchos de los discípulos del Señor, sólo quedaron con él unos pocos. Pues el camino que conduce a la vida es estrecho, y son pocos los que entran en él. Por el contrario, el que lleva a la muerte es ancho y espacioso, y son muchos los que lo siguen voluntariamente. Lo atestigua el Señor en otro lugar: «Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos»(3). Y según Salomón(4): «El número de los necios es incontable». Tema, pues, el que se alegra del número de súbditos, no sea que entre ellos –según las palabras del Señor– se encuentren pocos elegidos. Y, tratando de multiplicar desmesuradamente su rebaño, se entregue menos a su cuidado, de forma que, con toda razón, se le pueda aplicar aquello del profeta(5): «Aumentaste su número, pero no su alegría». Tales hombres se glorian del número de sujetos, salen y vuelven al mundo arrastrados por sus necesidades y las de los suyos. Y obligados a mendigar se ven envueltos por las cosas temporales más que por las espirituales, ganándose para sí más la infamia o deshonor que la gloria.

Y esto es más vergonzoso todavía en el caso de las mujeres, ya que para ellas parece menos seguro andar por el mundo. Quien, pues, quiera vivir tranquila y honestamente y entregarse al servicio divino y ser grato tanto a Dios como al mundo, tema reunir a aquellos que no podrá atender o cuidar. No confíe en la bolsa ajena al pensar en sus

(1) Jn 6, 21. (2) Hch 6, 5; 5, 1 ss. (3) Mt 7, 13; 23, 14. (4) Ecl 1, 15. (5) Is 9, 3.

gastos, y cuide más en dar limosnas que en pedirlas. El Apóstol –aquel gran predicador del evangelio y con potestad para aceptar donativos para sus gastos– trabajaba con las manos para no gravar a nadie ni echar a perder su gloria(1). Nosotros, que nos no dedicamos a predicar, sino a llorar nuestros pecados, ¿con qué temeridad y desvergüenza podemos salir a mendigar? ¿Cómo sustentaremos a los que hemos unido a nosotros tan inconsideradamente? Y, a veces, caemos en tal locura de que sin saber predicarnos a nosotros mismos contratamos a predicadores. Rodeados de falsos apóstoles, llevamos cruces y filacterias de reliquias hasta el punto de venderlas lo mismo que la palabra de Dios a los simples e ignorantes cristianos, prometiéndoles todo lo que creemos que nos puede hacerles sacar dinero. Pienso que ya a nadie se le oculta cómo por esta codicia descarada –que busca sus intereses, no los de Jesucristo– ha quedado envilecida nuestra orden y la misma palabra de Dios.

En consecuencia, los mismos abades o quienes se creen tener autoridad en los monasterios –influyendo en los poderosos y en las cortes mundanas– hace tiempo que aprendieron a ser más carnales que cenobitas. Y, comprando el favor de los hombres con cualquier arte, se acostumbraron a hablar con ellos más que con Dios, leyendo en vano y olvidando, oyendo y no escuchando la advertencia de San Antonio, cuando dice(2): «Así como los peces sacados a la arena se mueren, de la misma manera los monjes entretenidos fuera de la celda, o conviviendo con hombres del siglo, rompen su voto de soledad. Es necesario, pues, que, como el pez corre al mar, vayamos nosotros a la celda, no sea que permaneciendo fuera nos olvidemos de cuidar lo que llevamos dentro». El mismo autor de la regla monástica, esto es, San Benito, tiene muy en cuenta esto cuando enseña con su

(1) 1 Cor 9, 14-15. (2) *Vitae Patrum*, V, 2.1.

ejemplo y sus escritos que quería ver a los abades entregados a los monasterios, en constante cuidado de su grey. Pues, teniendo que dejar a los hermanos para visitar a su santa hermana, y queriendo ésta que se quedase para su edificación al menos por una noche, él le contestó tajantemente que le era imposible permanecer fuera de la celda. No dijo «no podemos», sino «no puedo»(1), porque los hermanos podían hacerlo con su permiso, pero él no, a no ser por revelación del Señor, como después sucedió. Y por eso cuando escribió la regla no hizo mención de la salida del abad del monasterio, sino de los hermanos. De tal manera aseguró la presencia del abad en el monasterio que el evangelio de los domingos y fiestas y lo que sigue, manda que sea leído únicamente por el abad[67]. Establece, asimismo, que esté siempre preparada la mesa del abad con los peregrinos y huéspedes y que, cuando no haya huéspedes con él, invite a los hermanos que quiera, dejando a uno o dos de los más ancianos con la comunidad. Con ello insinúa claramente que nunca durante el tiempo de la comida debe faltar el abad del monasterio, ni dejar el pan ordinario del monasterio a sus súbditos, como quien está acostumbrado a los platos refinados de los príncipes. De éstos dice la Verdad(2): «Lían fardos pesados y los cargan en las espaldas de los demás, mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo». Y en otro lugar sobre los falsos predicadores: «Cuidado con los profetas falsos, esos que se os acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces». Vienen –dice la Verdad– de sí mismos, no enviados por Dios, sin esperar a que se les nombre. San Juan Bautista, el primero de nosotros los monjes, que accedió al sacerdocio por herencia, se retiró una sola vez al desierto desde la ciudad, dejando su sacerdocio por el monacato y las ciudades por el desierto. Y el pueblo salía a verle, pero él no iba al pueblo. Y,

67. Las letanías menores y la colecta.
(1) San Benito, *Regla*, c. 56. (2) Mt 23, 4; 7, 15.

siendo tan grande que se le creía ser el Cristo y capaz de corregir muchas cosas en las ciudades, había alcanzado ya aquel lecho desde el que podía responder a la llamada del Amado: «Me despojé de mi túnica, ¿cómo volveré a ponérmela? Lavé mis pies, ¿cómo podría volver a manchármelos?»(1).

Quien, pues, desea aprender el secreto de la vida monástica, deberá alegrarse de tener un lecho pequeño más que grande. «Aquella noche –dice la Verdad(2)– estarán dos en una cama, a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán.» Leemos, en cambio, que el lecho pequeño o estrecho es el de la esposa, esto es, del alma contemplativa, más estrechamente unida a Cristo y adherida a Él con el máximo deseo. Nadie que haya entrado en Él ha sido abandonado, según leemos. Y la esposa dice de Él(3): «Estando de noche en la cama busqué al que ama mi alma». Rehúsa o teme levantarse del lecho, pero responde –como dijimos ya– a la llamada del Amado. Cree que la suciedad, con la que temió manchar los pies, no existe más que fuera del lecho.

Salió Dina para ver las mujeres extranjeras y fue violada(4). Y como dijo su abad a aquel monje cautivo llamado Malco –y lo pudo experimentar él después– oveja que se aparta del redil, pronto está expuesta a los mordiscos del lobo. No congreguemos, pues, a la multitud, buscando en ella una excusa para salir o incluso una razón apremiante para hacer el caldo gordo a otros con detrimento nuestro. Nos pasaría como el plomo que se derrite para que se conserve la plata en el crisol. Temamos, no sea que el horno de las tentaciones consuma al mismo tiempo el plomo y la plata. Ellos replican: la Verdad dice: «Todos los que el Padre me entrega se acercarán a Mí, y al que se acerca a Mí no lo echo fuera»(5). Tampoco nosotros queremos echar a los ya recibidos, sino estar atentos a los que se hayan de recibir, no sea

(1) Cant 5, 3. (2) Lc 17, 34. (3) Cant 3, 1. (4) Gn 34, 1. (5) Jn 6, 37.

que mientras los recibimos dentro nos veamos nosotros despedidos por ellos. Del mismo Señor leemos que no echó a nadie fuera una vez recibido, sino que rechazó a algunos que se ofrecían a sí mismos. A un hombre que le dijo: «Maestro, te seguiré donde quiera que vayas», Él contestó: «Las zorras tienen sus madrigueras...»(1).

Nos advierte también que meditemos antes lo que nos va a costar hacer una cosa. «Si uno de vosotros –dice(2)– quiere construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? Para evitar que, si echa los cimientos y no puede acabarla, los mirones se pongan a burlarse de él a coro, diciendo: "Éste empezó a construir y no ha sido capaz de acabar".» Ya es bastante que un hombre sea capaz de salvarse a sí mismo y no sea peligroso para él tener que cuidar de muchos, si no es capaz siquiera de sí mismo. Pues nadie se preocupa de vigilar si no ha sido cauto a la hora de recibir. Y nadie persevera en la obra comenzada más que el que medita y tarda en decidirse a comenzar. Esto se ha de aplicar particularmente a las mujeres, pues su débil naturaleza les impide soportar pesos duros y están más necesitadas de reposo.

Es sabido que la Sagrada Escritura es el espejo del alma. Su lectura es vida y su comprensión progreso, ya que, por medio de ella conoce la belleza de sus costumbres o advierte su deformidad. Y así se mueve a aumentar la primera y a desechar la segunda. Recordándonos este espejo nos dice San Gregorio en el libro segundo de sus *Morales*(3): «La Sagrada Escritura se pone como espejo frente a los ojos del alma, para que veamos en ella nuestra cara interna». Allí, pues, conocemos nuestras deformidades y vemos nuestra hermosura. Advertimos nuestro progreso y lo alejados que nos encontramos de la perfección. Quien mira a una Escritura que no entiende es como el ciego que tiene el espejo ante los ojos

(1) Mt 8, 19, 20. (2) Lc 14, 28, 30. (3) San Gregorio, *Moralia*, II.

en el cual no puede conocer cómo es. Tampoco busca la enseñanza en la Escritura, para la que está únicamente hecha. Como asno ante la lira, así se sienta ocioso ante la Escritura o como quien teniendo delante el pan se queda en ayunas. Pues no penetrando por sí mismo el sentido de la palabra de Dios, ni teniendo a otro que se lo explique, no le sirve de nada el pan que tiene delante. De aquí que el Apóstol nos exhorte al estudio de las Escrituras, diciendo(1): «Todas las antiguas Escrituras se escribieron para enseñanza nuestra, de modo que, entre nuestra constancia y el consuelo que nos dan, mantengamos la esperanza». Y en otra parte: «Llenaos de Espíritu, expresaos entre vosotros con salmos, himnos y cantos inspirados, cantando y tocando con toda el alma para el Señor».

Se habla a sí mismo o consigo quien entiende lo que dice, o quien saca fruto de la comprensión de sus palabras. Lo mismo dice a Timoteo(2): «Mientras llego, preocúpate de la lectura pública, de animar y enseñar». Y en otro pasaje: «Tú mantén lo que aprendiste y te convenció. Recuerda quiénes te lo enseñaron y también que desde niño conoces la Sagrada Escritura. Ella puede instruirte acerca de la salvación por la fe en el Mesías Jesús. Todo escrito inspirado por Dios sirve además para enseñar, reprender, corregir, educar en la rectitud; así el hombre de Dios será competente, perfectamente equipado para cualquier tarea buena».

Lo mismo aconseja a los corintios para la comprensión de la Escritura, de manera que puedan explicar lo que otros dicen de ella(3): «Esmeraos en el amor mutuo; ambicionad también las manifestaciones del Espíritu, sobre todo el hablar inspirados. Mirad, el que habla en lenguas extrañas no habla a los hombres sino a Dios, ya que nadie le entiende; llevado del Espíritu dice cosas misteriosas. En cambio el que

(1) Rom 15, 4; Ef 5, 18-19. (2) 1 Tim 4, 13; 2 Tim 3, 14, 17. (3) 1 Cor 14, 1 ss. y 13-20.

habla inspirado habla a los hombres, construyendo, exhortando y animando... Yo quiero rezar llevado del Espíritu, pero rezar también con la inteligencia; quiero cantar llevado del Espíritu, pero cantar también con la inteligencia. Supongamos que pronuncias la bendición llevado del Espíritu; ése que ocupa un puesto de simpatizante, ¿cómo va a responder "amén" a tu acción de gracias si no sabe lo que dices? Tu acción de gracias estará muy bien, pero al otro no le ayuda. Gracias a Dios hablo en esas lenguas más que todos vosotros, pero en la asamblea prefiero pronunciar media docena de palabras inteligibles, para instruir también a los demás, antes que diez mil en una lengua extraña. Hermanos, no tengáis actitud de niños; sed niños para lo malo, pero vuestra actitud sea de hombres hechos».

Hablar «con la lengua» o «con inspiración» significa únicamente pronunciar las palabras con los labios, pero sin aportar ninguna comprensión a su exposición. Pero profetiza e interpreta el que, como los profetas –llamados videntes, esto es, inteligentes– entiende lo que dice, para poder exponerlo. Aquél ora o canta con inspiración que sólo pronuncia las palabras con el soplo de su voz, pero sin aplicarles la comprensión de su mente. Oramos inspirados, en cambio, cuando emitimos tan sólo sonidos y palabras sin que éstas sean concebidas en el corazón; nuestra mente no obtiene el fruto que debe tener a fin de que la comprensión de las palabras se mueva y se inflame en el amor de Dios. Por eso el Apóstol nos apremia a buscar la perfección en las palabras a fin de que, como los niños, no sólo podamos pronunciarlas, sino también comprender su sentido. De lo contrario, nos dice, oraremos y cantaremos infructuosamente.

Le sigue San Benito, quien dice[1]: «Que a la hora de cantar nuestra mente esté de acuerdo con nuestra voz». Esto mismo nos manda el salmista: «Cantad himnos con sabidu-

(1) San Benito, *Regla*, c. 19.

ría»(1), a fin de que al sonido de las palabras no le falte el sabor y el condimento de la inteligencia y con él podamos decir a Dios en verdad(2): «Cuán dulces tus palabras para mis labios». Y en otro pasaje: «No se deleite en la flauta del hombre». La flauta emite sonidos para deleite de los sentidos, no para la comprensión de la mente. Y por eso, cuando se dice que los hombres tocan bien la flauta no quiere decir con ello que agraden a Dios, pues se deleitan en la melodía de su canto sin que pasen a entender nada. ¿Y cómo se podrá responder «amén» –se pregunta el Apóstol– después de la acción de gracias en la asamblea si no se entiende lo que se ora, sin saber si lo que se ora es bueno o malo?

Vemos así cómo en la iglesia muchos campesinos analfabetos piden por error cosas que más les perjudican que benefician. Así, por ejemplo, en aquellas palabras «a fin de que podamos pasar a través de las cosas temporales sin perder las eternas», muchos se confunden fácilmente por la semejanza del sonido que les lleva a decir «que perdamos las cosas eternas» o «que no admitamos las cosas eternas»[68]. El Apóstol es bien consciente de este peligro cuando dice(3): «Supongamos que pronuncias la bendición llevado del Espíritu (es decir, que pronuncias las palabras de acción de gracias sin ilustrar de significado la mente del que las escucha), ¿quién suplirá el puesto del pueblo llano?». Esto es, ¿quién de los asistentes, cuyo deber es responder, estará seguro de no dar una respuesta que un hombre sencillo no puede ni debe dar? ¿Cómo dirá «amén» cuando no sabe si le estás invitando a bendecir o a maldecir? Finalmente los que no comprenden la Escritura, ¿cómo serán capaces de instruirse mutuamente por la palabra, o incluso exponer o entender la Regla o corregir los textos o citas falsos?

68. Doble lectura de un texto: *amittere* = perder y *admitere* = admitir.
(1) Sal 47, 4. (2) Sal 99, 103; 147, 10. (3) 1 Cor 10.

No salimos de nuestro asombro, según esto, al ver cómo el enemigo se las ha arreglado para que en los monasterios no exista ningún estudio encaminado a comprender la Escritura. Sólo hay una enseñanza del canto o de la pronunciación de las palabras, no de su comprensión, como si el balido de las ovejas tuviera más utilidad que sus pastos. La inteligencia divina de la Escritura es alimento para el alma y su refección espiritual. Así lo vemos en Ezequiel(1), a quien destina el Señor a predicar y a quien alimenta, primero con el volumen, que inmediatamente se hizo en su boca dulce miel. De este mismo alimento está escrito en Jeremías(2): «Los hijos pidieron pan y no hubo nadie que se lo partiera». Parte el pan a los pequeñuelos quien descubre el sentido de la letra a la gente sencilla. Y estos pequeños piden que se les parta el pan cuando ansían saciar su alma con la inteligencia de la Escritura, como lo confirma el Señor en otro pasaje(3): «Enviará hambre al país: no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor».

Por otro lado, el viejo enemigo introdujo en los claustros de los monasterios el hambre y la sed de oír las palabras de los hombres y los rumores del siglo. De esta manera, entregados a vanas habladurías, nos aburriremos tanto más de la palabra de Dios, cuanto más insípida se nos haga su dulzura sin el condimento de la inteligencia. Así lo comprendió el salmista, como recordamos arriba(4): «Qué dulces tus palabras en mi boca, más suaves que la miel en mis labios». Para decirnos a continuación en qué consiste dicha dulzura: «porque comprendí tus preceptos». Esto es, recibí la inteligencia de los mandatos de Dios, no de los de los hombres. Como si dijera: fue educado e instruido por ellos. Ni se olvidó tampoco de señalar la utilidad de esta inteligencia, pues añade(5): «Por eso odio toda senda de maldad». Tan mani-

(1) Ez 3, 1-3. (2) Jr. *Lamentaciones*, 4, 4. (3) Am 8, 11. (4) Sal 99, 103. (5) Sal 99, 11.

fiestos son los caminos de la iniquidad que fácilmente terminan por ser odiados y despreciados de todos... Pero sólo por la palabra de Dios podemos conocerlos para así poderlos evitar. Por eso, está escrito también: «Guardo tus palabras en mi corazón, para no pecar contra ti». Quedan atesoradas en el corazón –más que resuenan en los labios– cuando nuestra meditación retiene su significado. Y cuanto menos estudiamos su significado, menos conocemos estos caminos de iniquidad y menos los evitamos, y menos todavía hacemos para evitar el pecado.

Esta negligencia es tanto más reprensible en los monjes que aspiran a la perfección, cuanto más fácil les es su enseñanza, sea porque tienen abundancia de libros sea porque gozan del ocio de la quietud. A estos monjes que se glorían de sus muchos libros –pero que no encuentran tiempo para leerlos– les increpa duramente el anciano aquel de la *Vida de los Padres*(1): «Los profetas escribieron libros –les dice– y nuestros padres vinieron después, y trabajando mucho sobre ellos, descubrieron muchas cosas. Después vinieron sus sucesores que los aprendieron de memoria. Pero llegó la generación actual que los ha copiado en papel y pergamino, colocándolos ociosos en los anaqueles». Lo mismo dice el abad Paladio, apremiándonos a aprenderlos y enseñarlos: «Es necesario que el alma entregada a hacer la voluntad de Cristo aprenda fielmente lo que no sabe o enseñe abiertamente lo que conoce». Y, si se niega a hacer ambas cosas, pudiendo hacerlo, es que padece de locura. Pues el aburrimiento de la enseñanza es el inicio del alejamiento de Dios. Y cuando no se apetece aquello que el alma ansía, ¿cómo va a amar a Dios? Por eso el mismo San Atanasio en su *Exhortación a los monjes* de tal manera recomienda la afición a aprender y leer que por ella les invite incluso a interrumpir la oración. «Recorreré –dice– el curso de nuestra vida. Lo

(1) *Vitae Patrum* V, 10. 114.

primero de todo es el cuidado de la abstinencia, la paciencia en el ayuno, la perseverancia en la oración y el deseo de leer o –si todavía queda alguno que no sepa leer– de escuchar con ganas de aprender. Éstos son como los primeros juguetes de los niños de cuna, en el conocimiento de Dios». Y poco después de haber afirmado: «Hay que perseverar en la oración de tal manera que apenas si quede tiempo para otra cosa», añade: «a ser posible, sólo sea interrumpida por la lectura».

Ni el mismo apóstol San Pedro hubiera dado otro consejo: «Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra fe y esperanza a todos los que os la pidan»[1]. Y el Apóstol dice[2]: «Pedimos a Dios que os dé pleno conocimiento de su designio con todo el saber e inteligencia que procura el Espíritu». Y en otro pasaje: «El mensaje de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza. También el Antiguo Testamento impone un cuidado semejante a los hombres por la palabra divina». Así dice David[3]: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados..., sino que su tarea es la ley del Señor». Y Dios habla a Josué[4]: «Que el libro de esa Ley no se te caiga de los labios; medítalo día y noche».

Además, en estas ocupaciones, se deslizan los malos pensamientos y, a pesar de que la costumbre puede mantener el ánimo dirigido a Dios, la codicia le hace ir tras las cosas del mundo. Y si el que está entregado a la vida religiosa tiene que sufrir esto de forma frecuente y molesta, se habrá de pensar que el ocioso nunca se verá libre de ello. El mismo papa San Gregorio en el libro XIX de sus *Morales* dice: «Lamentamos haber entrado ya en unos tiempos en que vemos a ciertos hombres dentro de la Iglesia que o no quieren poner por obra lo que saben, o desprecian conocer la misma palabra divina. Apartando su oído de la verdad lo vuelven a las fábulas, mientras "todos buscan sus intereses no los de

(1) 1 Pe 3, 15. (2) Col 1, 9; 3, 16. (3) Sal 1, 1. (4) Jos 1, 8.

Jesucristo"[1]. Las Escrituras de Dios se encuentran en todas partes y están ante los ojos de los hombres, pero los hombres no se dignan conocerlas. Casi ninguno quiere saber lo que cree».

Muchos son los ejemplos, sin embargo, que les exhortan a ello, tanto de la regla de su profesión como de los Santos Padres. Aunque San Benito nada dice respecto a la enseñanza y estudio del canto, a pesar de hablar detalladamente de la lectura[2], del tiempo dedicado a ella y al trabajo manual. Y tanto insiste en la enseñanza del dictado o escritura que entre las cosas que los monjes deben esperar de su abad, no olvida señalar las tablillas y el punzón. Entre otras cosas manda que, al principio de la cuaresma, tomen todos y cada uno de los códices de la biblioteca y los lean uno tras otro desde el principio hasta el fin. ¿Y qué más ridículo –digo yo– que entregarse a la lectura y no molestarse por comprenderla? Bien conocido es aquel proverbio del Sabio[69]: «Leer sin entender es leer equivocadamente». A este tipo de lector hay que aplicarle lo del asno y la lira[3]. El lector que tiene un libro está como el asno ante la lira, pues no es capaz de emplear el libro para lo que fue escrito. Lectores como éste sería más provechoso que se concentraran en lo que podría ser de más provecho para ellos, en vez de estar mirando ociosamente a las letras de la Escritura o en pasar sus páginas. Se cumple con razón en ellos aquello de Isaías, como se ve en este pasaje[4]: «Cualquier visión se os volverá como el texto de un libro sellado: se lo dan a uno que sabe leer, diciéndole: Por favor, lee esto. Y él responde: No puedo, porque está sellado. Y se lo dan a uno que no sabe leer, diciéndole: Por favor, lee esto. Y él responde: No sé leer. Dice el Señor: Ya que

69. Referencia a Catón, cuyos dichos fueron muy citados en la Edad Media.

(1) Fil 2, 21. (2) San Benito, *Regla*, cc. 48 y 55. (3) Fábula y proverbio del asno y la lira que ha pasado a la literatura universal. (4) Is 29, 11 ss.

este pueblo se me acerca con la boca, y me glorifica con los labios, mientras su corazón está lejos de mí, y su culto a mí es precepto humano y rutina, yo seguiré realizando prodigios maravillosos: fracasará la sabiduría de sus sabios y se eclipsará la prudencia de sus prudentes».

En el claustro se llama hombre de letras a todos los que han aprendido a pronunciarlas. Pero, respecto a su comprensión, los que confiesan que no pueden leer, tienen el libro que se les entrega, tan sellado como los que en los mismos monasterios son tenidos por no letrados. A estos tales increpa y acusa el Señor diciendo que se acercan a Él más con sus labios que con su corazón, pues lo que de alguna manera pronuncian, son completamente incapaces de entender. Faltos del conocimiento de la palabra divina siguen más la costumbre de los hombres que la utilidad por la obediencia a la Escritura. Por lo cual el Señor amenaza con la ceguera a aquellos que son tenidos por sabios y se sientan entre los doctores.

San Jerónimo –doctor máximo en la Iglesia y honor de la vida monástica– exhortándonos al amor de las letras, nos dice(1): «Ama el conocimiento de las letras y no amarás los vicios de la carne». Y sabemos bien por su propio testimonio el trabajo y los gastos que tuvo para aprenderlas. Entre otras cosas que escribe sobre su propio estudio, para instruirnos con su ejemplo, recuerda este pasaje en que se dirige a Pammaquio y Océano(2):

«Siendo yo joven ardía en deseos de aprender. Pero no me enseñé a mí mismo, según presumen algunos. Iba a oír con frecuencia a Apolinar, en Antioquía, y me senté a sus pies para que me instruyera en las Sagradas Escrituras. Mi cabeza se iba tiñendo de canas y me cuadraba mejor el título de maestro que de discípulo, sin embargo, me marché a Alejandría. Allí escuché las lecciones de Dídimo y le estoy

(1) San Jerónimo, *Cartas*, 125, 11. (2) San Jerónimo, *Cartas*, 84, 3.

muy agradecido, pues aprendí lo que no sabía. Los hombres creían que yo había llegado al fin en mi aprendizaje. Nuevamente partí para Jerusalén y Belén y, ¡a qué precio tuve como maestro a Baranías, el Hebreo! Enseñaba por la noche, pues temía a los judíos y se me presentaba a mí como otro Nicodemus»[1]. Sin duda, San Jerónimo había guardado en su fiel memoria lo que había leído en el Eclesiástico[2]: «Hijo mío, desde la juventud busca la instrucción y hasta la vejez encontrarás sabiduría».

Instruido como estaba no sólo por las palabras de la Escritura, sino además por los ejemplos de los Santos Padres, añadió entre otras alabanzas a las excelencias de aquel monasterio, este otro testimonio sobre su excepcional conocimiento de las Sagradas Escrituras[3]: «Por lo que se refiere a la meditación y comprensión de las Sagradas Escrituras y de la ciencia divina, nunca hemos visto tanta clase de ejercicios, de tal forma que se diría que casi todos ellos eran verdaderos maestros en la ciencia divina».

También San Beda –como él mismo cuenta en la *Historia Anglorum*[4]–, fue recibido de niño en el monasterio. «Desde entonces –dice– pasé toda mi vida trabajando en la habitación del monasterio entregado a la meditación de las Escrituras. Y entre la observancia de la disciplina regular y el canto cotidiano en la Iglesia, siempre fueron mis delicias aprender o escribir.» Ahora, en cambio, los que reciben instrucción en los monasterios se quedan tan romos que, contentos con el sonido de las letras, no prestan atención a su significado, empeñados como están en instruir la lengua no el corazón. Contra ellos va aquella sentencia de Salomón[5]: «El hombre inteligente procura saber, la boca del necio se apacienta de necedades». Pues se deleita con palabras que no entiende. De lo cual resulta que tales hombres amarán

(1) Jn 3, 1 ss. (2) Eclo 6, 18. (3) Rufino, *Historia Manochorum*, 21.
(4) Beda, *Historia Anglorum*, 5, 24. (5) Pr 15, 14.

menos a Dios y le ansiarán menos, cuanto más se apartan de la inteligencia y sentido de la Escritura que nos instruye sobre Él.

Creemos que esta situación se ha producido en los monasterios por dos causas principalmente: por la envidia de los legos o conversos –o incluso de los mismos supervisores– o por la charlatanería de la ociosidad a la que vemos se entregan hoy muchos claustros monásticos. Tales hombres tratan de arrastrarnos, juntamente con ellos, a las cosas terrenas y no a las espirituales. Cual los filisteos que perseguían a Isaac cuando cavaba pozos, los llenan de tierra y tratan de impedir sacar agua de ellos(1). Esto mismo expone San Gregorio en el Libro XVI de sus *Morales*(2): «Con frecuencia, al querer concentrarnos en las Sagradas Escrituras, somos objeto de las asechanzas de los espíritus malignos. Esparcen ante nuestra mente el polvo de los pensamientos terrenos a fin de oscurecer nuestros ojos y nuestra atención y privarla de la luz de la visión íntima». El mismo Salmista había padecido esto cuando decía(3): «Alejaos, malhechores, y yo guardaré los mandamientos de mi Dios». Con lo que insinuaba claramente que no podía profundizar en los mandatos de Dios, mientras sufría en su mente las trampas de los malos espíritus.

Un caso similar tenemos en la obra de Isaac por arte de la maldad de los filisteos, los cuales llenaban con tierra los pozos que iba cavando el patriarca. Pues cavamos estos pozos, cuando intentamos descubrir los altos misterios y sentidos de las Escrituras. Por su parte, los filisteos los llenan ocultamente cuando introducen los pensamientos terrenos del espíritu inmundo al dirigirnos hacia las alturas, y como que nos quitan el agua que hemos encontrado de la ciencia divina. Pero, como quiera que nadie por su virtud supera a estos enemigos, se nos dice por Elifaz(4): «Y el Todopoderoso será

(1) Gn 26, 15. (2) San Gregorio, *Moralia*, XVI. (3) Sal 99, 115. (4) Jb 22, 25.

tu oro y tu plata a montones». Como si nos dijera: Cuando el Señor aleje con su fuerza a estos malignos espíritus de ti, el talento de la divina palabra brillará más resplandeciente en tu alma.

Si no me engaño, San Gregorio había leído las *Homilías sobre el Génesis* del gran filósofo cristiano Orígenes. Y de los pozos de éste había extraído lo que ahora dice sobre los mismos. Pues ese cavador inquieto de pozos espirituales nos apremia con fuerza no sólo a beber de ellos sino a cavar nuestro propio pozo, tal como dice en la homilía XII de la citada exposición(1):

«Tratemos de hacer también lo que nos aconseja la sabiduría que dice(2): "Bebe agua de tus fuentes y de tus pozos, y tendrás así una fuente propia". Trata, por consiguiente, tú, que me oyes, de tener tu pozo y fuente propios a fin de que, cuando tomes el libro de las Escrituras, comiences a tener una comprensión de él desde tu propia percepción y en consonancia con lo que has aprendido en la Iglesia. Intenta, asimismo, beber en la corriente de tu propio espíritu. Tienes dentro de ti una fuente de agua y arroyos abiertos y canales de captación racional, a no ser que estén cegados con tierra y maleza. Intenta cavar la tierra y limpiar tu espíritu de impurezas, echar fuera la desidia y sacudir la modorra del corazón. Escucha, pues, lo que dice la Escritura(3): "Quien hiere el ojo saca lágrimas, quien hiere un corazón revela sus sentimientos". Purifica tú también tu espíritu, para que puedas beber alguna vez de tus fuentes y de tus pozos puedas sacar agua viva. Si recibiste en ti la palabra de Dios, si recibiste de Jesús el agua viva y la recibiste con fe, se convertirá en ti en fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna».

En la Homilía siguiente dice también de los pozos de Isaac ya mencionados:

(1) Orígenes, *Homilías sobre el Génesis*, XI. (2) Pr 5, 15; 17. (3) Eclo 22, 19.

«Aquéllos a quienes los filisteos cubrieron de tierra, son sin duda los que impiden la inteligencia espiritual, de tal manera que ni beben ni dejan beber a otros. Escucha al Señor que dice[(1)]: "¡Ay de vosotros, juristas, que os habéis guardado la llave del saber! Vosotros no habéis entrado, y a los que estaban entrando, les habéis cerrado el paso". Nosotros no cesaremos nunca de cavar pozos de agua viva. Y sea que discutamos lo viejo y lo nuevo, hagámonos semejantes a aquel escriba evangélico del que afirmó el Señor[(2)]: "De modo que todo letrado que entiende el reinado de Dios se parece a un padre de familia que saca de su arcón cosas nuevas y antiguas"».

Pero volvamos a Isaac y abramos con él pozos de agua viva, aunque se opongan los filisteos y vengan a las manos, nosotros perseveremos cavando con él para que se nos pueda decir[(3)]: «Bebe agua de tus cisternas y de tus pozos». Cavemos mientras tanto para que haya superabundancia de agua en nuestras plazas y no sólo nos baste a nosotros la ciencia de las Escrituras, sino que enseñemos e instruyamos a otros para que beban. Que beban hombres y mujeres, pues como dice el profeta[(4)]: «Oh Señor, salvarás a hombres y animales».

«El que es filisteo –sigue diciendo Orígenes– y conoce los asuntos terrenos no sabe dónde sacar agua en la tierra, dónde encontrar una comprensión racional. ¿De qué te aprovecha tener erudición y no saber usarla? ¿Tener palabras y no saber hablar? Lo propio de los hijos de Isaac es cavar pozos de agua viva en toda la tierra.»

Vosotros, por el contrario, no debéis ser de ésos. Dando de lado a la vana palabrería, todos aquellos a quienes se ha concedido la gracia de aprender han de esforzarse por ser instruidos en las cosas de Dios, como está escrito del hombre feliz[(5)]: «Su tarea es la Ley del Señor y medita esa Ley

(1) Lc 11, 52. (2) Mt 13, 52. (3) Gn 26, 15. (4) Sal 36, 7. (5) Sal 1, 2-3.

día y noche». Y, a renglón seguido, se expone la utilidad que se sigue del estudio asiduo de la Ley del Señor [1]: «Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas». Igual que un árbol seco es infructuoso porque no se riega de la corriente de la palabra divina. De ellos está escrito[2]: «De su entraña manarán ríos de agua viva». Éstos son los ríos cantados por la esposa en loor del esposo[3]: «Sus ojos, dos palomas a la vera del agua que se bañan en leche y se posan al borde de la alberca».

También vosotras, blancas como la leche –esto es, resplandecientes por la blancura de la castidad– debéis permanecer junto al río como palomas para que, sorbiendo de él los tragos de la sabiduría, podáis no sólo aprender sino también enseñar a otros a dirigir los ojos al camino, no conformándose con ver sólo al esposo, sino siendo capaces de describirlo a los otros.

De esta esposa tan singular, que mereció concebirle por la escucha del corazón, sabemos que fue escrito[4]: «María, por su parte, conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su interior». De este modo, la Madre de la Palabra suprema –teniendo sus palabras más en el corazón que en los labios– las ponderaba en su corazón. Porque consideraba una por una todas las cosas y las comparaba entre sí, viendo la íntima relación entre unas y otras. Veía cómo, según el misterio de la revelación de la Ley, todo animal es llamado impuro, a excepción del que rumia y de pata hendida. Por eso no hay alma pura y limpia al menos que, meditando con todas sus fuerzas, rumie los preceptos de Dios y se muestre sensato a la hora de obedecerlos a fin de que no sólo haga cosas buenas, sino que las haga bien, es decir, con recta intención. Por pata hendida se ha de entender la discreción o habilidad para distinguir sobre lo que

(1) Sal 1, 2-3. (2) Jn 7, 38. (3) Cant 5, 12. (4) Lc 2, 19.

está escrito: «Si ofreces bien, pero no divides bien, pecaste»[70].

«Todo el que me ama –dice la Verdad[(1)]– hará caso de mi mensaje.» ¿Pero, quién podrá guardar las palabras o preceptos de su Señor, obedeciéndolos, si no los entiende primero? Y nadie será perfecto en su obediencia, si no está atento en escucharlos, como se dice de aquella mujer que, dejando todas las cosas, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Esto es, con aquellos oídos de la inteligencia que Él mismo exige cuando dice[(2)]: «Quien tenga oídos, que oiga».

Pero si no sois capaces de encenderos en tal fervor de devoción, por lo menos imitad en vuestro amor y estudio de las Sagradas Escrituras a aquellas bienaventuradas discípulas de San Jerónimo, Paula y Eustoquio, a cuyas instancias principalmente aquél gran doctor escribió tantos volúmenes para iluminar a la Iglesia[(3)].

70. Gn 4, 7. La traducción de la NBE es: «Cierto, si obraras bien, seguro que andarías con la cabeza alta, pero si no obras bien, el pecado acechará a la puerta».
(1) Jn 14, 23. (2) Mt 11, 15. (3) Mt 11, 15.

# Textos complementarios[71]

71. Como complemento a las cartas de Abelardo y Eloísa ofrecemos a continuación unos documentos que arrojan luz sobre la figura de los protagonistas. Aparece en primer lugar la profesión de fe del maestro Abelardo, seguida de las cartas de Pedro el Venerable al papa Inocencio II y a la propia Eloísa. Por ellas podemos ver cómo discurrieron los últimos días del maestro. Aparece también la figura serena y hermosa de Eloísa.

Estos textos vienen a ser como el desenlace de esta tragedia de amor y dolor, vivida con intensidad por estos dos amantes y esposos.

# Confesión de fe de Abelardo[72]

Hermana mía Eloísa, antes amada en el mundo y ahora queridísima en Cristo: la lógica me ha hecho el blanco del odio del mundo. Pues los pervertidos que no buscan más que pervertir –y cuya sabiduría se dirige a la destrucción– dicen que soy el primero de los dialécticos, pero que estoy vacío en mi conocimiento de Pablo. Proclaman la brillantez de mi inteligencia, pero niegan la pureza de mi fe cristiana. A lo que entiendo, se han formado este juicio más por conjeturas que por el peso de las pruebas. Has de saber que no quiero ser filósofo, si ello significa entrar en conflicto con Pablo; ni ser un Aristóteles, si ello me aparta de Cristo. Pues no hay otro nombre bajo el cielo en el que debamos ser salvos. Adoro a Cristo que se sienta a la derecha del Padre. Aprieto en los brazos de mi fe a Aquél que actúa como Dios en la carne

72. La confesión de fe de Abelardo –uno de los textos más hermosos de la literatura religiosa medieval– se nos ha conservado en una carta de uno de sus discípulos, Berengario de Poitiers. No sabemos si fue escrita antes o después del concilio de Sens (1140) en que fue condenado Abelardo. Tampoco sabemos cómo llegó a manos de Berengario. La confesión va dirigida a Eloísa. Su texto se encuentra en Cousin V.I., pp. 680-681 y en P.L. 178, 375 c.

gloriosa de una virgen, y que asumió por obra del Paráclito. Por eso y para desvanecer tan pavorosa angustia y todas las incertidumbres del corazón que anidan en tu pecho, te aseguro que he apoyado mi conciencia en aquella roca en que Cristo fundó su Iglesia. Testificaré brevemente lo que está escrito en la roca.

Creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo: Dios verdadero, uno en naturaleza, que comprende la Trinidad de Personas de tal forma que siempre mantiene la Unidad de la Sustancia. Creo que el Hijo es consustancial al Padre en todas las cosas: en la eternidad, poder, querer y operación. No apoyo a Arrio que –arrastrado por su pervertida inteligencia o seducido por el demonio– llegó a introducir grados en la Trinidad afirmando que el Padre es mayor y que el Hijo es menor, olvidando la prohibición de la Ley (1): «no subas a mi altar por escalones...».

Y sube al altar de Dios por escalones todo aquel que asigna el primero y el segundo lugar en la Trinidad. Doy testimonio de que el Espíritu Santo es consustancial en todo y coigual al Padre y al Hijo, y que –como declaran a menudo mis libros– es conocido por el nombre de Bondad. Condeno a Sabelio, que –al sostener que la persona del Padre es la misma que la del Hijo– afirma que la Pasión fue sufrida por el Padre. Y de ahí que a sus seguidores se les conozca con el nombre de patripasianos.

Creo que el Hijo de Dios se hizo el Hijo del Hombre de tal manera que una misma persona es de y en dos naturalezas; que después de haber cumplido la misión que había emprendido al hacerse hombre, padeció y murió y resucitó y ascendió a los cielos, de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Declaro también que en el bautismo se perdonan todas las culpas y que necesitamos la gracia para poder comenzar el bien y perseverar en él. Declaro asimismo que,

(1) Ex 20, 26.

habiendo caído, podemos ser restaurados por la penitencia. ¿Y qué necesidad tengo yo de hablar de la resurrección del cuerpo? Me gloriaría en vano de ser cristiano si no creyera que viviré de nuevo.

Ésta es, pues, la fe en que descanso, de la que saco mi fuerza en la esperanza. Anclado en ella con seguridad, no temo el ladrido de Scylla [73], me río de la ramera Carybdis [74] y no temo los horribles cantos de muerte de las Sirenas [75]. La tormenta puede rugir, pero yo estoy firme; aunque los vientos soplen, no me mueven. Pues la roca de mi fundamento se mantiene firme.

73. *Scylla*. Hija de Forco, metamorfoseada en monstruo marino. En la mitología era un escollo próximo a Caribdis, en el mar de Sicilia.
74. *Carybdis*. Ramera precipitada por Júpiter en un torbellino del mar de Sicilia, por robar las bueyes de Hércules. Torbellino en el mar de Sicilia, en el estrecho de Mesina, frente al escollo de Escila.
75. *Sirenas*. Divinidades marinas que en la entrada del estrecho de Sicilia atraían con sus cantos a los navegantes que por allí pasaban y los mataban y devoraban. Se las representa con cabeza de mujer y cuerpo de pájaro.

# Carta de Pedro el Venerable al papa Inocencio II[76]

*A Inocencio, Papa soberano y nuestro especial Padre, el hermano Pedro, humilde abad de Cluny: obediencia y amor.*

El hermano Pedro –bien conocido, según creo, de Vuestra Santidad– pasó recientemente por Cluny a su vuelta de Francia. Le preguntamos adónde se dirigía. Contestó que estaba abrumado por el peso de las persecuciones de aquellos que le acusaban de herejía, cosa que aborrecía en extremo. Dijo también haber apelado a la autoridad del Papa y que buscaba su protección. Nosotros alabamos su intención y le instamos a que dirigiera sus pasos hacia ese común refugio que todos nosotros sabemos. Le dijimos que la justicia apostólica no ha defraudado a nadie ya fuera extranjero o peregrino, y que tampoco a él le sería denegada. Y le asegu-

76. Esta carta y la siguiente se encuentran entre la correspondencia de Pedro el Venerable, abad de Cluny (Ed. de G. Constable, *The letters of Peter the Venerable*, 2 vols., Harvard, 1967). Son los mejores documentos de que disponemos para conocer los últimos días y sentimientos de Abelardo. Nos muestran asimismo el afecto y estima que el abad de Cluny tuvo por Eloísa.

ramos que, si verdaderamente necesitaba de misericordia, la encontraría en Vos[77].

En esto llegó el señor abad de Citeaux y habló con nosotros y con él sobre la reconciliación entre el maestro Pedro y el abad de Clairvaux, razón por la que apelo ante Vos. Hicimos lo que pudimos para restaurar la paz y le urgimos a que fuera a Clairvaux con el abad de Citeaux. Le aconsejamos después que, si había escrito o dicho algo ofensivo a los oídos ortodoxos cristianos, siguiera el consejo del abad de Citeaux y de otras personas sabias y honestas, enmendara su lenguaje, quitando tales expresiones de sus escritos. Así lo hizo. Fue y volvió. A su vuelta nos dijo que, por mediación del abad de Citeaux, había hecho las paces con el abad de Clairvaux y que se habían saldado sus anteriores diferencias.

Mientras tanto, aconsejado por nosotros –o más bien, según creo, inspirado por Dios– se decidió a abandonar el tumulto de las escuelas y la enseñanza y a vivir permanentemente en vuestra casa de Cluny. Juzgamos que es esta una decisión adecuada en atención a su edad, a su debilidad y a su vocación religiosa. Creímos también que su erudición –que no os es desconocida– podría ser de gran provecho a una comunidad tan numerosa de hermanos como la nuestra. Así pues, accedimos a su deseo y, bajo la condición de que esto es lo que agrada a vuestra Santidad, convinimos voluntaria y alegremente en que permanezca con nosotros que, como sabéis, somos totalmente vuestros.

Por eso, yo, humilde siervo vuestro, os suplico y también os lo suplica vuestra fiel comunidad de Cluny –y el mismo Pedro por su parte os lo pide a través de mí y de vuestros hijos los portadores de esta carta, y en los mismos términos en que pidió os escribiera– que le permitáis permanecer el resto de los días de su vida y avanzada edad, que probablemen-

77. Sobre los últimos días de Abelardo en Cluny, véase la carta siguiente y la Introducción, p. 16.

te no serán muchos, en vuestra casa de Cluny, a fin de que ninguna intervención extraña pueda perturbarlo o apartarlo del hogar en que se refugió el gorrión, aquel nido de tórtola que tan feliz está de haber encontrado[1].

Por el honor que os merecen todos los hombres buenos y por el amor que le profesáis, dignaos protegerle con el escudo de vuestra protección apostólica.

(1) Sal 84, 3.

# Carta de Pedro el Venerable a Eloísa

*A la venerable y muy amada en Cristo, la abadesa Eloísa, el hermano Pedro, humilde abad de Cluny: la salvación que Dios ha prometido a los que le aman.*

La carta que tu Gracia me envió recientemente a través de mi hijo Teobaldo me llenó de felicidad y me hizo renovar los sentimientos de amistad hacia el remitente. Quise contestarla al punto para expresar lo que mi corazón sentía, pero persistentes demandas de deberes a los que estoy obligado –y que me roban casi todo o más bien todo el tiempo– me impidieron hacerlo. Por fin, hoy tengo un leve respiro en mi agitado trabajo, en que puedo llevar a cabo mi deseo.

Pensé que debía apresurarme a pagar el afecto –aunque no fuera más que de palabra– que me demostrabas en tu carta y con los regalos que me enviaste por delante. Quería demostrarte de esta manera el gran lugar que hay reservado en mi corazón para mi amor por ti en el Señor. Aunque, en realidad, no es sólo ahora cuando comienzo a quererte. Puedo recordar haberlo hecho desde hace largo tiempo. Apenas había traspasado el umbral de la juventud para alcanzar la primera edad adulta cuando oí hablar de ti y de tu

reputación, no sólo por tu profesión religiosa sino por tus virtuosos y meritorios estudios. En aquel tiempo solía oír de una mujer que en medio de las obligaciones mundanas se entregaba al estudio de las letras –algo verdaderamente raro– y seguía la carrera de las ciencias profanas. Supe también de ella que ni los placeres del mundo con sus frivolidades y delicias, pudieron apartarla de su noble propósito del estudio de las letras. En un tiempo en que casi todo el mundo es indiferente y apático hacia tales ocupaciones –y en que la sabiduría se encuentra a ras de suelo, no sólo entre las mujeres, que la han despreciado completamente, sino también en el ánimo de los hombres– tú te has adelantado a todas las mujeres realizando tu propósito y casi has ido más allá que los mismos varones.

Posteriormente, «cuando aquel que te escogió desde el seno de tu madre y te llamó en su gracia» –según las palabras del Apóstol[1]– dirigiste tu celo a aprender una dirección mucho mejor. Y como mujer, totalmente dedicada a la filosofía en su auténtico sentido, dejaste la lógica por el Evangelio, a Platón por Cristo, la academia por el claustro. Burlaste las trampas de tu enemigo vencido, cruzaste el desierto de la peregrinación de la vida con los tesoros de Egipto y levantaste un precioso tabernáculo a Dios en tu corazón. Con Miriam cantaste un himno de alabanza cuando el faraón fue engullido bajo las olas. Como ella en los días antiguos, cogiste el arpa de la santa mortificación y con tu destreza enviaste la cuerda de nuevas armonías a los mismos oídos de Dios. Ahora pisas bajo tus pies lo que al principio sacudiste de ti con perseverancia mediante la gracia del Altísimo –la cabeza de la serpiente, siempre mentirosa, a la espera de las mujeres– y la aplastaste a fin de que nunca más se atreva a escupir contra ti. Hiciste y sigues haciendo del orgulloso príncipe del mundo una rechifla. Y harás gruñir a

(1) Gal 1, 15; Ex 15, 20.

aquél a quien la voz divina, en palabras del mismo Dios por labios del Santo Job[1], llama «el rey de los hijos del orgullo», cuando sea encadenado para ti y para las siervas de Dios que viven contigo.

¡Verdadero y único milagro, que se ha de exaltar por encima de todas las obras maravillosas! Pues aquél de quien el profeta dice[2]: «Los cedros del parque de los dioses no lo sobrepasaban, ni competían con su ramaje los abetos, ni los plátanos igualaban su copa», es vencido por el sexo más débil. ¡Y el más poderoso de los arcángeles caía a los pies de una frágil mujer! Este combate da una gloria suprema al Creador y la mayor ignominia al Tentador. Este hecho es, para su vergüenza, no sólo una gran locura sino el mayor absurdo al haber aspirado a ser igual a la sublime Majestad –pues ni siquiera puede contender en un breve conflicto con la debilidad de una mujer–. Mientras tanto, ella, la única vencedora, recibirá justamente del Rey de los cielos una corona de piedras preciosas para sus sienes. De esta manera, ella, aunque más débil en su carne, en la batalla librada aparecerá más gloriosa en su eterna recompensa.

Te digo esto no para halagarte, mi queridísima hermana en el Señor, sino para animarte en tu conocimiento del beneficio que ha tiempo gozas. Así te mostrarás más solícita por conservarlo con el debido cuidado –lo mismo que las santas mujeres que sirven al Señor contigo– y que por medio de la gracia que se te ha confiado se enardezcan con tu palabra y ejemplo y así se junten inflamadas a la misma lucha. Aunque mujer, tú eres uno de aquellos animales de la visión del profeta Ezequiel[3] y debes no sólo arder como el carbón, sino brillar como una lámpara y dar luz. Eres, ciertamente, discípula de la verdad, pero en tu obligación hacia las que te han sido confiadas, eres la maestra de la humildad. Pues la enseñanza de la humildad y toda instrucción en las cosas ce-

(1) Jb 41, 25. (2) Ez 31, 8. (3) Ez 1, 13-14.

lestiales es una tarea que te impuso el Señor. Por lo mismo, has de tener cuidado no sólo de ti, sino del rebaño a tu cuidado. Y siendo la responsable de todas, recibirás una mayor recompensa que ellas. Sí, ciertamente, te está reservada una palma en atención al conjunto de la comunidad. Pues has de saber que todos aquellos que siguiendo a su jefe han vencido al mundo y al príncipe del mundo, prepararán para ti otros tantos triunfos y gloriosos triunfos ante el Rey y Juez eterno.

Además no es totalmente excepcional entre los mortales que las mujeres estén al frente de otras mujeres. Ni tampoco es la primera vez que empuñan las armas y acompañan a los hombres al combate. Pues si es cierto aquel proverbio: «Se ha de aprender hasta del enemigo»[1], vemos que entre los paganos, Pentesilea[2], reina de las amazonas, luchó muchas veces en la guerra de Troya junto a su ejército de amazonas, que eran mujeres, no hombres. Y de la profetisa Débora[3], nacida del pueblo escogido de Dios, se cuenta haber despertado a Barac, juez de Israel, contra sus enemigos. ¿Por qué, entonces, no habrían de marchar también las mujeres virtuosas a luchas contra el enemigo armado y ser líderes en el ejército del Señor, si Pentesilea pudo luchar contra el enemigo con su propia mano y nuestra Débora levantó, armó y arengó a los hombres de Israel para luchar las batallas del Señor? Después, cuando el rey Jobin fue derrotado, Sísara, su general, asesinado y el ejército enemigo destruido, cantó inmediatamente el canto por ella escrito en piadosa alabanza del Señor. Para ti y las tuyas –después de la victoria que la gracia de Dios os ha obtenido sobre un enemigo mucho más terrible– habrá un canto mucho más glorioso, que os agradará tanto cantar que ya después no dejaréis nunca de cantar y gustar. Mientras tanto, seguiréis siendo para las siervas de Dios, su ejército celestial, lo que Débora fue para el pue-

(1) Ovidio, *Metamorphoses*, 4, 428. (2) Virgilio, *Eneida*. (3) Jue 4, 9 ss.

blo judío. Pase lo que pase, tú nunca dejarás la batalla cuya recompensa es tan grande hasta que la victoria sea tuya. Y si el nombre de Débora –como tus conocimientos saben– significa «abeja» en hebreo, tú has de seguir siendo una Débora, es decir, una «abeja». Harás miel, pero no sólo para ti misma. Puesto que de diferentes maneras has ido reuniendo el bien aquí y allá con tu ejemplo, palabra y todos los medios a tu alcance, habrás de escanciarlo para tus hermanas en tu casa y para todas las demás mujeres. En este breve pañal de nuestra vida mortal habrás de contentarte con la dulzura secreta de las Sagradas Escrituras, lo mismo que tus afortunadas hermanas, por medio de la instrucción pública, hasta que, según las palabras del profeta(1) «aquel día los montes manarán licor, los collados se desharán en leche». Pues, aunque esto se dijo del tiempo de gracia que había de venir, nada nos impide que lo apliquemos a una hora de gloria y, en realidad, es más grato entenderlo así.

Me gustaría poder seguir hablando de esto más largamente tanto por la complacencia que me causan tus renovados conocimientos como por –y mucho más– mi vinculación a ti por lo que muchos me han dicho de tu devoción. ¡Qué no daría nuestro Cluny tan sólo por poseerte o por que estuvieras confinada en la deliciosa prisión de Marcigny[78] con las otras siervas de Cristo que esperan allí su libertad en el cielo! ¡Hubiera preferido tu riqueza de piedad y saber a los más ricos tesoros de los reyes! Y me hubiera alegrado ver a esa noble comunidad de hermanas todavía más iluminadas por tu presencia allí. Tú misma habrías sacado no poco provecho de ellas y te habrías maravillado de ver la altísima nobleza y el orgullo del mundo bajo tus pies. Verías toda clase de lujo mundano cambiado por una maravillosa vida de po-

78. Convento de monjas donde había profesado la madre de Abelardo después de la muerte de su marido (1117).
(1) Jl 3, 18.

breza y los antiguos vasos impuros del demonio trocados en templos sin manchas del Espíritu Santo. Podrías observar a estas jóvenes de Dios, robadas, por así decirlo, al demonio y al mundo, edificando altos muros de virtud sobre los cimientos de su inocencia y elevando la cumbre de su santo edificio hacia el mismo trono del cielo. Te alegraría verlas en la flor de su angelical virtud unidas a castas viudas, todas ellas aguardando igualmente la gloria de la grande y gloriosa resurrección, con sus cuerpos confinados entre los estrechos muros de su casa, como si estuvieran sepultadas en una tumba de santa esperanza. Sin embargo, y puesto que tú puedes tener todos estos goces –y cosas mayores aún entre las compañeras que te ha dado Dios– quizá no se pueda añadir nada con respecto a tu celo por las cosas santas. Pero nuestra propia comunidad habría quedado enriquecida no poco –según creo– por la suma de tus graciosos dones.

Pero, aunque la providencia de Dios que dispensa todas las cosas nos haya negado tu presencia, todavía seguimos siendo favorecidos por aquel que fue tuyo. Me refiero a aquel que, a menudo y siempre, se ha de llamar y ser honrado como el servidor y verdadero filósofo de Cristo, el maestro Pedro, a quien en los últimos años de su vida esa misma Providencia nos trajo a Cluny. Y al hacerlo así ha enriquecido a esta abadía en su persona con un don más precioso que el oro y el topacio[1]. La naturaleza y alcance de la santidad, humildad y devoción de su vida entre nosotros –de la que Cluny puede dar testimonio– no se pueden expresar brevemente. No recuerdo haber visto a nadie –según creo– que se le igualara en su conducta y estilo: San Germán no habría aparecido más humilde ni San Martín mismo tan pobre. Y aunque por insistencia mía aceptó un rango superior en nuestra numerosa comunidad de hermanos, la simplicidad de su atuendo le hacía parecer el más

(1) Sal 99, 127.

humilde de todos ellos. Yo me maravillaba con frecuencia -viéndole caminar delante de mí en la acostumbrada fila procesional con los demás monjes- y todavía no salgo de mi asombro pensando que un varón de tan grande y distinguido nombre pudiera humillarse y rebajarse de esa manera. A veces, algunos de los que profesan la vida religiosa buscan una innecesaria extravagancia incluso en su manera de vestir. Él, en cambio, era totalmente sobrio en tales materias, contento con un simple vestido de cada clase, sin buscar otra cosa.

Era lo mismo con respecto a la comida y bebida o a cualquiera otra de las necesidades corporales. Y condenaba con su palabra y su ejemplo vivo -tanto en sí mismo como en los demás- no sólo lo meramente superfluo, sino todo lo que no fuera de absoluta necesidad. Su lectura era continua. Su oración asidua y su silencio constante, a no ser que encuentros informales con los hermanos o un sermón público, a ellos dirigido, sobre temas sagrados le obligaran a hablar en las reuniones de comunidad. Estaba presente en los santos sacramentos, ofreciendo el sacrificio del Cordero inmortal a Dios, siempre que podía. Y lo hizo realmente, casi sin interrupción, después de haber sido devuelto a la gracia apostólica por medio de mi carta y esfuerzos en su favor. ¿Qué más he de decir? Su pensamiento, su palabra, su trabajo estaban dirigidos a la meditación, a la enseñanza y a la profesión de cuanto fue siempre santo, filosófico y de la enseñanza.

Tal fue el estilo de vida entre nosotros de este hombre sencillo y excepcional, temeroso de Dios y debelador del mal. Y en este modo de vida, repito, permaneció durante algún tiempo, dedicando los últimos días de su vida a Dios hasta que lo envié a Chalon a que se tomara un alivio, pues estaba más nervioso de lo usual a causa de una irritación de la piel y de otros dolores físicos. Creí que sería un lugar adecuado para él, cercano a la ciudad y en la ribera opuesta del Saône,

precisamente por su clima suave, considerado como el mejor de nuestra comarca de Burgundia[79]. Aquí volvió otra vez a sus estudios, en cuanto se lo permitía su mala salud, estando siempre inclinado sobre sus libros. Lo mismo que se dijo de Gregorio el Grande, él nunca dejó pasar un momento sin rezar, leer, escribir o componer.

En estas santas ocupaciones le salió al encuentro el Visitador de los Evangelios y lo encontró despierto, no dormido, como a tantos. Le encontró totalmente en vela y le llamó a las bodas de la vida eterna, como a una virgen sabia, no necia. Pues llevaba consigo una lámpara llena de aceite, esto es, una conciencia llena del testimonio de su santa vida. Cuando le llegó la hora de pagar el común tributo de la humanidad, la enfermedad que sufría se agravó y rápidamente se produjo el desenlace final. Entonces, lo primero que hizo fue su profesión de fe. Después confesó sus pecados y, por cierto, de qué manera tan santa, devota y cristiana. Con verdadera ansia del corazón recibió el viático para su viaje y la prenda para la vida eterna, el Cuerpo de Nuestro Señor y Redentor. Con esta su verdadera fe, a Él le encomendó su cuerpo y su alma aquí en la tierra y por toda la eternidad. Así lo pueden atestiguar todos sus hermanos en religión y toda la comunidad del monasterio donde yace el cuerpo de San Marcelo, mártir.

Así acabó sus días el maestro Pedro. Era conocido en casi todo el mundo por su excepcional dominio de la ciencia. Y quien ganó fama por doquier como discípulo de aquel que dijo[(1)] «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón», debemos creer que se sobrepasó a sí mismo, ocultando su gentileza y humildad. Aquél, sí, aquél –venerable y ca-

79. Priorato cluniacense de San Marcelo. La enfermedad sufrida por Abelardo es llamada *scabies*, término genérico para indicar distintas afecciones de la piel, acompañadas de otros dolores. Hoy se sugiere que pudo ser leucemia.
(1) Mt 11,19.

rísima hermana en Cristo– con quien, después de tu unión en la carne, estás ahora unida por un mejor y más fuerte lazo del amor divino, con el que y bajo el que has servido tanto tiempo al Señor. A aquel, digo, que en tu lugar, o como otro tú, Dios abraza en su seno y te lo guarda para devolvértelo a ti por medio de su gracia en la venida del Señor a la voz del arcángel y de la trompeta, signo de la bajada de Dios del cielo. Acuérdate de él en el Señor, acuérdate también de mí, si es que es de tu agrado. Y los hermanos de nuestra comunidad se encomiendan humildemente a las oraciones de las hermanas que sirven a Dios contigo. Y también las hermanas esparcidas por todo el mundo, que sirven al mismo Señor que tú con su mejor saber y entender.

# Carta de Eloísa a Pedro el Venerable[80]

*A Pedro, Reverendísimo Señor y Padre, Venerable Abad de Cluny, Eloísa, su humilde sierva y de Dios: el espíritu de gracia y salvación.*

La misericordia de Dios bajó hasta nosotras en la gracia de una visita de Vuestra Reverencia. Nos llenamos de orgullo y alegría, bondadosísimo Padre, al ver a tu grandeza descender hasta nuestra pequeñez, pues una visita tuya es materia de gran regocijo incluso para los grandes. Estoy segura de que otros conocen muy bien el gran beneficio de tu sublime presencia. Por mi parte, ni siquiera puedo formular mis pensamientos –mucho menos encontrar palabras– para expresar el beneficio que tu visita fue para mí.

Nuestro Abad y Señor: el 16 de noviembre del pasado año celebrasteis una misa aquí, en la que nos encomendasteis al Espíritu Santo. En el Capítulo nos alimentaste predicando la

80. Esta carta es la respuesta de Eloísa a la visita que Pedro el Venerable hiciera al monasterio del Paráclito y a la carta que precede. Volvemos a encontrar en ella el sello distintivo de la finura y exquisita delicadeza de Eloísa. Está preocupada por la suerte de su hijo Astrolabio a quien recomienda al abad de Cluny.

palabra de Dios. Nos entregaste el cuerpo de nuestro hermano y así sellaste el privilegio de que pertenecía a Cluny. A mí en particular, a quien –indigna como soy de ser llamada tu sierva– tu sublime humildad no tuvo a menos dirigirse como a hermana, tanto de palabra como por escrito, me concediste un raro privilegio en prenda de tu amor y sinceridad: una treintena de misas que se habían de aplicar por mí en la abadía de Cluny después de mi muerte. Me dijiste también que confirmarías este don con una carta sellada.

Cumple, pues, hermano mío, o mejor, mi Señor, lo que prometiste a tu hermana, o diría yo mejor, a tu sierva. Dígnate enviarme asimismo –también sellado– un documento oficial que contenga la absolución de nuestro maestro, para colocarlo en su tumba. Y recuerda también, por el amor de Dios, a mi hijo Astrolabio, que lo es tuyo, a fin de que obtengas para él alguna prebenda, ya sea del obispo de París o en cualquier otra diócesis[1].

Adiós. Que el Señor te guarde. Y regálanos de vez en cuando con tu presencia.

(1) Sobre Astrolabio véase Introducción, p. 15 y carta siguiente.

# Carta de Pedro el Venerable a Eloísa

*A nuestra venerable y queridísima hermana en Cristo, la sierva de Dios, Eloísa, guía y señora de las siervas de Dios, el hermano Pedro, humilde abad de Cluny: la plenitud de la salvación de Dios y de nuestro amor en Cristo.*

Fui feliz, muy feliz al leer la carta de tu santidad. En ella aprendí que mi visita a ti no había sido una llamada pasajera. Pude comprender que no sólo había estado contigo, sino que mi pensamiento nunca te había dejado realmente. En efecto, creo que mi estancia no fue algo que se ha de recordar como la de un huésped transeúnte de una sola noche, ni fui tratado «como un advenedizo y extranjero entre vosotros», sino como «ciudadano del pueblo de Dios y miembro de su familia» [1].

Todo cuanto dije e hice en mi fugaz visita ha quedado tan firmemente impreso en tu mente y se ha grabado tan firmemente en tu corazón, que –sin hacer mención de mis frases, cariñosamente recogidas en tal ocasión– ninguna de mis palabras, por casual e impensada que fuera, cayó en suelo bal-

(1) Gn 23, 4; Ef 2, 19.

dío. Anotasteis todo y todo lo entregasteis a vuestra fiel memoria en el calor de vuestra sinceridad sin límites, como si fueran las poderosas, celestiales y sacrosantas palabras u obras del mismo Jesucristo. Sin duda, fueron las recomendaciones para recibir a los huéspedes en nuestra común regla, que pertenece a los dos, las que os empujaron a recordarlas: «Sea Cristo honrado en ellos, pues es recibido en sus personas» (1). O quizá os acordasteis de las palabras del Señor relativas a los constituidos en autoridad, aunque yo no tenga autoridad alguna sobre vosotras: «El que a vosotros escucha a mí me escucha» (2).

¡Ojalá me concedáis siempre tal gracia! Y me juzguéis digno de ser recordado y de que pediréis a la misericordia del Todopoderoso por mí, junto con la santa comunidad del rebaño encomendado a tu cuidado. Yo te lo pagaré en la medida en que soy capaz, pues mucho antes de verte –y particularmente después de haberte conocido– he guardado para ti en lo más hondo de mi corazón un lugar especial de real y verdadero afecto.

Te envío, pues, ahora que estoy alejado de ti, una ratificación por escrito del ofrecimiento de treinta misas que te hice en persona y que te envío sellada, como era tu deseo. Te envío también la absolución para el maestro Pedro que me pedías, igualmente escrito en pergamino y sellada. Tan pronto como tenga oportunidad, haré con gusto lo que pueda para obtener una prebenda en una de las grandes iglesias para tu Astrolabio, que por ti es mío también. No será fácil, pues los obispos –como he podido comprobar– se muestran sumamente remisos cuando tienen ocasiones de dar las prebendas en sus iglesias. Pero por ti haré lo que pueda tan pronto como pueda[81].

81. Pocos datos tenemos sobre la vida y suerte de Astrolabio además de los datos ofrecidos por la *Historia Calamitatum*, pp. 50, 51.
(1) San Benito, *Regla*, c. 53. (2) Lc 10, 16.

## Absolución para Pedro Abelardo[82]

Yo, Pedro, Abad de Cluny, que recibí a Pedro Abelardo como monje de Cluny, y que di su cuerpo –sacado en secreto– a la abadesa Eloísa y a las monjas del Paráclito, por la autoridad de Dios Todopoderoso y de todos los Santos, en virtud de mi oficio, le absuelvo de todos sus pecados.

82. El texto latino de la *Absolución* de Abelardo puede verse en V. Cousin I, p. 717.

# Bibliografía básica

## 1. *Textos*

MIGNE, J. P., *Patrologia Latina* (PL), vol. 178. Contiene las obras teológicas de Abelardo, París, 1855.
COUSIN, V., *Petri Abaelardi Opera*, 2 vols. París, 1849.

## 2. *Para el estudio de la época de Abelardo*

BROOKE, Ch., *The Twelfth Century Renaissance*, Londres, 1969.
RASHDALL, H., *The Universities of European the Middle Ages*, vol. I, Oxford University Press, 1895.
SOUTHERN, R. W., *The Making of the Middle Ages*, Londres, 1967.
GILSON, E., *La filosofía en la Edad Media*, trad. esp., Madrid.
KNOWLES, D., *The Evolution of Medieval Thought*, Londres, 1962.

## 3. *Para la figura de Abelardo y Eloísa*

GILSON, E., *Héloise et Abélard*, París, 1938.
GRANE, Leif, *Peter Abelard*, Londres, 1970.
MCCLEOD, E., *Héloise*, Londres, 1971.
HAMILTON, E., *Héloise*, 1966.

CHARRIER, Ch., *Héloise dans l'histoire et la legende*, París, 1933.
PERNOUD, R., *Héloise et Abélard*, París, 1970.

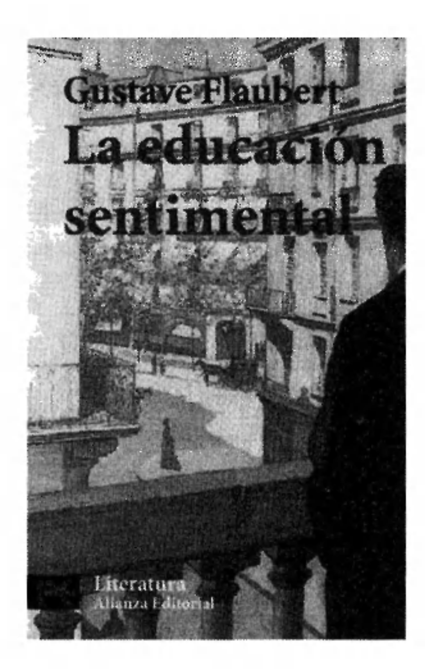
## 4. *Para las cartas de Abelardo-Eloísa*

*Historia Calamitatum and Letters*, Mediaeval Studies, vols. XII, XV, XVII, XVIII, Toronto, 1950 ss.
JOUHANDEAU, M., *Lettres d'Héloise*, París, 1959.
MONFRIN, J., *Historia calamitatum: texte critique avec introduction*, París, 1962.
MURRAY, V., *Abélard and Saint Bernard*, 1967.

## 5. *Obras en español*

ABELARDO, P., *Ética o Conócete a ti mismo*. Traducción del latín, introducción y notas de Ángel J. Cappeletti, Buenos Aires, 1971.
ABELARDO, P. y ELOÍSA, *Cartas*. Traducción de Cristina Peri-Rossi, Barcelona, 1982.

# Índice




Gustave Flaubert

# La educación sentimental

**L 5508**

Relato en buena parte autobiográfico, LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL se inserta en la tradición literaria de la novela de formación, pero rebasa cualquier frontera genérica. Acerca de esta narración ya clásica, que logró como pocas ser veraz testimonio de la sociedad de su tiempo, Miguel Salabert, traductor y prologuista de esta edición, observa que incluso «reducida a la crónica de un gran amor», esta obra de Gustave Flaubert (1821-1881) «sería una de las mejores novelas del siglo».



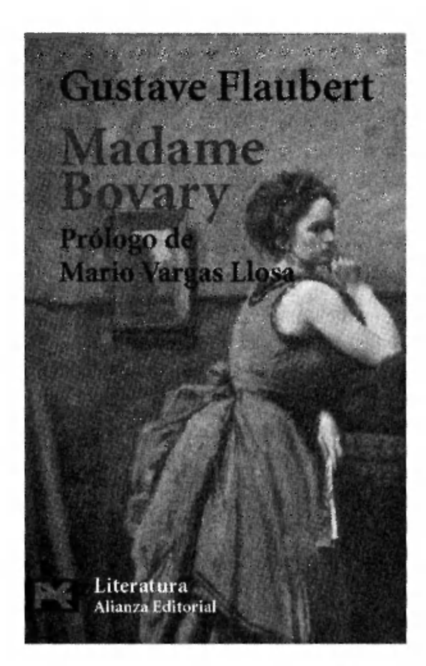

Anton Chéjov

# La señora del perrito

## y otros cuentos

L 5509

Maestro indiscutible del difícil género del cuento, ANTON CHÉJOV (1860-1904) extrajo la materia narrativa de la mayoría de sus relatos de la vida cotidiana de sus contemporáneos, en especial de las esperanzas y desventuras de las gentes de la clase media del gran imperio zarista, como funcionarios, médicos, pequeños propietarios o profesores. Entre los diez cuentos reunidos en este volumen, seleccionados y traducidos por Juan López-Morillas, figuran títulos tan conocidos como «El amanuense», «Casa con desván» y LA SEÑORA DEL PERRITO, relato de exquisita finura, tratado con aguda penetración psicológica, que narra la historia de un gran amor entre una joven casada y un hombre maduro.




Gustave Flaubert

# Madame Bovary

## Prólogo de Mario Vargas Llosa

L 5537

GUSTAVE FLAUBERT (1821-1880) no fue sólo un magistral adelantado de la modernidad, sino que fue también gran contador de historias, prodigioso captador de ambientes y extraordinario creador de caracteres. La persistente admiración que despierta MADAME BOVARY se debe sin duda a que constituye un personaje literario excepcional. Al hechizo que ejerce la figura de la protagonista hay que añadir la perfección formal de la novela y la sabia combinación argumental de rebeldía, violencia, melodrama y sexo, «los cuatro grandes ríos –afirma en su prólogo al volumen Mario Vargas Llosa– que bañan su vasta geografía». Un apéndice recopilado por Consuelo Berges, traductora de la obra, reúne los comentarios del autor a lo largo de los cuatro años de elaboración del manuscrito.

 ***

Las CARTAS DE ABELARDO Y ELOÍSA ofrecen la rara oportunidad de asomarse sin intermediarios no sólo a la célebre y azarosa relación vivida entre el prestigioso profesor de París y su brillante alumna, sino también a la sociedad y cultura de uno de los momentos decisivos de la Edad Media, aquel que vio la formación de la escolástica y el alumbramiento de las universidades. El presente volumen, traducido y preparado por Pedro R. Santidrián y Manuela Astruga, ofrece las ocho cartas que integran esta correspondencia –la famosa «Historia Calamitatum», cuatro cartas «personales» y las tres cartas «de dirección» en que Eloísa solicita y Abelardo proporciona un tratado o regla para las monjas del Paráclito–, además de un conjunto de textos complementarios que ilustran los últimos años del maestro y la relación apasionada de un profesor y su alumna lanzados «hacia la aventura suprema del saber».

El libro de bolsillo

Literatura
Clásicos

ISBN 84-206-7342-0

